Immanuel Kant

Correspondencia

Edición y traducción de
MERCEDES TORREVEJANO

Presentación de
JUAN JOSÉ CARRERAS ARES



Institución «Fernando el Católico» (C.S.I.C.)
Excma. Diputación de Zaragoza

ZARAGOZA, 2005

PUBLICACIÓN NÚMERO 2.525

DE LA INSTITUCIÓN «FERNANDO EL CATÓLICO» (EXCMA. DIPUTACIÓN DE ZARAGOZA)

PLAZA DE ESPAÑA, 2 · 50071 ZARAGOZA (ESPAÑA)
TEL. [34] 976 28 88 78/79 · FAX [34] 976 28 88 69
ifc@dpz.es
http://ifc.dpz.es

Ha colaborado en la traducción María Jesús Vázquez Lobeiras, Prof. Titular de Filosofía de la Universidad de Santiago de Compostela, quien ha proporcionado una primera versión de las cuarenta primeras cartas.

Las cartas se han seleccionado a partir de la edición canónica:
Kant's gesammelte Schriften, herausgegeben von der Königlich Preussischen Akademie der Wissenschaften. Zweite Abteilung: *Kant's Briefwechsel*. Bände 10 /11 /12 /13. Segunda edición, Berlín y Leipzig, 1922.

Las siluetas que ilustran las portadillas proceden del libro de Marianne Bernhard (Hrgs.), *Schattenrisse. Silhouetten und Scherenschnitte in Deutschland im 18. und 19. Jahrhundert*, Staackmann Verlag, Múnich, 1977. Otras ilustraciones proceden de P.-H. Koesters, *Deutschland deine Denker*, Hamburgo, Stern, 1980.

I.S.B.N.: 84-7820-784-8
DEPÓSITO LEGAL: Z-1.452-05
PORTADA: F. Meléndez y A. Bretón
DISEÑO DE COLECCIÓN: A. Bretón
IMPRESIÓN: Sonsueña Industrias Gráficas. Zaragoza

IMPRESO EN ESPAÑA. UNIÓN EUROPEA.

La editora de estas cartas, la profesora Mercedes Torrevejano, nos recuerda en su introducción que «en el siglo de Kant la correspondencia constituyó un verdadero género literario, una práctica social y un método imprescindible en la difusión y creación de las ideas». En Alemania incluso fue algo más que esto, fue un auténtico «sacramento» que manifestaba la inédita pujanza de la nueva subjetividad burguesa[1].

Cuesta trabajo hacerse una idea del papel que desempeñaban las cartas en la cultura alemana de entonces, sobre todo en la segunda mitad de siglo, la «edad clásica» del género epistolar. Las gentes fueron poseídas por su culto, el *Briefkult*. Frau von Kalb hablaba en una carta a Charlotte Schiller de «una maligna adicción», y Hippel decía en otra que no dejaba pasar un servicio de los correos sin mandar una carta. Carolina Böhmer, la futura mujer de Schlegel, se lamentaba de una «perturbación mental que le llevaba a escribir de repente una docena de cartas». Las cartas, además, no eran de una o dos cuartillas, todos escribían «cartas de tres pliegos», «de toesa y media», «colosales». A veces se estaba escribiendo una carta durante todo un día, Friedrich Heinrich Jacobi lo hizo durante una semana («quiero terminar con ello cueste lo que cueste»), y un corresponsal de Christian Gellert se extendió en una larga carta durante casi un mes. Se escribía en *todas partes, en casa, en la taberna, en el bosque o en el jardín.*

Nota: Entre paréntesis figuran los números de las cartas de esta edición a que se hace referencia en esta Presentación.

1 L. Balet y E. Gerhard, *Die Verbürgerlichung der deutschen Kunst, Literatur und Musik im 18. Jahrhundert*, Zürich, 1936, en la edición de Gert Mattenklott, Berlín, 1973, p. 181. Todas las citas que siguen en el texto de autores de la época han sido espigadas en esta obra o en la venerable monografía de Georg Steinhausen, *Geschichte des deutschen Briefes. Zur Kulturgeschichte des deutschen Volkes*, 2 vols., Berlín, 1889-1891.

Klopstock nos cuenta que al llegar a algún sitio preguntaba enseguida dónde encontrar plumas y tinta. A veces se mantenían largas correspondencias con gente que nunca se había visto. Goethe intercambió apasionadas epístolas con Auguste Stolberg, a la que no llegó a conocer nunca. Esta socialización de la correspondencia llegó incluso, como hizo Johann Caspar Lavater con Herder, a enviarse no sólo las cartas propias, sino además «un montón de copias importantes y más importantes» de cartas escritas a terceros; «yo no conozco –decía Lavater– un medio más natural y sencillo para mostrarte mejor mis más íntimos pensamientos y mi manera de obrar». Quince años antes de la publicación de la *Nouvelle Héloïse*, que puso de moda la novela epistolar amorosa, el poeta alemán Samuel Gotthold Lange, no sólo divulgó su correspondencia con Kleist o Sulzer, sino que no tuvo empacho en ofrecer al público las cartas de amor que le había escrito su mujer Doris.

El género epistolar no fue sólo una forma de manifestar una nueva sensibilidad, se prestó también para tratar todos los temas y asuntos posibles. Se publicaron cartas de sátiras, como las de Hamann y Jean Paul, cartas de polémica literaria, como las de Lessing y Lichtenberg, cartas teológicas y filosóficas, las de Schiller, Herder o Goethe, entre otras muchas. Hubo las dedicadas a la divulgación científica, las *Cartas químicas para ser leídas por mujeres*, o sobre afectos y comportamientos comunes, las *Cartas sobre la amistad* de Sulzer, o las *Cartas de un hombre honrado a otro*. Las tradicionales cartas de viajes se politizaron con las narraciones de los alemanes que visitaron la Francia revolucionaria, como las entonces muy famosas del amigo de Kant, Joachim Heinrich Campe, *Cartas desde París, escritas durante la Revolución francesa*, reeditadas varias veces a partir de 1789. Acontecimientos puramente locales también fueron dados a conocer con cartas, como *Carta con ocasión del deshielo y de la inundación de Colonia*. Hubo incluso periódicos que dieron todas sus noticias en forma de cartas.

Como veremos, la correspondencia de Kant es ajena, e incluso repugna, a este paisaje epistolar. En todo caso, a partir de los

años noventa del siglo XVIII en Alemania se acusa cierto reflujo del género. Goethe, cuyas cartas a estas alturas ocupaban volúmenes enteros, parece haberse convertido en un *Briefhasser*, y en 1827 escribiría a Carl Friedrich Zelter, diciéndole que «casi no escribo cartas y contesto a las cartas muy pocas veces, y esto se debe a una doble causa: no me interesa escribir cartas vacías, y concederles importancia me aparta de hacer cosas más serias». Más o menos, lo que había hecho Kant desde el principio.

No puede decirse que la escritura de cartas fuese para Kant «el placer social» que dice Paul Hazard cuando habla del género epistolar en la Europa del siglo XVIII, pues para el filósofo las cartas son sobre todo una carga. Ya en 1768 Herder se refería a su conocida «escasa inclinación a escribir cartas» (11). En una dirigida a Marcus Herz en junio de 1771 (20), el mismo Kant reconoce que con razón muchos le tildan de «maleducado» por la tardanza en contestar, que tiene «la mala costumbre de pensar que será más cómodo el correo del día siguiente que el de hoy». Exactamente lo contrario de lo que hacían sus contemporáneos, víctimas cotidianas de la *Brieffreudigkeit*. Pero sucede además, prosigue Kant, que si las cartas son serias, le «enredaban en una serie de investigaciones», aplazando indefinidamente su redacción final, y cobrándose además el esfuerzo a costa de la salud (una salud tantas veces invocada a lo largo de la correspondencia que termina haciéndose sinónimo de disculpa). Kant concluye advirtiendo al joven Herz que, si le escribe, debe resignarse a no recibir respuesta «más que de vez en cuando»...

No podemos decir que Kant animase precisamente a sus corresponsales, por eso el volumen que a pesar de lo cual tiene su correspondencia, aun siendo inferior a la de sus contemporáneos más ilustres, es un buen testimonio del interés que despertó su criticismo filosófico en la sociedad de la época. Mercedes Torrevejano, sin embargo, nos advierte de que muy pocas veces la categoría del corresponsal le movió a hacer de sus cartas «lugar de elaboración y forja de ideas científico-filosóficas».

La prosa kantiana escasas veces rebasa la contención y convencionalismo que imponía el uso de los estereotipos de la retórica epistolar, cuyo sentido llegó a plantearse en alguna ocasión[2]. En estas cartas «esenciales o minimalistas», como las llama nuestra editora, no hay lugar para las efusiones de sentimentalismo (*Empfindsamkeit*) que inundan el género epistolar del siglo[3]. Lágrimas, efusiones y poemas sólo se encuentran entre los corresponsales jóvenes (45, 50, 53...), pero nunca en las cartas del propio filósofo.

Kant no sólo está «a contracorriente» con su escasa afición a escribir cartas, sino que, además, una vez escritas se resiste enérgicamente al uso de la época de permitir su publicación. En 1781, a la muerte de Lambert, uno de los pocos corresponsales que estuvo a su altura, se alegra de la publicación de sus cartas y también por el honor de que incluyan algunas dirigidas a él, pero se niega a que se incluyan sus contestaciones, con el pretexto de «que no contribuirían en nada al realce de la colección» (37). Cinco años después sucedió lo mismo al morir Mendelssohn: «ruego también, y muy mucho, que se excluyan por completo mis cartas, que nunca fueron escritas con la idea de que las leyese el público» (48).

De todos los tópicos en torno a Immanuel Kant, el único no por más repetido menos verdadero es el de que «no salió nunca de la provincia; no fue ni una sola vez a la cercana Danzig»[4]. Si Kant

---

2 Nos referimos a la casuística de la mentira en la *Metafísica de las costumbres*, donde se pregunta si «una falta de verdad debida a la mera cortesía (por ejemplo, la expresión "su más rendido servidor" al final de una carta) debe ser juzgada como mentira», añadiendo que, de todos modos, «a nadie se engaña» con esta manera de escribir (en *Metaphysik der Sitten*, edición de K. Vorländer, Hamburgo, 1959, pp. 280-281). El lector tropezará con el problema de la mentira planteado de manera más interesante en la excepcional correspondencia con María von Herbert (63, 65 y 69).

3 Un género donde encabezamientos y despedidas desbordaban afectos varios, invocando al corazón, al amor, al alma, a la fraternidad. Por ejemplo, el médico Lavater, corresponsal también de Kant, concluye una carta a Herder balbuceando de puro afecto: «hoy, amigo, no puedo contestarte... pero tengo que escribirte... quería llorar... elevarme... deshacerme... yacer contra tu pecho... amigo de mi corazón».

4 Ludwig Ernst Borowski, *Relato de la vida y el carácter de Immanuel Kant*, traducción de A. González Ruiz, Madrid, 1993, pp. 77-78. Parte de este libro fue escrito en vida de Kant y revisado por él mismo, publicándose a su muerte.

años noventa del siglo XVIII en Alemania se acusa cierto reflujo del género. Goethe, cuyas cartas a estas alturas ocupaban volúmenes enteros, parece haberse convertido en un *Briefbasser*, y en 1827 escribiría a Carl Friedrich Zelter, diciéndole que «casi no escribo cartas y contesto a las cartas muy pocas veces, y esto se debe a una doble causa: no me interesa escribir cartas vacías, y concederles importancia me aparta de hacer cosas más serias». Más o menos, lo que había hecho Kant desde el principio.

No puede decirse que la escritura de cartas fuese para Kant «el placer social» que dice Paul Hazard cuando habla del género epistolar en la Europa del siglo XVIII, pues para el filósofo las cartas son sobre todo una carga. Ya en 1768 Herder se refería a su conocida «escasa inclinación a escribir cartas» (11). En una dirigida a Marcus Herz en junio de 1771 (20), el mismo Kant reconoce que con razón muchos le tildan de «maleducado» por la tardanza en contestar, que tiene «la mala costumbre de pensar que será más cómodo el correo del día siguiente que el de hoy». Exactamente lo contrario de lo que hacían sus contemporáneos, víctimas cotidianas de la *Brieffreudigkeit*. Pero sucede además, prosigue Kant, que si las cartas son serias, le «enredaban en una serie de investigaciones», aplazando indefinidamente su redacción final, y cobrándose además el esfuerzo a costa de la salud (una salud tantas veces invocada a lo largo de la correspondencia que termina haciéndose sinónimo de disculpa). Kant concluye advirtiendo al joven Herz que, si le escribe, debe resignarse a no recibir respuesta «más que de vez en cuando»...

No podemos decir que Kant animase precisamente a sus corresponsales, por eso el volumen que a pesar de lo cual tiene su correspondencia, aun siendo inferior a la de sus contemporáneos más ilustres, es un buen testimonio del interés que despertó su criticismo filosófico en la sociedad de la época. Mercedes Torrevejano, sin embargo, nos advierte de que muy pocas veces la categoría del corresponsal le movió a hacer de sus cartas «lugar de elaboración y forja de ideas científico-filosóficas».

La prosa kantiana escasas veces rebasa la contención y convencionalismo que imponía el uso de los estereotipos de la retórica epistolar, cuyo sentido llegó a plantearse en alguna ocasión[2]. En estas cartas «esenciales o minimalistas», como las llama nuestra editora, no hay lugar para las efusiones de sentimentalismo (*Empfindsamkeit*) que inundan el género epistolar del siglo[3]. Lágrimas, efusiones y poemas sólo se encuentran entre los corresponsales jóvenes (45, 50, 53...), pero nunca en las cartas del propio filósofo.

Kant no sólo está «a contracorriente» con su escasa afición a escribir cartas, sino que, además, una vez escritas se resiste enérgicamente al uso de la época de permitir su publicación. En 1781, a la muerte de Lambert, uno de los pocos corresponsales que estuvo a su altura, se alegra de la publicación de sus cartas y también por el honor de que incluyan algunas dirigidas a él, pero se niega a que se incluyan sus contestaciones, con el pretexto de «que no contribuirían en nada al realce de la colección» (37). Cinco años después sucedió lo mismo al morir Mendelssohn: «ruego también, y muy mucho, que se excluyan por completo mis cartas, que nunca fueron escritas con la idea de que las leyese el público» (48).

De todos los tópicos en torno a Immanuel Kant, el único no por más repetido menos verdadero es el de que «no salió nunca de la provincia; no fue ni una sola vez a la cercana Danzig»[4]. Si Kant

2 Nos referimos a la casuística de la mentira en la *Metafísica de las costumbres*, donde se pregunta si «una falta de verdad debida a la mera cortesía (por ejemplo, la expresión "su más rendido servidor" al final de una carta) debe ser juzgada como mentira», añadiendo que, de todos modos, «a nadie se engaña» con esta manera de escribir (en *Metaphysik der Sitten*, edición de K. Vorländer, Hamburgo, 1959, pp. 280-281). El lector tropezará con el problema de la mentira planteado de manera más interesante en la excepcional correspondencia con Maria von Herbert (63, 65 y 69).

3 Un género donde encabezamientos y despedidas desbordaban afectos varios, invocando al corazón, al amor, al alma, a la fraternidad. Por ejemplo, el médico Lavater, corresponsal también de Kant, concluye una carta a Herder balbuceando de puro afecto: «hoy, amigo, no puedo contestarte... pero tengo que escribirte... querría llorar... elevarme... deshacerme... yacer contra tu pecho... amigo de mi corazón».

4 Ludwig Ernst Borowski, *Relato de la vida y el carácter de Immanuel Kant*, traducción de A. González Ruiz, Madrid, 1993, pp. 77-78. Parte de este libro fue escrito en vida de Kant y revisado por él mismo, publicándose a su muerte.

no *salió de Königsberg, tampoco* hubo muchos que se acercasen a esta ciudad para conocerlo, fuera del círculo de sus lectores y discípulos alemanes, e incluso muchos más le hubiesen visitado, dice Jachmann, «de no haber estado Königsberg tan lejos, cosa de la que se han lamentado muchos ilustrados» (61). Para un Kant, inmóvil en la Prusia oriental, la única vía de comunicación con la Europa ilustrada era la correspondencia, y aquí el desinterés del *filósofo por las cartas le dejó huérfano de toda relación que fuese* más allá del ámbito germánico, a través del cual fue conociendo la difusión de sus ideas en Francia, Holanda o Inglaterra. Escasean en su correspondencia los extranjeros, y con los contemporáneos que Kant más admiraba, Hume y Rousseau, no cruzó carta alguna[5].

Extraña correspondencia la de Immanuel Kant. A pesar de las noticias que nos da de su cotidianeidad, de las vicisitudes de su vida académica y filosófica, la impresión que deja en un lector es la de cierto enclaustramiento. No hay más trasfondo real de sus cartas que no sea el de su propia filosofía. Kant sabemos que estaba excepcionalmente (y apasionadamente) informado de la historia europea de su época, pero la historia está ausente en lo que aquí escribe, a lo más una escueta alusión, por ejemplo en agosto de 1789 a «la actual crisis de Europa» (57). Son algunos de sus corresponsales los que reflejan las pulsiones de su tiempo. En octubre de 1790, desde Halle, Johann Benjamin Jachmann da cuenta a su «querido maestro y amigo» de su viaje a París para «poder estar en la época principal de su historia», el momento jubiloso de la Fiesta de la Federación en el Champ de Mars (61). Tres años más tarde, el 5 de octubre de 1793, en pleno Terror, Johann Erich Biester testimonia lo que ya sabemos, la fama de Kant, como de la mayoría de los intelectuales alemanes de la época, de ser simpatizante de la Revolución francesa. Bien es verdad que, a continuación, expresa su alivio por la publicación del artículo de Kant «En torno al tópico: "Tal vez eso sea correcto en teoría, pero no sirve para la práctica"», que el antiguo consejero

[5] Goethe, a pesar de la admiración que le profesaba, nunca le escribió y mucho menos se molestó en viajar para ir a visitarle. *Realmente Königsberg quedaba muy lejos...*

ministerial prusiano se apresura a interpretar como prueba de la falsedad que suponía atribuir al filósofo cualquier pensamiento revolucionario, que habría significado, prosigue, la aprobación de una «revolución cada vez más repugnante», complacida en las decapitaciones, «actuando más con manos ensangrentadas que con el trabajo de la razón»[6].

Como no podía ser de otra manera, ya en el año de la muerte de Kant comenzaron a ser publicadas cartas suyas, primero incluidas en las biografías tempranas, después publicadas aparte, hasta llegar a la monumental edición de la Academia, la Ak., y a la más reducida de Otto Schöndörffer, reeditada por Rudolf Malter y Joachim Köpper en la clásica Philosophische Bibliothek de Felix Meiner, Hamburgo, 1972. Y con las publicaciones en Alemania las traducciones fueron llegando a partir sobre todo de los sesenta del siglo pasado. Se trató en general de muy pocas cartas, la publicación más extensa, la de J.-L. Bruch al francés en 1969, incluye sólo algo más de una veintena. El lector, por lo tanto, se encuentra con estas noventa y ocho cartas de Kant en posesión de un tesoro del que, hoy por hoy, no disponen otras lenguas.

Pero cada libro tiene su historia, y uno podría preguntarse por qué aparece ahora y aquí esta traducción. El progenitor de la empresa fue Gonzalo Borrás, director de la Institución «Fernando el Católico» y «mi carísimo y dilecto amigo», como diría Kant, y quien con motivo del bicentenario del filósofo decidió, dijo, que algo había que hacer en Aragón. Acogió después con «ánimo ilustrado y cosmopolita», por seguir hablando como el filósofo alemán, la idea de patrocinar la traducción de una selección de la correspondencia kantiana. De esta importante tarea se encargó la profesora Mercedes Torrevejano, catedrática de Metafísica de la Universidad de Valencia y acreditada kantiana, a la que hay que agradecer no

6 La carta no figura en esta selección, es la 596 de la Ak., y la 335 de la edición de Meiner. No es éste el lugar para juzgar lo justificado de la alegría experimentada por el Il. Excmo. señor Biester a la lectura del artículo. En todo caso no significaba que Kant repudiase a la Revolución, el filósofo, como otros muchos, le fue fiel a su manera hasta el final. Ver, por ejemplo, P. Burg, *Kant und die Französische Revolution*, Berlin, 1974, p. 261 ss.

sólo el trabajo de selección y traducción de las cartas, sino además el establecimiento de los apéndices y notas que facilitan la lectura de los textos. Las ilustraciones y las elegantes siluetas de la época las eligió Daniel Pelegrín Nicolás.

Juan José Carreras Ares



Retrato de Kant realizado por Johann Gottlieb Becker en 1768.

KANT Y LA IDEA DE ILUSTRACIÓN
Moralización y voluntad de verdad

¿Qué podremos decir, una vez más, de Kant? ¿No se han agotado ya todos los tópicos sobre su figura y su obra? Y sin embargo, una y otra vez, hablar de Kant nos coloca ante un desafío: por la desmesura del propósito, por el temor a la injusticia, por la magnitud del panorama, por la grandeza de la presencia humana que envuelve a quien se atreve a dejarse llevar, a pensar y pensarse en sus textos.

Desde hace muchos años, los azares de mi iniciación a la lectura de Kant me llevaron muy pronto al recorrido de sus cartas. Y digo «recorrido» porque la mención tópica de algunas de ellas en los intérpretes que a la sazón teníamos a la mano incitó sobremanera mi curiosidad. De modo que, siguiendo la huella de aquellas tópicas citas, exploré la correspondencia de Kant a la caza de los lugares más inexplorados. En busca de motivos intelectuales, de aclaraciones de sus conceptos, expuestas en la forma tal vez más auténtica de la privacidad, de la confesión de intenciones, del cara a cara con quienes le preguntaban y objetaban, en un contexto donde el autor no se siente estampando la firma de *auctor*, como cuando envía sus pensamientos a la imprenta. Es un contexto donde los perfiles o la figura real del personaje quedan tal vez más a la vista. Pero no es sólo eso: se trata también de que una correspondencia desvela junto al personaje el mundo que le está adherido, que hace figura con él.

La historia de las sociedades, de las instituciones, de los hechos de la razón que diría el propio Kant parece enseñarnos que ni el saber, ni el arte, ni la virtud, en todas sus proyecciones hasta lo más público de lo público, llegan a habitarnos de un modo conformado, ofrecido como excelente e irradiante, si la vir-

tud, o el saber, o el arte, no se dan algo así como en constelación, como sucede en el universo físico con el comportamiento de las masas estelares. Las coyunturas que llegamos a calificar de históricas, y que admiramos como ejemplares, condensan un cúmulo de circunstancias, que ante todo son cúmulo de voluntades, de sueños, de ideales compartidos. Cierto que estas afirmaciones pueden sonar a verdades de Perogrullo, «condenados» como estamos a convivir y a hacer con los demás. Y que las coyunturas históricas pueden con frecuencia tomar también, por ello mismo, el tono y el cariz de la miserable perversión de la verdad y de la virtud, que sin remedio envolverá también a las sociedades.

Pero la remembranza de esa convicción quiere referirse a la habilitación crítica de ese hecho inevitable en el cuidado consciente, intencionado, de la vida. Algo que creo puede verse en Kant, y que de modo incontestable Kant nos devuelve, en parecidos términos, tanto reflexionados como ejercidos; y ello en los dos planos inseparables: el de la propia vida personal, y el de su conciencia como hombre de la Ilustración y de la universidad, llamado especialmente al ejercicio de la Filosofía. En este preciso sentido, Kant simboliza de manera ejemplar la cristalización, *more moderno,* de una precisa y exigente dinámica humanizadora, capaz de aunar conciencias y libertades en torno al viejo sueño –humano, irrecusablemente humano– de la sabiduría.

Kant es entre nosotros sobradamente conocido, si es que lo que merece ser conocido puede serlo alguna vez en demasía. Nuestra producción bibliográfica, nuestras universidades y centros de investigación cuentan con pléyade de excelentes y reconocidos kantianos. Prácticamente la totalidad de lo publicado por Kant se ha traducido entre nosotros, incluidas algunas de sus Lecciones de Lógica, Ética, Metafísica: tarea de larga vida ya, que tiene capítulos importantes en la generación de Ortega –pensemos en García Morente, pasando por la gran labor pionera que antaño ejerció en esa transmisión de Kant el mundo hispanoamericano–; y que ha florecido extraordinariamente en los últimos años, hasta el punto de que algunas de sus obras paradigmáticas se han traducido más

de una vez (*Vid. infra* Apéndice II, *Escritos kantianos*). Pero desgraciadamente eso no ha sucedido todavía con sus cartas, a no ser la famosa a Herz de 11-2-1772, inserta en la espléndida edición de la *Dissertatio* de 1770 que introduce J. Gómez Caffarena, a quien tanto debe el kantismo de nuestro país, desde los años sesenta del pasado siglo. A lo que hay que añadir la carta a Federico Guillermo II que el propio Kant introdujo en *El conflicto de las Facultades* o *La contienda entre las Facultades*...

Sin embargo, la selección presentada aquí, ahora, dista mucho de ser todo lo completa que debiera y que Kant merece. Limitados por la extensión del libro, por el objetivo de la publicación, se ha intentado, a modo de «prueba» de festín, ofrecer a un amplio público de lectores un contacto vivo y estimulante con la persona, el estudioso, el ilustrado, el maestro de pensamiento, el hombre en suma que fue Manuel Kant.

Su condición de solitario inconmovible, de sedentario convicto, amante de la vida, de la buena mesa, de las formas refinadas, y de la buena conversación en compañía bien seleccionada; sus hábitos de trabajador organizado, de cuidadoso administrador de sus intereses económicos; su estilo reservado, pudoroso, y hasta un tanto distanciado de los afectos familiares; su pasión por el conocimiento, ejercida siempre según reflexión analizadora y metódica, buscadora de distinciones y de planos, acompañada por una gran curiosidad por las novedades en los campos más dispares del saber; su atenta vigilancia de su época y de los centros de influencia, a través de los gestores editoriales, de los colegas lejanos, de los discípulos jóvenes, en las distintas etapas de su vida; su actitud respetuosa de las formas, de las reglas institucionales, de los representantes del poder público; su íntima disposición de hombre libre de espíritu, de sinceridad insobornable, sostenida por elocuentes silencios en las situaciones límites; de independencia incorruptible de juicio y de acción; su exigente cuidado de la amistad; su fidelidad y admiración discreta pero incontenida, por la virtud o la excelencia de personas encontradas fortuitamente, de prácticamente nula interferencia en lo que

hoy diríamos sus intereses –como es p.e. el caso de Garve, o el de Hufeland–; todo ello acumulado, nos fuerza a ir más allá del Kant al que apela nuestro academicismo, o nuestro sentido de las ideas y de su historia; nos lleva al hombre, o si se quiere, a lo humano que nos concierne de modo irrenunciable, que toca nuestro propio fondo, siempre eludido en medio de los tópicos de nuestro celo de estudiosos profesionales de la filosofía.

No se trata de contemplar hagiográficamente a Kant. Sólo simplemente, tal vez, de atrevernos a ver en nuestra curiosidad por su trabajo intelectual filosófico –centro de gravedad de su vida, y de su correspondencia– la medida humana que le da realidad concreta en los días y en los afanes. Pues una de las características de Kant es precisamente la simplicidad del trazo que modela su vida, es decir, la tremenda estabilidad –incompatible con la rigidez– de su sistema existencial. En todo caso, ni el conjunto de sus cartas, ni los datos que hay detrás de ellas sobre relaciones, hechos, conflictos, permiten avistar rasgos o episodios de pequeñas o grandes miserias de Kant. Los tópicos que hablan de su rigidez o de sus extravagancias, cuando se examinan más de cerca, acaban siendo simples informaciones sobre unos hábitos, o una forma de vida más bien simple y disciplinada que extravagante. Tal vez lo que suceda es que un determinado grado de conjunción de cualidades, de actitudes y de comportamientos adornando la coherencia de una vida asentada en principios, por muy poco espectacular que cada rasgo sea, si además resulta haber estado atravesada por la genialidad del pensamiento, nos tenga que parecer una pura rareza.

1. Al margen de la eficacia de cualquier correspondencia en orden a una biografía celosa de todos los detalles, la correspondencia kantiana nos da ocasión de avistar un fenómeno propio de su época: recordemos que la correspondencia entre ilustrados, o sabios, o eruditos (*Gelehrte*), constituyó en el siglo de Kant un verdadero género literario, una práctica social, un método imprescindible en la difusión y creación de ideas: la carta se construye como pieza literaria y teorizadora de mil cosas, al mismo tiempo

que destila sentimientos y vida; de otra parte, la comunicación más personal de sentimientos se expresa en términos de posición intelectual, reflexionada, ofrecida al mundo; cuestiones de Física o de Arte, y por supuesto de Filosofía, se vierten en cartas: Lambert, Euler, Schiller, Herder son muestras a la mano. La propia creación literaria –novelas como el *Werther* de Goethe o *La nueva Eloísa* de Rousseau– adoptan la forma de una correspondencia. Pues bien, a la propia filosofía kantiana le alcanzó ese destino: precisamente el trabajo que tal vez más contribuyó a difundir la filosofía de Kant, se publicó en una serie de «entregas» mensuales bajo el título y forma de *Briefe über die kantische Philosophie* («Cartas sobre la filosofía kantiana»), cuyo autor fue Carl L. Reinhold, uno de los personajes más influyentes en el mundo de las publicaciones, a partir de los ochenta, gran admirador y amigo de Kant, a quien éste estuvo siempre agradecido, aunque lo viera derivar filosóficamente en un sentido que le contrariaba.

Sin embargo, precisamente en este punto, es decir, en cuanto al sentido que da a ese medio de expresión que es la carta, Kant se muestra diré que minimalista o *esencial*. En realidad, a contracorriente de la época. Muy pocas personas, por no decir prácticamente ninguna, y siempre muy limitadamente en el tiempo, suscitaron en él algo de interés por la correspondencia como *lugar de elaboración y forja de ideas científico-filosóficas*. En realidad, tal posibilidad no llegó a ser puesta en práctica por Kant. El lector juzgará por su cuenta hasta qué punto tal vez sólo el malogrado Lambert, y Moses Mendelssohn –a quienes admiraba harto, a quienes veía a la misma altura, construyéndose igualmente el propio camino, en cercanía de edad y de ideales ilustrados–, o más adelante Garve, habrían cumplido la condición de posibles colaboradores por este camino. Pero ese tipo de relación epistolar hiladora de temas no cuajó. Lambert murió prematuramente y Mendelssohn («el gran Moses») se desentendió del giro copernicano (*Wendung*), en su significado teórico estricto, aunque fue como un modelo respetado por Kant en las cuestiones prácticas y de filosofía de la religión.

Pero la razón principal que impide hacer valer la correspondencia de Kant en esa perspectiva estriba, a mi juicio, en su resistencia a la exposición de ideas poco probadas o elaboradas previamente ante sí mismo; o si se quiere ver de otra manera, en su gran sentido académico-escolástico o constructivo de los temas, y de las cuestiones, según reglas lógico-metódicas. De ahí que tal dinámica envolvente del trabajo filosófico, la correspondencia, no cuajara en su caso, dada la radicalidad con que se planteó su propia tarea desde aproximadamente 1764/1765 –cuando irrumpen en su vida Lambert y Mendelssohn– hasta 1781, cuando se alumbra su revolución copernicana. Una vez alumbrada la *Crítica de la razón pura*, las posibilidades de una correspondencia creativa o en la forja de ideas quedaron definitivamente condicionadas por el inmenso peso sistemático que la Crítica arrastraba tras de sí. Pues la obra era ante todo un programa de trabajo. De ahí que desde 1781 Kant hable en sus cartas, cuando se refiere a sus planes de publicaciones, de su «negocio crítico», y supedite toda posible exploración intelectual en conversaciones por escrito a la reflexión expositiva orientada a explicarse sobre la gran obra, exponente ante todo de un cambio en la manera filosófica de pensar. En este sentido Kant es, a partir de 1781, un hombre concentrado y casi monotemático. La propia *Crítica de la razón pura* se convierte en punto de referencia de su relación con la mayor parte de sus *partenaires* epistolares. Y hay que resaltar que se trata ante todo de la primera Crítica, pues en realidad las obras posteriores se supeditan, como exigencia derivada y ocasión de dilucidaciones, a las directrices que quedaron marcadas en la primera obra[1]. En este condicionado sentido, el intercambio y forja de ideas vía correspondencia es (será) más bien para Kant amable confirmación de lo que piensa, respuesta

[1] «En este momento mi *Crítica de la razón práctica* está en Grunert [editor]. Contiene algunas cosas que pueden resolver los malentendidos de la teórica. Inmediatamente me voy a dedicar a la elaboración de la *Crítica del gusto*, con lo que habré cerrado mi negocio crítico, y podré pasar a la parte dogmática. Pienso que debería salir antes de Pascua». Carta a Jakob de 11 de septiembre de 1787. Este tipo de mensaje acompañará como un eco la marcha de su trabajo hasta los años noventa.

a preguntas y malentendidos, cosa que convierte las cartas de Kant a veces en excelentes alternativas a textos de su obra, cuando no se queja por no haber sido entendido; pero un paso más allá, y en compatibilidad con lo anterior, aparecerá en su correspondencia ese tipo de personajes que irrumpen con proyectos de exposición, comentario, tratamiento y uso académico de sus escritos, cosa que suscita siempre la excelente acogida de Kant, que a modo de maestro se brinda a orientar sobre el formato de esos trabajos. Quienes le escriben lo hacen con entusiasmo y veneración por los grandes horizontes que su lectura les ha abierto. Pero no siempre estaremos ante un *partenaire* en cuyo intercambio de cara al criticismo Kant encuentre a la larga interés intelectual. En este punto de la valoración o interés que le suscitan sus comunicantes, Kant se mueve: entre la cortesía que desde un comienzo elude el diálogo –cuando ve que quien le escribe anda despistado o desenfoca–; el cultivo afable y amistoso de los colegas y discípulos fieles, que llegan a desenvolverse con soltura, a *mentalizarse en la filosofía crítica*, y la adoptan como académicos; y el trato afable, respetuoso, y profundamente atento hacia quienes inciden creativamente, resultando a la postre ser más o menos problematizadores de sus ideas en puntos clave. Se trata de los llamados por él «mis amigos hipercríticos», de los que a la larga parece cansarse: silencio o cartas que quedan sin respuesta, evasivas y alguna vez la fina ironía de confesarse poco capaz de tanta sutilidad son modos de mostrar ese cansancio. Fichte, Beck son casos claros de este tipo de relación. De otro modo –pues la amistad y la estima habían llegado a ser intensas–, la relación con Reinhold deriva por la misma ruta.

¿Los abiertamente enemigos polemizadores? Kant ha sido poco amigo de polémicas. Y esa afirmación vale a pesar del desafío que él mismo planteó en los *Prolegómenos* (1783) al anónimo «recensor» de la *Crítica* en *Zugaben zu den Göttinger Gelehrten Anzeiger* de fecha 19 de enero de 1782. Y a pesar del caso Eberhard. El primer episodio acabó en un encuentro confortablemente amistoso y estimulante para Kant, pues fue Garve quien dio la

cara, en una de las cartas más admirablemente ejemplares de la correspondencia kantiana, por su tono de humanidad; cosa que en cierto sentido, sin que Garve se propusiera tal cosa, devolvía a Kant el desafío en clave moral. La nobleza e inteligencia de Garve, su magnanimidad hacia el verdadero «facedor del entuerto», generaron en Kant un profundo sentimiento de admiración y amistad que los unió hasta la muerte de Garve.

El «episodio» Eberhard constituye, por otra parte, el único ejemplo estricto de entrada kantiana en polémica. Lo hizo con parsimonia, y convirtiendo el asunto en una suerte de revisión esclarecedora del propio sentido de lo hecho en la *Crítica de la razón pura*[2]. La correspondencia ayuda a ver que se sintió bastante empujado por esos jóvenes académicos que, identificados con Kant, hacían bandera del criticismo, y estaban, por así decir, en la tesitura de compartir escenario con él. (Es el caso clarísimo de Reinhold.) En este punto personas como Bering y Garve, ejemplos ambos de cabezas sólidas, ilustrados de gran personalidad, sin pruritos de protagonismo alguno, entendían que la entrada de Kant en esa polémica no valía la pena, porque no contribuía en nada a salvar a Kant de ningún desprestigio, dada la poca solidez, por sí mismo, del personaje que la había promovido[3].

Entre sus comentadores/difusores, adeptos a la *Crítica de la razón pura*, Johann Schulz (o Schultz) constituye un caso apreciable de excelente relación, de constante reciprocidad en la estima, de seguridad por parte de Kant de que «es el que mejor le ha entendido». Garantizó muy pronto con sus recensiones y *Aclaraciones...* sobre la Crítica una acertada comprensión de lo que

---

[2] Se trata de la obra *Über eine Entdeckung...*, traducida como *Sobre un hallazgo...* o *Sobre un descubrimiento...*, comúnmente citada como *Respuesta a Eberhard*. *Vid.* Apéndice II. *Escritos kantianos*.

[3] Por cierto, Eberhard había ocupado en Halle la Cátedra que le había sido ofertada a Kant en 1778 y que éste no aceptó. Le hizo la propuesta el barón von Zedlitz en carta de 28 de febrero. Eberhard, estricto leibniziano-wolfiano, venía polemizando contra el kantismo en sus clases. En 1788 funda el *Philosophisches Magazin*, con el objetivo de combatir la filosofía crítica. El primer número iba enteramente contra Kant y había sido escrito totalmente por Eberhard.

Kant había hecho, cosa que alivió a éste, preocupado por su incapacidad para hacerse entender. Matemático como Lambert, cabe suponer que Schultz representa en la vida de Kant ese *topos* a sus ojos seductor, brillante, aleccionador y peligroso al mismo tiempo para la metafísica, que son las Matemáticas, ese «brillante ejemplo» de ciencia que camina gloriosamente de la mano de la razón, procediendo por conceptos, sin trabas o reproches por parte de la experiencia. El caso de Beck, matemático también, es indicativo de esto mismo: de entrada Kant valoró la relación con Beck, porque a su juicio ciertas perspectivas de la Crítica sólo las podría comprender y desarrollar adecuadamente alguien con esa formación. Otra cosa es que la esperanza no se cumpliera como él había imaginado.

Hay un nuevo tipo de relación intelectual, bajo el mismo general condicionamiento, y compatible con cualquiera de los casos anteriores, que se impone desde otro matiz: se trata de los amigos discípulos, adeptos al giro copernicano, letrados profesores también, que representan el poder mediático, la administración o dirección de periódicos y revistas científicas, en las que se debatirá la filosofía kantiana: Biester, Schütz, Reinhold-Wieland.

Como puede deducirse dadas las veces que ya lo hemos citado, el caso de Reinhold es muy especial. Se trata de un *partenaire* polivalente: Kant le profesó siempre respeto y afecto, pues en cierto sentido había sido el gran responsable de la difusión de la filosofía kantiana, como hemos dicho más arriba. Amigo de Herder, había escrito un artículo defendiéndolo de la recensión que en enero de 1785 Kant había hecho de la I Parte de las *Ideas para la Filosofía de la historia de la humanidad*, del gran predicador. Defensa que no fue obstáculo para que se entusiasmara con la filosofía de Kant, se hiciera su amigo y se convirtiera, en cierta manera, por unos años, en omnipresente decidido mediador de las relaciones de Kant con la vida intelectual de su tiempo, proporcionándole cancha en el *Teutsches Merkur* –que prácticamente dirigía–, noticias, conocimiento de terceros, y juicios sobre las actitudes de otros académicos y universidades ante la filosofía crítica.

Avanzando el tiempo se van perfilando ante nuestros ojos algunos de entre todos ellos como personas que escriben a Kant como si se hubieran insertado de una manera *quasi* familiar en su vida: Se trata de jóvenes académicos, que ejercen de estrictos discípulos, a quienes reconoce inteligente conocimiento y manejo de las tesis críticas, de quienes en algunos casos fue maestro, cuyas vidas profesionales e intelectuales ha seguido y contempla con agrado y respeto: Es el caso de Wasianski, de Borowski, de los hermanos Jachmann, de Kiesewetter, y en cierto sentido de Tieftrunk.

En los intersticios, aparecen inevitablemente personajes de toda índole: los familiares estrictos, los buenos amigos de la vida diaria, con quienes comparte mesa: banqueros y comerciantes de Königsberg, cargos administrativos de la ciudad, como Hippel; profesionales de otras profesiones, que han intercambiado publicaciones con él, sus distintos libreros y/o impresores. Y algunas mujeres. La selección se ha esmerado en hacer ver esta faceta, escueta y curiosa, pero igualmente significativa.

En el recuento de las figuras que se cartean con Kant llama la atención una: El fiel Marcus Herz, discípulo y amigo inconmovible, el confidente privilegiado de los años «silenciosos», maestro de kantismo en sus cursos en Berlín, el médico que sigue sus altibajos de salud, el sabio al que consulta con interés y cuyos escritos sigue y comenta. No se agotan los tipos; el lector sabrá completar el cuadro.

2. La titulación de los capítulos –aunque no se ha roto el hilo del tiempo–, intenta transmitir la idea de una cierta secuencia con sentido, o una cierta interpretación de lo que constituyen los hitos de la vida de Kant. Una vida anclada en la pasión por el conocimiento, en la voluntad de realizar una tarea de revisión de los grandes problemas antropometafísicos, según las urgencias y el impulso de una época considerada por él como «de ilustración», más que como estrictamente ilustrada. Kant piensa en el corazón de una época venida bastante plenamente a la experiencia de secularización de la vida humana. Podría decirse que esa

situación, a modo de *kairós*, ha puesto delante del hombre todo el peso y toda la intensidad de su propio sentido, consistente en el tener que hacerse cargo de su racionalidad. Kant diría que con esa carga que es la razón, precisamente con esa carga, la propia *vida humana* es la *gran tarea pues* es un necesario 'por hacer'. Pues la razón consiste justamente en ser como un haz de posibilidades a la espera de su realización. De otro modo, la estrecha imbricación de vida y razón es la experiencia primaria que dirige la fijación de los estados de cuestión en su reflexión.

Pero lo que se acaba de decir tiene el sabor de juicio sumario. Y un juicio así está siempre suspendido por encima de las elecciones y de los actos que nos expresan. Por eso nuestra revisión de la correspondencia kantiana ha buscado dar con un privilegiado hilo de Ariadna, en un laberinto de idas y venidas, de reconocimiento de huellas, intentando asegurarnos de la postura que marcaría el equilibrio de esa figura: su centro de gravedad. Un centro que se nos ha trocado complejo. Pues hemos visto a ese hombre Kant:

- En *el cuidado de la tarea filosófica* que le entrega la tradición, *significada eminentemente por la temática metafísica.*
- Buscando restaurarla o decantarla por *el camino de una exigencia metódico-científica.*
- Y para que eso sea posible, obligado a introducir en la problemática filosófica *una tarea propedéutica, de dilucidaciones previas, centradas en el hombre o más concretamente en la razón humana*, celosa propietaria de la tarea que llamamos filosofía. El análisis deberá medir esa razón humana en cuanto capaz de acometer los diversos asuntos filosóficos, cuya cifra es la metafísica. (Aquí se inscribe y recibe todo su sentido la gran obra programática: la *Crítica de la razón pura, como examen de la misma razón.*)
- Toda esa revisión y nueva tarea filosófica ancla en un *asunto radical o definitivo: la determinación o destinación metafísico-moral del hombre.* Aquí, como contrapartida, está la

clave de la tremenda pregnancia que se registra en la obra kantiana del tema de la moral; y de la religión.

Pues en definitiva, la exigencia crítica que impone la época, y que lleva a que la razón se haga cargo de dirigir la vida humana, no es otra cosa que llevar a la razón a la autenticidad de su significado *liberándola de sus «minorías de edad». Minoría de edad* significa: que sus afanes especulativos de todo orden estén *dirigidos por* desmesuras que le hacen creerse una razón poderosa capaz de dominar los objetos más altos, hasta Dios mismo; minoría de edad significa que sus afanes prácticos remitan los fundamentos del obrar a mandatos, a reglas que lo sostienen en principios extraños a la razón, o que la supeditan a sus pasiones instadas por y desde su sensibilidad. Cuando Kant contempla la minoría de edad de la razón, piensa sobre todo en el sentido último de sus afanes prácticos, que no es otro que la prosecución y logro de su figura moral.

En esta doble perspectiva, la situación de la filosofía es para Kant, desde sus primeros años académicos, la de un cierto callejón sin salida, evidenciado por el gran hecho de la revolución científica, simbolizado eminentemente por Newton. Kant vive la situación de modernidad de la razón filosófica que viene de Descartes, que pasa por Locke, por Hume, por Leibniz, por los moralistas ingleses, como una situación de inestabilidad, de perplejidad, de encrucijada, que se detecta sintomáticamente en los problemas base de la Filosofía: los problemas metafísicos, los más altos y difíciles, pero también los más interesantes, aquellos que se refieren a Dios, a la libertad, al alma inmortal. A los ojos de Kant, la crítica de Hume, ese hombre agudo que ha llamado la atención sobre la condición empírica de la razón, ha llevado este problema de nuestro saber –que imbrica, no lo olvidemos, nuestro conocimiento y nuestra acción– a un lugar insatisfactorio, pues ha abierto la espita del escepticismo, socavando el propio sentido de la razón como dotación singular del hombre en el seno de la naturaleza. Tan singular que por ella, por la razón, el hombre es el ser que aun emer-

giendo de la naturaleza se distancia absolutamente de ella. Esa es la paradoja, la extraña dualidad de lo humano.

De ahí que Kant, filósofo insobornable, se obstine en secundar la exigencia de crítica de la época, asumiéndola precisamente por el camino analítico-metódico: poniendo entre paréntesis cualquier conclusión posible más o menos tradicional y arraigada, más o menos grata al espíritu revisionista de la época (extremos todos), para dar vueltas al modo y manera en que la razón puede habérselas con las cosas, estipulando verdades sólidas y estableciendo razones que den certeza científica al saber, y, paralelamente, dilucidando los principios racionales del obrar en su sentido más radical: en cuanto la razón se encuentra afectada por el deber, o en cuanto razón moral, que es la misma cosa.

Dicho de otra manera: el perfil lógico de toda aquella secuencia de trabajo que Kant programa no es baladí. Pues no es puro programa de trabajo consistente o aislable por sí mismo, que perteneciera a un ámbito de cosas de la vida no directamente determinantes *para la vida misma* (como pueda serlo un avance físico o matemático, más o menos pleno de eficacias útiles para nuestro bienestar). Se trata de un programa de alcance antropológico que no oculta estar dirigido por la cuestión de la plenitud (moral) del ser humano.

A partir de ahí, la filosofía entendida como destinación natural del hombre evoca de nuevo en Kant su comprensión –que viene de lejos– como doctrina de la sabiduría (*Weisheitslehre*). Cuando Kant hace este tipo de consideraciones busca situar la tarea filosófica que le ocupa en el hilo de la historia, en el camino que ha soñado al hombre, representándoselo bajo el paradigma del *sabio*, identificado finalmente como *el filósofo*. De este modo Kant, ilustrado plenamente secularizado, consuma con su filosofía la Ilustración.

No tiene nada de extraño que la tarea filosófica kantianamente entendida haya de calibrar el lugar y sentido de la religión cuando Dios, revelándose, es oferta y apertura de Sí a la razón. Es decir la Crítica en Kant –más allá, o más acá de las proclamas de la época que asocian la crítica de la religión a la de la supersti-

ción–, ha de situarse ante la religión, cuando se habla de religión en el sentido más fuerte de la autorrevelación de Dios a la razón humana: lo representado para Kant por el Cristianismo. Pues bien, también la tarea deberá medir el sentido de la religión «dentro de los límites de la mera razón».

El Kant que acaba tejiendo todo ese cuadro de asuntos ineludibles, situando los hilos de la trama de la filosofía de modo que dibujen un lugar –interrelacionado con los demás– para cada problema, no es un Kant simplemente académico, aunque todo ese tejer se realice y deba realizarse por modo académico; es el Kant humano, que traduce o traspasa el fondo existencial de todo ser *racional preguntándose por su destino: ¿Qué pasa con todo esto*, con mi conocer, con mi obrar, con mi estar entre los otros, con lo que los hombres hacen en común, qué pasa conmigo, con la felicidad a la que aspiro? Y ¿qué juega Dios y la religión en todo esto?

Con esto quiero decir que los perfiles esenciales del giro kantiano, que afectan a su propuesta filosófica, no podrían entenderse, aun bajo el supuesto de su talento, como efecto de una simple prosecución académica de los temas, o ni tan siquiera por la presión del clima intelectual de la época, inquieta, ávida de la aventura literaria, de la publicación, de la recensión y el comentario, consciente de su destino como «época» revisionista o «de ilustración»; hay que preguntarse si hubiera sido posible la filosofía kantiana sin el peso determinante de su pasión por la verdad, *sin su percepción acerca del modo como concierne al hombre tal problema*, y en suma, sin su inquietud por el sentido de la completa determinación o plenitud moral del hombre.

3. Presidida por la idea de mostrar ante todo el estilo, para *encontrar al hombre –como diría nuestro Ortega–, la selección* ha querido insistir, *en primer lugar*, en el arranque del camino. Los años hasta 1781 –las cartas que ahí encontramos– iluminan claramente *el empeño* tras esa posición metódico-filosófica de la que hemos hablado, al mismo tiempo que *la autenticidad del empeño*; y esto último, tanto por la ambición en cuanto a su radicali-

dad y alcance, como por la exigencia en cuanto a la verdad de la cosa encontrada. Por mucho que le urgiera la carrera académica, esos primeros años –de 1762 a 1770 y después, hasta 1781– muestran el tipo de camino que ha elegido Kant: aquél en que prevalece la autenticidad filosófica sobre la imagen de fecundidad académica, o, si se quiere, aquél en que prevalece el hombre honesto sobre el profesional de talento capaz de ofrecer trabajos académicos al público sin demasiado esfuerzo.

Las cartas escritas por Lambert o a él dirigidas en este doble espacio de tiempo, a pesar de su carácter tan estrictamente temático, no podíamos eludirlas, porque en ellas se miden dos hombres que entran de nuevas en la tarea de su vida y que comparten un mismo espíritu y un mismo diagnóstico sobre la situación intelectual; y porque la gran figura de Lambert –digna de ser conocida por sí misma– nos da una magnífica e inicial medida del Kant meticuloso, apasionado por el problema metódico de la filosofía, en aras del logro de su figura científica, concienzudamente ambicioso de sopesarla en términos sistemáticos –y, por parte de Kant–, no elusivos de la dimensión práctica de la razón.

En ese momento, y como contrapartida, la aparición fugaz de su conversación con Herder –y algo más tarde de su conversación con Hamann a propósito de un escrito de Herder– ilustra y nos hace vislumbrar ya la renuncia de Kant a otorgar cualquier visto bueno a ninguna clase de *Schwärmerei,* de ensoñación o fanatismo, una convicción, o tal vez mejor dicho, un sentimiento (¡oh, paradoja!) que jamás le abandonará.

Este contexto de exigencia explica y hace bastante lógico –pese a su aparente carácter de *exabrupto*– ese sorprendente escrito kantiano de 1766 que fueron *Los sueños de un visionario*... Aunque fuera un escrito ocasionado por unos extraños hechos, se explica que Kant hiciera causa de esos hechos para dar cierto cuerpo, concreción conceptual y organización metódica al problema de la metafísica, tras el que andaba, planteándose la cuestión del acceso del espíritu a sus objetos, de las condiciones de ese acceso, de los respectos espacio temporales en los que los

fenómenos del mundo se insertan y se constituyen en datos para *el conocimiento*. Nos referimos a la espléndida carta a Mendelssohn sobre esa obrita, carta en la que asoma claramente su fibra intelectual y humana. Y en la que vemos a Kant definitivamente anclado en el rechazo del dogmatismo intelectualista y decidido a buscar el lugar y papel de la sensibilidad. Podemos colegir que Newton y Hume han hecho ya en Kant «benéficos estragos».

Los años silenciosos tras la *Dissertatio* de 1770 ofrecen una de las facetas más desconocidas de Kant: su atención y colaboración en tareas explícitamente pedagógicas, en contacto y complicidad con grandes ilustrados a los que respeta profundamente. Y nos dan igualmente la medida de la profunda tesitura de Kant en el problema de la moral y de la fe religiosa. Los grandes tópicos que se consagran en sus obras de moral y religión, bastante más tardías, no tendrán nada de novedoso. El *homo religiosus* nunca negado por Kant juzga el don de la fe revelada como un obsequio a su razón, nunca como una sustitución. Antes y desde sí y su razón es *homo moralis*. La carta a Lavater de 1775 que se ha seleccionado da que pensar. Estructuralmente aquellas obras sistemáticas sobre moral y religión podrán verse en dependencia lógico epistémica respecto de la *Crítica de la razón pura*, del programa crítico, pero evidentemente razonan y repulen, por así decir, posiciones y convicciones que han precedido a la configuración del giro copernicano. Lo cual ayuda a ver que su actitud ilustrada ha tenido un arraigo primario y –en esa medida– una función directiva en el orden de la moral, desde donde ha caminado hasta convertir a Kant a este respecto en el filósofo de la sospecha acerca del interés *teórico* de la razón por la metafísica: un interés meramente derivado, imposible de erradicar, y envuelto en sofismas, proyectado desde el interés *práctico* por sus objetos. Esa idea, esclarecedora de tantos afanes y fracasos de la razón, es esencial al kantismo. Y está posibilitada ya en estos comienzos, aunque no hubiera madurado todo el sistema crítico de la razón, ni se hubiera desentrañado su dialéctica.

En contrapartida con esta primera etapa, la selección a partir de los años noventa era bien difícil. El volumen de correspondencia de estos años hasta su muerte es inmenso. Sin embargo, de nuevo en esta etapa hemos creído comprobar que la correspondencia podía dejar traslucir con cierta prevalencia los rasgos que definen la figura humana.

Kant vive en estos años una situación impensada para quien ha alcanzado la cima de la fama y un reconocimiento inusitado de *auctoritas* intelectual y moral en toda Alemania: la sombra de la censura, reflejo de prevención ante lo que llegaba de la Francia de la Revolución.

La muerte de Federico II en 1786 va a romper en buena medida la dinámica de apertura ideológica, de fomento de ilustración que tanto había elogiado Kant en su escrito sobre el tema. Wöllner, el nuevo ministro de Federico Guillermo II –sobrino sucesor del gran Federico– entra en 1788 y sólo seis días después se emite el famoso Edicto sobre la Religión. Meses antes Kant había publicado la *Crítica de la razón práctica*. Obviamente el nuevo clima político-cultural no garantizaba ya a estos temas una recepción sin reservas. De alguna manera se ha roto el encanto de la indiscutible admiración y respetabilidad ideológica del gran maestro. Los años noventa lo evidencian. Vemos a Kant ante bloqueos de censura, y al mismo tiempo intentando sortearlos, incluso teorizando ante su Universidad (la Facultad Teológica en concreto) sobre el lugar donde han de residir, de derecho, las competencias de la censura para un escrito filosófico. Lo que se ventiló en estos empeños fue la publicación, por fin lograda, de *La Religión dentro de los límites de la mera razón* (1793), toda una odisea, pues lo inicialmente concebido por Kant habían sido cuatro breves escritos, acordados con Biester, en el *Berliner Monatsschrift* (*BMS*). La publicación, al fin lograda bajo la forma de libro, tuvo gran éxito, de modo que en el plazo de un año se reeditó, ahora con un prólogo donde se introducían puntualizaciones de bastante calado. Pero muy pronto, en 1794, recibe, bien personalizado, un escrito del Gabinete real amonestándole seriamente por sus pronunciamientos y enseñanzas en estas materias de fe y costumbres.

Sus reflexiones con motivo de todas estas incidencias cristalizaron en un nuevo escrito de 1798, *El conflicto de las Facultades*, publicado una vez fallecido Federico Guillermo II (1797), al considerar Kant que ya no estaba obligado por las promesas que le había hecho al responderle. En efecto, en este escrito de 1798 Kant insertó la Amonestación del Gabinete real de 1 de octubre de 1794 y la carta que con fecha de 12 de ese mismo mes había dirigido al Rey justificándose y comunicándole su resolución de recluirse en el silencio sobre estos temas. Tal vez aquella respuesta no nos parecería hoy la de un héroe, pero tampoco pertenece a nuestro sentir cívico de hoy el sentido de la relación rey-súbdito que vivía aquella ilustrada sociedad. Hay con todo en el escrito kantiano una reivindicación clara de la autoridad intelectual de la universidad, y de la libertad de debatir que le es esencial. Algo que aquella Prusia ilustrada había reconocido y respetado. En efecto, los escritos de los profesores universitarios tenían el privilegio de disponer de la propia censura, «privilegio» que les había otorgado un anterior edicto sobre la Religión, de Federico el Grande, en 1749.

Kant ha rebasado los 70 años y parece cansado. Sigue recibiendo cartas de personajes lejanos que le envían libros. Sus discípulos más críticos están cerca pidiéndole reconocimiento. De alguna manera Kant ya no les es necesario. Pero más allá de los episodios de la censura, nos parece incluso tierno ese Kant tan próximo a los ochenta, que espera impaciente (y aun reclama) los nabos de Kiesewetter; que se preocupa de las cortinas, y del sol que no le deja trabajar, que arregla la vida de su cuñada viuda, y envía los mejores deseos a los futuros esposos de sus sobrinas.

Finalmente, la selección ha sido drástica en cuanto a la época de la plenitud vital y profesional de Kant. En cierto sentido el cuadro que Kant nos brinda a través de su correspondencia es ahí más unitario y monótono. Pero presenta una dificultad, en la medida en que las cartas entran seriamente en tratamientos de las cuestiones concretas de la Crítica. La lectura de tales cartas ha de ser necesariamente estudio cuidadoso, que no eluda el análisis del detalle, el contraste con la obra publicada, con las ideas de los

filósofos del momento, con el suelo de la tradición moderna sobre el que venía a plantarse la Crítica. Relativamente a este segmento del tiempo kantiano la selección ha dejado asomar simplemente a figuras como Jacobi y Fichte, y ha omitido deliberadamente a un conjunto de personajes –Beck, Jacob o Jakob, Maimon– cuya palabra y presencia sirve casi exclusivamente a la historia estrictamente filosófica del kantismo más teórico. Otra cosa es que no hemos podido «evitar» que suenen sus nombres. Más bien hemos de complacernos porque de diversas maneras ha quedado indicado su lugar. En el extremo opuesto, son incontables las cartas que no podían caber en una selección de esta índole, pues son cartas de «perfectos desconocidos», cartas a las que, al menos desde nuestra situación y objetivos en este libro, no sabríamos cómo darles el más mínimo significado tipificable.

No puedo terminar sin agradecer a mi buen compañero y amigo el profesor Carreras su estímulo y ayuda, pues ha contribuido decisivamente a resolver pasajes y términos que debían reflejar usos lingüísticos sociales, identificaciones institucionales, etc., con rigor histórico. Pero más allá de ello, su cuidadosa y sabia presencia desde la gestación y programación de esta pequeña obra, las reflexiones de su presentación, entiendo que simbolizan toda una sugerencia sobre ese cruce de interrogaciones que es Kant. Ciencia, moral, religión, construcción política, cosmopolitismo tejen los hilos de una encuesta antropológica siempre en la cruz del tiempo y de la historia; como desafío que arrecia y que no puede sino convocarnos sobre ese suelo incierto que seguimos llamando las humanidades.

Mercedes Torrevejano
VALENCIA, DICIEMBRE DE 2004

NOTA: Las palabras entre corchetes [ ] en las cartas significan: una clara *licencia o suplencia lingüística*, en aras de la comprensión o mejora del texto alemán; o bien se trata de una *información* sobre la obra o persona o circunstancia a la que alude el texto. Con este mismo recurso se traducen los latines y, en su caso, el griego.

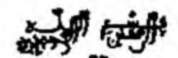

KONIGSBERG

I

Un joven académico en Königsberg que apunta alto

(1756-1759)





AUSPICATISSIMO REGIMINE

AUGUSTISSIMI ET POTENTISSIMI PRINCIPIS AC DOMINI,

DOMINI

FRIDERICI,

REGIS PRUSSIÆ,

MARCHIONIS BRANDENBURGICI, S.R.I. ARCHI-CAMERARII ET PRINCIPIS ELECTORIS, SUPREMI SILESIÆ DUCIS,

ETC. ETC. ETC.

REGIS AC DOMINI NOSTRI CLEMENTISSIMI,

RECTORE MAGNIFICO

COELESTINO KOWALEWSKI,

FACULTAS PHILOSOPHICA

VIRO JUVENI NOBILISSIMO ET CLARISSIMO,

EMANUELI KANT, REG. PRUS.

DOCTORIS PHILOSOPHIÆ SEU MAGISTRI GRADUM ET INSIGNIA

ILLUSTRISSIMOS REGNI PROCERES, SAGO ET TOGA INCLYTOS,

MAGNIFICUM ACAD. RECTOREM, ILLUSTREM CANCELLAR. ET DIRECTOREM,

PATRES ACADEMIÆ CONSCRIPTOS, OMNIUM FACULTATUM PROFESSORES,

DOCTORES ET MAGISTROS

JOHANNES BERNHARDUS Hahn,



La disertación que promovió a Kant como Magister en 1755.

[1]
A Federico II, Rey de Prusia

Königsberg, 8 de abril de 1756

Serenísimo y poderosísimo Rey. Clementísimo Rey y señor:

Dado que mi mayor anhelo se ha orientado siempre a capacitarme todo lo posible para el servicio de vuestra dignísima Real Majestad en sus Universidades, y con este fin he hecho de las ciencias filosóficas el campo preferido de mis esfuerzos, no he desaprovechado tiempo ni ocasión de cultivar con todo cuidado tanto como los demás ámbitos de estas ciencias, también la Lógica y la Metafísica. No sé si puedo permitirme la dicha de esperar que las pequeñas pruebas de mis concretos trabajos, que he hecho públicas, puedan constituir ante vuestro trono un testimonio de que mis esfuerzos no han sido totalmente en vano. Me he esforzado por demostrarlo, conforme a los altos mandatos de vuestra Majestad, presentando para su aprobación dos disertaciones públicas de contenido metafísico, a las que seguirá muy pronto una tercera, una vez que haya pasado la fiesta de Pascua.

Mi deseo de habilitarme preferentemente en una de esas ciencias filosóficas, me da ocasión de solicitar a vuestra Majestad con la más profunda sumisión, la Cátedra extraordinaria de Lógica y Metafísica, en esta Academia, disponible por la muerte del profesor Knutzen.

Me esforzaré en todo momento con redoblado celo por hacerme todo lo útil que pueda en el servicio de las ciencias, con la más profunda sumisión.

De su Real Majestad súbdito humildísimo

Immanuel Kant

[2]
A la Emperatriz rusa Elisabeth

Königsberg, 14 de diciembre de 1758

Alteza serenísima, poderosísima Emperatriz, señora de todos los rusos, clementísima Emperatriz y gran señora:

Por causa del fallecimiento del venerable Prof. Kypke ha quedado vacante la Cátedra de Lógica y Metafísica que él ocupaba en esta Academia regiomontana. Esas ciencias han sido en todo momento el preferente punto de mira de mis estudios.

En los años de mi ejercicio como docente en esta Universidad, he impartido cada semestre cursos privados de ambas ciencias. He presentado dos disertaciones públicas acerca de las mismas; además he procurado suministrar algunas pruebas de mis esfuerzos a través de cuatro trabajos publicados en el *Königsbergischem Intelligentz Werk*, así como tres programas y otros tres tratados filosóficos.

La perspectiva de enorgullecerme por haberme habilitado al servicio de la Academia en estas ciencias, pero sobre todo, el designio clementísimo de Vuestra Majestad Imperial de engrandecer las ciencias bajo su altísima protección y benévola provisión, me infunden valor en orden a la humildísima petición de que su Imperial Majestad se digne graciosamente concederme con toda benevolencia la Profesión Ordinaria de esta Cátedra vacante, confiando en que, por lo que se refiere a la capacidad requerida, el Senatus academicus no habrá acompañado con informes negativos mi humildísima solicitud. Con toda mi devoción, súbdito sumiso de su Majestad

IMMANUEL KANT

II

La espera de la Cátedra de un «elegante Magister»
El desbroce del propio camino

(1760-1769)



[3]
De Frau M. Carlota Jacobi, nacida Schwinck

12 de junio de 1762

Apreciado amigo:

¿Se maravilla usted de que me atreva a escribirle como al gran filósofo que es? Ayer creí que iba a encontrarlo en mi jardín, pero ya que mi amiga recorrió conmigo sigilosamente todas las avenidas y no encontramos a nuestro amigo bajo ese círculo celeste, me dediqué a terminar una cinta de espada, que le dedico. Reclamo su compañía para mañana a primera hora de la tarde. «Sí, sí, iré» –le oigo decir–; bien, le esperamos, daré cuerda a mi reloj; excúseme este recuerdo. Mi amiga y yo le enviamos un beso de simpatía personal. Seguro que el aire será el mismo en Kneiphoff [barrio de Kant], y que nuestro beso no perderá su fuerza simpatética. Que sea feliz y le vaya bien

SEÑORA DE JACOBI

[4]
A J. H. Samuel Formey

Königsberg, 28 de junio de 1763

Ilustrísimo y doctísimo profesor, muy honorable señor:

He tenido el placer de ver en el *Periódico Berlinés* que mi trabajo con el lema de los versos de Lucrecio: *Verum animo satis haec*, etc. [*] –*entregado a mano a su* Il. Exc.ª [Ilustre Excelencia] por el comerciante Abraham Gottlieb Ficker, y cuyo acuse de recibo me ha sido entregado, escrito de vuestra noble mano, fechado en Berlín el 31 de diciembre–, ha sido proclamado por la Real Academia de las Ciencias como el que más se ha aproximado al escrito premiado.

Estoy impresionado por este juicio favorable, tanto más cuanto menos ha podido contribuir a ello el esmero en la envoltura y el adorno; pues al haberse demorado excesivamente su elaboración, apenas tuve tiempo para exponer con especial orden algunos de los fundamentos más relevantes de un asunto que ocupa mi pensamiento desde hace ya algunos años, y de cuya resolución presumo estar muy cerca.

Me tomo por ello la libertad ante su Il. Exc.ª de solicitar humilde información sobre si esta obra mía [*Ensayo sobre la evidencia de los principios en Teología natural y Moral*] va a ser enviada a la imprenta junto con el escrito premiado por la Real Academia de las Ciencias, y si, en este caso, no le parecería mal a la mencionada eminente Sociedad un apéndice con ampliaciones importantes, y con una aclaración más concreta. Al margen de motivos de vanidad, me parece ser éste el mejor medio de avivar la atención de los doctos hacia el examen de un método, el único –como estoy convencido–, del que cabe esperar una feliz salida frente a la filosofía abstracta, sobre todo si su investigación se fomenta a través del prestigio de una Sociedad científica famosa.

En caso de conformidad, ruego respetuosamente a su Il. Exc.ª fije el plazo en el que hay que enviar estos *addenda*. En la confianza de que su Il. Exc.ª me honrará con su respuesta, sin tomar a mal la libertad que me he tomado, tengo el honor, con el mayor respeto, de ser su muy seguro servidor

IMMANUEL KANT
MAGISTER LEGENS DE LA UNIV. DE KÖNIGSBERG

[* Texto: *Verum animo satis haec vestigia parva sagaci sunt, per quae possis cognoscere cetera tute*. En *De rerum natura*, I, 402 ss. «Pero para el espíritu sagaz estas huellas son demasiado pequeñas para, a través de ellas, conocer lo demás con seguridad».]

[5]
De Johann Heinrich Lambert

Berlín, 13 de noviembre de 1765

Señor mío:

Estimo que este escrito y la franqueza de dejar a un lado todos los rodeos del estilo habitual tiene completa disculpa, en virtud de la semejanza en nuestra forma de pensar. Y la ocasión que me brinda el viaje a Königsberg del señor profesor y predicador Reccard es demasiado hermosa para desaprovecharla no testimoniándole la satisfacción que encuentro cuando veo que coincidimos en un mismo camino, en lo que respecta a muchas ideas e investigaciones novedosas. Sobre el Sr. Pred. Reccard sepa usted que ha nacido para la astronomía y que encuentra su dicha en las profundidades del firmamento. Dicho esto, no tengo más recomendación que hacer.

Hace un año el profesor Sulzer me mostró su *Único argumento posible para la demostración de la existencia de Dios*. Encontré allí mis pensamientos y la [misma] selección de materias y expresiones; y deduje que si a usted, señor mío, se le presentase mi *Organon*, también se encontraría retratado en muchos aspectos. De entonces acá he concluido mi *Arquitectónica*, lista para imprimir desde hace un año. Y ahora veo que usted, señor mío, quiere publicar para la próxima Pascua *un método propio de la metafísica*. ¿Qué más natural que el deseo de ver si lo que yo he expuesto se atiene al método que usted propone? Acerca de la corrección del método no tengo dudas; la diferencia podrá acaso consistir únicamente en que yo no incluyo en la *Arquitectónica* todo lo que hasta ahora se trataba en la metafísica; y que una metafísica completa, a su vez, tiene que contener más que lo que se encontraba en ella hasta ahora. En la *Arquitectónica* incluyo 'lo simple' y 'lo primero' de cada parte del conocimiento humano,

a saber, no solamente los principios, que son los fundamentos extraídos de la forma misma, sino también los *axiomas*, que deben ser extraídos de la *materia* y que, bien mirado, se ofrecen en los conceptos simples, sólo en la medida en que no se autocontradicen y pueden ser pensados por sí mismos; y [finalmente] los postulados, que indican las posibilidades generales e incondicionadas de la conexión y relación de los conceptos simples. A partir de la mera forma no se pasa a la materia; uno se queda en lo ideal y en la mera terminología cuando no busca lo primero y pensable por sí de la [propia] materia o dato objetivo del conocimiento.

Si la *Arquitectónica* fuese una novela, creo que habría encontrado ya muchos editores, siendo como es una gran verdad que los libreros y los lectores se deforman y mutuamente se impiden la reflexión rigurosa. Unos y otros no hacen más que filosofar acerca de las denominadas ciencias bellas. Poetas, pintores y músicos diríase que encuentran demasiado humildes los términos propios de su arte; de ahí que unos tomen en préstamo los tecnicismos de los otros: El poeta no habla más que de colorido, mezcla de colores, pinceladas, posición, diseño, estilo, pintura, etc. El músico habla de colorido, expresión, revestimiento, ideas fogosas y jocosas de los tonos, fugas pedantes, etc. Al igual que el pintor tiene un estilo que sabe hacer ora sublime, ora mediocre, burgués, heroico, o servil. En tales metáforas, que nadie entiende ni explica bien, y de las que no se conoce el *tertium comparationis*, consiste lo delicado y sublime de estas artes; con ello uno se conquista una reputación erudita y sublime. Dado que nadie se ha molestado todavía en extraer lo que hay de pensamiento en esas expresiones, ni en darles el nombre que les corresponde, se puede hacer uso de ellas con la mayor osadía. Pero nunca se avanzará en la explicación como para lograr que los colores sean comprensibles para los ciegos o los sonidos para los sordos.

Claro que casi habría que pensar que tal es el propósito de semejantes metáforas.

Pero volviendo a la *Arquitectónica*, veo por diversas circunstancias que el señor Kanter es un hombre que está dispuesto a editar también obras filosóficas y de más envergadura; por ello desearía darle a imprimir otras cosas más, aunque de momento no tengo ningún otro manuscrito. Que por lo que se refiere a los costes le fuera indiferente o incluso ventajoso imprimir en Leipzig, depende de la igualdad o diferencia del precio y de los portes. Si esto fuera posible, sería preferible, por otras muchas razones. En esta incertidumbre me tomo la libertad de adjuntar la hoja que acompaña, por si el Sr. Kanter tuviese el deseo de editar la obra o pudiera entregarla de aquí a Pascua. El *honorarium pro labore* sería aproximadamente del orden de 200 táleros; algo bastante moderado, si se piensa que la obra necesariamente causará sensación.

Puedo decirle honradamente, señor mío, que sus ideas acerca de la constitución del mundo, de las que hace mención en el prólogo del *Único argumento posible...* a mí no se me habían ocurrido nunca. Lo que se cuenta en [mis] *Cartas Cosmológicas*, pág. 149, data del año 1749. Me había ido a mi habitación inmediatamente después de cenar, en contra de mi costumbre de entonces, y contemplé en la ventana el cielo estrellado y en particular la Vía Láctea. La repentina idea que tuve en ese momento de considerarla como una eclíptica de las estrellas fijas la escribí en una cuartilla, y eso fue todo lo que tenía anotado en 1760, cuando escribí las *Cartas*. En el año 1761 me dijeron en Nuremberg que hacía algunos años un inglés había puesto en letra impresa pensamientos parecidos en cartas a otro inglés, pero que era algo muy inmaduro; y que la traducción de ello que se había comenzado en Nuremberg no se había completado. Respondí que las cartas cosmológicas no suscitarán atención alguna hasta que en el futuro algún astrónomo descubra algo en el cielo que

no se pueda explicar de otra manera; entonces, cuando el sistema se encuentre probado *a posteriori*, vendrán con seguridad los amantes de la literatura griega y no descansarán hasta probar que el sistema en su conjunto ya era conocido por Filolao, por Anaximandro o por otro sabio griego; y que en los tiempos modernos sólo fue recuperado adornándolo mejor; pues se trata de ese tipo de gentes que todo lo encuentran en los antiguos, en cuanto se les dice lo que deben buscar. Con todo, me asombra mucho más que Newton no hubiera caído en esto, puesto que pensó en la gravedad de las estrellas fijas, unas respecto de las otras.

En relación a usted, señor mío, tengo varios deseos. Uno de ellos no lo diré, porque no sé hasta qué punto las circunstancias actuales de aquí permitirían que se hiciese realidad. Puedo decir, no obstante, que no soy el único que lo tiene. El otro es que me será muy grato, si el tiempo y las ocupaciones se lo permiten, que me dé cualquier pretexto para entablar correspondencia: cosmología, metafísica, física, matemática, las ciencias bellas y sus reglas, en resumen, cualquier proyecto sobre nuevos trabajos, o cualquier ocasión de algún favor. Hasta ahora estábamos entregados, sin saberlo, casi a las mismas investigaciones ¿No habría de irnos mejor si nos las anunciamos por anticipado? ¡Qué fácil es la unanimidad en los resultados cuando hay unanimidad en los fundamentos y cuán eficazmente se puede entonces influir! Wolff aplicó aproximadamente la mitad del método matemático a la filosofía. Es preciso aplicar todavía la otra mitad para lograr [todo] lo que cabe esperar y exigir. Tengo el honor de ser, con verdadera estima, señor mío, su muy seguro servidor

J. H. LAMBERT,
PROF. Y MIEMBRO DE LA R. ACAD. DE LAS CIENCIAS

Cronenstrasse, esquina Schinkenbrücke, casa de Bethgensch.

[6]
A Johann Heinrich Lambert

Königsberg, 31 de diciembre de 1765

Muy señor mío:

Ninguna noticia podría serme más grata y deseada que la carta con la que me ha honrado, pues –no manifestando sino mi sincera opinión–, le tengo por el primer genio de Alemania, capaz de lograr una mejora importante y duradera en el tipo de investigaciones de las que yo también me ocupo primordialmente. Le ruego que no atribuya a negligencia la tardanza en la contestación que le debo, pues el Sr. Kanter, al que puse al tanto de su solicitud, me pidió que aplazase mi escrito hasta que él mismo le pudiera expresar su resolución definitiva, escribiéndole personalmente. Él conoce muy bien la importancia de conectar con pluma tan célebre como la suya; y se inclina a aceptar la edición propuesta; tan sólo pide una prórroga, porque le parece muy corto el tiempo hasta la feria de Pascua, y está en estos momentos demasiado desbordado por el resto de sus compromisos editoriales. Ha formado una sociedad con su antiguo cliente el Sr. Hartknock, administrador ahora de sus negocios en Riga, y, según me asegura, le trasladará en breve a usted su explicación sobre el asunto.

Es para mí un placer nada pequeño que usted haya advertido la feliz coincidencia de nuestros métodos; algo que yo mismo percibí en repetidas ocasiones en sus escritos, y que sirvió para incrementar mi confianza en ellos, como si se tratase de una prueba lógica que muestra que esos pensamientos sostienen su traza en la piedra de toque de la razón humana universal. Estimo sobremanera su invitación a comunicarnos recíprocamente nuestros proyectos, y puesto que me siento muy honrado por esta petición, no dejaré de hacer uso de la misma; y así como entiendo,

sin equivocarme con respecto a mí mismo, que puedo depositar alguna confianza en los conocimientos que tras largos esfuerzos creo haber adquirido; como asimismo por otra parte, el talento que a usted, señor, se le reconoce –capaz de combinar una visión extraordinariamente amplia de la totalidad con una excepcional penetración en las partes– es algo que de modo general hay que conceder, cabe esperar una gran enseñanza para mí y tal vez también para el mundo, si usted se digna unir sus fuerzas con mis afanes, más modestos.

A lo largo de varios años he dado vueltas a mis cavilaciones filosóficas desde todos los flancos imaginables; y tras muchos vuelcos, con los que siempre he buscado la fuente del error, o mejor, penetrar en el modo de proceder, he llegado por fin al punto en el que me encuentro: seguro del método que ha de observarse cuando uno quiere enfrentarse a esa fantasmagoría de saber que hace que en todo momento se crea haber llegado a la solución, cuando por el contrario hay que reemprender de nuevo el camino con la misma frecuencia; de lo cual se origina el devastador desacuerdo de los considerados filósofos, al no disponer de ningún patrón común que les permita llegar a convenir en sus empeños. Desde esos años, a partir de la naturaleza de cada investigación que está ante mí, examino cada vez lo que tengo que saber para lograr la solución de una determinada pregunta; y qué grado de conocimiento está determinado por lo que son los datos; de modo que el juicio se hace ciertamente más limitado, pero también más taxativo y seguro de lo que suele ser. Todos estos esfuerzos se orientan principalmente al método de la metafísica y, a través de ella, también a la filosofía en su conjunto; junto a esto, señor mío, no puedo dejar de notificarle que el honorable Kanter, informado por mí de que yo tal vez pudiera haber terminado un escrito con este título para la próxima feria de Pascua, no ha vacilado, como hábil librero, en ordenar que se incluya este título, si bien ligeramente falseado, en el catálogo de

la feria de Leipzig. Pero me he apartado tanto de mis posiciones iniciales, que esta obra, en tanto que fin principal de todos estos planteamientos, la quiero dejar todavía un poco en suspenso; además, porque al ir avanzando en la misma, me daba cuenta de que no faltándome desde luego ejemplos de juicios absurdos con los que ilustrar mis enunciados sobre el procedimiento erróneo, carecía sin embargo totalmente de ellos a la hora de poder mostrar *in concreto* el procedimiento correcto. De ahí que, para no ser acaso inculpado de incurrir en una nueva marrullería filosófica, tengo que anticipar algunas elaboraciones más breves, cuyo material tengo ya enteramente listo; de las cuales las primeras serán: *los fundamentos metafísicos primeros de la filosofía natural; y los fundamentos metafísicos primeros de la filosofía práctica*, con el fin de que la obra principal no se alargue demasiado con ejemplos excesivamente prolijos, y además insuficientes.

No me queda más remedio que concluir mi carta. Será un honor exponerle más adelante, señor mío, algo de lo relativo a mi objetivo; y de requerir de usted un juicio que para mí es tan importante.

Se queja, señor mío, con razón, de la eterna frivolidad de los sabelotodo, y de la fatigosa locuacidad de los escritores que andan en candelero; que no tienen gusto alguno, más allá de hablar del gusto. Tengo para mí que ello constituye la eutanasia de la falsa filosofía, la cual expira en ridículos juegos, o algo mucho peor todavía, cuando se la sepulta en falsas y profundas sofisticaciones con la pompa del método riguroso. Antes de que renazca la verdadera filosofía es necesario que la caduca se destruya a sí misma; y al igual que la corrupción es la perfecta disolución que va delante cuando ha de iniciarse una nueva generación, del mismo modo, la crisis del saber y la erudición, en un tiempo en el que, con todo, no faltan buenas cabezas, me hace abrigar la mejor esperanza de que no está muy lejos la tan deseada revolución de las ciencias.

El Sr. Prof. Reccard, que tanto me ha alegrado con su afable visita y con su respetable carta, es muy querido y valorado aquí; merece ambas cosas, por más que ciertamente no se llegue a justipreciar todo su mérito. Le envía todos sus respetos; y yo, señor mío, quedo de usted su muy seguro servidor

IMMANUEL KANT

P. S. Cuando había cerrado el presente escrito, el Sr. Kanter hace llegar la carta que le debe, la cual se adjunta.

[7]
De Johann Heinrich Lambert

Berlín, 3 de febrero de 1766

Muy señor mío:

Vuestro valioso escrito del 31 de diciembre me conmueve de todo punto, y le doy las más expresivas gracias muy especialmente por la molestia que tan bondadosamente se ha tomado con el asunto del Sr. Kanter. Me será muy grato verlo aquí en Pascua, de acuerdo con su asentimiento, y concertar con él lo necesario; también tendré yo que puntualizar con él ciertos extremos relativos al calendario, pues me he comprometido con la Academia a mejorar su ornamentación y a presentar nuevos tipos de calendario. ¿Podría pedirle, señor mío, que comunique esto al señor Kanter, si puede, pues no tengo nada más que contestar a su escrito? Pero pídame, señor mío, cualquier favor que dependa de mí o pueda pedirme aprovechando mi estancia aquí, para que yo no quede en deuda con usted.

Es indiscutible que si hay una ciencia que debe ser construida metódicamente y puesta en limpio, ésa es la metafísica. La universalidad que en ella ha de prevalecer conduce en

algún sentido a la sabiduría; y en esa medida, más allá de los posibles límites del entendimiento humano. Esta consideración parece aconsejar que sería mejor trabajar en este ámbito por partes, pretendiendo conocer en cada apartado únicamente lo encontrable cuando se evitan lagunas, saltos y círculos. Me parece que ha sido siempre el principal error de los filósofos, nunca reconocido, el querer llegar al fondo a toda costa y, en lugar de dejar algunas cosas sin dilucidar, haberse alimentado con hipótesis, retrasando así de hecho el descubrimiento de la verdad.

El método que usted, señor mío, muestra en su escrito, es sin discusión el único que se puede utilizar con seguridad y buen provecho. Tal y como he expuesto también en el último apartado de la Dianología, lo considero aproximadamente del modo siguiente. 1.° Anoto en frases breves todo lo que se me ocurre acerca del asunto y justamente en el orden en que se me ocurre, sea ello claro por sí mismo, o solamente opinable, o dudoso, o incluso en parte contradictorio. 2.° Continúo hasta que me doy cuenta de que puede hacerse algo con todo ello. 3.° Acto seguido veo si las proposiciones que en parte se contradicen entre sí pueden convenir mediante una determinación y delimitación más precisa, o si contienen todavía algo que merezca conservarse. 4.° Veo si esa colección de proposiciones pertenece a un todo o a varios. 5.° Las comparo, para ver cuáles dependen entre sí y cuáles son las supuestas por las otras; y por este medio empiezo a numerarlas. 6.° A continuación veo si las primeras son evidentes por sí mismas, o lo que se necesita todavía para su esclarecimiento y determinación exacta; y del mismo modo, 7.° [Veo] lo que se requiere para conectarlas con las restantes. 8.° Reflexiono acerca del conjunto, en parte para ver si todavía hay lagunas o si faltan elementos, en parte también y sobre todo, para 9.°, encontrar los objetivos a los que puede servir la totalidad del sistema; y para 10.°, determinar si es necesario añadir algo, 11.° Por lo general constituyo el comienzo con la exposición de estos

objetivos, ya que a su través se ilumina el punto de vista desde el que considero el asunto. 12.° A continuación muestro cómo llego a los conceptos que están a la base y por qué no los tomo ni más amplia ni más estrechamente. En particular pretendo con esto 13.°, descubrir la polisignificatividad de las palabras y modos de hablar; y ambas cosas –si son polisignificativas en el lenguaje– las dejo como están; esto quiere decir que no las utilizo como sujetos sino, como mucho, solamente como predicados, ya que el significado del predicado se determina según el significado del sujeto. Pero si tengo que utilizarlas como sujetos, o bien construyo con ellas diversas proposiciones, o procuro evitar la equivocidad mediante perífrasis.

Esto es lo general del método, que luego en los casos particulares contiene aún muchas variaciones y determinaciones, que casi siempre son más claras en los ejemplos que cuando se las expresa en términos lógicos. Lo que hay que tener en cuenta especialmente es que no se escape ninguna circunstancia que en lo sucesivo lo altere todo. Por eso se debe poder ver, e incluso sentir, por así decir, si no habrá tal vez todavía oculto un concepto, es decir, una combinación de notas simples, que ordene y simplifique todo el asunto. Del mismo modo, ambigüedades escondidas en las palabras pueden provocar que se incurra continuamente en equívocos, sin llegar a saber por mucho tiempo por qué lo supuestamente general no se ajusta a los casos particulares. Dificultades parecidas pueden encontrarse cuando se considera como un género lo que solamente es una especie, confundiéndose las especies. La determinación y la posibilidad de las condiciones que deben presuponerse en cada cuestión exigen también un particular cuidado.

He tenido ocasión de realizar observaciones más generales. La primera concierne a la cuestión de si –y en qué medida– el conocimiento de la forma de nuestro saber conduce al conocimiento de la materia. Esta cuestión es importante por varios moti-

vos. Pues 1.°, nuestro conocimiento de la forma, tal como acontece en la lógica, es tan indiscutido y correcto como [lo es] siempre la geometría; 2.° en la metafísica, lo que concierne a la forma es lo único que ha permanecido indiscutido, mientras que, por el contrario, allí donde se quiso poner como fundamento la materia, surgieron de inmediato disputas e hipótesis. 3.° De hecho no se ha establecido todavía lo que habría que poner como fundamento de la materia. Wolff aceptó gratuitamente las definiciones nominales y pasó por alto u ocultó inadvertidamente todas las dificultades que encierran. 4.° Si bien la forma de suyo no determina materia alguna, sí que determina la ordenación de la misma, y en esa *medida debería poderse dar a conocer a partir de la teoría de* la forma lo que le sirve como principio [a la materia] y lo que no. 5.° Del mismo modo también se podría determinar por su medio lo que le pertenece o debe serle separado, etc.

Reflexionando sobre estas circunstancias y relaciones de la forma y la materia he llegado a las siguientes proposiciones, que simplemente voy a enumerar:

1.° La forma proporciona principios, la materia en cambio axiomas y postulados.

2.° La forma exige que se comience con los conceptos simples, ya que éstos por sí mismos, y precisamente porque son simples, no pueden tener contradicción interna alguna; i.e., están por sí mismos libres de ella, i.e., son pensables por sí mismos.

3.° Axiomas y Postulados tienen lugar propiamente con conceptos simples, ya que los conceptos compuestos no son *a priori* pensables por sí mismos. La posibilidad de la composición sólo se sigue a partir de principios y de postulados.

4.° O bien ningún concepto compuesto es pensable, o bien la posibilidad de la composición tiene que ser pensable ya en los conceptos simples.

5.° Los conceptos simples son conceptos individuales. Pues géneros y especies contienen en sí los fundamentos de las divisiones y subdivisiones, y son por ello mismo tanto más compuestos cuanto más abstractos y generales. El concepto *Ens* es entre todos el más compuesto.

6.° Según el análisis leibniziano que procede por abstracción y según semejanzas, se llega a conceptos tanto más compuestos cuanto más se abstrae; y la mayoría de las veces a conceptos relacionales nominales, que conciernen más a la forma que a la materia.

7.° Por tanto y de nuevo, ya que la forma conduce a puros conceptos relacionales, no proporciona nada más que simples conceptos relacionales.

8.° Según esto, los conceptos propiamente objetivos simples deben adquirirse por medio de su intuición directa; es decir, se debe establecer el conjunto de los conceptos según un buen modo anatómico, examinando cada uno como muestra, para ver si, dejando aparte todas las relaciones, se encuentran en el concepto otros más, o si [el concepto] es completamente uni-forme.

9.° Los conceptos simples son entre sí, como el espacio y el tiempo, esto es, completamente diferentes, fácilmente reconocibles, fácilmente nombrables, y prácticamente imposibles de confundirse [unos con otros] cuando se abstrae de los grados y se considera solamente la cualidad. Y en esa medida yo creo que en el lenguaje ninguno ha quedado innombrado.

De acuerdo con estas proposiciones, no tengo reparo alguno en afirmar que Locke estuvo en el buen camino cuando intentó buscar lo simple en nuestro conocimiento. Se debe excluir solamente lo que el uso del lenguaje ha introducido y añadido. Así, p.e. en el concepto extensión hay sin discusión algo individual simple, que no se encuentra en ningún otro concepto. El concepto duración, y del mismo modo los conceptos de existencia, movi-

miento, unidad, solidez, etc., tienen algo simple que les es propio y que puede pensarse en distancia y separación respecto de los muchos conceptos relacionales que los acompañan. Tales conceptos proporcionan también por sí mismos axiomas y postulados que otorgan fundamento al conocimiento científico y que son enteramente del mismo tipo que los euclidianos.

La otra observación que tuve motivo para hacer concierne a la comparación del conocimiento filosófico y el matemático, a saber: vi que allí donde los matemáticos lograron abrir un campo nuevo que los filósofos hasta el momento creían haber cultivado por completo, los primeros no solamente tuvieron que darle la vuelta a todo de nuevo, sino que convirtieron todo en algo tan simple y sencillo, que lo filosófico acerca de ello se volvió completamente inservible y poco menos que despreciable. Simplemente la condición de que sólo es posible sumar homogéneos excluye para los matemáticos todas las proposiciones filosóficas cuyo predicado no se extienda del mismo modo [unívocamente] sobre la totalidad del sujeto, siendo así que proposiciones de esta índole las hay a montones en filosofía, donde un reloj se llama áureo cuando apenas la caja es de oro. Euclides no deriva sus *Elementos* de la definición del espacio ni de la de la geometría, sino que arranca de líneas, ángulos, etc., como lo simple en las dimensiones del espacio. En la mecánica [a su vez] bien poco puede hacerse a partir de la definición del *movimiento*, sino que se considera de inmediato *lo que ahí aparece*, a saber: un cuerpo, la dirección, la velocidad, tiempo, fuerza, espacio; estos elementos se *comparan* entre sí para hallar *principios*. Yo he llegado a la idea general de que mientras el filósofo, en aquellos objetos que admiten medición, no lleve el análisis tan lejos como el matemático cuando encuentra ahí de inmediato unidades, medidas y dimensiones, estaremos ante la señal segura de que está dejando tras de sí algo confuso, o de que en sus proposiciones los predicados no se extienden unívocamente sobre los sujetos.

Espero con impaciencia que ambos «Primeros fundamentos», los de la filosofía natural y los de la filosofía práctica [de que me habla en su carta] aparezcan impresos; y estoy totalmente convencido de que la mejor manera de que un método auténtico se acredite es la presentación de ejemplos reales, porque en los ejemplos [el método] se puede mostrar en todas las peculiaridades, ya que, de lo contrario, expresado sólo lógicamente, queda obviamente un tanto abstracto. Cuando aparecen ejemplos, las observaciones lógicas son enormemente útiles. Los ejemplos hacen ahí el mismo servicio que las figuras en la geometría, dado que también éstas propiamente son ejemplos o casos especiales.

En fin, interrumpo ya de una vez asegurándole que seguir recibiendo sus cartas me será extraordinariamente agradable. Las espero, confesándome de usted dócil servidor

J. H. LAMBERT

Kronenstrasse, esquina Schinkenbrücke, casa Bethgensch.

[8]
A Moses Mendelssohn

Königsberg, 7 de febrero de 1766

Señor mío:

No hacen falta preámbulos como los que la moda impone, entre dos personas cuyo modo de pensar es unánime, dada la semejanza de ocupación intelectual y la coincidencia de principios. Su afable misiva me ha alegrado, y acepto con satisfacción su propuesta de proseguir en el futuro nuestra correspondencia. El señor Mendel Koshmann me ha presentado al estudiante judío Leon, recomendado por usted. Lo he acogido de muy buen grado en mis cursos, y [le he proporcionado] otros servicios. Hace sólo

unos días acudió a mí explicándome que quiere aprovechar la ocasión que ofrecen las actuales dotaciones polacas para realizar un pequeño viaje de visita a los suyos, con la intención de regresar alrededor de Pascua. Parece que ha dado que hablar en la comunidad judía local de modo no del todo conveniente, a causa de alguna negligencia en la observancia de sus reglas usuales; y, puesto que tiene necesidad de ellos, le dará usted en el futuro el aviso pertinente; yo en previsión, ya me he anticipado a hacerle alguna consideración exhortándole a la prudencia.

Le he enviado a usted por correo algunos [ejemplares del] las Ensoñaciones [*Los sueños de un visionario*...] y le ruego humildemente que, después de quedarse con un ejemplar para usted, tenga la bondad de entregar los restantes a los señores: predicador de la corte, Sack; al consejero sup. del Consistorio Spalding; al preboste Süsmilch; al Prof. Lambert, al Prof. Sultzer y al Prof. Formey. Se trata de un escrito en cierto modo forzado, que contiene, más que una elaboración propiamente dicha de cuestiones, un somero bosquejo del modo como se debe juzgar acerca de las mismas. Su juicio, en éste como en otros casos, me será muy valioso. Las novedades científicas de su ciudad y el familiarizarme, por mediación suya, con las buenas cabezas de su entorno, me será útil y agradable. Yo desearía por mi parte poder hacerle algún favor que sea de su agrado. Con verdadera gran estima, señor mío, soy de usted su muy seguro servidor

I. Kant

[9]
A Moses Mendelssohn

Königsberg, 8 de abril de 1766

Señor mío:

A la afable diligencia con que se ha tomado el encargo de los escritos enviados, y a mi afectuosa petición, le correspondo con las más expresivas gracias y con la mejor disposición y gusto para cualquier favor que desee.

La extrañeza que manifiesta en relación con el tono de mi breve escrito, es para mí una prueba de la buena opinión que usted se ha formado de la rectitud de mi carácter; incluso la indignación por haberlo visto aquí sólo ambiguamente testimoniado me resulta valiosa y aun grata. De hecho, no tendrá usted nunca motivos para cambiar esta opinión acerca de mí, puesto que sean cuales sean los fallos habidos y por haber, que la más firme decisión no pueda evitar completamente y de una vez por todas, desde luego una disposición de ánimo mudable o prendida en las apariencias es, con seguridad, aquello en lo que no incurriré jamás, tras haber aprendido a lo largo de la mayor parte de mi vida a despreciar y prescindir de lo que normalmente corrompe el carácter; y por tanto, del extravío de la autoaprobación que surge de la conciencia de un talante intachable: el peor mal que podría acontecerme, pero que con toda certeza nunca me ocurrirá. En verdad pienso muchas cosas y para mi gran contento, que no tendré nunca el valor de decir; pero nunca diré algo que no pienso.

No sé si al leer este escrito, compuesto con bastante desorden, habrá usted advertido algunas señales de la indignación con que lo escribí; pues ya que había dado mucho que hablar con mi petulante información sobre las visiones de Schwedenborg, obtenida tanto de personas que tuvieron la oportunidad

de conocerlo personalmente, como a través de alguna correspondencia, como habiéndome hecho traer sus obras, vi a las claras que no me libraría de la continua demanda de información hasta que no me hubiese desprendido del saber que se supone que yo tenía de todas esas anécdotas.

De hecho me resultaba difícil inventar el método conforme al que habría de expresar mis pensamientos sin exponerme al ridículo. Me pareció lo más aconsejable adelantarme a los demás, burlándome en primer lugar yo de mí mismo; con lo cual he procedido de manera totalmente sincera en la medida en que, realmente, mi estado de ánimo al contarlo es paradójico: pues en lo tocante al relato no puedo romper un cierto apego a historias de este tipo, pero en lo que toca a los fundamentos racionales, tampoco puedo alimentar suposición alguna de su sinceridad, por no hablar de los disparates que privan de su valor al primero [el relato] y de los fantasmas y conceptos incomprensibles que [privan de su valor] a la segunda [la sinceridad].

En lo que se refiere a la opinión que ahí manifiesto sobre el valor de la metafísica en general, puede que alguna vez la expresión no haya sido elegida con suficiente cuidado y delimitación; pero no oculto en absoluto que contemplo con indignación e incluso con cierta aversión la inflada presunción de volúmenes enteros llenos de opiniones de esta índole –tal como ahora se lleva–, mientras me voy convenciendo del todo, de que el camino que se ha elegido [en esa ciencia] es completamente equivocado, que los métodos que están en boga multiplicarán los errores hasta el infinito, y que incluso la completa erradicación de todas estas opiniones imaginarias no puede ser tan dañina como la quimérica ciencia con su execrable fecundidad.

Estoy tan lejos de considerar a la metafísica misma, tomada objetivamente, como cosa menor o prescindible, que especialmente desde hace algún tiempo, tras haber comprendido –a mi parecer–, su naturaleza y el lugar que le corresponde entre

los conocimientos humanos, me he convencido de que incluso el bien verdadero y duradero del género humano depende de ella, un encomio que a cualquiera excepto a usted le parecerá fantástico y temerario. A los genios como usted, señor mío, les corresponde dar paso a una nueva época en esta ciencia, tender de nuevo la plomada y delinear con mano maestra el plan de esa disciplina, construida hasta ahora siempre a la mera ventura. Por lo que se refiere al depósito de saber, que de esta manera queda públicamente al desnudo, no se trata de verlo como una inconveniencia frívola, sino como efecto de una larga investigación, de tal modo que, en orden a este objetivo, no encuentro nada más aconsejable que arrancarle [a la metafísica] su vestimenta dogmática y tratar escépticamente los conocimientos establecidos; ciertamente la utilidad de ello es solamente negativa (*stultitia caruisse*), pero prepara para lo positivo, pues la simplicidad de un entendimiento sano, pero falto de instrucción, necesita para adquirir conocimientos solamente de un *Organon*; pero el pseudoconocimiento de una cabeza echada a perder necesita, en primera instancia, un *Kathartikon*. Si se me permite aludir en esta consideración a algo de mis propios afanes, creo que desde el momento en que he dejado de producir trabajos de esta clase, he llegado en esta disciplina a importantes ideas, que fijan su proceder, que no quedan meramente en perspectivas generales, sino que pueden utilizarse en la práctica como una pauta propiamente dicha. Poco a poco, en la medida en que lo permiten mis restantes ocupaciones, me dispongo a someter estos ensayos al enjuiciamiento público, pero sobre todo al de usted, alimentando la esperanza de que si usted gustase de unir en este asunto sus afanes a los míos –en lo cual entiendo también la advertencia de sus fallos–, podría obtenerse algo importante para el desarrollo de esta ciencia.

Me resulta un placer nada pequeño percibir que mi pequeño y somero ensayo haya tenido la fortuna de suscitarle consideraciones rigurosas sobre este punto; de ahí que lo conside-

re sobradamente útil si puede dar ocasión a investigaciones más profundas de otros. Estoy convencido de que usted no errará el punto al que se refieren todas estas consideraciones; y que yo mismo hubiera señalado de una manera más reconocible si no hubiese mandado imprimir el tratado por pliegos sucesivos; por lo cual no siempre podía prever lo que había que adelantar de cara a la mejor comprensión de lo siguiente; ni dónde, en lo posterior, deberían eliminarse ciertas aclaraciones, que hubieran venido a ocupar un lugar inadecuado. En mi opinión, se trata en todo caso de recabar los *data* para el siguiente problema: ¿cómo en el mundo está presente el alma tanto a las naturalezas materiales como a las otras naturalezas de su misma especie? Habrá que encontrar, por tanto, en tal sustancia la facultad de actuar exteriormente y la receptividad [o facultad] de ser afectada exteriormente, de lo cual es caso concreto la unión del alma con el cuerpo humano. Dado que en este asunto no disponemos de experiencia alguna que nos *permita conocer un sujeto tal en sus diversas relaciones* (*las cuales* pura y simplemente alcanzan a revelarnos su fuerza o capacidad exterior); [dado que] la armonía con el cuerpo descubre solamente la relación recíproca del estado interno del alma (del pensar y del querer) con respecto al estado externo de la materia de nuestro cuerpo, y por ende tampoco nos sirve para la resolución de la cuestión, uno se pregunta si es posible de suyo determinar estas fuerzas, [o poderes, o facultades] de las sustancias espirituales mediante juicios racionales *a priori*. Esta investigación se reduce a otra, a saber, si mediante el raciocinio se podría encontrar una facultad primitiva, es decir, la primera relación fundamental de causa con efecto; y, dado que tengo la certeza de que esto es imposible, se sigue que, si estas fuerzas no me son dadas en la experiencia, solamente pueden ser inventadas. Pero esta invención (*fictio heuristica*, *hypothesis*) nunca permite ni una sola prueba de su posibilidad; su pensabilidad (cuya apariencia proviene de que tampoco es posible establecer su imposibilidad), es una mera

invención, que yo mismo me he atrevido a defender cuando alguien atacaba la posibilidad de las ensoñaciones del mismo Schwedenborg; así, mi intento de [establecer] analogía entre una efectiva influencia moral de las naturalezas espirituales y la gravitación universal, no es realmente una opinión seria mía, sino un ejemplo de cuán lejos y desbocadamente se puede huir hacia adelante en las ficciones filosóficas allí donde faltan los datos; y de cuán necesario sería de cara a semejante tarea determinar lo que se precisa para la solución del problema; y si no, se tratará de que faltan los datos necesarios para ello. Por tanto, si dejamos a un lado las demostraciones habituales que parten de la veracidad o de los fines divinos, y nos preguntamos si es posible desde nuestras experiencias un conocimiento de la naturaleza del alma, que sea suficiente para reconocer, a partir del mismo, el modo de su presencia en el mundo, tanto en relación con la materia como con los seres de su especie, entonces se evidenciará si nacimiento (en sentido metafísico), vida y muerte son algo que en algún momento podamos comprender a la luz de la razón. En esto estriba el determinar si no hay aquí realmente límites [*Grenzen*], que están establecidos, no por las limitaciones [*Schranken*] de nuestra razón, sino más bien por las de la experiencia, lugar que contiene los datos para ella. En fin, interrumpo aquí y me encomiendo a su amistad; le ruego también exprese al honorable Sr. Prof. Sulzer mi particular estima y mi deseo de ser honrado con alguna bondadosa carta suya; con el máximo respeto, señor mío, soy de usted su muy seguro servidor,

I. KANT

[10]
A Johann Gottfried Herder

Königsberg, 9 de mayo de 1768

Dignísimo, honorable señor:

Aprovecho esta ocasión para testimoniarle la deferencia y amistad que mi habitual negligencia para escribir hubiera podido poner en duda. He sentido que compartía con cierta vanidad el mucho éxito que han obtenido ante el público sus últimos ensayos, aunque los mismos hayan brotado en su propio y personal suelo, y nada deban a la enseñanza que se dignó seguir conmigo. Siempre que la crítica no comporte la desventaja de amedrentar al genio, y la agudeza del juicio no dificulte demasiado la autoestima, me cabe la esperanza –conforme al pequeño ensayo que conservo de usted– de verle con el tiempo como un maestro en ese arte de la Poética, que es la gracia de la sabiduría, y en el que hoy por hoy sólo luce Pope. Ante el rápido desarrollo de sus talentos, atisbo con gran placer el momento en el que el fértil espíritu, libre ya de la agitación del ardiente impulso del sentimiento juvenil, conquista la tranquilidad apacible pero plena de sentimiento, que constituye asimismo la vida contemplativa del filósofo. Justamente lo contrario de lo que sueñan los místicos. Espero con confianza tal época para su talento, basándome en lo que conozco de usted: una disposición de ánimo que, entre todas, es la más útil tanto para quien la posee, como para el mundo; en relación a la cual, por lo que yo acierto a ver, Montaigne ocupa el último lugar, y Hume el primero.

Por lo que a mí respecta, puesto que no me aferro a nada, doy vueltas al entero edificio [de la filosofía] con profunda indiferencia hacia todas las opiniones, mías o de los demás, y lo contemplo desde cualquier punto de vista, para ver si alcanzo a encontrar aquello que me dé la esperanza de delinearlo conforme

a la verdad; así, desde que estamos lejos, he abierto paso en muchos asuntos a nuevas ideas, y en la medida en que dirijo mi atención sobre todo a reconocer la verdadera naturaleza y límites de las facultades e inclinaciones humanas, creo que he logrado al fin bastante, en lo que respecta a la moral; ahora trabajo en una metafísica de las costumbres en donde –junto con el método– proyecto ofrecer principios evidentes y fecundos, conforme a los cuales tendrán que reorganizarse los empeños tan frecuentes –y tan estériles las más de las veces– en esta clase de conocimientos, si es que de una vez por todas han de ser de utilidad. Espero terminar este año, si no me lo impide mi salud siempre incierta.

Le ruego humildemente me encomiende encarecidamente al Sr. Behrens y le asegure que se puede ser muy fiel en la amistad aunque nunca se escriba acerca de ello. El Sr. Germann, que le hará llegar la presente, es un hombre bien educado y diligente, que sabrá hacerse acreedor a su favor y con quien la escuela de Riga ha ganado a un excelente trabajador. Soy, con verdadera estima, de mi apreciadísimo, muy seguro servidor y amigo

I. Kant

[11]
De Johann Gottfried Herder

Noviembre de 1768

Ilustrísimo Sr. Magister, muy estimado maestro y amigo:

Usted tiene –lo sé y lo espero– un concepto demasiado benévolo de mi forma de pensar como para haber achacado mi silencio hasta este momento a la desidia o a alguna razón más enojosa. Ya solamente mis asuntos, especialmente dificultosos debido a su singularidad; muchas cosas que me dispersan, y luego en particular esa desazón del alma que Locke considera la

madre del exceso de ocupaciones, han sido en mi caso, durante largo tiempo, las fuentes de una pasividad esterilizante, de la que apenas estoy comenzando a despertar.

No podría decirle lo mucho que me ha alegrado su carta. El recuerdo de mi maestro, el tono tan afable que en ella prevalece, el contenido mismo, todo, me la convirtió en un regalo tal, como no ocurre con ninguna de las cartas que me llegan con frecuencia desde Alemania –de las gentes más dignas de allí–, ni de Suiza. La aprecio tanto más cuanto conozco su escasa inclinación a escribir cartas, de la que yo también he heredado algo; pero ¡qué es esto de querer describir demostrativamente un placer!

Es usted muy bondadoso considerándome como autor en un tono en el que yo mismo no me atrevo a pensar. Yo me refiero a ello poco, más bien como una ligereza de juventud que a la postre no ha redundado en vergüenza o desdoro para mí; algo, sin embargo, que de alguna manera desearía borrar. No porque haya escrito muchas cosas irresponsables, sino ante todo porque mi nombre se ha hecho tan conocido y tan manoseado por muchos, que hasta su buen casero y buen amigo mío, el Sr. Kanter, inadvertidamente y tras una serie de incidentes, me ha gastado la broma más pesada, al haberse convertido en el responsable primero de esa notoriedad. Mi firme propósito –y escribo esto con toda la sangre fría– era escribir en el anonimato, hasta que pudiese sorprender al mundo con un libro que no fuese indigno de mi nombre. Por este motivo y no por ninguna otra razón escribí tras el manto florido de un estilo enmarañado que no es propio de mí, y lancé al mundo fragmentos que solamente quieren ser provisionalidades, pues de no ser así serían imperdonables.

Por mi parte continuaría mi anónimo silencio, pero ¿qué puedo hacer si la inoportuna benevolencia de mis amigos da al traste con esos planes de silencio? Usted, amigo mío, es uno

de los que saben que el tipo de temas que hasta ahora he tratado en mis libritos no debería ser la meta de mi inspiración; pero ¿por qué no debería yo aplicar mi poquito de filosofía precisamente a las materias de moda de nuestro cuarto de siglo, en las que, como presumo, el ejercicio de una filosofía sana puede mejorar tantas cosas? No sé hasta qué punto nuestra filología y crítica, y el estudio de la antigüedad podrían atenerse al marco de una verdadera concisión, si los filósofos «filologizaran», criticaran y estudiaran a los antiguos. Es lamentable, sin embargo, que esta palabra empiece a ser en Alemania objeto de escarnio, cuando se ve cómo las ciencias de moda devienen estudios en los que parlotean las cabezas menos filosóficas. Por cierto, que estoy escribiendo ya casi como un crítico y un fragmentista; de modo que corto simple y decididamente.

Amigo mío estimado, el puesto que usted prevé para mí en el futuro, tras un Montaigne, Hume y Pope, aunque la esperanza de ello es demasiado halagadora, dando por descontado alguna pequeña inflexión en el camino, constituye al menos el deseo de mi musa. Ha sido para mí ocupación de ciertas dulces soledades leer a Montaigne con la callada reflexión con que uno ha de seguir la disposición de ánimo de su cabeza, de modo que pueda convertir cada historia que pergeña, cada pensamiento suelto y escurridizo que atisba, en una producción, o en un experimento artístico del alma humana. ¡Qué gran hombre sería el que hablase de la rica psicología de Baumgarten con la experiencia anímica de un Montaigne! A Hume, cuando andaba entusiasmado con Rousseau, apenas podía soportarlo, pero a partir del momento en que fui interiorizando que, sea cual sea la razón, el ser humano es y tiene que ser de una vez por todas un animal social, a partir de ahí, aprendí a estimar al hombre que podría ser llamado un filósofo de la sociedad humana. Por eso también he comenzado en la escuela la historia británica, aunque sólo sea para acompañar, razonando su propia historia, al mayor historia-

dor entre los modernos; y me indigna que su nuevo boceto de Gran Bretaña haya caído en las manos de un traductor tan mediocre, que ya es mucho si en muchos lugares nos deja entender al menos la mitad.

Pero ¿por qué olvida usted, mi querido filósofo, a su gran igual, al tercer hombre?; ¿ese que posee un humor tan sociable, tanta filosofía humana, el amigo de nuestro viejo Leibniz, a quien éste debió tanto y leyó con tanto gusto, al burlador filosófico, que «ríe verdad», en mucha más medida que otros la tosen o la escupen, en una palabra, al conde de Shaftesbury? Es una pena que su doctrina de las costumbres, o sus investigaciones sobre la virtud, y más recientemente sus tratados sobre el entusiasmo y el humor, hayan caído en manos tan mediocres que en parte nos quitan las ganas de leerlo (en lo cual incluyo el maremágnum de largas y absurdas refutaciones del último traductor). En todo caso, aunque a mí el criterio de verdad de este autor –consistente para él en la dignidad de reír– me parece en sí mismo risible, con todo, es para mí un compañero tan amable, que con mucho gusto quisiera que a usted se lo pareciera igualmente.

Deje que muera ya en su noche aquel oscuro y rudo poema que recuerda [siendo estudiante le hizo a Kant un poema]. Antes de que un Pope pueda adivinarse en él, estaría Aristóteles en nuestro Lindner, o en mi Schlegel el paradigma de la exquisitez.

Me da usted noticias de la moral que está escribiendo; ¡qué ganas tengo de verla ya escrita! Va usted a añadir a la cultura de nuestro siglo, con su trabajo sobre el bien, una obra como ya ha hecho respecto de lo bello y lo sublime. Sobre la última materia, estoy leyendo con gran satisfacción la obra de un británico muy filosófico [Burke], de la que usted puede disponer también en francés. Aquí va su título, que tengo justamente delante: *Recherches philosophiques sur l'origine des Idees, que nous avons du Beau et du Sublime*. Él sabe afinar profundamente en ciertos pasajes, lo mismo que usted en muchas de sus páginas sabe

generalizar contrastando más nuestras perspectivas. Es un placer ver cómo dos pensadores tan originales toman cada uno su camino, y cómo se encuentran cruzándose.

Cuántas cosas más le diría si supiera que iba a tener la paciencia de contestarme: dudas sobre algunas de sus hipótesis y demostraciones filosóficas, en particular allí donde usted roza con la ciencia de lo humano, son más que especulaciones; y puesto que no he accedido a mi ministerio sagrado por ningún otro motivo sino porque sabía –y diariamente lo reafirmo con la experiencia– que, apoyados en nuestra situación de constitución civil, se puede llevar la cultura y el entendimiento humano a esa honorable parte de los hombres que denominamos pueblo, he aquí pues que esa filosofía humana es mi ocupación favorita. Sería injusto si me quejase de que no alcanzo tal propósito; pues al menos a ello contribuyen las buenas oportunidades que tengo, el amor que disfruto por parte de muchas gentes buenas y nobles, el empuje alegre y dócil de la parte más maleable del público: los jóvenes y las damas; todo esto no me envanece en absoluto, pero sí me da, con mucho, la esperanza serena de no estar en el mundo sin finalidad alguna.

Pero puesto que el amor comienza por nosotros mismos, no puedo ocultar el deseo de tener la primera mejor ocasión para abandonar este lugar y conocer mundo. El objetivo de mi existencia es conocer a más gente y considerar algunas cosas de modo diferente a como podía verlas Diógenes desde su barril. Si fuese posible encontrar un tren para Alemania, no me sentiría atado apenas a mi situación; pues no sé por qué no habría de seguir ese tren; y me enfado conmigo mismo por haber rehusado la oferta de San Petesburgo, pues aquella plaza, según parece, se ha ocupado de modo muy lamentable. Ahora procuro, como una fuerza contenida, seguir siendo al menos una fuerza viva, aunque tampoco veo cómo la contención podría incrementar mi impulso

interior. Pero ¿quién sabe? Y ¿a dónde voy con esto? Estímeme, mi muy admirado Kant. Firmo esta carta con mi corazón. Suyo

HERDER

P. S. Por cierto. ¿Puedo pedirle que me conteste, aunque sea muy informalmente, pues sé que no le gusta escribir? Pues si usted supiera que deseo sus cartas para mi provecho mucho más que el trato vivo, superaría esa contrariedad.

[3]

La Cátedra y la *Dissertatio*

(1770)



[12]
Al barón de Fürst y Kupferberg

Königsberg, 16 de marzo de 1770

Ilustre barón, señor ministro consejero de Estado y de Guerra, clemente señor:

La graciosa e inmerecida providencia que su Il. Exc.ª se ha dignado tener conmigo ha disipado por el momento todas las sombrías tribulaciones que a ratos invadían mi ánimo ante la incertidumbre de mi destino. Ahora se acerca su solución al haber quedado vacante una Cátedra de la Facultad de Filosofía por el óbito de un ilustre miembro de la misma, el Dr. Langhansen, que ha fallecido el 15 de este mes tras una larga enfermedad.

La esperanza que este motivo despierta en mí –conocedor de sus bondadosos sentimientos– se une a una cierta preocupación, porque mi humilde solicitud pueda encontrarse bajo la condición –siempre querida por mí– de poder esperar la benévola acogida de su graciosa Excelencia. La Cátedra vacante tras el óbito del Sr. Dr. Langhansen es la de Matemáticas. Pero si se me permite restringir mi expectativa solamente a aquellos puestos que sean adecuados a mi aptitud e inclinación, entonces pido con toda humildad que su Il. Exc.ª no interprete desfavorablemente la franqueza con que me atrevo a proponer una permuta de plazas; cosa que sería lo más adecuado, tanto para la Universidad como para mi satisfacción. El Sr. Christiani, catedrático de Moral, tiene conocimiento de la ciencia matemática como sólo algunos de nuestra Universidad que quisieran presentarse a esa plaza, y la ha enseñado también y siempre con éxito. Es yerno del difunto y, tanto por sus años como por sus cualidades, tiene grandes aspiraciones a ocupar el cargo de inspector del alumnado del Colegio Albertino, ocupado anteriormente por su suegro, cargo que está provisto con buenos emolumentos, entre los que se encuentra también una vivienda gratuita en el mismo Colegio.

Este cargo de inspector ya ha estado con frecuencia, en otras ocasiones, ligado a la cátedra de Matemáticas, porque el observatorio astronómico, junto con todos sus aparejos, está en el mismo Colegio. Si su Il. Exc.ª, a través del encargo de esa inspección, se dignase dar al Sr. Christiani la posibilidad de que asumiera la mentada plaza de Matemáticas, entonces yo –en humilde espera desde luego de lo que usted dijera–, presentándome a la Cátedra de Moral, creería estar siguiendo mi destino más auténtico. Si esta humilde solicitud tuviese algún nuevo impedimento, hay todavía una salida en la que no se lesionarían ni la equidad ni el bien común, a saber, que el Dr. Buck, que ocupa actualmente la Cátedra de Lógica y Metafísica, se trasladase a esta plaza. Por lo demás este Sr. Buck ha sido durante varios años profesor extraordinario de matemáticas, y sólo con ocasión de la gobernación rusa obtuvo la Cátedra de Lógica y Metafísica cuando quedó vacante, para la cual yo tenía la recomendación de la Academia.

En esta conyuntura, la suerte de mi vida pende probablemente del juicio benévolo y sabio de Vuestra Excelencia. Otras posibilidades de provisión son para mí prácticamente nulas. Esta primavera entro en el 47.º año de mi vida. El avance de la edad hace cada vez más inquietante la preocupación por las estrecheces futuras. Con la confianza en la magnánima providencia de su Il. Exc.ª estoy dejando de lado todos los otros concursos; y me ha costado poco esfuerzo rehusar y desestimar la propuesta del consejero Suckow y el comunicado que siguió inmediatamente de la Universidad de Erlangen –recibidos el pasado noviembre–, para una Cátedra de Lógica y Metafísica, en espera de una propuesta en mi ciudad natal. No me resta sino recomendarme humildemente en este caso a la misma constante clemencia de la que he tenido pruebas tan convincentes; y soy, con la más profunda sumisión, de Su Excelencia, humilde servidor

IMMANUEL KANT

[13]
A Federico II, Rey de Prusia

Königsberg, 19 de marzo de 1770

Serenísimo, poderosísimo Rey, clementísimo Rey y señor:

Mediante oficio datado en Königsberg el 16 de noviembre de 1769, Su Real Majestad se dignó ordenar graciosamente que yo fuera propuesto con preferencia por el Senado académico en cuanto se produzca una vacante. Debido a la muerte del alto predicador de la Corte Dr. y Prof. Langhansen, ha quedado vacante la Cátedra de Matemáticas. Pido con la mayor sumisión que se lleve a término la provisión generosamente prometida, bien directamente por ocupación de la plaza vacante, bien por medio de una permuta que pudiera efectuarse con otra Cátedra. Mis quince años de ininterrumpido trabajo y éxito en los cursos académicos, así como la buena fama que creo haber obtenido fuera de aquí con mis escritos, me llevan a esperar que Su Majestad no me encontrará del todo indigno de la concesión de tal gracia. Con la confianza más fiel en las reiteradas seguridades que me ha dado Su Real Majestad, de que sería atendido en mi patria, he desestimado este invierno una propuesta para una Cátedra de Lógica y Metafísica en Erlangen, con un sueldo de 500 florines renanos. Mi edad, y la escasez de oportunidades que posibilitan una provisión en la Academia, si a ello se añade el escrúpulo de conciencia de no presentarse más que a las plazas que uno puede desempeñar con honor, extinguirían y suprimirían toda ulterior esperanza de permanecer en el futuro en mi patria, en el caso de que se malograse mi humildísima solicitud.

Me deshago en la más profunda devoción. De Su Real Majestad súbdito humildísimo,

IMMANUEL KANT

M. Immanuel Kant pide respetuosamente la provisión de la vacante que se ha producido en esta Universidad por el fallecimiento del venerable Prof. Langhansen.

[14]
Orden del Gabinete del Rey Federico II

Berlín, 31 de marzo de 1770

Nos, Federico, Rey de Prusia por la gracia de Dios, anunciamos y hacemos saber: que por su laboriosidad y aptitud obedientemente reputada ante Nos, así como especialmente por la rigurosa erudición alcanzada en las ciencias filosóficas, nombramos y acogemos graciosamente al Magister Immanuel Kant como profesor ordinario de Lógica y Metafísica en la Facultad de Filosofía de nuestra Universidad de Königsberg en Prusia, en la plaza que hasta ahora ocupó, investido con el mismo nombramiento, el profesor Friedrich Johann Buck.

Tal hacemos también de modo que con ello y en fuerza de ello nos sea fiel, afecto y adicto, a Nos, y a Nuestra Real Casa; que procure y promueva Nuestro provecho y supremo interés, ayudando todo lo que esté en su mano a evitar y apartar todo daño y perjuicio; y sobre todo, que desempeñe con particular diligencia la tarea docente de Lógica y Metafísica a él confiada, preocupándose en suma de instruir incansablemente a la juventud estudiosa tanto pública como privadamente, *docendo et disputando*, para hacer de los jóvenes sujetos virtuosos y capacitados, esforzándose no menos en precederlos con el ejemplo; y por último, que en los asuntos propios de la Facultad otorgue su voto tras reflexión honesta, desde sí mismo; y que junto con sus colegas se sienta concernido plenamente por la promoción y el bien de la Universidad; comportándose, por lo demás, en todos los respectos, como convie-

ne, es apropiado y corresponde a un súbdito fiel, honrado y eficaz que ha sido nombrado profesor de nuestra Universidad.

En correspondencia por su trabajo el profesor ordinario de Lógica y Metafísica Immanuel Kant debe gozar de todas las prerrogativas, emolumentos y libertades que le corresponden en calidad de tal, al igual que su predecesor, y disfrutar del sueldo anual de 166 táleros reales y 60 groschen de los fondos de la Universidad, junto con los restantes emolumentos que hasta ahora disfrutaba el Sr. Buck, calculados a partir de la fiesta de la Trinidad, en los usuales plazos trimestrales. En lo cual, caso de que fuera necesario, es Nuestra voluntad protegerlo y financiarlo en todo caso, a través de nuestro Gobierno Prusiano. Todo lo cual hago saber, etc., en Berlín, el 31 de marzo de 1770.

FEDERICO, SOBERANO

Nombramiento
como Profesor Ordinario de Lógica
y Metafísica de la Universidad
de Königsberg en Prusia, a favor del
Magister Immanuel Kant

[15]
A Johann Heinrich Lambert

Königsberg, 2 de septiembre de 1770

Ilustrísimo señor, muy estimado profesor:

Me sirvo de la ocasión que se presenta para enviarle a usted mi *Dissertatio* [*De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*], por medio del respondente de la misma, un competente estudiante judío, y para evitar a la vez, en la medida de lo posible, el malentendido, que me dolería, de haber aplazado tanto

tiempo mi respuesta a su amable escrito. No fue otra cosa sino la importancia del plan que brilló ante mis ojos tras esa misiva, lo que motivó la larga demora de una respuesta adecuada a su propuesta. Dado que he trabajado durante largo tiempo sobre aquella ciencia –a la que usted dedicaba entonces su atención– para descubrir su naturaleza y, en la medida de lo posible, sus leyes evidentes e invariables, nada podría serme más grato que el que un hombre de penetrante ingenio y de visión de conjunto, cuyo método de pensamiento además yo había considerado muchas veces coincidente con el mío, me ofreciese su esfuerzo para trazar con ensayos e investigaciones conjuntas el plan de un edificio seguro. Yo no podía por menos que optar por enviar un nítido boceto de la configuración que vislumbro para esta ciencia, y una idea determinada del método que le es propio. La realización de este propósito me enredó en investigaciones que para mí mismo eran nuevas y que, junto con mi fatigoso trabajo académico, hizo necesario un aplazamiento tras otro. Desde hace aproximadamente un año, me precio de haber llegado a conceptos que no temo tener que cambiar alguna vez, sino más bien ampliar; [conceptos] mediante los cuales se podrá someter a examen toda clase de cuestiones metafísicas, según criterios totalmente seguros y sencillos, y decidir con certeza hasta qué punto pueden ser resueltas o no.

El boceto de esta entera ciencia, en tanto que incluye su propia naturaleza, las fuentes primarias de todos sus juicios, y el método para que cualquiera pueda continuar fácilmente por sí mismo, podría someterlo a su enjuiciamiento riguroso e instructivo en un espacio bastante breve, i.e., en unas cuantas cartas; es esto, precisamente, lo que me augura un excelente resultado y para lo que quisiera pedirle permiso. Pero, puesto que en una empresa de esta importancia un cierto dispendio de tiempo no supone pérdida alguna si puede en cambio proporcionar algo acabado y duradero, tengo aún que rogarle que me mantenga

todavía por un poco más de tiempo el bello propósito de adherirse a estos esfuerzos, concediéndole a su realización un poco más de tiempo. Con el fin de reponerme de una larga indisposición que me ha consumido a lo largo de este verano y para no estar sin embargo desocupado en las horas muertas, me he propuesto poner en orden y redactar este invierno mis investigaciones acerca de la filosofía moral pura, en la que no se encuentra principio empírico alguno; lo que sería, por así decir, la metafísica de las costumbres; ella abrirá camino en muchos aspectos a los objetivos más importantes de cara a la figura transformada de la metafísica; cosa que me parece incluso igualmente necesaria de cara a los principios de las ciencias prácticas, tan mal establecidos todavía a estas alturas. Una vez finalizado este trabajo haré uso del permiso que me dio, presentándole cuanto haya avanzado en mis ensayos en metafísica; y le aseguro que no concederé validez a enunciado alguno si no tiene, a su juicio, evidencia perfecta; pues que no pueda obtener esa aquiescencia, significará que se ha malogrado el propósito de fundamentar esta ciencia fuera de toda duda, i.e. sobre la base de reglas totalmente incontrovertibles. Por el momento, su juicio penetrante acerca de puntos principales de mi Disertación me sería muy grato, y también instructivo, porque pienso añadir un par de pliegos todavía para editarla en la próxima feria [del libro]; y querría corregir los fallos del apresuramiento y determinar mejor mi intención. La primera y cuarta sección pueden pasarse por alto como menos importantes, pero en la segunda, tercera y quinta, aunque debido a mi indisposición no las he elaborado en absoluto de forma satisfactoria para mí, se encierra, creo yo, una materia que merecería con seguridad un desarrollo más cuidadoso y amplio. Las leyes más generales de la sensibilidad juegan falsamente un gran papel en la metafísica, donde se trata meramente de conceptos y principios de la razón pura. Parece pues que debe preceder a la metafísica una ciencia totalmente singular, aunque meramente negativa (*phaenomologia*

generalis), en la que se determine la validez y los límites de los principios de la sensibilidad, de modo que no perturben los juicios sobre objetos de la pura razón, como ha sucedido hasta ahora casi siempre. Pues Espacio y Tiempo, y la consideración de los axiomas de todas las cosas bajo sus relaciones, son, de cara a los conocimientos empíricos y a los objetos de los sentidos, algo muy real: contienen realmente las condiciones de todos los fenómenos y juicios empíricos. Pero si algo se piensa no como un objeto de los sentidos, sino como una cosa o substancia en general, por medio de un concepto racional puro y universal, entonces surgen falsas posiciones si a esos básicos conceptos pensados se los quiere someter a las condiciones de la sensibilidad. Yo creo –y tal vez me quepa la felicidad de lograr en este punto su aquiescencia con este ensayo todavía tan deficiente– que una disciplina propedéutica, que preservase a la metafísica de toda mezcla de lo sensible, podría aproximarse fácilmente a cotas útiles de meticulosidad y evidencia.

Le ruego su amistad futura y su acogedora participación en mis esfuerzos científicos, todavía modestos. Permítame que le pida, para quien es portador de esta devota misiva, el señor Marcus Herz, la libertad de dirigirse a usted de vez en cuando si lo necesita en sus estudios. Puedo encomendárselo como un joven bien educado, muy trabajador y capaz; cualquier buen consejo es para él de cumplimiento y utilidad seguros.

Soy, con la más alta estima, de su ilustrísima seguro servidor

I. KANT

[16]
De Marcus Herz

Berlín, 11 de septiembre de 1770

Maestro por siempre inolvidable, particularmente honorable Sr. profesor:

¿Me perdona, mi queridísimo Sr. profesor, que encontrándome aquí desde el jueves, no haya dado señales de vida hasta ahora? La vigilia desacostumbrada, los cinco días de viaje y el traqueteo ininterrumpido que se sufre en el carruaje de postas debilitaron mi cuerpo, desacostumbrado por el mimo de las comodidades, *de manera que sintiéndome incapacitado para* nada importante, ¡cuánto más para conversar con usted! [Y sin embargo] su mero recuerdo llena mi alma de respetuoso asombro y sólo con gran esfuerzo soy capaz de concentrar mi conciencia dispersa y proseguir mis pensamientos. Sólo a usted debo agradecer la feliz transformación del estado [en que estaba], del que únicamente yo soy culpable; sin usted mi vida seguiría atada al carro de los prejuicios, como tantos de mis compañeros, una vida a menos altura que cualquier vida animal; tendría un alma sin fuerzas, un entendimiento sin actividad, en pocas palabras, sin usted sería lo que era hace años, es decir, no sería nada. Ciertamente el rol que ahora represento es muy pequeño si considero mis conocimientos en y por sí mismos, o si los comparo con los de muchos otros; pero es infinitamente elevado si lo comparo con el que desempeñaba hace unos años. Puede que sirva de consuelo a los ignorantes el que nosotros, con toda nuestra ciencia, no lleguemos más lejos que ellos mismos; y aunque la queja constante de los sabios hipocondríacos sea que nuestros conocimientos aumentan nuestra infelicidad, me río de los primeros y a los segundos los compadezco; jamás dejaré de considerar el día en que me entregué a las ciencias como el más feliz y el día en que usted se convirtió en mi maestro como el primero de mi vida.

La primera visita que realicé fue al Sr. Mendelssohn; conversamos durante cuatro horas enteras sobre algunos temas de su Disertación. Tenemos una filosofía muy diferente. Él sigue literalmente a Baumgarten y en distintos momentos pareció darme a entender de manera no precisamente poco clara, que en algunos puntos no estaba de acuerdo conmigo, justamente porque no coinciden con la opinión de Baumgarten. Su Disertación le gusta sobremanera y lamenta únicamente que usted no haya sido un poco más explícito. Se admira sobre todo de la agudeza contenida en el enunciado de que, cuando en una proposición el predicado es sensible, únicamente tiene validez subjetiva en relación con el sujeto, mientras que cuando es intelectual, etc., etc. Igualmente [le admira] el desarrollo del infinito, o la resolución del problema de Kästner. Va a editar pronto algo en lo que, como él dice, va a parecer que hubiese copiado su primera sección al completo; en resumen, que tiene el conjunto de la disertación por una obra de todo punto excelente, sólo que todavía no aprueba completamente algunos aspectos de la misma, entre ellos el que para la explicación del tiempo haya que servirse de la expresión *simul* o de *post* para la del espacio. En su opinión tampoco debe aparecer *simul* en el principio de no contradicción. En el futuro tendré de nuevo ocasión de hablar con él acerca de esto, y no dejaré nunca de dar cuenta de ello a mi queridísimo profesor. La conversación favorita de este hombre consiste en el desarrollo de cuestiones metafísicas y he pasado con él la mitad del tiempo que llevo aquí. También le va a escribir a usted, pero sólo brevemente. Piensa que las sutilezas no se pueden dirimir por correspondencia. Ahora mismo me ocupo de redactar un pequeño artículo para él en el que quiero mostrarle la falsedad de la demostración *a priori* de la existencia de Dios. Está muy interesado por esta prueba, lo que no es de extrañar, ya que es aceptada por Baumgarten.

En breve saldrá publicado del Sr. Mendelssohn: *Cartas amistosas*, su *Fedón*, donde aparece muy cambiado el tercer diá-

logo; sus *Escritos filosóficos*, con un apéndice donde trata de un tema trabajado una vez por usted, a saber, acerca de la contradicción de las realidades entre sí [*Ensayo para introducir en cosmología el concepto de magnitudes negativas*], y finalmente quince salmos traducidos a verso alemán. En cuanto todo esté disponible, se lo envío.

Por lo demás el Sr. Mendelssohn me ha acogido muy bien y desearía ser verdaderamente aquello por lo que él me tiene. Con el resto de los ilustrados y con el ministro no he estado aún, porque no tengo todavía las cartas. Fue usted muy amable y me prometió enviarlas con el próximo correo, las espero impacientemente.

Estoy muy afligido, querido maestro, porque se encuentre mal. ¿No hay manera de que pueda reducir la carga de sus cursos? ¿O que pudiera dar la mitad de las clases de la tarde o al menos no invertir tanto esfuerzo en todo ello? Pues simplemente esto y el no estar más tiempo sentado, me parece ser la causa de su debilidad. Hay profesores en Königsberg que están sentados de la mañana a la noche moviendo la boca, sin que nunca hayan tenido motivo para quejarse de su salud. Si estima oportuno que yo consulte a los médicos de aquí, tenga la amabilidad de escribirme detalladamente acerca de su estado físico en general, ¡sería muy feliz, si pudiese contribuir aunque fuera minimamente a su bienestar!

Esta vez le he importunado con una carta muy larga; perdone que abuse de su resistencia; es para mí un placer el tiempo que paso con usted, y ¿quién es el mortal que puede poner coto a tales sentimientos?

Siga deparándome su afecto y esté seguro de que yo jamás dejaré de sentirme orgulloso de haber podido honrarle. Su dócil discípulo y obediente servidor.

MARCUS HERZ

[17]
De Johann Heinrich Lambert

Berlín, 13 de octubre de 1770

Ilustrísimo señor:

Vuestra carta, junto con su trabajo acerca del mundo sensible e intelectual [la *Dissertatio: De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis*], constituyó para mí una satisfacción no pequeña, toda vez que puedo contemplar el último como una muestra de cómo se podría mejorar la metafísica y acto seguido también la moral. Deseo vivamente que el puesto que le ha sido encomendado a su Il. Exc.ª pueda dar motivo para ulteriores disertaciones del estilo, mientras no toma la decisión de publicarlas.

Su Il. Exc.ª me recuerda la idea expresada hace ahora cinco años, *relativa a futuros trabajos conjuntos*. Yo escribí entonces lo mismo al Sr. Holland y hubiera escrito sucesivamente a otros sabios si los catálogos de las ferias no hubieran mostrado que las ciencias bellas desplazan a todo lo demás. Creo, sin embargo, que eso pasará rápido, y que se retornará de nuevo a las ciencias más fundamentales. Algunos que en las universidades sólo leyeron a fondo poesías, novelas y escritos literarios me han confirmado que, cuando tuvieron que hacerse cargo de los negocios, se encontraron en un terreno completamente nuevo y, como quien dice, tuvieron que estudiar otra vez. Estos mismos podrían aconsejar muy bien acerca de lo que debe hacerse en las universidades.

Mi plan entretanto ha consistido, de una parte, en escribir yo mismo un acervo de pequeños tratados, y, en parte, en invitar a hacerlo a algunos eruditos de parecida forma de pensar, instituyendo con esto, digamos que una sociedad privada donde se evite todo lo que echa a perder con demasiada frecuencia a las

sociedades científicas públicas. Los miembros estrictos habrían de ser un pequeño número de filósofos escogidos, familiarizados también con matemáticas y física, porque en mi opinión, un *purus putus metaphysicus* está hecho como si le faltase un sentido, como al ciego la vista. Los miembros de esta sociedad tendrían que compartir sus escritos, o al menos cierta temática suficiente de los mismos, para dejarse ayudar en caso necesario allí donde varios ojos pueden ver más que uno. Dado el caso, empero, que uno se mantenga en su opinión, podría darla a la imprenta, pero lo haría con la modestia correspondiente, en la conciencia de que puede equivocarse. Los tratados filosóficos, así como también los de teoría del lenguaje y de las ciencias bellas habrían de ser los más frecuentes, los de física y matemáticas tendrían que ser también admitidos igualmente, sobre todo cuando colindasen con lo filosófico.

Muy especialmente el primer volumen habría de ser excelente, y ante las contribuciones esperables habría que preservar siempre la libertad de devolverlas en caso necesario, si la mayoría de las voces estuviera en contra. Los miembros habrían de poder consultarse sus opiniones en materias difíciles a través de preguntas, de manera tal que siempre quedase abierto el espacio para objeciones y réplicas.

Su Il. Exc.ª podría también comunicarme hasta qué punto ve como posible y con perspectivas de continuidad una sociedad semejante. Yo me represento para el caso las *Acta eruditorum*, que fueron en su inicio un *Commercium epistolicum* entre algunos de los más grandes sabios. Otro ejemplo lo constituyen los *Bremische Beiträge*, donde dieron a conocer sus ensayos los grandes poetas Gellert, Rabener, Klopstock, al mismo tiempo que se formaban. Lo puramente filosófico parece tener más dificultades. Habría que acertar con una buena elección de los miembros. Los escritos tendrían que estar exentos de todo lo herético, o excesivamente arbitrario o insignificante.

Mientras tanto, algunos trabajos que hubiera podido dedicar a una colección semejante, los he publicado en parte en las *Acta eruditorum*, en parte los he presentado aquí en la Academia, y en parte también he dado a conocer ideas pertenecientes a esos trabajos, en otros contextos.

Paso ahora a su excelente trabajo, puesto que su Il. Exc.ª desea especialmente conocer lo que pienso sobre él. Si he entendido bien el asunto, la base del mismo la constituyen unas cuantas tesis que voy a resaltar lo más brevemente posible.

La primera gran tesis dice que el conocimiento *humano*, en tanto que de una parte *es conocimiento* y de otra tiene *una forma que le es propia*, se diversifica en los antiguos *Phaenomenon* y *Noumenon*; y según esa división surge de dos fuentes totalmente diferentes y, por así decir, heterogéneas, de modo que lo que proviene de una fuente no puede derivarse nunca de la otra. El conocimiento procedente de los sentidos es y permanece sensible, del mismo modo que el procedente del intelecto permanece como privativo del mismo.

En mi opinión, lo relevante de esta tesis tiene que ver con la *universalidad*, es decir, hasta qué punto estos dos tipos de conocimiento están tan absolutamente separados que no coinciden *en ninguna parte*. Si esto debe demostrarse *a priori*, entonces ello sólo puede acontecer en y por la naturaleza de los sentidos y del entendimiento. Pero dado que nosotros hemos de conocerlos sólo *a posteriori*, entonces lo que se convierte en cuestión es la clasificación y previa enumeración de los objetos.

Este parece ser también el camino que ha tomado su Il. Exc.ª en la tercera sección. En este sentido me parece totalmente correcto que lo que está ligado *al tiempo y al espacio* ofrece verdades de un tipo muy diferente al de aquellas que han de ser vistas como eternas e inmutables. Esto lo apuntaba yo simplemente en *Alethiol.* § 81-87. Pues explicitar el fundamento o porqué de

que ciertas verdades estén ligadas al tiempo y al espacio así y no de otra manera no es tan fácil, por muy importante que ello sea en sí mismo.

Por lo demás se trataba allí únicamente de cosas existentes. Sin embargo, las verdades geométricas y cronométricas no están ligadas al tiempo y al espacio por casualidad, sino totalmente de modo esencial; y en la medida en que los *conceptos* de tiempo y espacio son eternos, las verdades geométricas y cronométricas se inscriben entre las verdades eternas e inmutables.

¿Su Il. Exc.ª pregunta ahora si estas verdades son sensibles? Puedo concederlo plenamente. Pero da la impresión de que la dificultad que subyace a los conceptos de tiempo y espacio puede plantearse sin tomar en consideración esta pregunta. Las cuatro primeras proposiciones del § 14 me parecen totalmente correctas, y está muy especialmente bien que en el 4.º su Il. Exc.ª insista en el verdadero concepto de *continuidad*, [concepto] que parecía estar completamente perdido en metafísica, solapado totalmente con un *complexus entium simplicium*, obligado a cambiar, por tanto. La dificultad se encuentra en realidad en la tesis 5.ª. Su Il. Exc.ª establece la proposición: *Tempus est subiectiva conditio, etc.*, no como una definición; siendo así que debería ciertamente indicar algo propio y esencial del tiempo. El tiempo es indiscutiblemente una *conditio sine qua non* que va unida a la representación de las cosas sensibles y de toda cosa que esté ligada al tiempo y al espacio. Y al hombre le es especialmente necesario para esta representación. Es también *intuitus purus*, no substancia, no mera relación. Difiere de la *duración* tanto como el *lugar* del *espacio*. Es una especial determinación de la duración. Tampoco es accidente, que quede suprimido junto con la sustancia, etc. Concedamos todas estas proposiciones. No conducen a ninguna definición; justo la mejor definición será siempre que tiempo es tiempo, mientras no se le quiera definir –y ciertamente de manera muy inconveniente– *por sus relaciones a las*

cosas que están en el tiempo, dejándose introducir con ello en un círculo lógico. El *tiempo* es un concepto más determinado que la *duración* y también por eso proporciona más proposiciones negativas. P. e.: lo que está en el tiempo dura. Pero no al revés, en cuanto que para *estar en el tiempo* se exige un comienzo y un final. La eternidad no está en el tiempo, porque su duración es absoluta. Una substancia que tiene una duración absoluta, no está tampoco en el tiempo. Todo lo que existe dura, pero no todo está en el tiempo, etc. En el caso de un concepto tan claro como el tiempo no faltan las proposiciones. Ello parece deberse a que no se tiene que definir el tiempo y la duración, sino sólo pensarlos. Todos los cambios están ligados al tiempo y no pueden ser pensados sin tiempo. *Si los cambios son reales, entonces el tiempo es real*, sea éste lo que sea. *Si el tiempo no es real entonces tampoco es real cambio alguno*. Y yo quiero pensar que incluso un idealista tiene que admitir cambios al menos en sus representaciones, tales como el comienzo y la finalización de las mismas; lo cual realmente ocurre y existe. Esto implica que el tiempo no puede ser visto como algo no real. No es ninguna sustancia, etc., pero sí una determinación finita de la duración y con la duración tiene algo de real, consista ello en lo que consista. Si no puede ser denominado con nombre alguno tomado de otras cosas sin peligro de malentendido, entonces, o debe recibir un nombre inventado, uno inédito, o permanecer innominado. Lo real del tiempo y del espacio parece tener algo de simple y algo de heterogéneo con respecto a todo lo demás, que sólo se puede pensar, pero no definir. La duración parece inseparable de la existencia. Lo que existe dura, o absolutamente, o en un trecho de tiempo; y a la inversa, lo que dura, mientras dura, tiene necesariamente que estar a la mano. Cosas existentes de duración no absoluta se ordenan según el tiempo en tanto que comienzan, continúan, cambian, cesan, etc. Puesto que *no puedo negar realidad a los cambios*, mientras no se me enseñe otra cosa, tampoco puedo

decir que el tiempo –y el espacio– son sólo un instrumento en orden a las representaciones humanas. Por lo demás, en lo que concierne a las expresiones usuales referidas al tiempo en las lenguas, es bueno anotar la multiplicidad de sentidos que ahí tiene la palabra tiempo. P.e.:

«Un largo tiempo» es *Intervallum temporis vel duorum momentorum* y significa una duración determinada.

«En torno a ese tiempo», «en aquel tiempo», etc., significa: o un momento determinado –como el *tempus immersionis, emersionis*, etc. en la astronomía–, o una duración (o punto de tiempo) mayor o menor, algo indeterminada, que precede o sigue al momento, etc.

Su Il. Exc.ª podrá colegir ahora fácilmente lo que pienso con respecto al lugar y al espacio. Establezco con todo rigor la analogía: Tiempo : Duración = Lugar : Espacio, dejando de lado la multiplicidad de significados de las palabras, y la cambio sólo en esto: que el espacio tiene tres dimensiones y la duración una, supuesto lo cual, cada uno de estos conceptos tiene algo propio. El espacio tiene, como la duración algo absoluto, y también determinaciones finitas. El espacio tiene, como la duración, una realidad propia, que no se puede explicitar ni definir con palabras tomadas de otras cosas, sin peligro del malentendido. Es algo simple, y tiene que ser pensado. El ámbito entero de los pensamientos no pertenece al espacio, pero encierra un *simulacrum* del espacio, que se distingue fácilmente por sí mismo del espacio físico, aunque tal vez tenga con él una semejanza más estrecha que la meramente metafórica.

Las dificultades teológicas, que sobre todo desde los tiempos de Leibniz y Clarke han colmado de espinas la doctrina del espacio, no me han confundido hasta ahora en este asunto. Todo el éxito en mi caso radica en que prefiero dejar indeterminado todo aquello que no puede ser puesto en claro. Por lo

demás mi intención en la ontología no era echar un ojo a otras partes de la metafísica. No pasa nada si el espacio y el tiempo se toman como meras imágenes y fenómenos. Pues además de que una apariencia que permanece es verdad para nosotros, y en ese caso, lo que le está a la base como fundamento nunca será descubierto, o lo será sólo en el futuro, es por ello útil en la ontología ocuparse también de los conceptos que están ocultos por la apariencia, *porque su teoría tiene que aplicarse a fin de cuentas a los fenómenos*. Pues de este modo comienza también el astrónomo: con el fenómeno; deriva de ahí la teoría de la estructura del cosmos, y la aplica de nuevo a los fenómenos y a sus predicciones en sus efemérides [tablas astronómicas donde se consigna diariamente la posición de las estrellas]. En metafísica, donde la dificultad con las apariencias es tan decisiva, el método del astrónomo sería probablemente el más seguro. El metafísico puede tomar todo como apariencia, separar lo real de lo nulo, y concluir lo verdadero a partir de lo real. Y si en eso procede bien, no dará con muchas contradicciones en los principios, y en general tendrá éxito. Claro que para ello hace falta tiempo y paciencia.

Con respecto a la Sección 5.ª abreviaré esta vez. Considero muy importante que su Il. Exc.ª pueda encontrar medios para profundizar sobre el fundamento y origen de las verdades ligadas al tiempo y al lugar. Pero en la medida en que esta sección trata ahora del método, tengo que decir aquí lo dicho ya anteriormente acerca del tiempo. Pues si los *cambios*, y con ellos el *tiempo* y la *duración*, son algo *real*, parece seguirse de ello que la separación propuesta *en la Sección 5.ª ha debido tener otras intenciones, en parte más determinadas* y entonces la clasificación tendría que haberse realizado de acuerdo con ellas, de otra manera. Pienso esto acerca del § 25-26. Con respecto al § 27, el *Quicquid est, est alicubi et aliquando* es en parte erróneo, en parte ambiguo, si quiere decir algo así como *in tempore et in loco*. Lo que dura absolutamente no es *in tempore*, y el mundo del

pensamiento está solamente *in loco* del simulacro del espacio antes mencionado o *in loco* del espacio del pensamiento.

Aplaudo enteramente lo que su Il. Exc.ª dice en el § 28, así como en la nota 3 de la página 2 acerca del infinito matemático, a saber, que las definiciones lo han tergiversado en la metafísica, y se ha introducido otro en su lugar. A propósito del símil mencionado en el § 28 *esse et non esse* pienso que también en el mundo del pensamiento se produce un *simulacrum temporis* y que el símil se produce en las demostraciones de las verdades absolutas, no vinculadas a espacio y tiempo. Yo diría que la consideración del *simulacrum spatii et temporis* en el mundo del pensamiento podría introducirse perfectamente en la teoría que usted ha presentado. Se trata de una imitación del espacio real y del tiempo real y puede distinguirse perfectamente de ellos. En el conocimiento simbólico tenemos todavía un *tertium quid* entre el sentir y el puro pensar real. Cuando procedemos correctamente en la designación de lo simple y del modo de la composición, nos dotamos de reglas seguras para obtener símbolos de muchas cosas compuestas que no podemos abarcar, y sin embargo estamos seguros de que la designación representa verdad. Nadie se ha representado todavía todos los miembros de una serie infinita simultáneamente y nadie lo hará en el futuro. Pero contamos con semejantes series, podemos proporcionar la suma de las mismas, etc.; esto sucede merced a las leyes del conocimiento simbólico, con el cual rebasamos con mucho los límites de nuestro pensamiento real. El símbolo $\sqrt{-1}$ representa un absurdo impensable y sin embargo puede emplearse muy bien para hallar teoremas [*Lehrsätze*]. Lo que se toma comúnmente como pruebas del entendimiento puro, habría de considerarse las más de las veces sólo como pruebas del conocimiento simbólico. Esto lo dije ya en el § 122 de *Phaenomenol.* con ocasión de la pregunta del § 119. Y no encuentro nada que objetar a que su Il. Exc.ª generalice totalmente esa observación en el § 10.

Voy a interrumpir aquí, confiando lo dicho al uso que su Il. Exc.ª desee darle. Le pediría con todo que examine cuidadosamente las proposiciones subrayadas en este escrito, y que si quiere tomarse tiempo para ello, me haga saber su juicio, sin preocuparse del franqueo. Hasta ahora no he podido nunca negar toda realidad al tiempo y al espacio, ni tampoco convertirlos en meras imágenes y apariencias. Pienso que [en tal caso] todos los cambios tendrían que ser también mera apariencia. Y esto contradiría uno de mis principales axiomas (§ 54, *Phaenom.*). Por tanto, si los cambios son reales, entonces le atribuyo también realidad al tiempo. Los cambios se suceden, comienzan, continúan, cesan, etc.: expresiones todas tomadas del tiempo. Su Il. Exc.ª puede enseñarme en esto otra cosa. Bien, no creo que pierda mucho con ello. El tiempo y el espacio serán apariencia real, allí donde algo hay a la base que se rige respecto de la apariencia de una manera tan exacta y permanente, como exactas y permanentes son siempre las verdades geométricas. El lenguaje de la apariencia funcionará entonces en lugar del desconocido lenguaje verdadero, con idéntica precisión. Pero yo diría, en todo caso, que una apariencia tal que no engaña nunca, debería ser algo más que mera apariencia.

Supongo que probablemente los periódicos de [los editores] Haude y Spener llegarán también desde aquí a Königsberg. Indicaré entonces sólo brevemente que en el n.º 116 del 27 de septiembre tuve la ocasión de decir al público que ya se ha encontrado a alguien que ampliará hasta 204.000 –y tal vez más– la tabla de los divisores de los números que se encuentra en mis *Suplementos a las tablas logarítmicas y trigonométricas*. Otra persona se ha propuesto calcular los log. hyperbol. hasta bastantes cifras decimales. He notificado esto con el fin de que no se emprenda este trabajo doblemente, sino que se proceda al cálculo de otras tablas [que estén] todavía totalmente atrasadas. Siempre hay amantes de la matemática que calculan con gusto. Y tengo motivos para esperar que la invitación, que saldrá también en la *Allgemeine*

Deutsche Bibliothek, en las páginas del *Göttinger Anzeiger* y en los periódicos ilustrados de Leipzig no resultará infructuosa. Si encontrase usted en su región a alguien que tuviese gusto en semejantes cálculos, me sería muy grato. Es verdad que un editor no retribuye el tiempo y el esfuerzo como se merece, y que difícilmente podré sacar más de un ducado por pliego. Pero salga lo que salga, yo no reclamo nada ahí, sino que quien fuere podrá en todo caso percibir su parte directamente del editor. Por lo demás, el primero que se apunte a calcular las tablas que faltan todavía, si da pruebas de su capacidad, será el elegido, como es obvio. Precisamente yo he elegido ya a alguien, que se ha ofrecido confidencialmente y que, o bien calculará él mismo, o encargará el cálculo. Es posible que la tabla de los divisores de los números suba hasta 1.000.000, pudiendo abarcar ella sola dos volúmenes en octava. Tengo el honor de ser, con verdadera estima, de su Il. Exc.ª humildísimo servidor.

J. H. LAMBERT

[18]
De Johann Georg Sulzer

Berlín, 8 de diciembre de 1770

Ilustrísimo, muy honorable Sr.:

Le estoy muy obligado por el envío de su Disertación Inaugural, con la que usted le hace al público un obsequio importante. Creo haber comprendido lo suficiente con certeza, aunque la concurrencia de múltiples ocupaciones y el trabajo diario en mi obra *Sobre las Bellas Artes*, que se encuentra ahora en prensa, no me han permitido asimilar del todo cada uno de los importantes conceptos nuevos que se encuentran en su obra en número considerable. Creo que con estos conceptos daría usted a

la filosofía un nuevo empuje, si quisiera tomarse la molestia de desarrollar cada uno en particular, y mostrar su aplicación algo más detalladamente.

Tales conceptos me parecen no sólo rigurosos, sino muy importantes. Solo en una pequeñez no he podido llegar a entender su manera de ver las cosas. Hasta ahora he considerado correctos los conceptos leibnizianos de espacio y tiempo, porque he tomado el tiempo como algo distinto de la duración y el espacio como algo distinto de la extensión. Duración y extensión son en último término conceptos simples, que no se pueden explicar, pero que desde mi punto de vista tienen una verdadera realidad; espacio y tiempo sin embargo son conceptos compuestos que no se pueden pensar sin disponer a la vez del concepto de orden. Hace tiempo que me represento la influencia natural de las substancias (o siento su necesidad), lo mismo que usted, y acerca de la diferencia entre lo sensible y lo inteligible tengo conceptos cuya claridad se puede llevar bastante lejos, cosa que me he propuesto mostrar detalladamente en cuanto tenga tiempo. Pero en esto se me adelantará usted, sin duda, lo cual me parecerá estupendo; pues ahora tengo realmente poco tiempo, y además, al estar dedicado a trabajos de naturaleza completamente diferente, me encuentro con poca disposición de espíritu para elaborar materias tan abstractas.

Me gustaría que me dijera si podemos alimentar la esperanza de ver pronto su obra sobre la metafísica de la moral. Esta obra es sumamente importante, dado el estado tan vacilante de la teoría moral. Yo mismo he intentado algo por el estilo, al proponerme resolver esta pregunta: ¿En qué consiste propiamente la diferencia física o psicológica del alma que llamamos virtuosa con respecto a la viciosa? He intentado descubrir las disposiciones propiamente dichas para la virtud y para el vicio en las expresiones primeras de las representaciones y de las sensaciones y creo no haber emprendido la investigación totalmente en vano,

pues me ha llevado a conceptos bastante simples y fáciles de comprender, que se pueden aplicar a la enseñanza y la educación sin esfuerzo y sin rodeos. Pero en este momento, tampoco puedo dar fin a este trabajo.

Le deseo de corazón suerte en la gloriosa carrera que ha iniciado, a la vez que salud y sosiego para culminarla con honor.

J. G. SULZER

[19]
De Moses Mendelssohn

Berlín, 25 de diciembre de 1770

Ilustrísimo señor, muy honorable profesor:

El Sr. Marcus Herz, que se ha formado como filósofo en sus clases y, según me asegura, mucho más a través de su sabio trato, continúa gloriosamente la carrera a la que dio comienzo bajo su cuidado. Si mi amistad puede contribuir a su buena evolución, no le faltará. Lo estimo sinceramente y tengo el placer de disfrutar casi a diario de su ameno trato. Ciertamente la naturaleza ha hecho mucho por él. Posee un entendimiento preclaro, un corazón suave, una imaginación comedida y una cierta sutileza de espíritu que parece ser connatural en la nación [judía]. ¡Qué suerte la suya, que precisamente estos dones naturales hayan sido conducidos tan tempranamente por la senda de lo verdadero y lo bueno! Algún otro, que no ha tenido esta fortuna, ha quedado abandonado a su suerte en el espacio inmenso de la verdad y el error, teniendo que consumir su precioso tiempo y sus mejores fuerzas en cien ensayos inútiles, de modo que al cabo le faltan ambos, tiempo y fuerzas para continuar en el camino, que tras largo tanteo ha encontrado por fin. ¡Ojalá hubiese tenido yo antes de mis veinte años a un Kant como amigo!

He tomado su Disertación en mis manos con la máxima avidez y la he leído entera, ciertamente con gran placer, pese a que, desde hace mucho tiempo, por causa de la debilidad de mi sistema nervioso, apenas si me siento capaz de examinar debidamente nada especulativo de esta importancia. Se ve que este pequeño escrito es el fruto de muy largas meditaciones y que ha de ser considerado como parte de un completo edificio doctrinal original del autor; del cual ha querido enseñar anticipadamente sólo algunas muestras. La propia impresión de oscuridad que queda en algunos pasajes, le sugiere al lector avisado la relación con un todo que no le ha sido presentado todavía. Por tanto, sería deseable para bien de la metafísica, tan por los suelos desgraciadamente hoy día, que no nos privase por mucho tiempo del grueso de sus meditaciones. La vida humana es breve y el final nos sorprende fácilmente formulando siempre de nuevo propósitos de hacerlo mejor. ¿Y por qué tiene tanto recelo en repetir algo que ya se ha dicho antes de usted? En conexión con sus propios pensamientos, lo antiguo aparece siempre bajo una nueva faceta y ofrece perspectivas que no han sido pensadas todavía. Por lo demás, puesto que usted posee con creces el talento de escribir para muchos lectores, sería de esperar que no se limitara siempre a los pocos iniciados que solamente tienen ojos para lo nuevo y saben adivinar lo que no se ha dicho de lo que se ha dicho a medias.

Puesto que yo no me cuento del todo entre esos iniciados, no me atrevo a participarle todos los pensamientos que su Disertación ha suscitado en mí. Permítame plantear aquí solamente algunos que se refieren a consideraciones secundarias, más que a sus ideas principales.

Página 2. 3. En la segunda edición de los *Escritos filosóficos*, que está ya en imprenta, y de los que tendré el honor de enviarle un ejemplar, aparecen consideraciones parecidas –aunque no tan agudamente detalladas– acerca de lo infinito en la

magnitud extensiva. El Sr. Herz puede dar testimonio de que ya estaba todo listo para imprimir cuando recibí su escrito. También le he expresado desde el comienzo mi satisfacción por que un hombre de su peso piense en ese punto lo mismo que yo.

Página 11. Usted cuenta a Lord Shaftesbury entre los que siguen a Epicuro aunque sea de lejos. Yo he creído hasta ahora que habría que diferenciar cuidadosamente el instinto moral del Lord, del placer de Epicuro. Aquél es para el inglés simplemente la facultad innata de distinguir el bien y el mal a través del mero sentimiento. Para Epicuro, en cambio, el placer constituye no solamente el *criterium boni*, sino el *sumum bonum* mismo.

P. 15. *Quid significet vocula post*, etc. Esta dificultad parece probar más bien la pobreza del lenguaje que la incorrección del concepto. La palabreja *post* denota en su origen ciertamente una sucesión temporal; pero también con ella se puede designar en general el orden en el que se ofrecen dos cosas reales, A y B, de las cuales A no puede ser sino cuando B no es, o en tanto que B no es. En una palabra, [tal palabreja designa] el orden en el que dos cosas absoluta o hipotéticamente contradictorias pueden, sin embargo, estar ahí. Usted me dirá que el 'cuando' o el 'en tanto que', que no puedo soslayar, presupone de nuevo la idea de tiempo. ¡De acuerdo!, pues evitemos, si usted quiere, también la palabreja. Comienzo con la siguiente aclaración terminológica:

A dos cosas, A y B, reales ambas y consecuencias inmediatas (o si se quiere, equidistantes) de un fundamento C (*rationata*), las llamo cosas hipotéticamente compatibles (*compossibilia secundum quid*). En el caso de que sean consecuencias (o *rationata*) no equidistantes las llamo hipotéticamente incompatibles.

Sigo: Las cosas hipotéticamente compatibles (cosas que también son *compossibilia* en este mundo) son al mismo tiempo,

simultanea; los *actualia* hipotéticamente incomponibles, en cambio, se suceden uno detrás de otro, a saber, el *rationatum* más cercano va delante, el más lejano le sigue. Aquí no hay, creo yo, palabra alguna que presuponga la idea de tiempo. Si acaso se encontrará quizás en el lenguaje más que en el pensamiento.

Por diversas razones no puedo persuadirme de que el tiempo sea algo meramente subjetivo. La sucesión es por lo menos una condición necesaria de las representaciones de los espíritus finitos. Ahora bien, los espíritus finitos no son solamente sujetos, sino también objetos de las representaciones, tanto de Dios como del resto de espíritus. Con lo cual la sucesión ha de ser considerada como algo objetivo.

Puesto que además tenemos que admitir la sucesión en los entes que poseen representaciones y en sus cambios, ¿por qué no también en el objeto sensible que es el mundo, muestra y arquetipo de las representaciones?

No comprendo cómo encuentra en este modo de representarse el tiempo un círculo vicioso (p. 17). El tiempo es (según Leibniz) un *Phaenomenon* y tiene, como todos los fenómenos, algo objetivo y algo subjetivo. Lo subjetivo es la *continuidad*, que nos representamos con el tiempo; lo objetivo por el contrario es la serie de los cambios, que son *rationata* equidistantes de un fundamento [*Grund*].

P. 23. Yo no creo que la condición *eodem tempore* sea tan necesaria en el principio de contradicción. Si se trata del mismo sujeto no pueden predicarse a partir de él A y no A, tampoco en tiempos distintos, pues para el concepto de imposibilidad no se requiere sino: *el mismo sujeto de dos predicados A y no-A*. También se puede decir: *impossibile est, non A praedicatum de subiecto A*.

No me habría atrevido a juzgar el escrito de su Il. Exc.ª con tal franqueza, si el Sr. Herz no me hubiera dado a conocer su

verdadero talante filosófico y no me hubiera asegurado que está usted muy lejos de tomar a mal esta cordial apertura. Y si pocas veces se encuentra esta cualidad entre los que hablan con ligereza, suele ser comúnmente rasgo distintivo de cabezas capaces de pensar por sí mismas. Quien ha experimentado en sí mismo cuán difícil es encontrar la verdad y convencerse de que la ha encontrado, tiende en todo momento a ser tolerante con los que piensan de manera diferente a él. Tengo el honor de ser, con la más perfecta estima de su Il. Exc.ª, mi honorabilísimo profesor, humilde seguro servidor

MOSES MENDELSSOHN

IV

La *Dissertatio* en encrucijada
Una *Wendung* que se resiste, o la esterilidad laboriosa

(1771-1780)



[20]
A Marcus Herz

Königsberg, 7 de junio de 1771

Carísimo amigo:

¿Qué piensa usted de mi desidia en la correspondencia? ¿Qué piensa su mentor, el Sr. Mendelssohn, y el Sr. profesor Lambert? Ciertamente estas agudas personas se imaginarán que debo ser muy maleducado, pues correspondo tan mal a la molestia que se toman con las cartas que me dirigen; y desde luego los comprendería muy bien si en el futuro se proponen no tomarse nunca más la molestia de moverse por ninguna carta mía. Sin embargo, si la dificultad interna que uno experimenta pudiera aparecer con la misma claridad a los ojos de los demás, barruntarían –espero–, como causa de ello, cualquier cosa en el mundo antes que indiferencia y falta de respeto. Por eso le ruego disipe ante esos hombres tan dignos cualquier sospecha del estilo; o mejor, salga al paso de ello, pues que todavía persiste el impedimento que ha ocasionado mi demora tan largo tiempo. Aparte de la mala costumbre de pensar que será más cómodo el correo siguiente que el de hoy, las causas son en realidad dos. Las cartas con que me han honrado estos dos sabios, me enredaron en una larga serie de investigaciones. Usted sabe bien que yo no considero las objeciones razonables sólo desde la perspectiva de cómo podrían ser refutadas, sino que siempre las medito, entrelazándolas con mis propios juicios, concediéndoles el derecho de echar abajo cualesquiera de las opiniones preelaboradas, preferidas por mí. Pues aliento siempre la esperanza de que, examinando imparcialmente mis juicios desde el punto de vista de otros, podré obtener un *tertium quid* mejor que lo que ya tenía. Además, la simple falta de convicción de hombres tan penetrantes es ya para mí una prueba de que a mis teorías tiene que faltarles algo, al menos en cuanto a claridad, evidencia, o incluso algo más esencial. Ahora bien, una

larga experiencia me ha enseñado que la comprensión en las materias que nos traemos entre manos no puede forzarse en absoluto, ni acelerarse a fuerza de empeño, sino que necesita un tiempo bastante largo, que permita considerar repetidamente un tipo de concepto en diversidad de relaciones y en contextos tan amplios como sea posible; pero sobre todo para que se despierte entretanto internamente el espíritu escéptico, e intente ver si lo pensado resiste el aguijón de la duda más aguda. En esta faena he empleado –pienso que bien– el tiempo que me he concedido, con riesgo de merecer el reproche de descortesía; pero en realidad, por respeto a los juicios de ambos sabios. Usted conoce la enorme influencia que tiene en la filosofía en su conjunto, e incluso en los fines más importantes del ser humano en general, la comprensión clara y cierta de la diferencia entre lo que se basa en principios subjetivos de las facultades anímicas (no solamente de la sensibilidad, sino también del entendimiento) y lo que concierne directamente a los objetos. Cuando uno no está obsesionado por la manía del sistema, las investigaciones emprendidas acerca de la misma regla fundamental en su aplicación lo más completa posible se verifican unas a otras. Por eso me ocupo ahora de elaborar con algo de detalle una obra que bajo el título de *Los límites de la sensibilidad y de la razón*, debe contener la relación de los conceptos y leyes fundamentales propios del mundo sensible, junto con el bosquejo de lo que constituye la naturaleza de la doctrina del gusto, de la metafísica y de la moral. Durante el invierno he repasado todos los materiales con los que cuento para esto, he sopesado todo ordenadamente y lo he ajustado, pero aún hace poco que he terminado con el plan.

Mi segundo motivo debe resultarle a usted como médico todavía más legítimo, a saber: puesto que mi salud se ha resentido notablemente, es absolutamente necesario cuidarse de mi naturaleza, reponerla poco a poco y por este motivo, dar de lado a todos los esfuerzos durante una temporada aprovechando

únicamente los momentos de buen ánimo, dedicando el resto del tiempo al sosiego y a pequeñas distracciones. Esto y el consumo diario de quina desde octubre del pasado año, me ha ayudado notablemente a restablecerme, incluso a los ojos de mis conocidos. No dudo que no desaprobará del todo una desidia que lo es por mor de los principios de la medicina.

Me he enterado con satisfacción de que se dispone a mandar a la imprenta un trabajo acerca de la naturaleza de las ciencias especulativas. Lo aguardo ansiosamente y puesto que estará listo antes que mi escrito, podré sacar provecho de todos los guiños que presumiblemente encontraré allí. La satisfacción que sentiré en el aplauso que previsiblemente recibirá su primera publicación, aunque pueda en secreto no carecer de vanidad, tiene no obstante un fuerte sabor a complicidad amistosa y desinteresada. El Sr. Kanter ha sacado mi Disertación bastante tarde, en número escaso, e incluso sin incluirla en el catálogo de la feria; después de tener en la cabeza el plan para un desarrollo más completo, no he querido cambiar nada en ella. Dado que éste es el texto sobre el cual se ha de decir lo demás en el escrito siguiente, y que además ciertos pensamientos aislados que allí aparecen, difícilmente podría tener ocasión de exponerlos en otra parte; y porque la Disertación, con sus fallos, no parece digna de una nueva edición, me contraría un tanto que este trabajo haya de resignarse tan pronto al destino de todos los esfuerzos humanos, a saber, el olvido.

Si puede usted superar el escribirme aunque no reciba respuesta más que de vez en cuando, su carta –cuanto más extensa mejor– aportará un buen refuerzo a mi quina en la cura de primavera. Le ruego transmita mis excusas a los Sres. Mendelssohn y Lambert y la seguridad de mi máxima adhesión. Pienso que cuando mi estómago cumpla poco a poco con su deber, mis dedos no van a dejar de cumplir el suyo. Acompaño todas sus empresas con los deseos de un amigo sinceramente partícipe

IMMANUEL KANT

[21]
De Marcus Herz

Berlín, 9 de julio de 1771

Muy especialmente honorable profesor:

Su última carta, además de la habitual satisfacción de no verme todavía extinguido en la memoria de mi querido maestro, me ha causado algo especial, en lo que tal vez usted ha pensado menos de lo que a mí me importa: Mi amigo el Sr. Friedländer me dijo al llegar que usted ya no era el gran partidario de la filosofía especulativa que fue en otro tiempo; ¿qué digo no partidario?: que usted en cierta ocasión literalmente la tachó de sofistería inútil, engendrada por algunos sabios en sus gabinetes, demasiado alejados del alboroto del mundo, como para procurarle a su teoría los cambios adecuados; nada comprendida por el gran resto del mundo; incapaz de ejercer el menor influjo en su bienestar; en consecuencia usted opinaba que el único estudio digno de un sabio sería la moral orientada al hombre común. En este asunto, el sabio penetra en el corazón, aquí estudia los sentimientos y procura ordenarlos conforme a las reglas de la experiencia común. ¡Cómo temblé ante esta novedad! ¿Cómo? –pensaba yo–, ¿había sido entonces puro engaño de mi maestro el haberme encarecido sobremanera en las ocasiones más diversas el valor de la metafísica?; ¿o sentía entonces realmente lo que parecía sentir, y ha sido el tiempo lo que le ha permitido lanzar una mirada con mayor penetración en el interior de esa ciencia, transformando de golpe sus más cálidos sentimientos en una fría aversión?; ¿es ése entonces el destino de todas nuestras satisfacciones, corporales o anímicas, da igual cómo se llamen?: todas nos embriagan por algunos momentos, hacen hervir nuestra sangre, nos permiten ser criaturas celestes durante un breve tiempo, pero al cabo les sigue el más penoso de todos los tormentos, la náusea, imponiéndonos

un montón de años de penitencia [en castigo] por los fugaces instantes del goce. ¿Qué clase de vocerío resultan ser entonces los placeres del espíritu, qué clase de ruido la felicidad que emana de las obras del entendimiento, la más parecida a la de los dioses? ¡Fuera con esa baratija, si no es capaz de ofrecernos nada más que lo que ofrece la satisfacción de cualquier apetito!; mejor dicho, menos, toda vez que el hastío que sigue por el esfuerzo y el tiempo empleados en vano, tiene que despertar en nosotros un arrepentimiento interminable. Bien decidido estaba yo realmente a esquivar a tiempo este destino, a desistir en lo sucesivo de todas las ciencias, e incluso a ahogar en el parto a mi criatura alumbrada a medias; pero su carta me salvó a tiempo de mi desvarío: Usted es el devoto de la especulación de siempre, y solamente un cierto bajón de ánimo puede haberle dejado decir alguna vez lo contrario; está de nuevo centrado en dar al mundo una gran obra; todavía proclama que la felicidad del género humano estriba en las verdades que se sitúan más allá de los límites del conocimiento. ¡Oh, qué prenda segura es en mis manos esta confesión del mayor amigo de la humanidad, cuando dice que no puede dejar de interesarse por aquello que constituye el único medio para la felicidad!

Le llegará por correo mi escrito, en el cual me temo que no encontrará apenas nada que pueda ocasionar cambios en lo que usted se trae entre manos. A nadie menos que a usted, queridísimo profesor, necesito decir cuán pequeño es mi mérito en este escrito. Simplemente he tenido a la vista el suyo [la *Dissertatio*] y he seguido el hilo de sus pensamientos, haciendo aquí y allá algunas digresiones que se me iban ocurriendo al trabajar, y que antes no había contemplado en el plan. Es usted por tanto muy bondadoso suponiendo que puede aprovecharse del éxito que [este escrito mío] pueda esperar. El éxito le corresponde enteramente a usted; y a mí sólo la alabanza que mereciera un oyente aplicado. Y vergüenza, eterna vergüenza sólo para mí, si no lo he

comprendido, si he suplantado con mercancías inauténticas, las auténticas; y caiga sobre mí la merecida censura de todo el mundo.

Podría ahora detenerme en diversos temas contenidos en el escrito, pero me reservo hasta que lo haya leído usted y me haya comunicado su juicio. Al desarrollar los conceptos de espacio y tiempo he realizado una suerte de extensión hacia la naturaleza de los principios de lo bello. Al investigar las relaciones he ido a parar a una prueba de la existencia del alma, que quizás merezca atención. En el segundo apartado le he seguido simplemente a usted, y he hecho sólo un pequeño movimiento para poner el pie algo más lejos.

Encontrará mi estilo torpe y pesado; me falta rotundidad y precisión, y no sé si la falta de claridad en algunos puntos hay que atribuirla meramente a mi incapacidad o también a la naturaleza de la materia. Espero su juicio tanto sobre los distintos temas, como sobre el conjunto del escrito, y especialmente, sobre si todo mi proyecto merece o no ser editado.

Acerca del inglés Smith, su preferido, según me dice el Sr. Friedländer, tengo que hacer diversas consideraciones. También a mí me ha deleitado increíblemente, pero sin embargo, desestimo con mucho la primera parte de la crítica a Home [Henry Home]. Probablemente ha leído la *Rapsodia* del Sr. Mendelssohn. Ha ampliado mucho la nueva edición y ha descubierto una nueva perspectiva en el campo de las sensaciones mixtas. Hay ahí muchos asuntos que todavía son difíciles para mí, pero ahora no puedo hablar sobre todo ello con este hombre, que tiene desde ya hace más de medio año un acceso de enfermedad nerviosa, de manera que no se encuentra en absoluto en condiciones de leer, escribir, o pensar acerca de materias filosóficas. Gracias a su rigurosa dieta, empero, se ha recuperado bastante –¡loado sea Dios!– tanto en la parte física como en la anímica y el próximo invierno podrá trabajar de nuevo. Entretanto me dirigiré a mi querido profesor, presentándole lo que se me ocurra al leer los escritos mencionados.

Me siento muy feliz de tener su retrato sobre mi escritorio. ¡Qué placer me proporciona, pues me trae recuerdos de aquellos tiempos tan llenos de enseñanzas! A usted y al Sr. Friedländer les estoy infinitamente obligado por ello.

He empezado hace poco a leer la *Arquitectónica* de Lambert y no puedo juzgarla. Son por lo demás pocas horas las que puedo dedicar a los estudios que no sean de medicina.

Ya he charlado lo suficiente, inolvidable profesor. Responda pronto y extensamente a mi escrito. Pues –Dios lo sabe– solamente su juicio será capaz de determinar para mí su valor. Piense hasta entonces en su muy humilde servidor y discípulo,

MARCUS HERZ

[22]
A ¿...?

Königsberg, 1 de octubre de 1772

Muy honorable y doctísimo, muy respetable Sr. Magister:

Por la presente tengo humildemente el honor de reclamar los 2 ducados a los que reduje voluntariamente el honorario de 8 táleros de su hijo, con ocasión de su partida.

Los docentes de la Universidad estamos ahora particularmente obligados a dar cuentas de los balances a la mayor brevedad. Quedo suyo seguro servidor, con la mayor consideración,

I. KANT

[23]
De Johann Heinrich Kant

Scheden, 3 de julio de 1773

Queridísimo hermano:

¿No será tiempo ya de que volvamos a acercarnos el uno al otro? Hace años que no te escribo y bien merezco un castigo. Mi negligencia me sonroja. Pero no puedo permitir que esta separación entre nosotros se prolongue por más tiempo. Somos hermanos, la naturaleza nos ha convertido el amor y la confianza en deber; apelo a tu corazón, pues el mío te está abierto. Estoy deseando tener noticia detallada de tu situación actual; con mucho gusto querría saber de ti aunque sólo fuera medio pliego. ¿Por qué no puede saber tu hermano algo de tus trabajos científicos antes de que cualquiera pueda disponer de ellos en la librería? Hintz me ha dado noticia de diversos ensayos que has hecho; esto, y todo –que ciertamente me interesa porque se trata de ti–, lo espero con cierta exigencia, a ver si me llega en el próximo correo.

Mi situación actual es desde hace 15 años que vivo en Kurland, la misma de siempre. ¡Ni la más pequeña perspectiva de una provisión confortable! Los naturales de aquí tienen en todo momento preferencia en la ocupación de los puestos vacantes, y el extranjero que concurre con los oriundos tiene que ir a la zaga la mayor parte de las veces, porque los posibles méritos y aptitudes no pueden competir con los apoyos familiares. Actualmente me encuentro en mi 4.º contrato en casa del Sr. Sass en Scheden. Una casa importante en la que me siento tan feliz como uno puede serlo en esta profesión de maestro. ¿Deberá seguir esto siempre así? ¿Tendré que estar toda mi vida en esta despreciable carrera? ¡Oh, cómo lamento haber dejado Prusia! En mi patria ya tendría hace tiempo una plaza. ¿Por qué he buscado mi felicidad en tierra extraña? Pero no quisiera continuar lamentándome, uno ha de ser paciente cuando no puede cambiar por sí mismo su destino.

Nuestro príncipe tiene el noble y patriótico propósito de mejorar las escuelas y de fundar un Gymnasium Academicum. Tengo la leve esperanza de que quizás entonces se me conceda una plaza en la escuela estatal de Mitau.

Se me ha asegurado también que tú estarías en la lista de los profesores llamados para el Gimnasio. ¡Cuánto me alegraría si fuera verdad y no encontrases motivo alguno para rehusar un nombramiento así!

Nuestra hermana casada con el maestro textil Schultz me ha escrito y me ha dado noticias sobre su vida y la de nuestras otras hermanas. Hazme el favor de enviarle la carta que adjunto. Veo por la citada carta que la infeliz Krönertin [Sra. de Kröner] está siendo ayudada por ti en sus penosas circunstancias; a mí se me ha pedido también una aportación y estoy dispuesto a contribuir anualmente con algo para su mantenimiento. La primera cuota que enviaré próximamente se ajustará a mis posibles. A mis estimados parientes el Sr. tío y la Sra. tía Richter dales mis saludos más cordiales.

Esperaré cada día tu respuesta con impaciencia. Lástima que sólo puedo abrazarte con el pensamiento. Tu único hermano, que te ama con la mayor ternura

J. H. Kant

Mi dirección es à Scheden per Frauenburg.

[24]
A Marcus Herz

Königsberg, hacia finales de 1773

Ilustre señor, estimadísimo amigo:

Me complace recibir noticias acerca de la buena marcha de sus tareas, pero más todavía, vislumbrar en el escrito del que me hace partícipe los indicios del buen recuerdo y de la amistad. Lo que más deseo es que se ejercite en la práctica de la medicina bajo la guía de un hábil maestro. El cementerio no puede en el futuro llenarse antes de que el joven doctor aprenda el método como es debido. Observe mucho con todo empeño. Las teorías, aquí como en otros ámbitos, se montan con frecuencia más para aligerar el asunto que para la explicación de los fenómenos de la naturaleza. La medicina sistemática de Macbriden (creo que usted ya la conocerá) me ha gustado mucho en este sentido. Me encuentro ahora en general mucho mejor que antes. La causa de ello es que ahora conozco mejor lo que me hace daño. A causa de mi sensibilidad nerviosa, los fármacos son, sin distinción, un veneno para mí. Lo único que necesito, si bien muy raramente, es media cucharilla de quina con agua cuando por las mañanas me importuna la acidez, lo que me parece mucho mejor que todos los absorbentes. Por lo demás, he suprimido el consumo diario de este remedio con la intención de robustecerme. Me producía un pulso intermitente sobre todo hacia el atardecer, lo que me atemorizó bastante hasta que supuse la causa y, tan pronto la suprimí, desapareció el mal. Estudie usted la gran diversidad de las naturalezas. La mía habría sido desechada por cualquier médico que no fuera filósofo.

Usted busca en el catálogo de la Feria [del libro], diligente pero inútilmente, un cierto nombre que empieza con la letra K. Nada me habría sido más fácil tras el mucho esfuerzo realizado, que aparecer allí con trabajos no poco considerables, que

están prácticamente terminados. Pero puesto que de una vez por todas he llegado tan lejos en la transformación de esa ciencia tanto tiempo trabajada en vano por la mitad del mundo filosófico, de tal modo que me veo en posesión de un concepto doctrinal que resuelve plenamente el enigma, y que lleva el proceder de la razón aislada consigo misma a reglas seguras y fáciles de aplicar, por todo ello, prefiero persistir obstinadamente en mi propósito, sin dejarme llevar por ningún prurito de autor, y sin buscar la fama en ningún campo fácil y popular, hasta que no deje mi espinoso y duro terreno liberado en su sentido más universal.

No creo que muchos hayan intentado proyectar una ciencia completamente nueva en su idea, y al mismo tiempo desarrollarla en su totalidad. Pero el esfuerzo que esto supone por lo que respecta al método, a las subdivisiones, a las denominaciones adecuadas; y el tiempo que hay que invertir en ello, apenas podría usted imaginarlo. Pero brilla ante mí una esperanza que sólo a usted me atrevo a confesar sin miedo a hacerme sospechoso de la vanidad más grande, a saber, la de dar por este medio y de manera duradera un nuevo rumbo a la filosofía, mucho más ventajoso para la religión y la moral, dándole a la par la forma que puede atraer a los hoscos matemáticos a considerarse dignos y capaces de trabajar en ella. Tengo todavía por ahora la esperanza de tener la obra terminada para Pascua. Pero contando incluso con las frecuentes indisposiciones que siempre me ocasionan interrupciones, puedo casi con certeza prometerla para poco después de Pascua.

Estoy ansioso por ver aparecer su ensayo de filosofía moral. Desearía sin embargo que no quisiera usted hacer valer ahí el concepto de realidad [*Realität*], tan importante en la más elevada abstracción de la razón especulativa, pero tan vacío en su aplicación a lo práctico. Pues tal concepto es trascendental, mientras que los elementos prácticos supremos son el placer y la pena, los cuales son empíricos, sea cual sea el lugar de donde

venga reconocido su objeto. Un concepto puro del entendimiento no puede proporcionar las leyes o máximas de lo que es meramente sensible; porque en relación con ello [lo sensible] el concepto es completamente indeterminado. El fundamento supremo de la moralidad no puede consistir meramente en el bienestar o felicidad, sino que debe ser el bien en sumo grado, puesto que no puede ser una representación meramente especulativa, sino que debe poseer capacidad movilizadora [*Bewegkraft*] y por ello, aunque es intelectual, tiene que tener una relación directa con las primeras inclinaciones de la voluntad. Estaré contento cuando haya terminado mi filosofía trascendental, la cual es propiamente una crítica de la razón pura; luego pasaré a la metafísica, que sólo tiene dos partes: la metafísica de la naturaleza y la metafísica de las costumbres; de ellas, publicaré la última en primer lugar, de lo cual ya me alegro desde ahora.

He leído la recensión de la antropología de Platner. No hubiera por mí mismo aconsejado tal recensionista [Herz]; pero ahora me satisface comprobar el notable progreso que muestra en su buen hacer. Este invierno impartiré por segunda vez un curso privado de antropología, que estoy pensando en convertir en una disciplina académica ordinaria. Pero mi plan es muy diferente [al de Platner]. La intención que tengo es la de acceder por su medio [de la antropología] a las fuentes de todas las ciencias: de la moral, de la habilidad [o capacitación para el hacer técnico], del comportamiento, y del método para formar y dirigir a los hombres: en suma, de todo lo práctico. En todo ello busco fenómenos y sus leyes, más que fundamentos de posibilidad de una modificación de la naturaleza humana en general. Con esto desaparece totalmente la investigación sutil y siempre infructuosa –a mi juicio– acerca del modo como los órganos del cuerpo se relacionan con los pensamientos. Me sitúo incansablemente de tal modo en la observación, en la vida común, que mis oyentes no se aburren, sino que desde el principio hasta el final están en una

ocupación entretenida, pues tienen la ocasión de comparar continuamente su experiencia cotidiana con mis aclaraciones. Entretanto trabajo para traducir esta doctrina de la observación, tan grata a mis ojos, en una práctica de la habilidad, de la prudencia, e incluso de la sabiduría, de cara a la juventud académica; tal doctrina, junto con la geografía física, es diferente de todas las otras enseñanzas y podría denominarse conocimiento del mundo.

He visto mi retrato delante de la Biblioteca; un honor que me inquieta un tanto pues, como sabe, evito toda muestra de alabanza subrepticia y cualquier impertinencia para hacerme notar. Como grabado es bueno, pero no muy acertado. Aunque me place haberme enterado de que se trata de una iniciativa que se debe a la amable parcialidad de mi antiguo oyente [el librero Kanter].

La recensión de su escrito que aparece en el mismo lugar [que la de Platner] da fe de lo que yo me temía: que presentar nuevas ideas bajo una luz que permita al lector percibir el pensamiento propio del autor y el peso de sus razones, requiere un tiempo más largo para repensar las cuestiones hasta alcanzar una completa y sencilla familiaridad con ellas. Soy, con sincera adhesión y respeto, su servidor y amigo más entregado

IMMANUEL KANT

[25]
De Johann Caspar Lavater

Zürich, 8 de febrero de 1774

De entre los muchos caminos que se me ofrecen para acercarme por primera vez a usted con cierto decoro, tengo que utilizar y quiero utilizar el más directo, mi honorable Sr. Kant. Hoy acudió a mí una chica de Winterthur, que tiene un hermano en Königsberg. Me preguntó si no tenía allí algún conocido de

quien pudiera obtener una información... De inmediato me vino a la mente mi escritor preferido, Kant, amigo de Herder, y prometí escribirle en su nombre. ¿Acerca de qué? Un encargo extraño para un filósofo à la Wolff, pero el más natural para un filósofo tan humano, tan humano como Kant, con quien tanto simpatizo.

Pues bien, se trata de si pudiera tomarse la molestia de preguntar por un tal Johann Rudolph Sulzer, mosquetero que vive en casa de un tal Schalk, guarnicionero de Schafhausen, en el primer cinturón de la ciudad, para informarse de su comportamiento, y a ser posible, hablar directamente con él; y comunicarnos si usted auguraría que en su patria se portará bien. El hombre es soldado y quisiera de buena gana licenciarse y regresar a su patria. Creo que sus poco adinerados padres y hermanos harían todo lo posible para librarlo del servicio militar, siempre y cuando usted pudiera transmitirnos alguna seguridad relativamente a su conducta. En los últimos años de su estancia aquí fue un tarambana.

Le suplico me informe acerca de esto tan pronto como le sea posible, y que, si puede, me indique de paso cuánto costaría librarlo. ¡Debería pedirle perdón ahora, y mucho –si no creyese en usted–, y no lo voy a hacer con palabras!

Bien, he cumplido fielmente mi cometido, y el pliego está todavía medio vacío. Quisiera decirle y preguntarle tanto, que no puedo ni comenzar, aunque tampoco me resigno a interrumpir de repente.

Dígame en un par de líneas: ¿Es que ha muerto usted para el mundo? ¿Por qué escriben tantos, que no saben escribir, y usted, que puede hacerlo tan bien, no lo hace? ¿Por qué calla, por qué ahora, en esta novedosa época no deja oír su voz? ¿Está dormido? Kant, ¡no! No quiero halagarlo, pero dígame, por favor, ¿por qué calla? O mejor, dígame que sí, que quiere hablar.

Y luego –sí, me vuelvo indiscreto si continúo escribiendo–, desearía de usted –ya que el mundo entero me lo niega–,

desearía, repito, algunos pensamientos luminosos para mi «Poema humano». Lo que usted quiera, aunque sea sin orden, sin conexión; aunque sean sólo unas líneas –para que yo reciba pronto algo y no se frustre el objetivo principal de mi carta–.

Tengo que terminar, pero quiero decirle simple y rápidamente que le estimo profundamente desde hace muchos años; que mi entrañable amigo Pfenninger piensa como yo, y que desde hace algún tiempo tengo la suerte, la suerte indecible, de ser amigo de Herder, ¡que sí que habla, mientras Kant calla! Le abrazo cordialmente

J. C. LAVATER
ASISTENTE EN EL HOSPICIO

P. S. Me acabo de enterar de que el citado Sulzer está en el Regimiento de Stutterheim, en la Compañía del coronel Sr. Roeder. Y una cosa más: Me gustaría muchísimo tener una silueta de usted, del tamaño del [grabado] que tengo.

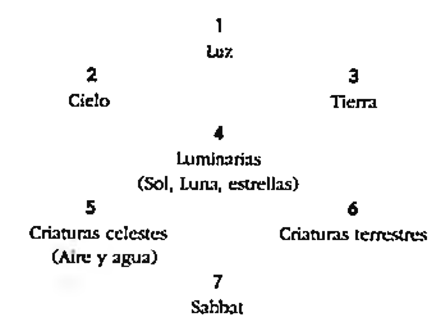
[26]
A Johann G. Hamann

Königsberg, 6 de abril de 1774

El investigador de las «Älteste Urkunde» [Herder: *Los testimonios más antiguos del género humano*] relacionó la famosa figura de Hermes ⊗, que seguramente es la abreviatura de la figura del hexágono regular representada por medio de puntos:

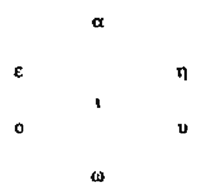
•
•   •
•
•   •
•

(cuyo séptimo punto es el centro), la relacionó, repito, con la mística del número siete en la antigüedad, y finalmente también con los siete días de la creación. Y puesto que Hermes no parece ser una persona, sino el primer símbolo de toda la ciencia humana, entonces la división de toda la creación, junto con el recuerdo del que la hizo, se presentaba también en una figura semejante:



Así, consideró este capítulo no como una historia de la creación del mundo, sino como un boceto de la primera enseñanza del género humano, y a su través, como una especie de método tabulatorio del que se ha servido Dios para configurar los conceptos del género humano por medio de esa división de todos los objetos de la naturaleza. Para comprender la totalidad podía servir que el recuerdo de cada una de esas clases de conceptos se ligase a un día en particular, entre los cuales el séptimo constituye el cierre o corte. Con tal ocasión, Dios enlazó esa figura, ese diseño de significado universal representado más arriba –figura no egipcia, sino invención directamente divina–, con el lenguaje. De modo que tanto escritura como lenguaje se habrían unido en esta primera lección divina, arranque originario de todo el conocimiento humano posterior. Por tanto, según su juicio [el de Herder, en la obra que se está comentando], el «testimonio más antiguo...» ya que constituye simplemente la representación más exacta del método divino de enseñanza, no es el primer

capítulo de los libros de Moisés mismo, sino que contiene la tradición del modo como todos los pueblos de la tierra han recibido su primera lección; [enseñanza] que muchos pueblos han conservado, cada uno según la serie de sus generaciones. Sólo que si bien Moisés nos ha transmitido mejor el sentido, sólo a los egipcios debemos la conservación de la figura, la cual, como principio de toda escritura, nos ha llegado directamente de las manos de Dios. La utilidad de las divisiones semanales se orienta aquí principalmente a la instauración del sábado; propiamente porque podía servir para conservar y recordar todos los elementos del conocimiento transmitidos, y junto con ello también, para constituir una medida del tiempo y a la vez también como ejercitación primaria, la más sencilla, con los conceptos numéricos. La figura sirvió [así, también], para abrir el campo del arte de la medida, etc. Esta figura, el místico número siete, los días de la semana, a modo de monumento universal de la primera lección que Dios *mismo dio a los hombres, ha sido envuelto y encubierto* en toda clase de símbolos por los diversos pueblos, en cada uno según su gusto. Moisés revistió el monumento con la alegoría de la historia de la creación. Los griegos con las grafías y sonidos vocales.



Los líricos, con los siete tonos, las teogonías de los fenicios y de los egipcios, incluso la misma figura de las pirámides y obeliscos, eran simplemente una reproducción algo transformada de aquel monograma sagrado: ⊗; del diseño de la escritura hecho por Dios, del abecedario de la humanidad.

Al acrecentarse las ciencias, por ejemplo la astronomía, se dispusieron entre otras cosas los siete planetas según el anti-

quísimo modelo. Todos los autores que creyeron que aquél importante símbolo estaba tomado de estos siete planetas, de los siete tonos dentro de una octava, cometieron un grueso error. Más bien al contrario, la habilidad de contar hasta siete y más, así como todo el conocimiento y la ciencia restante parten de ahí.

Si usted, apreciado amigo, encuentra que debe corregirse mi concepto de la intención primordial del autor, le ruego me dé su opinión en unas pocas líneas, pero a ser posible en la lengua de los hombres. Pues yo, pobre hijo de la tierra, no estoy hecho en absoluto para el divino lenguaje de la *razón intuitiva*. Y sólo llego correctamente a lo que se me pueda deletrear a partir de los conceptos comunes, y según reglas lógicas. Además, tampoco pretendo otra cosa que comprender el tema del autor, pues conocerlo con evidencia en toda su altura no es cosa a la que aspire.

KANT

[27]
A Johann Caspar Lavater [borrador]

Königsberg, 28-30 de abril de 1775

La ocasión que se me presenta ahora de añadir algo a mi última misiva –interrumpida–, prefiero aprovecharla al menos parcialmente, que desaprovecharla completamente. Suponiendo que ningún libro, sea de la autoridad que sea –ni siquiera una revelación que haya recibido con mis propios sentidos–, puede imponerme nada respecto a la religión (en lo que hace a los sentimientos), si ello no se ha convertido para mí en un deber a través de la sagrada ley en mí, conforme a la cual debo rendir cuentas de todo; y suponiendo que no me está permitido tener la audacia de colmar mi alma con testimonios de devoción, confe-

siones, etc. que no hayan surgido de los preceptos sinceros e infalibles de la misma (porque los preceptos pueden dar lugar a observancia pero no a sentimientos del corazón), así yo no busco en el Evangelio el fundamento de mi fe, sino su afianzamiento; y encuentro en el espíritu moral del mismo, aquello que distingue con nitidez la noticia [o buena nueva], del modo de su difusión, y de los medios de introducirla en el mundo; brevemente, aquello que es un deber para mí [lo distingo] de lo que Dios me otorga como beneficio, y por tanto (sean cuales sean las noticias, o doctrinas), esto no me impone nada nuevo, aunque puede, desde luego, dar a los buenos sentimientos nueva fuerza y confianza, simplemente. Esto era lo que tenía que decir como aclaración al pasaje de mi escrito anterior en relación con la distinción de dos partes relacionadas, pero heterogéneas, en los libros sagrados; y acerca del modo como me las aplico a mí mismo.

Por lo que concierne a su requerimiento de que pronuncie mi juicio sobre lo que dice usted en su trabajo acerca de la fe y la oración, le digo lo siguiente: lo esencial y lo excelente de la doctrina de Cristo es precisamente esto: que sitúa la suma de toda religión en ser honesto, [anclado] con todas las fuerzas en la fe, es decir, en la confianza incondicional de que Dios añadirá el resto del bien que no está en nuestra mano. Esta doctrina de fe veda cualquier desmesura, como querer conocer el modo como Dios actúa en todo ello, así como la temeridad de querer determinar desde nuestro parecer qué sea lo más adecuado a su sabiduría en lo que respecta a los medios; [veda asimismo] todas las peticiones de favores introducidas en las prescripciones litúrgicas, [de modo que] del inacabable delirio religioso al que tienden los hombres de todos los tiempos no deja sino la confianza general e indeterminada en que se nos dará parte en ese Bien, sea de la clase que sea, si nosotros –en la medida en que está en nuestra mano– no nos hacemos indignos de él por nuestro comportamiento.

[De la carta efectivamente enviada:]

[...] Usted solicita mi juicio sobre su tratado acerca de la fe y la oración. ¿Sabe usted a quién se dirige? A alguien que no conoce ningún otro medio –que sea convincente en el último momento de la vida– sino la más pura sinceridad en cuanto a los sentimientos más íntimos del corazón; alguien que como Job considera pecado adular a Dios y hacer confesiones íntimas impulsado tal vez por el temor, pero sin coherencia con el espíritu libre en su fe. Yo distingo la doctrina de Cristo de la noticia acerca de ella, de modo que para adoptar aquélla en su pureza, busco, en primer lugar, extraer la enseñanza moral segregada del conjunto de las proposiciones neotestamentarias. Esta es ciertamente la enseñanza básica del Evangelio, el resto puede ser doctrina auxiliar del mismo, porque lo último sólo dice lo que Dios ha hecho para venir en ayuda de nuestra debilidad de cara a la justificación ante Él [...]

[...] Entiendo por lo que antes he llamado «proposiciones neotestamentarias» [*Sätzungen*], todo aquello de lo que se puede tener convicción sólo por noticia histórica; y que al mismo tiempo es recomendado en orden a la confesión y observancia, como condición de bienaventuranza [*Seligkeit*]. Bajo fe moral, entiendo la confianza incondicionada en la ayuda divina, respecto de todo el bien que de ninguna manera está en nuestro poder, por muy encarecidos que sean nuestros esfuerzos.

[28]
De Johann Heinrich Kant (postdata de su esposa)

Mitau, 13 de mayo de 1775

Mi queridísimo hermano:

Hará por lo menos un año que no te escribo ni una sola línea y que no he visto ninguna tuya. Me habrás censurado mucho con razón. Obtuve empleo como co-rector en la gran escuela de Mitau, y no te di noticia de ello. Pues bien, fue negligencia, pero fueron también en parte las abrumadoras ocupaciones lo que continuamente me lo impidió. Actualmente se ha producido la mayor transformación de mi vida: me he casado. Los honorarios de mi puesto son módicos, bastan sólo para costear las necesidades de la vida, y no obstante, he osado dar un paso que normalmente no se da sin una situación más segura, o sin que sobrevenga precisamente a través del matrimonio mismo. Mi esposa posee muchos encantos externos y un carácter complaciente, aunque no fortuna; y sin embargo la he elegido, simplemente por amor; y espero, con ella de la mano, superar contento y feliz todos los escollos de la vida.

Tú, mi queridísimo hermano, has de buscar solaz y descanso en distracciones sociales, o tienes que confiar tu cuerpo cuando enfermas a los cuidados mercenarios de gente extraña. Yo en cambio, encuentro todo el mundo en la tiernísima esposa de mi corazón, que comparte conmigo alegrías y preocupaciones. Y sé con certeza que cuando me llegue la carga de la avanzada edad, ella la aligerará con el más cariñoso de los cuidados. Yo soy más feliz que tú, hermano mío. Deja que te aleccione mi ejemplo. El celibato tiene sus ventajas mientras se es joven. En la madurez hay que estar casado o resignarse a una vida malhumorada y triste. Comunica a todas mis hermanas este gran cambio. A todas las saludo con el mayor cariño. De ti espero, tan pronto

como sea posible, noticias ampliamente detalladas de tu situación. Y si hasta ahora he sido tan negligente para escribir, quiero corregir mi falta y no dejar nunca de ser, con todo el cálido sentimiento de mi cariño, tu afectuoso hermano

KANT

P. S. Tal vez me tome por una mujer temeraria, atreviéndome a escribir a un hombre a quien todavía no conozco personalmente; pero es usted el hermano de mi esposo y por lo tanto también el mío: tal es mi justificación. No obstante, hágame saber por escrito que quiere honrarme con el nombre de hermana. El tierno amor que profeso a mi esposo convierte mis sentimientos amistosos hacia usted en un deber agradable para mí. No dejaré nunca de ser su afectuosa hermana,

MARIA KANT, NACIDA HAVEMANN

[29]
A Marcus Herz

Königsberg, 24 de noviembre de 1776

Ilustre Sr. doctor, apreciadísimo amigo:

Me alegro mucho de recibir noticias a través del Sr. Friedländer sobre la buena marcha de su consulta médica. Es éste un campo en el que, además del bien que procura, el entendimiento se alimenta continuamente de nuevos conocimientos, manteniéndose en una actividad mesurada y sin desgastarse por el uso, como les ocurre a nuestros grandes críticos, a un Baumgarten, Mendelssohn, Garve, a los que sigo de lejos; los cuales, tensando los filamentos más tiernos de sus nervios cerebrales, se vuelven extremadamente sensibles ante cualquier impresión o esfuerzo.

No importa que en su caso esto sea solamente un juego de pensamientos para distraerse: nunca será una ocupación esforzada.

Con satisfacción he percibido en su escrito acerca de la variedad del gusto la pureza de la expresión, la afabilidad del estilo y la finura de las observaciones. No estoy ahora en condiciones de añadir algún juicio especial que se me ocurrió durante la lectura, porque he prestado el libro y no sé a quién. Pero sí recuerdo todavía un pasaje del mismo en relación con el cual tengo que hacer una objeción a la parcialidad de su amistad para conmigo. La alabanza que me dispensa, en paralelo con Lessing, me inquieta. Pues de hecho no poseo mérito alguno digno de tal alabanza: es como si viese a mi lado al irónico o burlón, que me atribuye tales pretensiones y toma de ello ocasión para la maliciosa falta. De hecho no pierdo la esperanza de que me quepa algún mérito en el campo en el que trabajo. Recibo objeciones de todos lados, sobre la esterilidad en la que parezco estar sumido desde hace largo tiempo, cuando en realidad nunca he trabajado de manera más sistemática e intensa que en estos años, desde que usted no me ve. Muchos temas, cuya elaboración obtendría presumiblemente éxito por un tiempo, se acumulan en mis manos como suele ocurrir cuando uno se ha provisto de algunos principios suficientemente fecundos. Pero están contenidos en su conjunto, por un asunto capital, como por un dique, [asunto] en el que espero lograr un mérito perdurable; y en cuya posesión creo encontrarme ya realmente; [asunto] en orden al cual, en este momento, ya no es necesario tanto pensarlo más, como sencillamente redactarlo. Tras la realización de este trabajo, que emprendo ahora de inmediato –luego de haber superado los últimos impedimentos apenas el verano pasado– me instalo en un campo abierto cuyo recorrido será como una diversión ante mí. Hace falta mucha obstinación –si debo decirlo– para seguir sin vacilación un plan como éste; con frecuencia me he visto empujado por las dificultades a dedicarme a otras materias más agradables,

deslealtad de la que una y otra vez y otra me han hecho reaccionar, en parte la superación de algunos impedimentos, en parte la importancia del asunto. Usted sabe que es preciso poder avistar el campo de la razón que juzga con independencia de todos los principios empíricos, es decir, de la razón pura, pues [tal capacidad] se encuentra *a priori* en nosotros y no puede esperar a encontrar su apertura en modo alguno en la experiencia. Pues bien, para especificar la esfera completa de ese campo, sus partes estructurales, los límites y su contenido total conforme a principios seguros, y para colocar los mojones de tal modo que se pueda saber en el futuro con seguridad si uno se encuentra en el terreno de la razón o de la sofistería, hace falta una crítica, una disciplina, un canon y una arquitectónica de la razón pura; por ende, una ciencia formal para la cual no se puede utilizar nada sacado de las que ya hay; y que precisa para su fundamentación incluso de expresiones técnicas completamente propias. No pienso terminar este trabajo antes de Pascua, sino que emplearé en él una parte del próximo verano, en la medida en que mi salud, continuamente quebrantada, me permita trabajar. Pero ruego, no obstante, que acerca de esta previsión no se susciten expectativas, las cuales suelen ser a veces molestas y con frecuencia perjudiciales.

Y ahora, querido amigo, le ruego que a la hora de contestarme no me devuelva mi negligencia sino que me honre de vez en cuando con noticias de su entorno, sobre todo literarias; que me recomiende encarecidamente al Sr. Mendelssohn y, si hay ocasión, a los Sres. Engel y Lambert y también al Sr. Bode, que me envían saludos a través del Sr. Reccard, y, por lo demás, que conserve en perpetua amistad a su muy humilde servidor y amigo

I. Kant

[30]
A Wilhelm Crichton

Königsberg, 29 de julio de 1778

De su Ilma.:

¿Puedo prometerle algo que para mí no tiene duda, a saber: la participación más grande y eficaz, en el mantenimiento y fomento de una de las instituciones mejor hechas del mundo, tan pronto como usted se haya persuadido de su utilidad? El Instituto fundado por Basedow, que se encuentra en la actualidad bajo la plena dirección del Sr. Wolke, ha adquirido un nuevo formato al cuidado de este hombre infatigable, creado para la reforma de las instituciones educativas, como ponen de manifiesto sin ningún género de dudas las noticias publicadas por el Philanthropin, que tendré el honor de enviarle. Después de la marcha de algunas cabezas, en general bienintencionadas aunque un tanto fanáticas, todos los puestos están ocupados por maestros seleccionados, y las nuevas ideas, más depuradas en la actualidad, se han dirigido a la más firme alianza con todo lo que tenía de útil la vieja forma de educar. El mundo siente vivamente en estos tiempos la necesidad de mejoras en la educación; sin embargo los distintos ensayos realizados con este fin no han resultado. El [Philanthropin] de F. V. Salis [en Marschlins, 1775] y el de Bahrdt [en Heidesheim, 1777] se han cerrado. Ahora queda sólo el Instituto de Dessau. Con toda seguridad la razón estriba simplemente en que tiene al frente al indescriptiblemente activo y modesto Wolke, que no se deja amedrentar por ningún obstáculo, que posee además la rara cualidad de permanecer fiel a sus planes sin obstinación, y bajo cuya vigilancia esta institución se convertirá con el tiempo en la matriz originaria de todas las buenas escuelas del mundo, si al menos al principio se le presta desde fuera asistencia y aliento.

Su Ilma. verá en la carta adjunta que, desde que me fueron enviados para su distribución los últimos números de las *Conversaciones Pedagógicas*, se espera de mí que anime a la gente informándola igualmente para mantener la suscripción, y en general, para que se genere solidaridad y colaboración con el Instituto. Me encuentro dispuesto cordial y solícitamente a ello, pero me parece no obstante que la influencia sería mucho mayor si Su Ilma. mostrara su interés hacia este asunto, y aportara su nombre y su pluma en beneficio de esta obra. Si me permite dar esta esperanza al Instituto, se desencadenaría el agradecimiento y la más gozosa aceptación de una propuesta tan generosa. Sería un honor para mí en ese caso asistirle siempre que fuera preciso, proporcionarle la lista de los suscriptores actuales; y si hubiese alguna tarea (pocas puede haber en un asunto como éste) que su Ilma. no pudiese realizar por estar ocupado en otras más necesarias, yo la asumiría con mucho gusto.

Considerando todo lo que antes no era completamente de su agrado [en el Instituto], no dudo en absoluto de que se sentirá satisfecho con las nuevas ordenanzas ya consolidadas; en tales circunstancias, estoy seguro de su celo por participar en una institución de tan gran utilidad, y por tanto no temo que este requerimiento mío sea mal recibido por su parte; de quien por lo demás con el máximo respeto soy su muy seguro servidor,

IMMANUEL KANT

P. S. Le ruego encarecidamente me envíe de nuevo esta carta en su contestación. Pues si acepta la petición, podría aparecer en el suplemento del *Diario de Königsberg*, si a usted le parece bien; y al final de la suya, presentaría yo de nuevo ésta.

[31]
A Christian H. Wolke

Königsberg, 4 de agosto de 1778

Honorable amigo:

Si yo fuera capaz de reunir aquí todos los elogios que sólo la más grande adulación puede inventar, sólo expresarían el sentimiento verdadero y leal de mi corazón. Usted es la última áncora donde puede sostenerse hoy día la esperanza toda de quienes comulgan en un asunto cuya sola idea colma el corazón. La perseverancia para ejecutar con tantos impedimentos un plan tan grande, le hace acreedor a la admiración y agradecimiento de todo aquél que comprende lo que significa ser hombre en su total determinación; y aunque sólo un refinado concepto del honor le empujara a sacrificar todas las comodidades de la vida en favor del bien público, no habría en parte alguna medio más certero de legar su nombre a la gratitud de futuras generaciones, que la ocupación a la que usted se consagra, la cual –tal como yo y otros conmigo, esperamos– alcanzará con seguridad su fin (si el cielo le conserva con salud).

Acabo de recibir ahora mismo el paquete con los últimos números del primer año de la *Revista Pedagógica* y los voy a distribuir convenientemente. Al mismo tiempo tengo que darle noticia acerca de un cambio o –como yo lo espero– una mejora en el modo como pueden gestionarse los asuntos del Philanthropin en nuestra comarca. El periódico de Kanter, el único a través del cual pueden difundirse entre el público avisos científicos, ha cambiado constantemente de manos. En la actualidad lo dirige el predicador reformado y Dr. en Teología Crichton. Este hombre, por otra parte gran letrado, no se había declarado en los últimos tiempos particularmente favorable al Philanthropin. Y dado que su juicio –tanto a través de su extenso círculo de conocidos,

como en el periódico, actualmente en su poder– podría significar un gran obstáculo en el camino de mi intención totalmente identificada con usted, he recurrido, en lugar de a la estéril controversia, a un medio más lisonjero para poner a este hombre de su lado, a saber, convertirlo en jefe de sus asuntos aquí. Esta tentativa ha dado resultado, al presentarle las importantes mejoras que *se han realizado en el Instituto bajo la dirección* del Sr. Wolke, abriéndose un camino para que, sin refutar su juicio anterior, se pase a otro completamente opuesto. Creo que este medio puede ser útil en todo caso. Pues aquellos que niegan el éxito cuando sólo tienen la segunda voz, cambian normalmente su tono y palabras cuando les toca llevar la voz cantante.

En resumidas cuentas, he entregado al Sr. predicador Dr. Crichton la lista de las suscripciones actuales y el encargo que yo tenía de fomentar de la mejor manera sus asuntos por medio de anuncios públicos, reuniones y otro tipo de iniciativas; y ha aceptado con gusto. Ahora le ruego encarecidamente que le escriba al mencionado Sr. Crichton tan pronto como le sea posible, que le exprese su confianza y especialmente que le dé, o bien por escrito una breve idea de las mejoras que el Instituto ha experimentado desde que usted es director, tanto en el planteamiento, como en la ejecución, o bien le prometa algo del estilo en el próximo número de las *Conversaciones Pedagógicas*. Pues pareció inquietarse ante la objeción de cómo justificar su nueva forma de pensar al hacerse esto público; necesita por tanto algunas razones para este cambio, que emanen de la cosa misma, sin que tenga *que desdecirse de su juicio anterior.*

Los dos distamos como cielo y tierra en cuanto a los principios según los cuales debe enjuiciarse el Instituto. Él considera la ciencia escolar [la Didáctica] como lo único necesario, mientras que para mí se trata de la formación del ser humano, tanto por lo que respecta a su talento, como a su carácter. Pero después de la buena organización que usted ha logrado se nos

puede contentar a los dos. No olvide tampoco en el futuro hacerle entrega de un ejemplar de todos los números del año próximo; y cuídese al mismo tiempo de que los varios paquetes –que, como hasta ahora, se han de enviar aquí– no causen gasto como hizo hace poco el judío Hartog Jacobs al que tuvimos que pagar de nuestro bolsillo 5 florines de portes (incluidos 24 groschen en concepto de fielato prusiano) cantidad que no es fácil ni conveniente repartir entre los interesados.

Aunque parezca que de esta manera yo me desentiendo de la tarea aquí, no hay que verlo así de ningún modo. Puesto que en la situación actual de nuestros periódicos no podía servirle a usted más que del modo ya sabido, decidí esto otro, pero ofreciéndole a la vez al nuevo encargado mi apoyo siempre que se *encuentre en alguna dificultad, del mismo modo que me ofrezco* a usted con la misma disposición para cualquier otro encargo, y para todo lo que concierna a su interés. Saludándole cordialmente de parte del Sr. Motherby, de su esposa y de su hijo, soy, con el máximo respeto, de usted y de todo el Instituto su muy seguro servidor

I. Kant

[32]
De Marcus Herz [acortada]

Berlín, 24 de noviembre de 1778

Muy honorable señor profesor, venerable maestro:

Aquí me tiene de nuevo exigiéndole. ¿No es verdad, hombre queridísimo, que soy un ser humano molesto? Discúlpeme, pues parto del supuesto de que conozco al hombre a quien me atrevo a soliviantar, el cual no podría ser otro que aquél que en todo momento está y habita en el centro de mi corazón y de mi cabeza.

Disfruto este invierno de una ventura a la que nunca había llegado mi imaginación con todos sus deseos. Al día de hoy pregono por vigésima vez públicamente su enseñanza filosófica con un éxito que supera todas mis expectativas. El número de mis oyentes se incrementa cada día; ha llegado ya a treinta y tantos, la mayoría gentes de buena posición e ilustrados de profesión: profesores de medicina, predicadores, consejeros privados, ingenieros fiscales de minas, etc., entre los que nuestro digno ministro [barón von Zedlitz] está a la cabeza. Él es siempre el primero en mi sala, y el último que se va, y no ha perdido nunca todavía ni una hora, al igual que ninguno de los otros. Tengo que confesarle, mi querido maestro, que este curso, considerado desde muchos puntos de vista, está siendo para mí uno de los fenómenos más extraños y no pasa un solo día sin que medite acerca de lo imposible que es que yo pueda devolverle a usted, ni aun a través de todas mis acciones en el mundo, ni la décima parte de la felicidad de que disfruto en una sola hora gracias a usted, ¡solamente gracias a usted!

He recorrido la mitad de la Lógica y pienso llegar al final con la otra mitad de aquí a enero. Conservo unos cuantos cuadernos muy completos de sus lecciones de lógica y a ellos he de agradecer el éxito. Sólo de vez en cuando, sus fecundas ideas me llevan a perspectivas que gustan a mis oyentes. Pero el fundamento de todo [lo que digo] se encuentra en usted.

De ahora en adelante dependerá simplemente de usted que pueda defenderme en la metafísica. No dispongo siquiera de un ejemplar de apuntes incompletos de sus lecciones y evidentemente sin ellos la entera tarea me resultará casi imposible. Construir solo, desde la base, tan completamente desguarnecido: para eso no tengo ni fuerzas ni un tiempo que me arrebatan en su mayor parte mis asuntos prácticos.

Le ruego por tanto, un vez más, me envíe con el primer *correo por lo menos algunos cuadernos incompletos, si es que*

conseguir los muy completos ha de suponer alguna espera. La variedad, pienso yo, suplirá en cierta medida a la incompletud, en la medida en que cada uno se fija en algo diferente. Por el momento pido especialmente una ontología y una cosmología.

Me tomo la libertad de recomendarle desde ahora a un joven curlandés, el noble H. von Nolte, que está de viaje por aquí. Es un joven muy competente y bien educado que ha estado durante un año de servicio en Francia y ahora se dirige a Rusia. Le lleva algo para su colección de ilustrados.

Por algunas cartas que el Sr. Kraus ha escrito a sus amigos, veo lo preocupado que se encuentra el buen hombre con motivo de su estancia aquí. Tenga la bondad de asegurarle que moveré todo lo que haga falta para que le sea lo más económica posible. Podrá comer gratis en casa de Friedländer y ya se han hecho gestiones para que el alojamiento sea gratuito.

Soy y seré durante toda mi vida con el máximo respeto su seguro servidor:

M. HERZ

[33]
A Marcus Herz

Königsberg, 15 de diciembre de 1778

Apreciadísimo amigo:

No me he olvidado de su encargo aunque no haya podido cumplirlo de inmediato, pues apenas me ha sido posible localizar una copia de un curso de la *Enciclopedia Filosófica*, pero sin tiempo para revisarlo o para cambiar algo. Se lo envío de todos modos, pues tal vez ahí se pueda encontrar algo o sacar de ahí algo que pueda facilitar un concepto sistemático de los conocimientos puros del entendimiento en cuanto que se originan

realmente en nosotros a partir de un principio. El Sr. Kraus, al que le he entregado esto, me ha prometido localizar durante su viaje uno o tal vez dos ejemplares del curso de Metafísica y dárselos a usted. Puesto que él frecuentó mis clases desde sus comienzos después de haberse interesado por otras ciencias, no se dedicará en absoluto a sus lecciones, lo cual me parece lo más aconsejable, pues alguien como él, en este tipo de materias, sólo descubriría un escenario de disputas. Lo recomiendo, con el mayor encarecimiento, a su amistad, como un joven bienpensante y lleno de ilusiones.

La causa por la que no he sido afortunado en la búsqueda de copias de lecciones completas es que desde 1770 la Lógica y la Metafísica solamente las he impartido públicamente, con lo que conozco a muy pocos de mis oyentes, que enseguida desaparecen sin que se los pueda encontrar. No obstante desearía poder conseguirle sobre todo los Prolegómenos de la Metafísica [todavía no se trata de la obra de título similar] y la Ontología en mi nueva exposición, en donde la naturaleza de este saber o dialectizar [*Wissen oder Vernünfteln*] se ha distinguido mucho mejor de lo que se ha hecho nunca, e incluyo algún otro asunto en cuya publicación estoy ahora trabajando.

Quizás el Sr. Kraus ya se haya encontrado con usted cuando le llegue esta carta, o llega entre este correo y el siguiente, que dirigiré a Su Excelencia el Sr. ministro v. Zedlitz y a su secretario. Le pido –en caso de que el Sr. Kraus haya llegado antes que mi carta– prevenir amablemente de ello al último, a saber, al Sr. Biester, rogándole que entregue a Su Excelencia el manuscrito (de la geografía física) que aquél porta .

Concluyo ya a toda prisa, esperando poder conversar más con usted la próxima vez, y con el sentimiento de un leal y afectuoso amigo y servidor

I. KANT

V

La *Crítica de la razón pura* o la consagración de un filósofo

(1781-1784)



[34]
De Johann Friedrich Hartknoch

Riga, 15 de octubre de 1780

He recibido su carta del 11 de octubre y le doy las más expresivas gracias por haber atendido a mi ruego [ser el editor de la *Crítica de la razón pura*]. De la impresión de la obra se ocupará el Sr. Spener de Berlín, a quien le pido envíe el manuscrito tan pronto como esté terminado, o al menos cuando esté en limpio en su mayor parte. Si revisa la copia en limpio, de forma que el manuscrito no contenga faltas, con seguridad el corrector no introducirá ninguna. La imprenta berlinesa, aunque es más cara, es famosa por eso, porque las correcciones se hacen bien. No obstante, antes de finalizar la impresión le enviaré, a mi costo, la capilla, como nosotros la denominamos, para que los pequeños fallos se puedan agregar al final como fe de erratas, para que los errores tipográficos importantes se corrijan, y las páginas en las que aparecen puedan cortarse. Por lo que se refiere al tipo de letra, pienso en el corpus redondo como medida de cícero. Ésta no presenta la estrechez de impresión de los *Ensayos* de Tetens, sino que se espacia más, ya que la impresión en Tetens fatiga realmente la vista al leer. Al mismo tiempo voy a afinar dejando un bonito y amplio margen, para que la impresión resulte elegante.

En lo demás, la organización de la estructuración interna de la obra se la indicará usted mismo al impresor cuando le envíe el manuscrito.

Me parece bien el honorario de 4 táleros reales por pliego impreso, y puede usted percibir de inmediato contra recibo, de manos del Sr. Toussaint, los primeros 100 táleros.

Con la expresión de mi consideración más distinguida soy, de Il. Exc.ª, muy seguro servidor

JOHANN FR. HARTKNOCH

[35]
A Carl Spener

Königsberg, 1 de mayo de 1781

Muy noble Sr.:

Le suplico tenga la bondad de completar los muchos desvelos que le he ocasionado dignándose proporcionarle al Sr. Herz –quien tiene el placer de hacerle llegar esta misiva– su amable respuesta oral en relación con ciertas averiguaciones; y darle la orden al Sr. Grunert de que le envíe a usted por correo urgente, en cuanto la obra esté lista, 4 ejemplares, a saber, uno en papel fino, como ejemplar-regalo, más otros tres, haciendo entrega de los mismos a continuación al Sr. Herz. [...] Soy, muy atentamente, de su ilustrísima su muy seguro servidor,

I. Kant

P. S. El honorable Sr. Hartknoch me ha aprobado entre 10 y 12 ejemplares de libre disposición.

[36]
A Marcus Herz

Königsberg, después del 11 de mayo de 1781

Ilustrísimo Sr., apreciadísimo amigo:

Reciba las más expresivas gracias por la molestia que se ha tomado de repartir los cuatro ejemplares de mi libro. Pero mucho más todavía por haberse propuesto estudiar a fondo este escrito, a pesar de que tiene su propio trabajo de escritura (he oído que está elaborando una enciclopedia de medicina). Sé que de entrada cuento con muy pocos lectores que se tomen tal tra-

bajo, aunque estoy modestamente convencido de que con el tiempo [el interés por el mismo] se hará más general; pues no se puede esperar que el modo de pensar se instale de repente en un carril por completo desacostumbrado hasta el momento, sino que se necesita tiempo para detener poco a poco la antigua marcha, y llevarlo con impulsos graduales a la dirección contraria. Pero sólo del hombre que ha captado y comprendido mis pensamientos e ideas con la mayor rapidez y exactitud, entre todos los que la fortuna me ha dado como oyentes, [sólo de ése] puedo esperar que logre en poco tiempo hacerse precisamente con la idea de mi sistema que permite un juicio acertado acerca de su valor. Pero a quien le parezca claramente enfocado [en mi libro] el estado en que se encuentra la metafísica, no digo ahora, sino el estado en que ha estado siempre, encontrará tras una fugaz ojeada que vale la pena dejarlo todo en suspenso en este tipo de trabajo, al menos hasta que se haya resuelto por completo la cuestión que aquí se dirime; y entonces mi escrito, sosténgase o no, no puede por menos que provocar una transformación completa de la forma de pensar, en esta parte del conocimiento humano que tan íntimamente nos concierne. Por mi parte, no he pretendido en absoluto crear ilusiones, ni he forzado apariencias de razones para trabar mi sistema, sino que he preferido dejar pasar los años, hasta poder llegar a una comprensión del conjunto que pudiera satisfacerme plenamente, a la cual he podido llegar además de manera tal, que a esta altura no encuentro en el asunto principal nada que deseara cambiar (cosa que nunca me ha ocurrido en mis otros escritos), aunque a veces pienso que me gustaría haber añadido acá y allá pequeños apéndices y algunas aclaraciones. Este tipo de investigación será siempre difícil, pues contiene la metafísica de la metafísica; pese a ello, he concebido un plan conforme al cual puede alcanzar popularidad, pero puesto que el motivo fue despejar el camino, habría sido poco oportuno al

principio mostrar de una vez la totalidad de ese tipo de conocimiento, según su completa articulación; de haberlo hecho así, habría empezado directamente por lo expuesto bajo el título de la antinomia de la razón pura, lo cual hubiera podido hacerse en bellos retóricos discursos, y habría estimulado las ganas del lector de investigar las fuentes de este antagonismo. Pero para empezar, hay que hacer justicia a la dimensión académica, y sólo después se puede tener en cuenta también que se vive para agradar al mundo.

Que el Sr. Mendelssohn haya dejado de lado mi libro me resulta muy desagradable; espero sin embargo que eso no será así ya para siempre. Él es el hombre más importante entre todos los que pueden ilustrar al mundo en este asunto; después de él, el Sr. Tetens y usted, mi queridísimo, son las personas con las que cuento por encima de los demás. Le ruego que, junto a mis mayores respetos le transmita [a Mendelssohn] una recomendación dietética que yo me he aplicado a mí mismo y que –dada la similitud de nuestros estudios y la debilidad de salud que nos provocan– creo que podría servir tal vez para devolverle al mundo ilustrado a un hombre tan excepcional, que se aparta de él con todo derecho si piensa que una actividad así no es compatible con su salud. La recomendación es la siguiente: desde hace cuatro años, habiéndome percatado de que estudiar por las tardes y sobre todo al anochecer, y de que leer sin interrupción libros aunque sean fáciles, no es en absoluto compatible con mi salud, he decidido, aunque estoy en casa prácticamente todas las tardes, más que concentrarme, distraerme con una lectura fácil pero interrumpida frecuentemente con pausas, a la vez que con reflexiones deshilvanadas sobre materias, tal como se me presentan por sí mismas, azarosamente; en cambio, tras una noche tranquila me ocupo toda la mañana en reflexionar y escribir incluso hasta la fatiga; de este modo mi salud ha aumentado notablemen-

te, puesto que la distracción de lo que resta de día remedia todas las agresiones a la fuerza vital. En este consejo, que doy a un hombre preeminente, que ciertamente no necesita que yo se lo dé, estoy interesado yo mismo, puesto que su genio [...] [incompleta en la Ak. Ausgabe.]

[37]
A Gotthilf Christian Reccard

Königsberg, 7 de junio de 1781

Ruego se notifique al Sr. Bernoulli, con mi máximo respeto, que, tras su carta del 3 de febrero de 1766, no recibí del Sr. Lambert nada más que una contestación a mi carta de 1770, en la que me hace algunas objeciones en relación con los enunciados relativos al tiempo, expuestos en mi Disertación, que le había enviado; pero he extraviado [esa carta], y en cuanto la encuentre estará con mucho gusto a disposición del Sr. Bernoulli. La causa de la interrupción de mi correspondencia, a la que me había exhortado este hombre eminente –y que hubiera podido ser tan importante para mí–, residió en que, aunque yo empezaba entonces a desarrollar [el tema de] la naturaleza del uso de la razón que se denomina Metafísica, se me mostraban también nuevas perspectivas, y que siempre tenía la esperanza de llevarlas en breve a completa claridad, lo cual aplazaba continuamente la comunicación de mis pensamientos. Sólo muy poco antes de su fallecimiento, tan triste para mí, llegué a conclusiones cuyo resultado expuse en la *Crítica de la razón pura*. La edición de las cartas de Lambert puede ciertamente ser muy útil, y será para mí un honor que haya entre ellas algunas dirigidas a mí. Por lo que se refiere a mis respuestas, de las que no he conservado copia ninguna, mucho me temo que resulten muy insignificantes, puesto que lo que hubiera debido constituir propiamente su contenido quedó

siempre aplazado; por lo cual, en la medida en que ello sea posible, rogaría que se excluyeran de la colección, a cuyo realce no contribuirían en nada.

KANT



Critik
der
reinen Vernunft

von
Immanuel Kant
Professor in Königsberg.

Riga,
verlegts Johann Friedrich Hartknoch
1781.

Cubierta de la primera edición de la *Crítica de la razón pura*, 1781.

[38]
De Moses Mendelssohn

Berlín, 10 de abril de 1783

Honorable Sr.:

Quien tiene la satisfacción de hacerle llegar esto es el hijo [Friedrich von Gentz] de uno de los mejores hombres que sirven al gran Federico; y su venerable padre, que le conoce a usted, cree poder añadir algo a esta importante recomendación con la mía propia. El buen juicio de que disfruto a sus ojos es tan halagüeño para mí, que desearía obviamente poder mantenerlo entre los hombres de bien. Y usted, queridisimo profesor, mucho me quiere realmente, cuando le concede esto a mi amor propio. Para usted, de todos modos, cualquier joven que aspira a la sabiduría y da por sí mismo pruebas auténticas de que es digno de ser dirigido por usted está recomendado como si fuera un hijo.

No sé qué regiomontanos me han asegurado hace unos meses que vendría usted este verano por aquí para viajar luego hacia Pyrmont o Spa. ¿Podremos sus amigos esperar tal cosa? En realidad este viaje podría ser saludable para usted, incluso sin baños ni manantiales; ello me hace pensar que está dispuesto a sacrificar a Esculapio su comodidad, y [acallar] todo el ejército de reparos que una aguda hipocondria puede oponer al viaje. En Berlín encontraría muchos brazos abiertos, pero también algún corazón, entre ellos el de un hombre que proclama su admiración a usted, sin poder seguir sus pasos. Desde hace años estoy como muerto para la metafísica. Mi debilidad nerviosa me prohíbe cualquier esfuerzo, y he de distraerme entretanto con trabajos menores, de los cuales tendré la satisfacción de enviarle en breve algunas pruebas. Su *Crítica de la razón pura* es para mí precisamente un criterio de salud. En cuanto creo haber recobrado fuer-

zas, me atrevo con esta obra, demoledora para el sistema nervioso; y no he perdido del todo la esperanza de poder meditarla en su totalidad en esta vida. Suyo

MOSES MENDELSSOHN

[39]
De Christian Garve

Leipzig, 13 de julio de 1783

Muy honorable señor:

Usted invita al recensor de su obra en los periódicos de Göttingen [*Zugaben zu den Göttinger gelehrte Anzeigen*] a que se identifique. Pues bien, yo no puedo en ningún caso reconocer como mía esa recensión tal como aparece allí. No habría consuelo para mí, si hubiera emanado íntegramente de mi pluma. Tampoco creo que ningún otro colaborador de este periódico, trabajando solo, hubiera podido producir algo tan poco coherente. Pero a pesar de todo, alguna parte tengo en ello, y dado que me importa que un hombre al que siempre tuve en muy alta estima me reconozca al menos como un hombre honrado –aunque me vea al mismo tiempo como un metafísico superficial–, salgo del anonimato, tal como lo exige usted en un pasaje de sus *Prolegómenos*. Pero para situarlo en disposición de juzgar correctamente, debo contarle la historia entera. Hace dos años (después de haber pasado muchos en mi tierra, notablemente enfermo, ocioso y en la oscuridad) emprendí un viaje a Leipzig, pasando por Hannover hasta Göttingen. Recibí muchas pruebas de cortesía y amistad de parte del Sr. Heyne, director, y de otros colaboradores de ese periódico; no sé qué sentido de agradecimiento, mezclado con algo de amor propio, me impulsó a solicitar voluntariamente mi aportación con una recensión. Puesto que precisa-

mente entonces acababa de publicarse su *Crítica de la razón pura* y yo me prometía un enorme placer en una gran obra que tenía como autor a Kant –dado que sus pequeños escritos previos me habían procurado ya tanto–; y dado que al tiempo consideraba útil para mí tener un motivo para leer este libro con una atención mayor que la habitual, me postulé como recensor de su obra aun antes de haberla visto. Esta promesa fue precipitada y ésta es, en efecto, la única insensatez de la que soy consciente en todo el asunto y de la que todavía me arrepiento. Todo lo demás es, o bien una consecuencia de mi incapacidad real, o mala suerte. Reconocí enseguida, en cuanto empecé a leer la obra, que había elegido mal, que esta lectura iba a ser demasiado difícil para mí, particularmente en ese momento, durante un viaje, estando distraído, ocupado todavía con otro trabajo, debilitado desde hacía años y, como siempre, delicado de salud. Le confieso que no conozco libro alguno en el mundo cuya lectura me haya costado tanto esfuerzo; y si no me hubiera sentido comprometido por la palabra dada, habría dejado su lectura para tiempos mejores, en los que mi cabeza y mi cuerpo estuviesen más fuertes. Desde luego, no me puse a trabajar a la ligera. Dediqué a la obra todas mis fuerzas y toda la atención de la que soy capaz; la leí entera. Creo que he comprendido correctamente el sentido de la mayoría de los puntos, separadamente, pero no estoy tan seguro de haber abarcado el conjunto. Al principio realicé un extracto completo de más de doce pliegos, entremezclado con las ideas que se me iban ocurriendo durante la lectura. Lamento que se haya perdido este extracto; era, como suele ocurrir con mis primeras ideas, mejor que lo que luego hice a partir de ahí. Sobre la base de esos doce pliegos, que de ninguna manera podían convertirse en una recensión periodística, elaboré una recensión, ciertamente con mucho esfuerzo (puesto que por una parte quería limitarme, pero por otra quería resultar comprensible y estar a la altura de la obra). Pero esto resultaba también bastante extenso, pues no es

posible de hecho hacer, sin que resulte absurdo, una breve reseña de un libro cuyo lenguaje hay que dar a conocer al lector en primer lugar. Envié ésta última, aunque me di cuenta en seguida de que sería más larga que las más largas que publica el periódico; en realidad porque no era capaz de acortarla sin mutilarla. Alimentaba la esperanza de que en Göttingen, o bien debido a la extensión, o bien dada la importancia del libro, incumplirían la regla habitual; o bien, que si la recensión era en cualquier caso demasiado larga, serían capaces de abreviarla mejor que yo. El envío se hizo desde Leipzig en mi viaje de vuelta. Durante mucho tiempo (después de haber regresado a Silesia, mi patria) no se publicó; finalmente recibo el ejemplar donde se encontraba mi recensión. Puede usted creer que ni usted mismo habría sentido al verla tanta indignación o descontento como yo sentí. Algunas frases de mi manuscrito efectivamente se habían conservado, pero con seguridad que no exceden la décima parte de mi recensión, *ni la tercera parte de la de Göttingen. Vi que mi trabajo, que* realmente no se había hecho sin esfuerzo, había sido prácticamente inútil, y no solamente inútil, sino perjudicial. Pues el erudito de Göttingen que acortó e interpoló mi recensión, si hubiera hecho algo por sí mismo, incluso tras una lectura rápida de la obra, hubiera sido mejor, o por lo menos más coherente. Para justificarme ante mis amigos de confianza que sabían que había hecho un trabajo para Göttingen, y para suavizar al menos ante ellos la mala impresión que esta recensión tenía que causar a cualquiera, envié mi manuscrito, luego de haberlo recuperado al cabo de un tiempo, desde Göttingen al consejero Spalding, a Berlín. Desde entonces Nicolai me ha solicitado publicarlo en la *Biblioteca Universal Alemana* [*Deutsche Allgemeine Bibliothek*]. He asentido con la condición de que uno de mis amigos berlineses la compare con la recensión de Göttingen, en parte para que cambie las frases que se conservaron allí, y en parte por asegurar antes si vale en absoluto la pena. Pues en estos momentos me

encuentro totalmente incapaz de dedicarle ningún esfuerzo más. Pues bien, no sé nada más al respecto. Junto con esta carta escribo también al Sr. Spalding y le pido, si el manuscrito no está impreso todavía, que mande hacer una copia y se la envíe a usted junto con mi carta. Entonces podrá usted comparar. Si se encuentra tan insatisfecho con esta recensión como con la de Göttingen, será una prueba de que no tengo penetración suficiente como para juzgar una obra tan difícil y profunda; y de que no está escrita para mí. Creo, no obstante, que aunque se encuentre insatisfecho, pensará con todo que me debe algún respeto y consideración; y espero todavía con más certeza, que se convertiría en mi amigo, si llegáramos a conocernos personalmente.

No quiero desmentir completamente de mí lo que usted reprocha al recensor de Göttingen, a saber, que se haya enojado ante las dificultades que ha tenido que superar. Confieso que me he indignado a veces; porque creía que debía ser posible que verdades que deben promover reformas importantes en filosofía puedan hacerse comprensibles a quienes no están del todo deshabituados a reflexionar. He admirado la magnitud de la potencia que ha sido capaz de penetrar una serie tan larga de abstracciones extremas sin fatigarse, sin alterarse, sin desviarse de su camino. He hallado también en muchos apartados de su libro, instrucción y alimento para mi espíritu. Por ejemplo, justo allí dónde usted dice que hay ciertas proposiciones contradictorias, que pueden demostrarse de manera igualmente correcta. Pero mi opinión ahora es ésta todavía, tal vez equivocada: que el conjunto de su sistema, si es que ha de ser verdaderamente útil, tendría que expresarse de un modo más popular; y si contiene verdad, lo podrá también hacer; y que el nuevo lenguaje que predomina férreamente en el sistema denota una gran agudeza en la conexión que se ha establecido entre las expresiones de ese lenguaje; pero con frecuencia la reforma emprendida en la propia ciencia

[que está en cuestión], o la divergencia respecto de las opiniones de otros, tiene la apariencia de ser mayor de lo que realmente es.

Usted invita a su recensor a señalar una de aquellas proposiciones contradictorias de modo que su contraria no sea susceptible de una demostración igualmente correcta. Esta invitación puede concernirle a mi colaborador de Göttingen, no a mí. Yo estoy convencido de que hay límites en nuestro conocimiento, que dichos límites se encuentran precisamente cuando a partir de la sensación es posible desarrollar con la misma evidencia tales proposiciones contradictorias. Creo que es muy útil conocer estos límites y considero como uno de los propósitos de mayor utilidad de su obra que usted los haya dilucidado con mayor claridad y completud que nunca hasta ahora. Pero no llego a ver en qué medida contribuye su *Crítica de la razón pura* a suprimir estas dificultades. Por lo menos el apartado de su libro en el que usted explica las contradicciones, es incomparablemente más claro y convincente (y esto no lo negará usted mismo) que aquél en el que se establecen los principios conforme a los cuales estas contradicciones se superan.

Dado que ahora también estoy de viaje y sin libros y no tengo a mano ni su obra ni mi recensión, considere lo que digo aquí sobre todo esto simplemente como meros pensamientos improvisados, acerca de los que no debe juzgar con excesivo rigor. Si aquí o en mi recensión he presentado su opinión de manera errónea, ello se debe a que la he comprendido mal o a que me falla la memoria. La malicia de alterar el asunto no la he tenido ni soy capaz de ello.

Por último debo pedirle que no haga uso público de esta carta. Pese a que la mutilación de mi trabajo, en los primeros momentos, cuando me percaté de ella, me pareció un insulto, dejando eso de lado, he perdonado completamente al hombre que la juzgó necesaria, en parte porque yo mismo soy el culpable, por el pleno poder que le concedí, en parte porque tengo además

motivos para amarlo y apreciarlo. Y él vería como una especie de venganza el que yo hubiese negado ante usted ser el autor de la recensión. Muchas personas de Leipzig y Berlín saben que yo quise hacer la recensión de Göttingen y pocas, que solamente una parte mínima de la misma es mía. Y si bien el descontento que con razón, aunque de una forma un tanto dura, muestra usted frente al recensor de Göttingen, arroja sobre mí a los ojos de todos ellos una luz perjudicial, prefiero asumir eso como castigo de una imprudencia (puesto que fue el compromiso de un trabajo cuya extensión y dificultad desconocía); prefiero eso, repito, a obtener una especie de justificación pública, que tendría que comprometer a mi amigo de Göttingen. Soy, con verdadero respeto y devoción, muy honorable Sr., su seguro servidor y amigo,

GARVE

[40]
A Christian Garve

Königsberg, 7 de agosto de 1783

Muy honorable Sr.:

Hace ya tiempo que admiro en su persona un espíritu filosófico ilustrado y un gusto depurado por la lectura y los conocimientos mundanos; y que lamento, con Sultzer, que a talentos tan excelentes la enfermedad les impida favorecer al mundo con toda su fecundidad. Ahora gozo del placer, todavía más puro, de hallar en su misiva pruebas claras de honradez precisa y escrupulosa y de una forma de pensar humanitaria comprometida, que otorga a aquellos dones del espíritu su verdadero valor. Esto último no creo poder suponerlo de su amigo de Göttingen, que, con todo desenfado, a lo largo de toda su recensión (porque puedo llamarla suya, después de la mutilación) no respiraba más que

animosidad. En mi escrito había, desde luego, algunas cosas que merecían ser mencionadas, a pesar de no conceder su aprobación a la explicación de las dificultades que planteé, aunque sólo fuera porque las presenté por vez primera bajo una luz apropiada y en toda su amplitud; porque llevé el problema, por así decir, a su fórmula más simple, aunque no lo haya resuelto. Pero él, con cierta fogosidad, puedo incluso decir que con visible encono, lo tira todo por tierra. Hago notar solamente la menudencia de que incluso evitó a propósito la abreviatura «Sr.» antes de la palabra «autor», cosa que dulcifica la crítica y que se usa habitualmente en esa revista. Puedo adivinar con facilidad cómo es este hombre, en particular allí donde deja oír sus propios pensamientos. Como colaborador de una revista importante tiene por un momento en su poder, ya que no el honor, sí al menos el prestigio de un autor. Por supuesto, él es al mismo tiempo autor, y de esta manera pone también en peligro su propia fama, que seguramente no es tan pequeña como él imagina. Pero me callo ya, pues usted tiene a bien llamarlo su amigo. A decir verdad, debería ser también mi amigo, aunque en sentido amplio, si es que la participación conjunta en una misma ciencia, y los esfuerzos penosos aunque fallidos para asentar esa ciencia sobre una base firme, pueden dar lugar a la amistad literaria. Pero se me ocurre que aquí ha sucedido como tantas veces: este hombre ha debido preocuparse de si con semejante reforma habría él de sacrificar algo de sus propias pretensiones, temor completamente infundado, pues no se trata aquí tanto de poner límites a los autores, como del entendimiento humano.

(Tengo que interrumpir aquí y empezar con la hoja siguiente, porque el papel de copia malo haría ilegible la letra)+

+Usted puede, honorable Sr., creerme firmemente, e informarse en cuanto lo desee en la feria de Leipzig, a través de mi editor Hartknoch, de que yo nunca he creído sus afirmaciones, en el sentido de que usted hubiese tenido parte en la recensión.

Ahora me es sumamente agradable obtener la confirmación de mi suposición a través de su amable carta. No soy tan blando ni tan egoísta como para que las objeciones y la crítica me afecten –supuesto que [toda crítica] deberá destacar también aquello que yo considero como el mérito sobresaliente de mi escrito–, a no ser que [crítica y objeciones] se distingan por la ocultación preconcebida *de lo digno* de aprobación, encontrable aquí y allá; o por la intención premeditada de hacer daño. Espero con satisfacción que salga su recensión no mutilada en la *Biblioteca Universal Alemana*. El hecho de que *usted mismo me la procure*, me hace verle a la luz favorable de la honradez y probidad de intenciones, característica de los verdaderos sabios; cosa que en todo momento ha de llenarme de respeto, sea cual sea su juicio. Reconozco también que no contaba con tener desde el principio una rápida recepción positiva de mi escrito, pues la exposición de las materias que había meditado cuidadosamente durante doce años seguidos, no fue suficientemente elaborada de cara a la capacidad de compresión común, para lo cual hubieran sido necesarios todavía algunos años más; por otra parte, lo terminé en cuatro o cinco meses por miedo a que un trabajo tan amplio, si se demoraba aún más, se acabara convirtiendo en un lastre para mí; y que mi avanzada edad (puesto que ya he cumplido los sesenta) al final me lo hiciera quizás imposible. Ahora tengo todavía la totalidad del sistema en la mente, de modo que estoy satisfecho con esta decisión mía, con la obra tal como está ahí, de manera que no querría, por nada del mundo, verme sin ella escrita, pero tampoco querría bajo ningún precio tener que emprender otra vez la larga serie de esfuerzos que ha comportado. Acabará perdiéndose ese primer desconcierto que produce tener que promover una cantidad de conceptos completamente inusuales y un lenguaje nuevo todavía más inusual pero que necesariamente pertenece a la cosa misma. Con el tiempo se esclarecerán algunos puntos (a ello quizá pueden contribuir un tanto mis *Prolegómenos*). Desde esos puntos se iluminarán otros

pasajes, para lo cual será necesario, sin duda, alguna contribución aclaratoria mía de vez en cuando. Y de este modo se abarcará y se comprenderá la totalidad, siempre que se ponga ante todo manos a la obra, partiendo de la cuestión principal, (que he presentado con suficiente claridad), y de la que depende todo lo demás; queriendo paso a paso examinar cada asunto aisladamente y elaborarlo unificando los esfuerzos. En una palabra, la máquina está completa y ahora sólo es necesario retocar las articulaciones o ponerle aceite para evitar la fricción, que, de otro modo, causaría su paralización. Es propio también de este tipo de ciencia que sea necesaria la presentación del conjunto antes de mejorar cada parte; para lograrlo, cabe dejarla durante un tiempo en una cierta rusticidad. Si hubiera querido realizar ambas cosas a un tiempo, no hubieran sido suficientes, o mis capacidades, o el tiempo de mi vida.

Menciona usted la falta de popularidad como una justa objeción que se le puede hacer a mi escrito; en efecto, todo escrito filosófico debe ser susceptible de ella; y si no es así probablemente ocultará sinsentido bajo la humareda de aparente agudeza. Pero en investigaciones que llegan tan alto no se puede empezar por la popularidad. Cuando haya podido conseguir aunque sólo sea que se recorra conmigo un trecho con conceptos escolásticos, en medio de expresiones bárbaras, entonces ya podré intentar yo mismo (otros empero serán en esto más afortunados) trazar un concepto popular y sin embargo riguroso del conjunto; para lo que ya tengo el plan. Por el momento queremos llamarnos Dunse, doctores en la sombra[1] (*doctores umbratici*), mientras lle-

---

[1] A fin de que la incomodidad causada a mis lectores por la novedad del lenguaje y la oscuridad difícil de penetrar no se me convierta en culpa, quisiera hacer la siguiente propuesta: La deducción de los conceptos puros del entendimiento, o categorías, i.e. la posibilidad enteramente *a priori* de tener conceptos de cosas en general, se juzgará ser altamente necesaria porque, sin ella, el conocimiento puro *a priori* no tiene seguridad alguna. Me gustaría que alguien intentara llevarla a término de modo más fácil y popular; entonces verá la dificultad más grande que en este campo ha encontrado jamás la especulación. Y jamás podrá derivarlas [las categorías] a partir de fuentes distintas a las que yo he indicado; de eso estoy completamente seguro [N. del A.].

vamos adelante su comprensión, en cuya elaboración no participará desde luego la parte más exquisita del público, hasta que, sacada [la obra] de su oscuro taller y provista de todo lustre, no tenga que temer el juicio de estos últimos. Tenga la bondad de echar tan sólo una vez más un vistazo por encima al conjunto, y notar que lo que he trabajado en la Crítica no es en absoluto metafísica sino una ciencia totalmente nueva que hasta ahora no se había ensayado, a saber, *la crítica de una razón que juzga a priori*. Es verdad que otros han abordado esta facultad, como Locke o también Leibnitz, pero siempre en mezcolanza con otras facultades cognoscitivas, pero a nadie se le había siquiera ocurrido que eso fuera objeto de una ciencia formal y necesaria, e incluso muy extensa, lo cual (sin desviarse de esta limitación al mero escrutinio de la *facultad del conocimiento puro únicamente*) exigía la correspondiente diversidad de apartados y, al mismo tiempo –lo cual es prodigioso–, *poder derivar, a partir de su propia naturaleza, todos los objetos a los que se extiende*, y poder demostrar su plenitud integral por medio de su interconexión en el todo de una facultad del conocimiento; todo ello no lo puede hacer en modo alguno ninguna otra ciencia, es decir: partir del mero concepto de una facultad del conocimiento (si está exactamente determinado), desarrollar *a priori* todos sus objetos y todo lo que puede saberse acerca de los mismos; y todavía más: [desarrollar] todo lo que se estará obligado a juzgar de ellos de modo involuntario aunque engañoso. La Lógica, que sería la que más se parecería a esta ciencia, se encuentra en este punto infinitamente por debajo de ella. Pues sólo trata del uso del entendimiento, en general, pero no puede indicar a qué objetos se refiere el conocimiento intelectual, ni cuál es su alcance, sino que debe por ello esperar lo que le venga entregado en los objetos de su uso, bien a través de la experiencia, o si no, desde cualquier otro sitio –como p.e. desde la matemática–.

Y siendo así, mi apreciado Sr., le ruego, si es que todavía encuentra gusto en aplicarse a esto, que utilice su crédito y su influencia para buscarme enemigos, no ciertamente de mi persona (pues estoy en paz con todo el mundo), sino de mi escrito; y por cierto no de los anónimos, que ni siquiera atacan el conjunto, o cuando menos algo de la parte central, sino de los que proceden finamente con orden: examinando o dilucidando, en primer lugar, mi doctrina de la distinción entre conocimientos analíticos y sintéticos; pasando después a la consideración de la tarea general –expuesta con claridad en los *Prolegómenos*– acerca de cómo son posibles conocimientos sintéticos *a priori*; investigando luego por orden mis intentos de solucionar este problema, etc. Y puesto que me creo capaz de demostrar formalmente que ninguna proposición auténticamente metafísica podría probarse separada del conjunto, sino siempre únicamente a partir de la relación que guarda con las fuentes de todo nuestro conocimiento *a priori* en general, tendría por tanto que deducirse del concepto del posible conjunto de dichos conocimientos, etc. Pero aunque usted quisiera ser bondadoso y complaciente con esta demanda mía, dado el gusto que predomina en esta época, consistente en presentar como fácil (no en hacer fácil) lo difícil en asuntos especulativos, me resigno incluso con gusto a que su amabilísimo esfuerzo en este punto resultara estéril. Garve, Mendelssohn y Tetens serían sin duda los únicos hombres que conozco, cuya cooperación en este asunto podría conducirlo en un tiempo breve a esa meta donde los siglos no han podido llevarlo. Pero estos hombres excelentes rechazan el cultivo de un desierto de arena, que bien saben ha sido recalcitrantemente ingrato con todo esfuerzo realizado en él. Entretanto, los empeños humanos giran permanentemente en círculo, y retornan siempre al punto en el que ya habían estado antes. Justo por eso, materiales que ahora yacen en el polvo, pueden tal vez transformarse en un magnífico edificio.

Usted tiene a bien emitir un juicio positivo sobre mi *exposición* de las contradicciones dialécticas de la razón pura, aunque no está satisfecho con la *solución* de las mismas[1]. Si mi recensor de Göttingen hubiera aducido siquiera un solo juicio de este tipo, no se me habría ocurrido pensar en mala voluntad: lo habría justificado por falta de sentido en la mayoría de mis enunciados (lo cual no me hubiera sorprendido); y por tanto la culpa me *la habría adjudicado a mí mismo en gran parte;* [de modo que] en lugar de expresar amargura en la respuesta, no habría dado respuesta alguna, o tal vez habría manifestado solamente alguna queja sobre que se había buscado abiertamente una condena general, sin haber atacado los fundamentos. Pero predominaba machaconamente en toda la recensión un tono tan insolente de desprecio y arrogancia, que no pude menos de sentirme movido a sacar a ese gran genio, en la medida de lo posible, a la luz del día, para decidir en la comparación de sus afirmaciones con las mías, por muy modestas que sean, si realmente puede hallarse de su lado una superioridad tan grande, o si tal vez no se esconde tras él una cierta astucia de autor, que alaba todo lo que concuerda con los enunciados que se encuentran en sus propios escritos y censura lo que se le opone, con el fin de erigir subrepticiamente un pequeño señorío sobre todos los demás autores en una cierta materia, para así hacerse poco a poco con un nombre sin particular esfuerzo (de modo que si éstos quieren ser juzga-

[1] La clave para ello está, no obstante, propuesta, aunque al principio su uso es inusual y por ello difícil. Consiste en que todos los objetos que nos son dados pueden tomarse conforme a dos clases de conceptos, *una vez* como fenómenos y *luego* como cosas en sí mismas. Si se toman los fenómenos como cosas en sí mismas y se exige, como de éstas, en la serie de las condiciones, *lo absolutamente incondicionado*, entonces se incurre en contradicciones, que sin embargo cesan, en la medida en que se muestra que lo totalmente incondicionado no se encuentra en los fenómenos, sino solamente en las cosas en sí mismas. Si por el contrario se toma como fenómeno aquello que, en tanto que *cosa en sí misma*, puede contener la condición de algo en el mundo, *como fenómeno*, entonces surgen contradicciones donde no serían necesarias, p. ej. en relación con la libertad; y esa contradicción cesa en cuanto se toma en consideración aquel significado diferente de los objetos [N. del A.].

dos con benevolencia, estarán obligados a quemar incienso y a ensalzar como su hilo conductor los escritos de aquél que sospechan es su recensor). Juzgue usted ahora si mi insatisfacción –como gusta decir– con el recensor de Göttingen la he demostrado de una manera algo dura.

Después de la explicación que ha tenido a bien darme en este asunto, por la cual el recensor auténtico debe permanecer *in incognito*, entiendo que cae mi expectativa sobre esa exigencia –que ahí continúa– de presentarse voluntariamente ante mí, es decir, de descubrirse; en cuyo caso yo mismo me considero obligado a *no hacer el más mínimo uso público* de la verdadera historia del asunto, que conozco por usted. Por lo demás, me es tan insoportable una disputa erudita con acritud, y encuentro tan *contra natura* el estado de ánimo en el que uno se zambulle al mantenerla, que, contra el enemigo más perspicaz, pero preocupado solamente por los conocimientos, prefiero emprender el trabajo más minucioso de explicación y justificación de lo escrito, que suscitar y mantener en mí una afección, que en ninguna otra circunstancia encontraría lugar en mi alma. Si a pesar de todo, el recensor de Göttingen cree tener que responder a mis manifestaciones en la revista, y lo hace a la manera anterior, es decir, sin comprometerse personalmente, entonces me vería obligado (sin menoscabo de aquella obligación) a destacar con medidas oportunas la tremenda desigualdad entre un atacante invisible, y alguien que, puesto en evidencia ante los ojos de todo el mundo, se defiende a sí mismo. Queda no obstante un camino intermedio, a saber, no confesarse públicamente, pero sí descubrirse por escrito ante mí (por las razones que he dado en los *Prolegomena*), y anunciar y concertar pública y pacíficamente el punto de confrontación a elegir libremente. Pero para esto habría que acogerse al: *O curas hominum*! ¡Débiles humanos, pretendéis que os concierne únicamente la verdad y la difusión del conocimiento, pero de hecho solamente os ocupa vuestra vanidad! [Aulo Persio, *Sát*. I, 1]

Y bien, mi honorable Sr., no deje que éste sea el único motivo para haber mantenido ocasionalmente un trato que me es tan bienvenido. Un carácter como el que usted deja entrever en su primera carta, dejando aparte lo extraordinario de su talento, no es tan frecuente en nuestro mundo literario como para que quien estime la pureza de corazón, la dulzura y cooperación más que toda ciencia, no sienta por todo ello, ante tantos méritos reunidos, un vivo afán de entrar en una relación más estrecha. Cualquier consejo, cualquier sugerencia de un hombre tan penetrante y fino, será para mí siempre algo sumamente valioso y, si por mi parte o en esta zona hubiere algo con lo que pudiese corresponder a su gran amabilidad, mi satisfacción se duplicaría. Soy, con verdadero respeto y humildad, honorable Sr., su seguro servidor,

I. KANT

[41]
A Moses Mendelssohn

Königsberg, 16 de agosto de 1783

Muy honorable Sr.:

Sin duda alguna no podría encontrarse recomendación más efectiva para el prometedor joven, hijo del Sr. Gentz, que la de un hombre cuyo talento y carácter aprecio y amo especialmente, y me entusiasma comprobar que presupone en mí el sentimiento que tengo hacia usted, y cuenta con ello sin que yo necesite asegurárselo. Del mismo modo, al respetable padre de este muchacho, al que he acogido en mi círculo más próximo, puedo darle la firme esperanza, conforme a sus deseos, de que un día nuestra Universidad se lo devolverá muy bien formado de mente y de corazón; he aplazado mi respuesta a su amable carta, que adeudo desde hace ya tiempo, hasta que he podido hacer este encargo.

El viaje hacia los baños, cuyo rumor menciona tan amablemente, de manera tal que la idea del mismo llena mi espíritu con agradables imágenes de un trato social mucho más estimulante que el que pueda tener nunca en este lugar, se ha difundido también por aquí, sin que yo haya dado jamás el más mínimo motivo para ello. Una cierta regla de salud que encontré hace tiempo en no se qué autor inglés, ha constituido desde hace mucho el principio supremo de mi dietética: *Cada cual tiene su particular manera de estar sano, en la que no debe permitirse cambiar nada sin atenerse a riesgos.* Es verdad que siguiendo esta regla tengo que luchar siempre con alguna indisposición, sin llegar nunca a estar propiamente enfermo; por lo demás me parece que uno vive más largamente cuanto menos preocupación emplea en alargar la vida, teniendo por supuesto el cuidado de no acortarla perturbando en nosotros el buen hacer de la naturaleza.

Que usted se considere como muerto para la metafísica, habida cuenta de que la práctica totalidad del mundo intelectual parece haber perecido para ella, no me parece extraño, sin referirme para nada a esa debilidad nerviosa (de la que por cierto en [su obra] *Jerusalem* no se detecta ni la más mínima huella). Pero que en su lugar no pueda la Crítica atraer hacia sí su perspicaz atención, o que la repela usted de nuevo en seguida, cuando [esa obra] sólo se ocupa de investigar el fundamento para aquel edificio [que es la Metafísica], me apena mucho, aunque tampoco me extraña; pues lo que era fruto de mi reflexión durante un período de al menos doce años, lo elaboré en unos cuatro o cinco meses, como quien dice «al vuelo», prestando ciertamente la máxima atención al contenido, pero con poco celo en la exposición o en exigirme hacer fácil la comprensión por parte del lector; decisión que ahora tampoco lamento, pues si no hubiera sido así y la hubiera retrasado más para darle popularidad, la obra probablemente no se habría realizado, y en todo caso, ese último defecto

puede remediarse siempre después, una vez que el producto está ahí en su versión tosca. Y es que soy demasiado viejo para dar perfección final a una obra extensa con esfuerzo ininterrumpido, y a la vez, buril en mano, dar a cada parte su redondeo, su brillo, su grácil movilidad. Ciertamente no carecía de recursos para la explicación de cada punto dificultoso, pero en el proceso sentía constantemente el peso de la dilatada extensión, tan atenazadora para la claridad como obstaculizadora de la cohesión, por lo que de entrada me desentendí del mismo, para retomarlo de nuevo en una futura elaboración, cuando mis posiciones, como yo esperaba, hubieran sido objetadas por su orden y poco a poco. Pues cuando uno ha asimilado un sistema y se ha familiarizado con sus conceptos, no siempre puede conjeturar por sí mismo lo que al lector le pueda parecer oscuro, indeterminado o insuficientemente probado. Pocos hay tan afortunados que puedan pensar para sí mismos y al mismo tiempo ponerse en lugar de los otros, y encontrar en la exposición el estilo adecuado a todos ellos. Solamente hay un Mendelssohn.

Pero supóngase qué pasaría, mi apreciadísimo Sr., en el caso de que usted, concedido que no quiere seguir ocupándose más por sí mismo de asuntos ya relegados, tuviese a bien emplear su prestigio e influencia en negociar y estimular un examen, a convenir según un cierto plan, de las tesis [de la Crítica], todo ello del modo que le parezca más conveniente. Habría que investigar, pues, 1) Si es correcta la distinción entre juicios analíticos y sintéticos, y si la dificultad para comprender la posibilidad de los últimos, cuando han de tener lugar *a priori*, tiene la la forma que yo le veo, y si también es tan necesario realizar la deducción de ese último tipo de conocimientos, sin los cuales no se da metafísica alguna. 2) Si es verdad lo que yo he afirmado, a saber, que no podemos juzgar sintéticamente *a priori* nada más que acerca de la condición formal de una experiencia posible (externa o interna) tanto en lo que concierne a la intuición sensible de la misma,

como a los conceptos del entendimiento, que en ambos casos preceden a la experiencia y la hacen primariamente posible. 3) Si es correcta también mi última conclusión: que todo el conocimiento especulativo *a priori* que nos es posible, no tiene alcance más allá de los objetos de una experiencia que sea posible para nosotros, bien advertido que este campo de experiencia posible para nosotros no abarca todas las cosas en sí mismas, por tanto, obviamente, deja fuera todavía otros objetos, que incluso los supone como necesarios, sin que nos sea posible conocer determinadamente lo más mínimo acerca de ellos. En cuanto hubiéramos llegado a este punto, se desenredaría por sí solo [el enredo, o antinomia] en que incurre la propia razón al intentar rebasar los límites de la experiencia posible; y con ello apenas supondría ya dificultad la contestación –aún más necesaria– a la pregunta sobre qué es lo que impulsa a la razón a rebasar su campo propio de acción, en una palabra, [se resolvería] la dialéctica de la razón pura. Y ahí empezaría a perfilarse la propia eficacia de una crítica, que con un hilo conductor seguro, pasea por los recovecos de un laberinto en donde uno se pierde en todo momento, pero donde en todo momento encuentra la salida. Por mi parte contribuiría con gusto a estas investigaciones en la medida de mis posibilidades, porque sé con certeza que si el examen cae en buenas manos, saldrá de él algo acabado. Sólo que mi esperanza al respecto es escasa. Mendelssohn, Garve y Tetens parecen haber desistido de este tipo de ocupación y ¿en qué otro lugar encontrar a alguien que tenga talento y buena voluntad para ocuparse de ello? Tengo que darme por satisfecho, entonces, con que dicho trabajo sea, como dice Swift, una planta que sólo florece cuando el esqueje llega a la tierra. Antes de esa hora, pienso de todos modos hacer poco a poco un manual de Metafísica según los citados principios críticos, corto, según la medida de un manual, al hilo de los cursos académicos, acabándolo en un tiempo sin determinar, tal vez bastante lejano. Este invierno elaboraré

la primera parte de mi moral, si no del todo, al menos en su mayor parte. Este trabajo puede ser más popular, pero no lleva consigo, ni con mucho, el estímulo engrandecedor del ánimo que comporta a mis ojos aquella promesa de determinar los límites y todo el contenido de la entera razón humana; y ello es así, porque la propia moral, si en su plenitud quiere superar a la religión, sin una elaboración y determinación segura del primer tipo, se enreda inevitablemente en objeciones y dudas, o en ilusión y fanatismo.

El Sr. *Friedländer* le dirá cuánto he admirado su perspicacia, finura y prudencia al leer su *Jerusalem*. Tengo este libro por el anuncio de una gran reforma inminente y progresiva, que no solamente alcanzará a su nación [judía], sino también a otras. Usted ha sabido conciliar su religión con un grado tal de libertad de conciencia, como nadie lo hubiera creído posible respecto a ella, y de la que ninguna otra puede presumir. Usted ha expuesto a la vez la necesidad de una libertad de conciencia ilimitada respecto a cualquier religión, con tal rigor y claridad, que finalmente también por nuestra parte la Iglesia tendrá que meditar cómo separa de la suya [la religión de la Iglesia] todo lo que puede atenazar y presionar a la conciencia, lo cual finalmente deberá unir a los hombres en lo tocante a los puntos esenciales de la religión; pues todos los dogmas religiosos que pesan sobre la conciencia nos llegan de la historia, cuando la creencia en su verdad se establece como condición de la bienaventuranza. Pero estoy abusando de su paciencia y de sus ojos, de modo que no añado nada más, salvo que a nadie le puede resultar más agradable una carta con noticias sobre su salud y contento, que a su humilde servidor

I. KANT

[42]
A Johann Schulz [acortada]

Königsberg, 26 de agosto de 1783

Me produce muchísima satisfacción ver a un hombre tan perspicaz como usted ponerse manos a la obra con mis ensayos, y [me la produce] particularmente la universalidad con la que su mirada ha sabido extraer por doquier lo más importante y conveniente, y la corrección con la que ha sabido interpretar mi pensamiento. Esto último me consuela especialmente de mi disgusto por no haber sido comprendido casi por nadie, y elimina el temor de poseer en tan bajo grado el don de hacerme entender, o quizás de no poseerlo en absoluto en materia tan difícil; y de haber querido inútilmente aplicar a ello todo mi trabajo. Pues bien, cuando uno se encuentra un hombre tan lleno de méritos, que proporciona una prueba de que se me puede entender, y constituye a la vez un ejemplo de que mis escritos no son del todo indignos de ser meditados para ser entendidos y enjuiciar después su valor o falta del mismo, eso me da la esperanza de que se produzca el efecto que deseo, a saber, que la cuestión de la metafísica, relegada hace tiempo, se retome nuevamente, y se vea con claridad en ella.

Me doy cuenta de lo profunda y correctamente que ha penetrado usted el espíritu del problema por el *post scriptum* de su honorable carta: allí expresa usted la idea de que cada tercera categoría bien podría ser un concepto derivado de los dos precedentes; suposición harto correcta, que se le ha ocurrido a usted mismo, mientras que lo que yo digo de esta propiedad (*Prolegom.*, pág. 122, nota 1) ha podido pasarse por alto fácilmente. Ésta y las otras propiedades de la tabla de los conceptos del entendimiento, sólo mencionadas en parte, me parece que dan todavía mucho que pensar, y que podría descubrirse en ellas tal vez algo importante que yo empero no soy capaz de rastrear, y

que estaría reservado más bien a una mente matemática como la suya: [podría] ponerse en práctica al respecto una especie de *ars characteristica combinatoria*, lo cual, si de alguna manera es posible en cualquier ámbito, habría de concernir especialmente a los conceptos elementales [...]

El excelente trabajo que me ha enviado podría remitirlo ahora mismo a su Il. Exc.ª, ya que, por lo que concierne a la correcta presentación de mi pensamiento, no encuentro prácticamente nada que cambiar. Sólo otro propósito, que usted tal vez no tenga inconveniente en secundar, me mueve a retener el mencionado artículo todavía un par de días. Como recensión de la que no puede pretenderse que el lector la entienda suficientemente sin consultar el libro, su artículo tal como está, junto con lo que usted quisiera añadir, podría ser interesante para algún periódico, p.e., el de la biblioteca alemana [*Allgemeine Deutsche Bibliothek*]; claro que la noticia que el público recibe por esta vía es lenta y menos amplia.

Pero si se convierte en un escrito independiente (como *me parece sería mejor*), entonces, parece que en algunos –pocos– pasajes, particularmente los que se refieren a la dialéctica, podrían no ser del todo innecesarias algunas inserciones, para facilitarle la comprensión al lector y prevenir el malentendido del que tan acertadamente se ha cuidado usted hasta ese momento. Algo sobre ello querría tomarme la libertad de enviarle en un par de días, para que decida a su gusto. Ya lo habría hecho si, como sospecho, el estado atmosférico actual no ejerciese una penosa influencia tanto sobre mi cuerpo como sobre mi capacidad de pensar, y no me provocase desgana e incapacidad para todo trabajo intelectual. Si usted considerase oportuno al respecto atenerse a otro plan, entonces será un honor enviarle de inmediato el citado artículo. Me confirmo, con particular respeto, de vuestra Il. Exc.ª afectuoso servidor

I. KANT

[43]
A Theodor Gottlieb von Hippel

Königsberg, 9 de julio de 1784

¿Tendría Su Excelencia la amabilidad de poner remedio a las molestias [que padecen] quienes viven junto al Schlossgraben, por causa del rezo estentóreo de los farsantes de la cárcel? No creo que tuvieran razón para quejarse –como si se pusiera en *peligro la salvación de su alma*–, porque su voz al cantar se moderase por lo menos hasta el punto de que pudieran oírse a sí mismos con las ventanas cerradas (en cuyo caso, tampoco haría falta que gritaran con todas sus fuerzas). El testimonio del guardián, sobre que son gente *muy temerosa de Dios –que es lo que* parece propiamente importarles–, lo podrían obtener igualmente, puesto que los podrá oír, y en resumidas cuentas sólo se rebajarán al tono que los piadosos vecinos de nuestra noble ciudad [necesitan] para sentirse suficientemente despiertos en sus casas. Si tuviera la amabilidad de llamar al guardián, una palabra que convirtiera lo dicho más arriba en regla permanente para él, remediará para siempre este desatino y librará de desasosiego a alguien a quien usted se ha esforzado por favorecer con toda bondad en numerosas ocasiones; y que en todo momento, con el más profundo respecto es, de Su Excelencia seguro servidor,

I. KANT

VI

El fragor de la fama. La revolución copernicana entre debates

Las publicaciones periódicas amigas[1]

(1785-1790)



[1] *Berliner Monatsschrift* (*BMS*): J. E. Biester, Berlín. *Allgemeine Literatur Zeitung* (*ALZ*): C. G. Schütz, Jena. *Teutscher Merkur* (*Merkur*): C. L. Reinhold, Wieland, Weimar.

[44]
A Johann Erich Biester

Königsberg, 31 de diciembre de 1784

Le hago entrega, muy respetable amigo, de los dos escritos adjuntos para que los use como estime oportuno [*Sobre los volcanes de la Luna* y *Sobre la ilegitimidad de la reimpresión clandestina*]. En algún momento me gustaría saber no solamente lo que el público encuentre digno de aprobación en los mismos, sino también lo que considera deseable. Pues en tales trabajos he pensado a fondo mi tema, en cada caso, pero en la exposición tengo que luchar constantemente con una cierta tendencia a la morosidad; o por así decir, me siento tan abrumado por la cantidad de cosas que se implican en un desarrollo completo, que, sobre haber excluido algo necesario, parece que falta la perfección de la idea que tengo en mi poder. Entonces uno se entiende desde luego, incluso bastante, pero [lo escrito] se convierte en algo no comprensible ni suficientemente satisfactorio para los demás. En esta circunstancia la observación de un amigo agudo y leal puede ser útil. También quisiera saber alguna vez cuáles son las cuestiones que el público querría ver resueltas. La próxima vez me detendré en dos campos distintos de lo tratado hasta ahora para sondear un tanto las preferencias del común de las gentes. Puesto que estoy dándole vueltas a ideas constantemente, no me falta reserva pero sí razones concretas para elegir, y desde luego tiempo para dedicarme a tareas intermitentes, ya que estoy ocupado con un proyecto bastante amplio que desearía haber terminado antes de que se me eche encima la impotencia de la edad.

Mi tratado de moral [*Fundamentación de la metafísica de las costumbres*] le llegó a Grunert en Halle veinte días antes de San Miguel, pero me escribió diciendo que no podría terminarlo

para la Feria [del libro], por lo que tendrá que esperar a Pascua, y por tanto, haré uso del permiso que me concede. Soy con el mayor respeto, su más afectuoso

I. Kant

[45]
De Christian Gottfried Schütz

Jena, 18 de febrero de 1785

Muy respetable Sr. profesor:

Usted no puede imaginarse cuánto he ansiado poder responder de una vez y por fin a su última carta, inestimable para mí. Las tareas más primarias de la *ALZ* me lo han impedido una y otra vez hasta ahora.

Habrá vuelto a ver ya su recensión de Herder en letra impresa. Todo el que juzga imparcialmente la tiene por una obra maestra de precisión; y en lo que ha querido decir le han reconocido muchos [iba sin firma]. Me permito decirle que esta recensión, al haberse incluido en la edición-prueba, ciertamente ha contribuido muy mucho al éxito que ha obtenido la *ALZ*.

El Sr. Herder sin embargo parece ser que se ha mostrado muy dolido por ella. Un joven converso llamado Reinhold, que reside en la casa de Wieland en Weimar y que ya en el *Merkur* había entonado una horrible loa a la obra de Herder, quiere (*si diis placet*) incluir en el número de febrero del *Merkur* una refutación de su recensión. Le enviaré esa hoja, en cuanto la reciba. De buen grado, de muy buen grado verían los promotores que usted a continuación diera una respuesta. Pero si a usted le parece que no merece la pena, ya me ocuparé yo de que haya réplica. ¡Dios mío!, y usted escribió que prescindiría de los hono-

rarios si... etc. [sic] ¡Usted creía que una recensión como la suya *podría no ser aceptada...!* Las lágrimas se me saltaron involuntariamente cuando leí aquello. ¡Semejante modestia en un hombre como usted! No puedo describir el sentimiento que me embargaba. Era al mismo tiempo alegría, sobresalto e indignación, esto último en particular pensando en la falta de modestia de ciertos ilustrados de este siglo, que no merecerían desatarle a Kant las correas de los zapatos.

A pesar de todo, tenga usted la bondad, hombre veneradísimo, de comunicarme en la siguiente si le gustaría recensionar todavía algunas de las mejores obras filosóficas de este semestre, p.e., los *Aforismos* de Platner, la *Miscelánea* de Eberhard, etc., y algo más.

Todavía debe aparecer en el número de marzo o abril de la *ALZ* una exposición de la revolución que la Metafísica ha de agradecerle a usted, que tal vez hará el Sr. predicador Schulz. Verdaderamente su obra no es un αγωνισμα ες το παραχρημα, es un κτημα ες αει [«no es una proeza para el momento, es un tesoro para siempre»].

Todo el mundo cree firmemente que es usted quien ha recensionado el libro de Herder en la *ALZ*, y hoy precisamente he oído que el Sr. Herder quiere escribirle. Me gustaría saber si es verdad. ¡Cuán cierto es lo que usted dice, que hay poca gente que lleve la filosofía en el corazón! Si yo hubiese escrito el libro de Herder, estaría más orgulloso de su crítica que de la miserable basura laudatoria de cabezas frívolas.

Deseo vehementemente ver su nuevo escrito. Crea usted que su obra ejerce en silencio mayor influencia de lo que usted tal vez piensa. Tengo que contarle una graciosa anécdota. El Sr. Platner reedita sus *Aforismos*. Antes salieron por pliegos sueltos y en una *de las hojas se había formulado una duda sobre un pasaje de su* Crítica, indicando al mismo tiempo que su Crítica sería especial-

mente estudiada en un Apéndice. Al editar ahora los *Aforismos*, se ha suprimido esa hoja, se imprime en su lugar una lámina, y el apéndice no aparece en absoluto. Es de suponer que el Sr. Platner tras renovada reflexión ha visto cómo se desvanecía su duda.

Tengo que interrumpir ahora, rogándole simplemente que haga llegar el paquete adjunto a la librería de Hartung tan pronto como reciba esto.

Le escribiré de nuevo uno de los próximos días de correo; entretanto le ruego me haga saber en dos palabras (a porte debido), si quiere recensionar los libros citados y también cómo querría contribuir además en la *ALZ*.

También me he sentido interiormente confortado con sus oportunos artículos en la *BMS* y le expreso mi parte de gratitud, tal y como –estoy seguro– sienten en su corazón incontables lectores.

Manténgase bien, hombre venerabilísimo, y no dude de que soy con el más profundo respeto y afecto, suyo servidor,

SCHÜTZ

[46]
De Moses Mendelssohn

16 de octubre de 1785

Respetabilísismo varón:

Me he tomado la libertad de enviarle por medio del librero Voss e hijo un ejemplar de mis «*Morgenstunden*, o lecciones acerca de la existencia de Dios».

Aunque ya no tengo fuerzas para estudiar sus profundos escritos con el empeño exigible, sí que sé bien que no estamos de acuerdo en principios fundamentales. Pero también sé

que usted tolera que se le contradiga, que incluso lo prefiere a la simple repetición irreflexiva. Según yo creo conocerle, la intención de su crítica es simplemente erradicar la repetición irreflexiva de la escolática filosófica. Por lo demás, usted concede a cada cual el derecho a ser de otra opinión y manifestarla abiertamente.

El motivo para que yo escribiera estas *Morgenstunden* quería reservarlo hasta [escribir] la segunda parte, para preparar primero a los lectores ante ciertas declaraciones o expresiones que por sus consecuencias y efectos me parecían un tanto delicadas. El Sr. *Jacobi* se me ha adelantado y, bajo el título *Acerca de la doctrina de Spinoza, en cartas a Moses Mendelssohn*, ha publicado un escrito que contiene precisamente ese motivo. En su escrito da a conocer un intercambio epistolar entre él, una tercera persona [Elisa Reimarus] y yo, en donde se apoya para convertir a nuestro Lessing en un *espinozista* declarado. Jacobi pretende haberle demostrado previamente [a Lessing] el espinozismo; Lessing *habría encontrado* que todo concuerda con sus principios, y se habría alegrado de haber encontrado por fin, tras larga búsqueda, a un hermano en el panteísmo que sabe expandir tan bella luz sobre el sistema del todo-uno o uno-todo [*Einallerlei*].

Por lo que respecta a su propia persona, él se repliega al final detrás de los cañones de la fe, y encuentra salvación y seguridad en un bastión [que le proporciona] el beatífico *Lavater*, de cuya boca de «ángel puro» extrae al final de su escrito un pasaje consolador, que a mí no me puede consolar en absoluto, porque no lo entiendo. Este escrito del Sr. Jacobi no es más que una extraña mezcla, un parto casi monstruoso: la cabeza de *Goethe*, el cuerpo de *Spinoza* y los pies de *Lavater*.

Pero con qué derecho se permite alguien hoy día dar a conocer públicamente una correspondencia privada, sin preguntar, sin aprobación de quien escribe las cartas, me resulta incomprensible. Pero todavía más: Lessing debe haberle confesado –a Jacobi– que a mí, su amigo filosófico más íntimo durante treinta

años, nunca me había descubierto sus verdaderos principios filosóficos. Si esto es así, ¿cómo ha podido Jacobi decidirse a desvelar este secreto de un amigo fallecido, no sólo a mí, a quien se lo ocultó adrede, sino a todo el mundo? Él pone a salvo su propia persona y deja al amigo desnudo e indefenso en campo abierto, expuesto a convertirse en presa o escarnio del enemigo. No puedo avenirme a esta conducta y quisiera saber qué piensan de esto hombres honrados. Me temo que la filosofía tiene sus fanáticos que inspeccionan tan impetuosamente y tienden al proselitismo todavía más, si cabe, que los fanáticos de la religión positiva.

MOSES MENDELSSOHN

[47]
De Christian Gottfried Schütz

Jena, 13 de noviembre de 1785

Hace ocho días le he enviado por correo, honorable Sr. profesor, la segunda parte de las *Ideas* de Herder y de acuerdo con su amable ofrecimiento, espero por tanto la recensión.

Me sentiría extraordinariamente obligado hacia usted si quisiera añadir una nota sobre el *Manual de Ulrich*, que él mismo le ha enviado, y si quisiera indicar lo que a usted se le haya ocurrido para informar. Si no le es posible, se haría cargo el predicador Sr. Schultz.

Le escribo también a él ahora mismo y a usted le ruego humildemente le haga llegar el paquete. Según tengo entendido, hay dos Sres. Schulz, ambos predicadores; pero la carta como podrá usted suponer fácilmente no está dirigida, sino al *autor* de las *Aclaraciones* de su Crítica.

Reitero una vez más mi ruego de que, tan pronto como comience el año próximo, me envíe una recensión del *Principio*

del derecho natural de D. Hufeland. Si usted no quiere tomarse la molestia de hacer un resumen del libro, escriba simplemente en una hoja *observaciones, con indicación* de los números de página, y yo le daré a continuación el formato de una recensión normal. Así ahorra usted tiempo y el público y el autor tienen la satisfacción de disfrutar de su enseñanza. Su caligrafía es perfectamente legible; por ello le ruego humildemente que me envíe sin más solamente su primer esquema, y ni siquiera lo haga copiar.

Ahora tengo que darle a conocer algunas contribuciones a la historia de la *Crítica de la razón pura* en nuestra Universidad. *A principios de este semestre la Facultad de Filosofía me* encargó la realización de un plan de estudios para los *novitios* de esta facultad. En Filosofía presenté su proyecto, indicando su nombre. El resto de los miembros no tuvieron nada en contra, salvo el Sr. Hennings, que se asustó enormemente y opinaba que todo su éxito se iría con ello a pique; exigía que *sólo debía figurar* la división habitual de la filosofía, y que el nombre de usted no tenía que ser mencionado; también protestó, y apeló incluso *ad omnes serenissimos Acad. nutritores*. Yo respondí que delegaba el asunto en los Sres. Hennings y Ulrich, que las Cátedras titulares de Filosofía tendrían que ponerse de acuerdo. En la correspondencia que ambos mantuvieron sobre esto, el Sr. Hennings dejó ver claramente cuánto había leído y entendido de su Crítica. Pues escribió a Ulrich que «no comprendía en absoluto cómo la *construcción de conceptos* puede separar matemática y *filosofía*, pues es claro que también toda la filosofía *hace* conceptos».

Finalmente se impuso mi idea, sólo que el Sr. Hennings intercaló algo de la monadología, somatología, etc., que por cierto no acaba de encajar mucho, aceptando que ya que en todo el *scripto no se mencionaría nombre* alguno, tampoco debía mencionarse el suyo; aunque el Sr. Ulrich de inmediato contrapuso el *honor est non tantum honorati, sed etiam honorantis.*

Tengo entendido que, desde el comienzo de los nuevos cursos, el Sr. Hennings le cita con frecuencia; dice también que en su Crítica hay muchas cosas buenas, pero que la mayor parte son ya conocidas.

Un joven Magister, el Sr. Schmid, está impartiendo cursos actualmente sobre la *Crítica de la razón pura*, conforme a un pequeño resumen que edita.

No hace mucho que he leído también la recensión de su *Metafísica de las costumbres* en el periódico de Göttingen, que una vez más me ha gustado poco.

He meditado de nuevo acerca de su rechazo de los honorarios, benevolente en demasía, y se me ha ocurrido pensar si lo hace por consideración a mí. Es mi obligación decirle que ello no redundaría en ventaja alguna para mí, incluso aunque todos los colaboradores renunciasen a los honorarios, porque yo no soy gerente de la institución, sino que a mí me paga la sociedad de los empresarios como redactor, y ésta tiene entre sus principios el no admitir ninguna colaboración gratuita, en parte porque a la larga eso no se mantendría, y en parte también porque no conlleva honor alguno para los empresarios; y puesto que no se puede propiciar que aquí y allá acontezca tal cosa, uno puede «confiarle» [a esta compañía] la mentalidad codiciosa de la mayoría de las compañías comerciales, desgraciadamente cada vez más en aumento. Desearía verdaderamente que usted no hiciera excepción alguna en este punto, y, si insiste en ello, que al menos se ajuste al *modus operandi* que propuse en mi última misiva.

El Sr. Moses Mendelssohn me ha enviado también sus *Morgenstunden*. No me cabe duda de que ahí habrá muchos pasajes hermosos, pero tengo la seguridad de que no habrá en la obra nuevas argumentaciones en contra de la Crítica, pues él mismo afirma que debido a su debilidad nerviosa no ha podido estudiar los nuevos φιλοσοφωμενα. En unos días yo mismo me pondré a ello.

Entretanto aguardo con impaciencia la aparición de sus nuevos escritos y desearía que la Pascua estuviese ya ahí. Con el mayor respeto y el interés más puro en su bienestar, sigo siendo, honorable maestro, su humilde,

SCHÜTZ

[48]
A Marcus Herz

Königsberg, 7 de abril de 1786

Su hermosa obra, apreciadísimo amigo, con la que nuevamente me ha obsequiado, la he encontrado digna de usted en lo que he podido leer de ella, puesto que mis actuales ocupaciones, por cuya causa le ruego a usted disculpe también la brevedad de esta misiva, no me han dejado tiempo para leerla entera aún.

La extravagancia de Jacobi no es nada serio, sino un afectado fanatismo genialoide [*Genieschwärmerei*] con el fin de hacerse un nombre, y apenas si merece una refutación seria. Quizás presente yo algo en la *BMS* para poner al descubierto esta charlatanería. Reichard se ha contagiado también de la epidemia de genialidad y se ha unido a los elegidos. Le da igual de qué manera, con tal de causar gran sensación como autor, y en ello se le han hecho verdaderamente demasiadas concesiones. Que no se encuentre ningún escrito útil (manuscrito) del excepcional Moses lo lamento sobremanera; pero no puedo aportar nada a la edición de su correspondencia, pues sus cartas dirigidas a mí no contienen nada propiamente erudito y algunas expresiones generales que podrían tener algo de relación con el asunto no pueden proporcionar material para legado ilustrado de ningún tipo. Ruego también y muy mucho que se excluyan por completo mis cartas, que nunca fueron escritas con la idea de que las leyese el público, si es que se encuentra alguna entre sus papeles.

Mi amigo Heilsberg se encuentra prácticamente recuperado. Le he recordado su olvido de la nota para usted, y me prometió cumplir pronto con esa deuda.

La colecta de una aportación para el monumento que se erigirá en Berlín [a Mendelssohn] presenta gran dificultad aquí. No obstante veré qué se puede hacer.

Mantenga su afecto y bondad hacia quien sigue siendo constantemente con cordialidad y el mayor respeto su afectuoso fiel servidor y amigo

KANT

[49]
De Johann Bering

Marburg, 28 de mayo de 1787

Honorable y doctísimo, venerable profesor: permítame que me sirva de esta ocasión par presentarle una mínima señal de mi constante respeto y devoción. Le he dado al portador de esta carta el encargo de asegurarle de mi infinito respeto y de rogarle su favor; pero porque no sé si las circunstancias pudieran impedirlo he considerado más seguro hacerle llegar también por escrito mis pensamientos y mis deseos.

La prohibición de dar clases sobre sus escritos no se ha levantado todavía. Entretanto yo he pasado por alto la prohibición y explico su *Crítica de la razón pura* a tres esperanzadores muchachos bajo el título de un Seminario. Tal vez logre finalmente rebatir y vencer los prejuicios. ¿Va Vd. a contestar al escrito del Sr. Feder? [Feder: *Sobre espacio y Causalidad. Para un examen de la filosofía kantiana*. Göttingen, 1787]. Según lo leía se me ocurría aquello de *si tacuisses*, etc. [«si callaras...»]. Pero Feder no podía callar después de haberse pronunciado de tantas maneras en sus cursos

contra la filosofía kantiana. Puesto que sospecho que Vd. mismo no se tomará la molestia de refutarle, desearía que alguien entendido en la cosa corrigiera al Sr. Feder. Si no me encontrara muy débil, yo mismo rompería con gusto una lanza en ese combate. Me alegro ya de antemano por la recensión de ese escrito en *ALZ*. Ojalá tuviera usted un recensor tan sólido como el de la Historia de la Filosofía del Prof. Meiner. ¿Me equivoco mucho con lo que he imaginado tras las letras J. K. al término de la recensión? [Esa recensión la había hecho otra persona, a impulsos de Kant]

¿Por qué razón sus escritos más antiguos no se encuentran en Leipzig? A pesar de todos mis esfuerzos, no he tenido la suerte de recibirlos. De los escritos registrados en el *Léxico de alemanes ilustrados* de Meusel me falta todavía el *Esbozo de una geografía física*, *Sobre los conceptos de movimiento y reposo*, *Sobre los primeros principios de la metafísica*, *Monadología física*, *Sobre los terremotos*, *Sobre los vientos*, *Consideraciones sobre el Optimismo*, *Acerca de la evidencia de los principios en Teología natural y Moral*. Pues que cada letra de usted me es valiosa me resulta sobremanera desagradable echar de menos tantas cosas. Y como creo que hay mucha gente en mi caso, sería de desear que se pusiera remedio a esta carencia. Me alegró muchísimo leer el catálogo de la Feria [del libro] de Leipzig, pues además de la nueva edición de la Crítica nos había regalado con una «Fundamentación para una Crítica del gusto».

Pero me quedé muy triste porque no encontré lo que deseaba ya desde hace tanto tiempo, es decir, el sistema de la filosofía pura especulativa y práctica. Ojalá quisiera usted regalarnos con ello muy pronto. ¿Quién sino Vd. podría atreverse a producir tal cosa? El ejemplo de Abel es terrible. Con los deseos más cordiales para su bienestar me recomiendo a su bondad y soy con indecible respeto y veneración su más humilde servidor

BERING

[50]
De Carl Leonhard Reinhold

Jena, 12 de octubre de 1787

Honorabilísimo:

Por fin mi deseo ardiente de acercarme a usted a través de una visita escrita ha vencido sobre las tímidas dubitaciones contra las cuales lucho en vano desde hace más de un año; y aún ahora no estoy sin preocupación, por si la buena intención que dio origen a aquella lucha tiene fundamento suficiente como para justificar también delante de mí mismo un paso que le va a costar al menos un cuarto de hora de su inapreciable tiempo.

Si sólo me propusiera henchir de aire mi corazón, mi agradecimiento, amor, veneración y admiración, todavía callarían, como el joven de *Klopstock* [Oda *Mi patria*]: Ese...

> ...a quien aún le marchitan muy pocas primaveras,
> que al anciano de cabellos de plata, fortificado en obras,
> cuánto le ama, con ardiente palabra le quiere susurrar.
> Fogosamente sube a medianoche;
> encendida su alma;
> las alas de la aurora, suspirantes; raudo va
> hasta el anciano... pero ¡no se lo dice!

Y todavía no lo digo; pues ¿qué podrían decirle sobre eso palabras escritas además sobre papel?

Soy el autor de la *Carta del párroco de *** sobre la recensión de las ideas de Herder* etc., editadas en la *ALZ*, [carta] que apareció en el *Merkur* de febrero de 1785.

Nada más tengo que añadir a esta confesión, a no ser que aquella carta fue tan bien intencionada como mi *Rehabilitación de la honra de la Reforma* editada en febrero del 1786 y los dos meses siguientes contra los dos capítulos del historiador

Schmidt; y [autor igualmente del] las *Cartas sobre la filosofía kantiana* que empecé a publicar en *agosto* de aquel mismo año y continué en *enero del presente*.

Sé que Vd. ha leído aquella ofensiva carta [primera] y que conoció así la filosofía no filosófica del cura impertinente. Lo que lamentablemente no sé es si ha leído también las últimas cartas citadas. Si lo supiera, sólo debería referirme a eso sin hablar más de la saludable revolución que ha acontecido en mi modo de pensar desde hace dos años, gracias a la cual usted se convirtió en el más grande y mejor bienhechor que nunca un hombre ha sido y podido ser para otro.

El fundamento del conocimiento moral de las verdades básicas de la religión, que usted ha desarrollado –único trozo inteligible para mí de todos los fragmentos de su obra publicados en la *ALZ*–, fue lo primero que me impulsó a estudiar la *Crítica de la razón pura*. Yo censuré, busqué y encontré en ella el medio de superar la perversa alternativa entre superstición e incredulidad, algo a estas alturas imposible de sostener. He conocido esas dos enfermedades de alma, en un grado singular, por propia experiencia, y no sé si la última –de la cual me sanó la *Crítica de la razón pura*– la sufrí tan intensamente como la primera, mamada con la leche de mi madre, y que se intensificó con inusitada fuerza en un centro católico, invernáculo de la exaltación sentimental, en donde me metieron a mis catorce años. Mi alegría por mi restablecimiento radical, y mi deseo de aportar lo mío a la difusión de esa descubierta medicina tan acreditada para mí y al mismo tiempo tan desconocida en parte por mis contemporáneos, dio ocasión a las mencionadas *Cartas sobre la filosofía kantiana*.

La recepción positiva que han encontrado estas cartas en aquella parte del público lector para quien las concebí, y sobre todo, el buen efecto que han producido en mi ilustre suegro –el cual se propone ahora preparar [para la imprenta] las *Aclaraciones a la Crítica de la razón pura* [*Erläuterungen*] de

Schulz– me alentaron a seguir con mi trabajo; de vez en cuando me preguntaba a mí mismo si no sería sólo un dulce sueño el creerme destinado a ser una de las voces que claman en el desierto, que preparan los caminos del segundo Immanuel [alusión a Isaías, 7, 14].

Sé que es mucho pedir decirle que lea mis cartas, al menos el tercer [capítulo] (enero de este año), y el octavo (septiembre), y luego, siempre que lo considere hacedero, que me entregue, en la ocasión abajo indicada, un sencillo testimonio de que *he entendido* la *Crítica de la razón pura*. Este testimonio sellará mi tarea –si es algo más que sueño– con el sello de la autenticidad, y proporcionará a mis cartas *lectores* más atentos y numerosos, y más *oyentes* a las Lecciones sobre mi *Introducción a la Crítica de la razón pura para principiantes* que voy a empezar dentro de catorce días. Las cartas, precisamente, serán publicadas en edición mejorada para la próxima Feria de Pascua en la editorial de Blumauer (amigo mío) y Gräffer en Viena; y espero que sigan a este primer tomito varios más del estilo. Elegí este editor, porque así no sólo podré contar con la distribución habitual en la feria de Leipzig –que él visita–, sino también en los estados imperiales, donde las Cartas, como Blumauer me asegura, parecen encontrar una recepción excelente.

Como sabe, el profesor local Ulrich trató de conciliar la metafísica anterior con los resultados de la *Crítica de la razón pura* en su libro de texto, pero probablemente no sabrá que justo *desde que estoy aquí*, descubre cada día más contradicciones en la *Crítica de la razón pura* y las somete al juicio de su auditorio –un polémico *collegium* [grupo] sobre la *Crítica de la razón pura* en beneficio de su οντος οντων [«ente de los entes»]–. Pues bien, cuando se conoció aquí que yo iba a dar un curso sobre dicha introducción, el profesor Ulrich, como ya ha ocupado todo su tiempo del medio año entrante con seis grupos distintos, y asimismo el Catálogo de los cursos estaba ya impreso, *clavó en la*

puerta de su auditorium el aviso de que propondrá la Crítica de la razón pura el semestre subsiguiente, que comienza con Pascua. Mientras tanto, trata de difundir entre los estudiantes lo mismo que también hace entender sarcásticamente en su recensión *Sobre espacio y causalidad*, que ha sido publicada en el *Jen. Gelebrte Zeitung* [*Periódico ilustrado de Jena*]. Ahí dice que *los señores jóvenes* (yo ahora mismo ya tengo treinta), que están hoy día *infectados de la fiebre kantiana* y cultivan idolatría con las sutilezas kantianas, son los que menos *entienden* a su ídolo. Como principiante, esta recomendación de un viejo profesor de bastante reputación puede ser para mí cualquier cosa menos indiferente.

La ocasión que humildemente me atrevo a proponer para el testimonio público de que le he entendido, según puede colegirse de mis cartas sobre la filosofía kantiana, sería un fragmento de cualquier amable respuesta suya a mí, que yo imprimiría en el *Merkur*, que edito junto con mi suegro desde hace año y medio, y en donde me contestaría con un par de guiños sobre la siguiente duda que varios lectores de la *Crítica de la razón pura* me han planteado:

En la nota a pie de texto del prólogo a los *Primeros fundamentos metafísicos de la ciencia de la naturaleza*, se expone muy concisamente que el fundamento principal de su sistema se mantiene incólume aun sin una «deducción completa de las categorías, mientras que en la *Crítica de la razón pura*, tanto en la primera como en la segunda edición, en el capítulo segundo de la Analítica transcendental, apartado 1, se afirma y se prueba la *indispensable necesidad* de aquella deducción». De este modo, con ocasión de su resolución de esta aparente dificultad, el autor de las cartas sobre la filosofía kantiana obtendría un gran beneficio, tanto de cara al público como de cara al editor del *Merkur*, el cual me aseguró a menudo, que deseaba que su *Merkur* fuera honrado con su nombre.

Si encuentra indigna mi insistencia sobre esa concesión, o mi ruego de atención, su silencio me castigará; pero no por ello estaré menos orgulloso de llamarme con toda verdad su admirador más sincero

CARL LEONHARD REINHOLD, MPR.
CONSEJERO DE SACHSEN, WEIMAR Y PROF. DE FIL. EN JENA.

Wieland, a quien en nuestro último encuentro comuniqué mi intención de escribirle, me encargó le asegure su *respeto* y su afecto más cordial.

[51]
A Marcus Herz

Königsberg, 24 de diciembre de 1787

Apreciadísimo amigo:

Me ha obsequiado usted nuevamente con un hermoso trabajo: el del temprano sepelio, etc. Yo olvidé encargar a tiempo que se le enviase también a usted desde Halle un ejemplar de mi recién editada *Crítica de la razón práctica*, para saldar de alguna manera la deuda múltiple en que me encuentro con usted por sus anteriores obsequios literarios: veré si es posible todavía.

¿No le ha hecho llegar el Sr. Friedländer nada en relación con una máquina tejedora inventada aquí, acerca de lo cual le escribí rogándole su benévola colaboración? Aunque han transcurrido ya varias semanas, no me ha contestado todavía. ¿Le habrá molestado que añadí en la cubierta: *famoso comerciante judío*, no dando por supuesto que sería suficientemente conocido en Berlín, de modo que la carta le llegara con el mero sobrescrito de su nombre? Lo hice así porque no sabía a ciencia cierta si su nombre era David; y añadí ese enunciado para que la carta, debi-

do a algún malentendido, no fuese a parar por ejemplo a un cristiano que podría también llamarse Friedländer. Si tuviese usted la bondad de hablarle de aquel asunto, le ruego en tal caso se sirva darme rápidamente una respuesta sobre si se puede o no hacer algo en relación con ello.

Por lo que hace a mis trabajos filosóficos, me he comprometido en una tarea bastante complicada y dilatada para mi edad, pero progreso a tan buen ritmo, en particular en relación con la revisión que estoy elaborando ahora, y tengo una esperanza tan grande de llevar los asuntos de la metafísica por una vía tan segura, que ello me sirve como estímulo y refuerzo para llevar a término mi plan.

A su favor y afecto amistoso y leal me encomiendo por lo demás fervientemente; y soy, con el mayor respeto y cordial participación en su dicha, su seguro servidor,

I. KANT

[52]
A Carl Leonhord Reinhold

Königsberg, 28 y 31 de diciembre de 1787

He leído, hombre excelente y amable, las hermosas cartas con que ha honrado mi filosofía, cuya combinación de solidez y gracia es insuperable, y que han sido capaces también de ejercer en nuestra región toda la eficacia que se podía desear. De ahí que haya querido dejar constancia –al menos con algunas líneas, en alguna revista, preferiblemente el *Merkur*– de la exacta coincidencia de sus ideas con las mías, expresándole a un tiempo mi gratitud por su gran mérito en la divulgación [de mi obra].

Fue un trabajo escrito por el señor Forster hijo, en esta misma revista, dirigido contra mí aunque en otra materia, lo que

me impidió hacerlo de forma distinta, i.e., de modo que se cumplieran ambas intenciones. La última, o sea, defender mi hipótesis contra el Sr. F., no la pude cumplir, en parte por los trabajos de mi cargo y en parte también por las indisposiciones pasajeras que trae la vejez; y así el asunto se ha retrasado hasta ahora, cuando me tomo la libertad de mandar ese ensayo adjunto, con el ruego de que se le haga un hueco en el querido *Merkur*.

Me he alegrado mucho de enterarme por fin con certeza, de que es usted el autor de aquellas espléndidas cartas. En mi incertidumbre no pude dar al tipógrafo Grunert en Halle –a quien encargué le enviara un ejemplar de mi *Crítica de la razón práctica*, como pequeña muestra de mi respeto– una dirección suficientemente detallada, por lo cual me contestó que con los datos de mi nota no había sabido buscarla.

Pido que se entregue al correo la carta que va dentro para él. Cuando la reciba, le dará el libro, si es que tiene todavía consigo los ejemplares. En este librito quedan suficientemente resueltas muchas de las contradicciones que los partidarios de los antiguos creen encontrar en mi crítica; y en contrapartida, quedan claramente a la vista aquellas [contradicciones] en las que ellos mismos se enredan por no querer superar su viejo juego chapucero.

Prosiga su nuevo camino con coraje, caro amigo; en talento y penetración a usted no puede enfrentársele superioridad alguna; sólo la envidia, a la que siempre se vence.

Me permito afirmar, sin hacerme reo de vanidad, que cuanto más continúo en mi camino, tanto más desaparece mi preocupación de que alguna vez una contradicción o incluso una interesada complicidad (algo que hoy día no es inusual) pueda dañar mi sistema gravemente. Es ésta una íntima convicción que proviene de lo siguiente: no sólo de que la prosecución hacia otras tareas la encuentro siempre congruente, sino también de que cuando a veces no acabo de ver el método que hay que uti-

lizar para investigar un objeto, me remito simplemente al esquema general de los elementos del conocimiento, y a las facultades cognoscitivas correspondientes, para extraer conclusiones que aún no había advertido. Así, me ocupo por el momento de la crítica del gusto. En esta temática se descubre un nuevo tipo de principios *a priori*, distinto de los expuestos hasta ahora. Pues las capacidades del espíritu son tres: Facultad de conocer, Sentimiento del placer y de la pena, y Facultad de desear. Para la primera he encontrado principios *a priori* en la *Crítica de la razón pura* (teórica), para la tercera en la *Crítica de la razón práctica*. También los busqué para la segunda, y aunque consideré imposible encontrar algo así, la perspectiva sistemática que me había permitido descubrir la articulación en el espíritu humano de las tres facultades consideradas más arriba, me dará para el resto de mi vida materia suficiente para admirar y sondear si es posible. [Esa perspectiva sistemática] me llevó a este camino por el que ahora reconozco tres partes de la filosofía, de las cuales cada una tiene sus propios principios *a priori*, que se pueden enumerar, y de esta manera determinar el alcance del conocimiento posible –filosofía teórica, teleología y filosofía práctica–; de las cuales la segunda aparece evidentemente como la más pobre en fundamentos de determinación *a priori*. Espero terminar esta obra bajo el título de la «Crítica del gusto» hacia Pascua en manuscrito, aunque la impresión tardará más.

Le ruego que, al darle mi recuerdo, le dé muchísimas gracias a su honorable suegro por el múltiple placer que me han proporcionado sus inimitables escritos. Si su tiempo se lo permite, ¿puedo pedirle que me dé noticias de ese mundo intelectual, del que aquí vivimos tan lejos? Este mundo tiene también sus guerras, sus conspiraciones, sus secretas intrigas, como el político. No puedo ni quiero participar en este juego, pero no deja de ser entretenido y proporciona a veces una útil orientación el saber algo de él.

Y ahora deseo cordialmente que el recibo de esta carta produzca el mismo afecto y amistad hacia mí, que el que en mí, aun sin conocerle, han producido otras cartas, testimonios de excelencia tanto del talento como del corazón. A las que tanto debemos el público y yo. Soy con todo respeto de usted afectuoso fiel servidor

I. Kant

P. S. Estaba así escrita la carta cuando por obstáculos inesperados el correo se retrasó. He aprovechado ese tiempo de más para añadir algunos incisos y notas bajo el texto, que me parecían necesarios. Se necesitará un corrector experto principalmente en los folios 6 y 7, para que no falle la conexión allí donde las señales lo indican. Por esta causa le pido humildemente que se acuerde de mandarme el texto en seguida por correo, cuando salga de la imprenta. No creo que el Sr. consejero Wieland encuentre reparo en publicar este ensayo en el *Merkur*, [si lo ve] como algo polémico. Tuve mucho cuidado de evitar ese tono, que no es mi estilo en absoluto. Solo traté de aclarar malentendidos con explicaciones.

I. K.

Entréguese, por favor, la carta adjunta al Prof. Schütz.

[53]
De Carl Leonhard Reinhold [acortada]

Jena, 19 de enero de 1788

[...] Este es el deseo más vehemente para mí desde que se produjo la concordia entre mi cabeza y mi corazón, el deseo de ser conocido y amado por el sublime creador de esa concordia, por el hombre que para mí *es el más admirable entre todos* los hombres de este tiempo y de los tiempos pasados, que se me hace y debe hacérseme más admirable con cada progreso de mi *espíritu*, liberado por él; del que pende mi alma con un amor que es tan puro y tan inextinguible como la luz del conocimiento que él prendió en ella; en una palabra, el deseo de ser conocido y amado por usted, se ha cumplido. Y tendré que agradecerle en el futuro no solamente la calma y la ocupación más sublime, sino también la alegría más dulce de mi vida, la que suelo encontrar en el goce del respeto y la benevolencia de hombres nobles.

Mi eximio suegro, a quien he enviado su carta sobremanera bondadosa junto con el manuscrito, se alegró de mi alegría tanto como de la halagadora mención de su persona. Me pidió que le escriba que le enorgullece la idea de que sus escritos hayan contribuido a sus horas de descanso. Su ensayo fue bienvenido como un exquisito ornamento de su *Merkur*. Precisamente por eso lamenta que los primeros pliegos del periódico de *Jena* [*Teutscher Merkur*] (con un artículo histórico de *Schiller*), ya estuviesen impresos cuando llegó el manuscrito, y que este nuevo año se abra con un nombre que no es el suyo. Dado que *el artículo de Schiller ocupaba ya mucho sitio, su ensayo tuvo* que trasladarse en parte al número del próximo mes, que comenzará con el mismo. Wieland ha dispuesto la división, pero atendiendo a mi ruego me ha enviado a Jena la última corrección de pruebas, que he cuidado con escrupulosa y concienzuda aten-

ción, cuando el cajista ha fallado. Aún estando por lo demás bastante insatisfecho con aquella partición, debo dar sobradamente la razón a mi suegro cuando piensa que de este modo el efecto sobre el lector más bien ganará que perderá.

¿Qué decirle acerca de este ensayo, qué sobre los pasajes del mismo que conciernen a mis pequeños esfuerzos, qué sobre el obsequio inestimable: la *Crítica de la razón práctica*, que he devorado hace ya ocho días? ¡Que aun mi silencio actual le dé las gracias, y que toda mi vida en el futuro le dé las gracias! Si el cielo me regala un hijo –me ha dado ya una preciosa niña que tiene ahora un año y medio– su carta y aquel ejemplar [ese libro] serán las alhajas invendibles que le legaré y, serán para él sagradas como documentos fidedignos del valor de su padre.

Cuánto me place no haber llegado todavía en mis *Cartas acerca de la filosofía kantiana* a la explicación propiamente dicha del *fundamento cognoscitivo moral de las verdades fundamentales de la religión*. Yo habría encendido una débil lamparilla, allí donde usted con la *Crítica de la razón práctica* ha hecho brotar un sol. Tengo que confesar que no me esperaba un grado tal de evidencia, una satisfacción tan completa, como la que realmente he encontrado. Y ahora espero con doble ansiedad la «Crítica del gusto» [...]

El Prof. Jakob de Halle se ha ofrecido recientemente a editar en sociedad conmigo una revista que debería dedicarse única y exclusivamente a la filosofía kantiana. Busqué consejo en mis amigos de aquí: Schütz, Hufeland y M. Schmidt, y de conformidad con ellos le propuse al Sr. Jacob: primero, anunciar la edición en nombre de una sociedad de docentes académicos y amigos de la filosofía, de la que habría que considerar a los nombrados como miembros natos; los restantes serían invitados y nosotros nos conformaríamos con el nombre de redactores; segundo, dar a la revista el nombre de *El espectador filosófico*. Pero estoy desperdiciando su inestimable tiempo. Me guardo el

informe más detallado para el momento en que nuestro proyecto haya madurado. Para que nuestra sociedad no se parezca a una conspiración, lo que sería inadecuado en este caso, deben ser también invitados adversarios y ser aceptados sus artículos, si son algo más que basura superficial.

La *conspiración* entre Göttingen y Würzburg [contra la filosofía kantiana] se me hace cada vez más clara, y espero poder comunicarle en breve sobre ello noticias que me parece arrojan cierta conclusión sobre el celo que los aliados muestran en sus ataques.

Desde que estoy aquí el profesor U. [Ulrich] ha cambiado mucho sus ideas con respecto a la *Crítica de la razón pura*; ha recibido noticia de mi propósito de impartir un curso sobre la Introducción [de la misma] en cuanto estuvo impreso el catálogo de las lecciones. Y acto seguido, para adelantárseme, anunció en la puerta de su auditorio, aun antes del comienzo del semestre de invierno, y ya para el semestre de verano, su polémico curso contra la crítica de la razón, que se abre gratis cuatro veces a la semana. Para darle una pequeña prueba del tono en el que el hombre habla de su propósito, le copio aquí el final de una de sus últimas lecciones (imparte seis horas diarias):

«Kant, yo seré tu aguijón; kantianos, yo seré vuestra peste. Lo que Hércules promete, lo cumplirá.»

Le será muy difícil como lo ha sido para mí, dar crédito a este burdo sinsentido. Sólo que los testigos que lo han oído son demasiados; por este motivo, el Prof. Schütz está entre las novedades literarias de la *ALZ*, sin querer que se inserte el nombre de la Universidad. Lo manipulada que ha sido su doctrina de la libertad por parte de este farsante lo habrá visto usted en su –así denominada– *Eleutheriología* [o «Sobre libertad y necesidad». Jena, 1788]. Ha habido un momento en que el hombre mostró en la cátedra una carta de usted [de 21 de abril de 1785] y ahora se queja con frecuencia en la misma cátedra de que usted dejara sus

objeciones sin respuesta. Perdone que le entretenga con tales miserias. No volveré a hablarle de ello nunca más.

Ya es hora de terminar asegurándole que soy, eternamente suyo, con una veneración sólo comparable a mi profundo afecto

REINHOLD

[54]
A Carl Leonhard Reinhold

Königsberg, 7 de marzo de 1788

Reciba usted, apreciadísimo varón, mi agradecimiento más efusivo por los esfuerzos, e incluso contrariedades, que asume por un asunto a cuya dilucidación tal vez yo di lugar el primero, pero cuyo acabamiento, clarificación y difusión ha de esperarse de hombres más jóvenes, tan animosos, y al mismo tiempo de espíritu tan honesto como el que [esta tarea] ha encontrado en su persona. En su forma de exponer hay algo tan convincente y entrañable, y al mismo tiempo tan plenamente bien pensado en su conexión con grandes perspectivas concretas, que ya estoy alegrándome de su introducción a la crítica. El Sr. Ulrich, con su dedicación a la tarea de oposición, trabaja en contra de su propia reputación. Sea como fuere, su última proclama de un mecanismo natural apoyado en las viejas sofisterías habituales bajo el nombre huero de libertad ciertamente no va a incrementar el número de sus partidarios. En general resulta instructivo y tranquilizador, al menos para quienes no gustan de enzarzarse en controversias, ver cómo aquellos que se enfrentan a la crítica no son capaces de ponerse de acuerdo acerca de cuál sea el mejor modo de hacerlo; no hace falta hacer nada, sino observar con tranquilidad y, en todo caso, tomar en consideración oportuna-

mente los momentos principales del malentendido; por lo demás seguir inconmoviblemente el propio camino, y esperar que poco a poco todo se acomode en la vía correcta. La propuesta del Prof. Jacob de crear una revista para examinar *ex professo* estos asuntos, me parece una feliz ocurrencia, siempre que se haya establecido previamente acuerdo suficiente en relación a los primeros trabajos que se presentarán allí. Pues sin que la defensa o la determinación clara del sistema que tenemos delante [el sistema crítico], tenga que ser intención propiamente dicha del Proyecto, sería ésta una ocasión única para examinar *en sus principios,* uno tras otro, siguiendo un plan regular, los puntos más polémicos de la entera filosofía especulativa, junto con la práctica; a lo que con el tiempo se unirían ciertas cabezas que piensan en silencio, que no quieren comprometerse con trabajos extensos, pero que no rehusarían comunicar sus pensamientos en artículos breves (sustanciosos, que contengan más semilla que cáscara). Por lo pronto propondría como colaboradores al Prof. Bering, de Marburgo; también en todo caso a nuestro predicador Schultz. Las personalidades deberían excluirse por completo, y a hombres un tanto excéntricos, como Schlosser o Jacobi, debería hacérseles un hueco. Pero sobre esto ya se tratará en el futuro.

En este semestre me encuentro cargado con un trabajo bastante desacostumbrado, a saber, el Rectorado de la Universidad (lo cual, con el decanato de la Facultad de Filosofía, me ha tocado dos veces en tres años). Aparte de eso, espero entregar mi *Crítica del Juicio* para San Miguel, de modo que pueda con ello completar mi negocio crítico. Le agradezco mucho las molestias que se ha tomado en relación con el trabajo, bastante sobrio, publicado en el *Merkur*. Realmente se ha impreso con más corrección de la que merecía. Le ruego transmita a su honorable suegro –siempre tan vitalmente joven de espíritu– mi respeto y adhesión. Suyo afectísimo

I. KANT

[55]
De Christian Gottfried Schütz [acortada]

Jena, 23 de junio de 1788

Una enfermedad que me sobrevino el pasado verano, los asuntos acumulados por este motivo con las fuerzas debilitadas, finalmente un viaje de restablecimiento de cuatro semanas en el mes de mayo de este año, me privaron día tras día del indecible placer de manifestarle de nuevo, hombre honorabilísimo, mis sentimientos de admiración hacia su espíritu y su corazón; admiración que aumenta con cada uno de sus escritos. Lo hago ahora aclarándole brevemente que la lectura de su *Crítica de la razón práctica* me ha hecho verdaderamente feliz y que la satisfacción se acrecienta todavía más con la idea de que un gran número de hombres excelentes, con quienes no se me ocurre medirme en absoluto, sienten al respecto lo mismo que yo.

La ocasión concreta del presente escrito es la recensión para la *ALZ* de su última magnífica obra, cuya copia le adjunto, cuyo autor es el Sr. Rehberg de Hannover. Antes de que se imprima desearía: o bien sus observaciones al respecto, enviándomelas de inmediato a vuelta de correo, o bien que me hiciera saber lo antes posible si no le gustaría enviar a la *ALZ* un artículo en el que se aclarasen los principales malentendidos en que incurren ingeniosos recensores (puesto que lo que *obtusa capita* producen, no necesita refutación alguna por su parte). Hoy día no podría encontrar usted ningún Journal que diera más publicidad a tales aclaraciones que la *ALZ*, puesto que, según el cómputo más probable, tiene unos 40.000 lectores. Más de 2.000 ejemplares son realmente *dato debitiert* (vendidos estrictamente), y cada ejemplar lo leen generalmente no 10 o 20, sino 30, 40 o 50 personas.

Como puede comprobar, el Sr. Rehberg, entre otras cosas, hace también alguna observación a la categoría de la liber-

tad, en relación con la modalidad. Yo tengo por el contrario otra duda, que le expongo aquí y cuya resolución le pido. [...]

Incluyo también las dos recensiones del libro de *Rehberg acerca de la Relación de la Metafísica con la Religión* [Berlín, 1787] y solicito su opinión con respecto a lo que en ellas se critica a R., a ver si le gustan.

Mi amigo y asistente D. Hufeland le manda sus mejores recuerdos. Me disgusta que su querido digno colega el Prof. Kraus colabore tan *escasamente con sus recensiones en la ALZ*.

Espero su respuesta con la mayor ansiedad, le deseo que se mantenga su buena salud y soy, siempre con el mayor respeto, su seguro servidor

SCHÜTZ

[56]
De Johann Heinrich Kant

Althraden, 21 de agosto de 1789

Mi queridísimo hermano:

No será mala cosa que, después de una serie de años en los que hemos dejado pasar la vida sin correspondencia alguna entre nosotros, volvamos a acercarnos de nuevo el uno al otro. Los dos somos viejos, ¡qué pronto alguno de los dos pasará a la eternidad! Parece bueno entonces que los dos renovemos la memoria de los años pasados, con la prudencia de informarnos en el futuro de en vez cuando acerca de cómo vivimos, *quomodo valemus* (aunque suceda raramente, dejando pasar no los años, sino los lustros).

Desde hace ocho años en que me sacudí el yugo escolar, vivo como maestro de escuela rural de una comunidad de

campesinos en mi parroquia de Althraden y me sustento, a mí y a mi familia, frugal y suficientemente, viviendo del campo: *Rusticus abnormis sapiens crassaque Minerva* [«sabio sin escuela, rústico de simple sabiduría», Horacio, *Sát.* II, 2, 3].

Con mi buena y digna esposa vivo un matrimonio feliz, amoroso, y me satisface que mis cuatro hijos, bien educados, de buen natural y obedientes, me ofrecen la garantía prácticamente infalible de que serán personas honradas. No se me hace amargo ser yo solo su maestro, compaginándolo con mis tareas profesionales, verdaderamente pesadas; esta tarea educativa de nuestros bienamados hijos suple para mí y para mi esposa la falta de trato social en esta soledad. Este es el esquema de mi monótona vida.

Pues bien, mi queridísimo hermano, aunque todo lo lacónicamente que quieras (*ne in publica commoda pecces*, como los sabios y los escritores) [«no sea que hagas daño al bienestar de la cosa pública», Horacio, *Ep.* II, 1, 3], hazme saber cómo ha sido hasta ahora tu estado de salud, cómo es actualmente lo que como sabio, tienes todavía *in petto* para ilustración del mundo y de la posteridad. Y también cómo les va a mis queridas hermanas que todavía viven y a los suyos, y al único hijo de mi bendito honorable tío paterno Richter. Con mucho gusto pago el franqueo de tu carta, y no hace falta que ocupe más de una octavilla. Seguro que Watson te habrá ido a visitar en Königsberg; volverá sin falta pronto de nuevo a Kurland. Podría muy bien traerme una carta tuya, que deseo con tanto anhelo. Jaeger, quien hasta ahora ha sido nuestro profesor de historia –al que ya conociste con motivo de un intercambio postal que trataba de su hijastro Pacz–, seguramente ya haya pasado por Königsberg de regreso a Württemberg, su patria. Si lo has conocido personalmente te habrá dicho sin duda que es mi mejor amigo. El joven que entrega esta misiva, de nombre Labowsky, es el hijo de un digno y honrado predicador reformado polaco, de la pequeña ciudad de Birsen, que va hacia Frankfurt an Oder a estudiar allí como beca-

rio. *Obe! Jam satis est!* [«Bueno, basta ya», Horacio, *Sát.* I, 5, 12]. Dios te conserve por muchos años y me procure pronto, escrita de tu mano, la agradable noticia de que vives con salud y contento. Con el corazón más leal, y no *perfunctorie* [superficialmente] declaro que te ama sinceramente tu hermano,

JOHANN HEINRICH KANT

Mi amada esposa te abraza fraternalmente y te da las gracias de nuevo cordialmente por la *Hausmutter* [*La madre de familia en todas sus tareas*. 3 tomos, Leipzig, 1778-1881] que le enviaste hace algunos años. Aquí vienen ahora mis queridos hijos, que quieren ponerse en fila en esta carta.

Honorable señor tío, queridas tías: queremos que ustedes sepan de nuestra existencia, que nos amen y no nos olviden. Nosotros les amaremos y respetaremos de corazón, todos los que firmamos de nuestro puño y letra:

AMALIA CHARLOTTA KANT
MINNA KANT
FRIEDRICH WIHELM KANT
HENRIETTE KANT

[57]
A Friedrich Heinrich Jacobi

Königsberg, 30 de agosto de 1789

Ilustre, muy respetable señor:

El regalo que el Sr. conde de Windisch-Graetz tenía la intención de hacerme con sus escritos filosóficos ha llegado bien a mis manos gracias a la amable mediación de su honorable persona, y a la gestión del Sr. consejero de Comercio Fischer; también he recibido a su debido tiempo la primera edición de la *Historia metafísica*... etc. por mediación del librero Sixt.

Le ruego que cuando tenga ocasión transmita a este señor mis más expresivas gracias y a la vez mi mayor respeto por su talento como filósofo, que une a la más noble mentalidad cosmopolita. En el último escrito mencionado he celebrado ver al Sr. conde hacer por sí, al mismo tiempo que, con la claridad y amenidad de exposición que distingue al hombre de gran mundo, lo que yo quería conseguir según el paradigma escolástico, a saber: presentar y poner en juego las tendencias más nobles de la naturaleza humana, que, tanto tiempo mezcladas o incluso confundidas con las físicas, no han tenido en absoluto la eficacia que con razón se esperaba de ellas; una empresa que con el mayor anhelo desearía ver concluida, ya que conforma claramente sistema con los otros dos escritos (el de las sociedades secretas y el de la transformación voluntaria de la constitución en las monarquías); el último, en parte como presagio cumplido a la perfección, en parte como sabio consejo para déspotas, debería ejercer gran influencia en la actual crisis de Europa. Ningún estadista había buscado hasta ahora –ni intentado buscar– de manera tan elevada los principios del arte de gobernar a los hombres. Por ello tampoco las propuestas han sido convincentes, y menos aún efectivas.

Le doy igualmente mis más expresivas gracias por la hermosa obra sobre la doctrina de Spinoza –última edición– que

me ha enviado. Con ella ha ganado el mérito, en primer lugar, de exponer con toda claridad las dificultades que rodean la vía teleológica a la teología; dificultades que probablemente indujeron a Spinoza a formular su sistema. Lanzarse con pasos veloces a empresas que se orientan a un fin grandioso pero lejano ha sido *siempre* desventajoso para la comprensión rigurosa.

Quien muestra los escollos, no los ha colocado a tal efecto, y, aunque afirme la imposibilidad de pasar entre ellos a toda vela *(del dogmatismo), no por ello ha negado toda posibilidad* de una feliz travesía. No me parece que usted juzgue a este respecto el compás de la razón como inútil, o incluso como capaz de causar extravíos. Pues algo que sobreviene a *la especulación*, aunque por supuesto se encuentra únicamente en la misma razón, es complemento necesario [de la especulación]; es algo que somos capaces de denominar pero no de comprender. Lo llamamos libertad, una facultad suprasensible de la causalidad en nosotros. Ahora bien, dilucidar si la razón llega a este concepto del teísmo despertada por algo que solamente la historia enseña, o sólo a través de una acción sobrenatural interna, incompresible para nosotros, es una cuestión que concierne únicamente a algo secundario, a saber, el surgimiento y la difusión de esa idea. Pues también puede pensarse que, si el Evangelio no hubiese enseñado *previamente las leyes morales* universales en toda su pureza, la razón hasta ahora no las habría comprendido con tal plenitud, aunque, una vez que están ahí, uno puede convencer a cualquiera de su corrección y validez (ahora) por medio *de la sola* razón. El sincretismo de espinozismo y deísmo en el Dios de Herder lo ha refutado usted con todo rigor. En general toda tendencia sincretizadora tiene a la base comúnmente falta de sinceridad, una cualidad del espíritu tan propia especialmente de este gran artista de fantasmagorías [Herder] (que, como en la linterna mágica, hace ver maravillas que enseguida desaparecen para siempre, dejando en los ignorantes el delirio de que allí detrás se esconde algo extraordinario que no se puede atrapar).

He considerado en todo momento como un deber acoger con respeto a los hombres de talento, sabiduría y honradez, por muy distantes que estén de mí en sus opiniones. Desde este punto de vista juzgará también mi artículo en el *BMS* sobre el orientarse [«¿Qué significa orientarse en el pensamiento?»], al que me he visto forzado contra mi deseo, requerido desde diversos lugares a limpiarme de la sospecha de espinozismo, y en el que usted, como espero, no hallará huella alguna de desviación de aquellos principios. Otros fallos y afirmaciones suyos y de sus dignos amigos los he advertido siempre con íntimo dolor y aun he hecho pronunciamientos en contra. Pero no sé qué clase de cabeza tienen algunos hombres, por lo demás buenos y sensatos, que consideran mérito lo que, si sucediese en su contra, les parecería sumamente inicuo. Pero ninguna sombra lanzada contra él podrá hacer que el verdadero mérito pierda su esplendor, y puesto que brilla por sí mismo, nunca será tergiversado.

Nuestro Hamann [hijo] –que busca sobre todo contextualizar y poner en orden sus muchos conocimientos, intentando exponérselos a otros– ha aceptado un puesto como preceptor en casa del conde de Keyserling, en Kurland, donde se encuentra muy bien. Es un alma bondadosa y sincera, que quiere dedicarse a la escuela, y proporcionar algún día ayuda a sus hermanos huérfanos, pues hace muy poco ha perdido al padre y a la madre.

Deseo que su honorable persona sea favorecida por el destino para entregarse todavía durante largos años con ánimo alegre y con buena salud a su ocupación favorita, la más noble entre todas, a saber, a la reflexión acerca de los serios principios en los que se fundamenta el bienestar general de la humanidad; y soy por lo demás, con la expresión de mi consideración más distinguida, su muy seguro servidor

I. KANT

[58]
A Carl Leonhard Reinhold

Königsberg, 1 de diciembre de 1789

Su valioso tratado sobre la facultad de representación, apreciadísimo amigo, sí ha llegado a mis manos. He podido formarme parcialmente un juicio con el suficiente alcance como para no ignorar los nuevos caminos [que se ofrecen] a la hora de *alcanzar* la completa aclaración de esta complicada materia, pero no lo bastante como para poder emitir un juicio sobre el conjunto. Esto último lo reservo para las vacaciones de Navidad, ya próximas. *Me parece* que usted, hombre querido, toma mi demora por indiferencia, como si a sus trabajos, siempre extraordinariamente apreciados y admirados por mí por su claridad y precisión, *sólo les fuese posible encontrar un sitio en mi estantería, sin que* yo encuentre tiempo para meditarlos y estudiarlos ¿Cómo es posible suponer esto del que espera de la claridad y rigor de sus ideas el desarrollo y exposición luminosa que él mismo no sabe dar a sus trabajos? Envejecer es un fastidio. Uno se ve paulatinamente obligado a trabajar mecánicamente con el fin de conservar las fuerzas físicas y psíquicas. Desde hace años considero necesario para mí no dedicar las tardes a un estudio continuado, tanto si se trata de leer un libro como de la elaboración de otro; lo hago más bien de manera interrumpida cambiando los asuntos en los que me entretengo, ya sea en la lectura o en el pensamiento, para no debilitar mi descanso nocturno. En compensación, me levanto temprano y estoy ocupado toda la mañana, parte de la cual me la arrebatan las lecciones. En el sexagésimo sexto año de edad las investigaciones sutiles son por lo demás cada vez más dificultosas y uno quisiera poder descansar de ellas si se tiene la suerte de que otros quieren encargarse de continuarlas. Esto último creo hallarlo en su persona, por lo que le estoy vivamente obligado, lo

mismo que indefectiblemente le estará el público. Tengo en el tintero algo sobre Eberhard. Esto y la *Crítica del Juicio* le llegarán presumiblemente por Pascua. Mi amigo Kraus se encomienda a usted con afecto. Ahora me queda esperar de su temple contrario a toda sofistería especulativa que se libre de ella por sí mismo; entonces sí que el trabajo de usted sería el primero que él estaría dispuesto a examinar. Por lo demás sigo siendo, con el más ferviente respeto y afecto, suyo,

I. Kant

[59]
De Johann G. Kiesewetter [acortada]

Berlín, 15 de diciembre de 1789

Querido Sr. profesor:

No me queda más remedio que avergonzarme por tardar tanto en contestar a su querida carta, que me ha dado un placer extraordinario, porque me dio la prueba de que usted no me considera indigno de su amistad; pero un montón de ocupaciones me impidió escribir.

Mi situación no podría ser mejor; mis lecciones sobre Lógica y sobre la *Crítica de la razón práctica* son muy visitadas, así que tengo en la primera como 20 y en la última como 25 oyentes, y aunque no pagan todos, pienso que con mis dos *collegia* [grupos] juntos voy a ganar 100 táleros. La Lógica la leo a base de apuntes propios, la *Crítica*, sobre el libro correspondiente del Sr. profesor que trata este objeto. Si no me equivoco, la gente está contenta con mi clase, y me agrada tanto más, porque tengo muchos hombres de negocios como oyentes. Además leo Antropología todos los días de 8 a 9, para la baronesa de Bielefeld, primera dama de la princesa Augusta; y estas mismas lecciones las

imparto cuatro horas a la semana al hijo del librero Nicolai, yerno del consejero privado Klein. También doy diariamente una hora de clase de matemáticas, y finalmente con el consejero privado Mayer leo a Jenofonte. De todo esto concluirá, carísimo Sr. *profesor*, que no debo quejarme por falta de trabajo, y que me gano la vida; sólo temo que esto no lo aguantaré mucho tiempo dada mi debilidad física; por eso he pensado en medios que me aligeren el logro de mi subsistencia. A través de la baronesa de Bielefeld, de gran reputación en la corte, pienso vincularme más estrecha*mente con* la *propia* corte, y convertirme tal vez en profesor de la princesa Augusta. La importancia de este puesto es grande, pues significa una pensión durante toda la vida. Además el canciller von Hoffmann, el consejero von Irrwing, y la baronesa de Bielefeld me han prometido ejercer toda su influencia en mi favor, *cuando se produzca* la *primera plaza vacante* de capellán castrense. Usted me pregunta cómo me llevo con el ministro von Wöllner. He hablado con él y me ha asegurado su protección con las palabras más rimbombantes, pero esta promesa me la dio tan de pasada, que me temo es lo que le dice a todo el que recibe. Me han *advertido que tenga cuidado en mis lecciones, pues alguien* podría estar al acecho, a ver si digo algo contra la religión; y me aconsejaron recordar de vez en cuando que la filosofía kantiana no contradice en nada al cristianismo. Utilicé ese guiño en la primera clase sobre la *Crítica de la razón práctica*, y mencioné entre los tópicos de la conferencia, también *el* de *la armonía de la* ley formal con las doctrinas del cristianismo. De hecho había un hombre joven que apuntó palabra por palabra mi conferencia, que llamó la atención de todos con su meticulosa obsesión; y que no volvió a visitar la clase. El consejero von Irrwing está muy bien visto por Wöllner, y me asegura que es mi amigo. A través de Hoffmann bien poco puedo conseguir de Wöllner; aunque aparentemente se llevan bien, en realidad no hay tal, pues Hoffmann es confidente del príncipe Heinrich, y Heinrich odia a Wöllner.

Fue muy desagradable para mí leer en una carta de un ministro (Wöllner) al rey (carta que aquí todo el mundo dice que ha escrito Zedlitz), el pasaje que se refiere a usted y sus seguidores. Como supongo que usted ha leído el libro no pondré aquí ese pasaje. Si todavía no lo ha leído y tampoco lo puede obtener en Königsberg, dígamelo y se lo mando con el primer correo. Se dice que Wöllner ya no está tan bien visto, pero no ganaremos mucho con el cambio, si el consejero privado Lamprecht recibe el puesto, lo cual es muy probable. Zedlitz ha recibido inesperadamente una rica herencia, que le permite vivir ahora completamente independiente; tengo que confesar que lo sentí muchísimo cuando supe que había pedido la dimisión, pues estoy convencido de que me estimaba. Quiere viajar a Inglaterra pero tuvo la mala suerte de hacerse una peligrosa herida en la cabeza, en un ataque de epilepsia. El consejero Oelrichs me ha presentado al ministro Herzberg, que me recibió muy amablemente, me invitó a su mesa, y le elogió mucho a usted.

Por lo que se refiere a las sesiones del curso de la Escuela superior, hasta ahora se ha hecho poco: se ha tratado casi exclusivamente de determinar a qué maestros se extendería la Ley que eximiría del servicio militar a los hijos de maestros. Esté seguro de que haré todo lo que pueda ante el canciller, para lograr lo que usted desea para las escuelas de Königsberg.

El Prof. Herz me ha encargado que le dé saludos de su parte. Voy a su casa los viernes a la hora del té y a la cena, y debo confesar que gozo mucho cuando estoy con él. Seguramente es uno de sus seguidores más apasionados. En su casa conocí a Maimon. Su aspecto físico es muy insignificante, y además habla poco y mal. He comenzado a leer su filosofía transcedental, pero todavía no he avanzado mucho; sin embargo no estoy de acuerdo con él ya desde el principio; además, a mi parecer con frecuencia le falta precisión.

En cuanto a la teoría del Sr. Reinhold acerca de las facultades del conocimiento, el público de aquí está dividido: una parte elogia el libro extraordinariamente, otra encuentra muchos fallos en él. Aún no he tenido tiempo para terminar este libro, sin embargo no estoy de acuerdo por completo con el autor y a menudo sus pruebas me parecen deficientes. Lo último es el caso por ejemplo de la demostración que ha dado en la página 282 de la proposición siguiente: «Multiplicidad es el criterio de la materia de la representación». Él dice que en la representación –que hay que *distinguir del sujeto– ha de ser posible distinguir algo*; y aquello que en ella se puede distinguir, sólo puede ser la materia, y todo lo que en la representación es materia, debe poder distinguirse, es decir, ser múltiple. Para mí esta prueba es extremamente incomprensible, y admite, según lo que creo yo, varias observaciones críticas; el Sr. Reinhold, que suele mostrarse terriblemente extenso sobre asuntos de importancia mucho menor, aquí es corto y oscuro. A mí me parece más fácil y sencilla esta prueba, que le presento aquí para que la examine: Cada materia, si ha de convertirse en representación, tiene que recibir una forma a través de mi capacidad de representación; esta forma no es otra que conexión, y conexión supone multiplicidad que puede ser conectada; por consiguiente en cada representación debe estar contenida una multiplicidad. Reinhold se comporta un tanto raramente con este libro suyo; entre otras cosas ha escrito a D. Biester, [diciéndole] que debería comprar el libro, leerlo y defenderlo contra la recensión que podría publicarse en la *Biblioteca Universal Alemana*. Y sé también que está muy descontento porque usted no le ha escrito nada todavía sobre el mismo.

Gracias a mis lecciones he tenido otra vez ocasión de meditar sobre la teoría de espacio y tiempo, y se me ha ocurrido que el asunto sería más fácil [...]

Las manipulaciones [una cura con las manos realizada por Mesmer] están causando aquí gran sensación; en el escrito

que le adjunto verá usted hasta qué punto llega la cosa. Mi trato con el predicador Schleemüller me da la ocasión de hacer pruebas por mi parte, y, como verá, las he hecho. Obviamente detrás de ello hay fraude, sólo que es difícil descubrir de dónde ha partido. No creo que haya sido el Prof. Selle; quizá el jubilado Lohmeier; o quizá incluso otra relevante persona que desempeña en la corte un papel nada desdeñable y que es miembro de la sociedad magnética de Strassburg; al menos [esta persona] ha repartido instrucciones para magnetizar cómodamente. He hecho mis pruebas sin que lo supiera Selle, por ello no puedo hacer público nada, pues podría comprometer a Schleemüller. Si me hiciera el favor de proponerme algunas pruebas que yo pudiera hacer, le estaría muy agradecido. Especialmente importante es para mí la pregunta: ¿Hay criterios para reconocer si alguien está durmiendo o sólo simula dormir? Y si los hay, ¿cuáles son? Pero no creo que haya tales criterios, indubitables.

Perdone, queridísimo y honorable, si le he robado una media horita con mis habladurías; para mí es un placer indescriptible conversar, aunque sólo sea por escrito, con un hombre que posee todo mi corazón y a quien quiero más que a nada. Nunca pienso sin la más intensa emoción en la felicidad que gocé viviendo a su lado, y constantemente vuelvo a ese pasado en mi memoria; y ¡si le pudiera decir sólo una vez y totalmente lo que siento por usted y de qué modo sé valorar lo que le debo! A su digno y venerable amigo el Prof. Krause, mi más calido saludo. Dígale que estaré orgulloso, si me regala su respeto y amistad. Me encomiendo a su afecto y bondad; soy inconmoviblemente su sincero admirador

J. G. C. KIESEWETTER

P. S. Siguen las pruebas de imprenta de la *Crítica de la razón práctica*, 17 de noviembre. El canciller von Hoffmann, con quien he hablado recientemente, le envía su saludo.

[60]
A Ludwig Ernst Borowski

Königsberg, entre el 6 y el 22 de marzo de 1790

Me pregunta usted de dónde proviene la tendencia actual a un crecimiento tan desmesurado de los visionarios [*Schwärmerei*] y cómo se podría curar este mal. Solucionar ambas cosas es para los médicos del alma una tarea tan difícil como lo era para nuestros médicos del cuerpo curar aquel catarro ruso –*influenza*, como lo llamaban en Viena– que hace algunos años recorría el mundo a velocidad de correo, que infectó a muchos sin parar, pero que desapareció por sí mismo; [ambas clases de médicos] tienen mucho en común: saben describir las enfermedades mucho mejor que acertar con su origen o ponerles remedio; mucho mejor para los enfermos, si sus prescripciones sólo son dietéticas o recomiendan agua clara fría como remedio, dejando que el resto lo ejecute la bondadosa naturaleza.

A mí me parece que la adicción a la lectura, extendida por todas partes, no es sólo el vehículo que transmite esta enfermedad, sino que es también el veneno (miasma) para producirla. La clase más acomodada y a veces también la clase más elevada, ya que no aspira a la superioridad, busca al menos nivelarse en las informaciones con aquellos que tienen que seguir el camino espinoso del estudio; y se conforma en cierto modo con sacar la espuma de las ciencias de índices y extractos sumarios, y quiere hacer irrelevante la desigualdad –que salta a la vista– entre ignorancia locuaz y ciencia cuidadosa; esto se logra admirablemente cuando atrapa de golpe como hechos [*als Fakta*] cosas inconcebibles, de las que sólo cabe una ligera posibilidad; entonces exige al cuidadoso investigador de la naturaleza que le explique el cumplimiento de este o aquel sueño, este castigo, un pronóstico astrológico, o la transformación de plomo en oro, etc., pues pues-

tos aquí, admitido el hecho (que no dejará que se le discuta), tan ignorante es uno como otro. Le es difícil aprender y saber todo lo que sabe el estudioso de la naturaleza; por eso trata de hacer desaparecer la desigualdad por el camino fácil, planteando cosas de las que ninguno de los dos tiene idea ni comprensión; por tanto tiene la libertad de juzgar ahí a placer, pues es algo donde el otro no puede hacer nada mejor. Por este camino, la adicción se extiende en la sociedad.

Contra este mal no veo otro remedio que reducir el «aprendizaje de muchas cosas» en las escuelas al «aprendizaje cuidadoso de menos cosas», y no tanto erradicar el deseo de leer, sino hacer que responda a una intención determinada, para que a la persona bien instruida sólo le guste leer aquello que le supone un incremento de su comprensión, y le repugne lo demás. Un médico alemán (Sr. Grimm), en sus *Observaciones de un viajero* critica *la omnisciencia francesa*, como él la llama; pero ésta ni de lejos es de tan mal gusto como cuando se instala en un alemán, que normalmente hará de ello un sistema pesado, del que es difícil sacarle, mientras que en Francia una mesmeriada [por el médico Mesmer] sólo es una moda y luego desaparece completamente.

El artificio habitual para dar a su ignorancia el toque científico consiste en que el visionario pregunta: ¿Entendéis la verdadera causa de la fuerza magnética?, o ¿conocéis la materia que provoca en los fenómenos eléctricos efectos tan maravillosos? Entonces cree que sobre una cosa, de cuya constitución interna el más grande investigador de la naturaleza en su opinión sabe tan poco como él, cree, repito, que tiene todo el derecho también él a meter baza hablando acerca de sus efectos. Pero el investigador hace valer sólo los efectos que puede poner a la vista mediante el experimento, en la medida en que somete plenamente a su dominio al objeto; mientras que él [el visionario] arrambla con efectos que tanto el observador como la persona

observada podrían sacar totalmente de su imaginación, y que obviamente no se dejan someter a ningún auténtico experimento.

Contra tal inconsistencia no hay que hacer nada sino dejar que el animal magnetizador siga magnetizando y desorganizando mientras le plazca a él y a otros crédulos [como él]; pero a la administración hay que recomendarle que procure poner a salvo la moralidad en todo esto; por lo demás hay que seguir el único camino de la investigación de la naturaleza, a través del experimento y la observación, [los únicos medios] que permiten a los sentidos externos conocer las propiedades del objeto. Una reiterada refutación es en este campo contraria a la dignidad de la razón, y no consigue nada; un silencio despreciativo es más adecuado en este tipo de desatino, pues acontecimientos como éstos tardan poco tiempo en ser remplazados por otras locuras. Soy de usted, etc.

[61]
De Johann Benjamin Jachmann [acortada]

Halle, 14 de octubre de 1790

Honorable profesor, mi siempre querido maestro y amigo:

El entrañable interés que tiene por mi vida, del cual mi hermano me ha contado mucho en sus cartas y de lo cual estaría completamente convencido incluso sin ese testimonio; la confianza bondadosa y el bienintencionado afecto con que me honra desde hace algunos años, son tan halagadores y emocionantes para mí que me llevan a encontrar en ello disculpa y estímulo para molestarle de vez en cuando. La errancia de mi vida, el cambio frecuente de lugar de estancia, las incontables dispersiones a las que uno se expone por ello, han sido la causa de que no me haya permitido el gusto de escribirle hasta ahora. Sin duda alguna

usted estará al corriente de que cambió mi decisión de ir a Göttingen por Holanda o por Hamburgo; he tomado el camino por París y espero que no lo desapruebe. Cambié mi ruta porque averigüé tras cálculos exactos que la diferencia de los gastos de viaje no era considerable en absoluto cualquiera que fuese el camino, y porque iba a llegar a Göttingen en todo caso demasiado tarde y ya no podría aprovechar nada de los profesores ni de la biblioteca de allí. La razón principal para ir a París, una vez que ya estaba tan cerca, fue para estar en este lugar en la época principal de su historia. De esta manera he sido testigo de la gran fiesta de la Fédération de los franceses [fiesta del Champs de Mars del 14 de julio de 1790]; ¡cuánto empeño he puesto en ser todo ojos y todo oídos de todos los acontecimientos maravillosos que han tenido lugar en París, durante mi estancia! Al principio creí estar en el país de los hombres felices; pues todos, incluso el habitante más insignificante parecía por su comportamiento y sus palabras mostrar cuán fuertemente sentía que vive en un país que se ha liberado completamente del yugo y de la opresión de los poderosos, y donde la libertad y los derechos de la humanidad en general se veneran en el más alto grado y se mantienen en su dignidad. No por eso me situaba yo al respecto en preferir ahora Francia frente al país del orgulloso británico que desprecia a las demás naciones y las mira como esclavos, aunque algo podría decirse todavía contra la libertad británica. Algunos días antes y después de la fiesta de la Fédération se veían en París ejemplos de patriotismo, de amor por la igualdad en todos los estamentos, cosas que apenas nadie se hubiera atrevido a soñar. Pero este espíritu pareció dominar sólo mientras se divertía al pueblo con fiestas, bailes y banquetes, y se le distraía del modo más diverso. Cuando terminó todo y los diputados de las provincias se retiraron, sólo se oía cómo crecían por todas partes quejas y descontento; incluso por parte de quienes se habían declarado los auténticos amigos de la revolución.

[...] En Mainz me quedé dos días y medio, que pasé mayormente en la casa del Sr. consejero áulico Forster. Es un hombre sumamente amable y servicial. En su biblioteca encontré de nuevo todas sus obras más recientes e incluso alguno de los escritos más tempranos; él en cambio lamentaba que su propio trabajo literario habitual no le dejaba tiempo para estudiar sus tratados según lo que merecen. Me pidió encarecidamente que le transmita la seguridad de su inmenso respeto; como también que enviara sus saludos al Prof. Kraus, de cuyo trato en Berlín se acuerda con placer. Lamenta también haber utilizado aquel tono en su disputa con usted. Permítame que ponga aquí unas líneas que me escribió: «Muéstrale al excelente Kant mi veneración. Mi ensayo contra él tiene un aire de mal humor polemizante que muy pronto, en cuanto lo vi impreso, hubiera querido quitar, porque ni pertenece a la cosa misma, ni es adecuado contra un hombre como Kant. En mi descargo sólo puedo decir que todo lo que entonces escribí en Wilna tenía ese aire, y soy materialista en grado suficiente para aducir por lo menos el asunto de la indisposición corporal que entonces realmente padecía. No olvide saludar al Prof. Kraus, etc.» El Sr. consejero áulico Sommering también le envía sus respetos. En Frankfurt am Main hablé con algunos médicos pero no con filósofos pensadores profundos. Visité al conde von Kayserlingk, que está aquí en la Legación, y pareció alegrarse de verme otra vez. Preguntó muy entrañablemente por usted, por cómo se encuentra, y me pidió también que mencionara en mi carta sus deseos de lo mejor para usted. De Frankfurt fui a Marburg, donde pasé un día entero. Muy de mañana visité al Prof. Bering. Recuerdo siempre la carta que le escribió, en donde se declaraba su admirador y expresaba el deseo de venir a Königsberg. Todavía lo tiene y lo satisfaría con seguridad si Königsberg no estuviera tan lejos, cosa de la que se han lamentado muchos ilustrados. Además ha sido nombrado bibliotecario, lo cual lo ata mucho más a Marburg. Me recibió con mucha alegría y

calidez, como a un protegido de Kant, y le tuve que contar realmente muchas cosas de usted. Me acaparó toda la mañana y me invitó a la comida del medio día en su casa. También me contaba que por causa de su filosofía sigue viviendo, y bastante, *in ecclesia pressa* [«bajo silenciosa censura»]. Un cierto Endemann, que ahora está muerto, fue el responsable de la prohibición de leer sus tratados. También hablamos de la polémica actual con Eberhard. El profesor Bering lamentó mucho que se haya sentido movido a entrar en ella, pues creía que si usted hubiera sabido la poca reputación que tiene ante el público no se habría tomado la molestia de rebatirlo. He oído este mismo juicio de varios amigos suyos de Göttingen, etc. Todavía quiero decirle lo siguiente sobre la persona del profesor B. Es un hombre de casi cuarenta años, de gran seriedad y profundidad de pensamiento que refleja en todo su ser; se parece tanto de cara como de figura a nuestro Prof. Holtzhauer, aunque no es tan alto ni tan flaco, pero habla exactamente como él. Me prometió enviar un trabajo pequeño que hizo imprimir como programa cuando cesó en el Rectorado. El trabajo hace referencias diversas a su obra; me ha prometido enviármelo a Leipzig, donde lo encontraré a mi llegada. Después de comer fuimos a casa del profesor Tiedemann, pero como no estaba no he hablado con él. Luego me acompañó a casa de otro admirador suyo, un converso, el consejero Jung, que se alegró mucho de verme, porque le podía dar noticias sobre usted, y me pidió le enviara sus mejores saludos. Lo mismo hizo el consejero privado Selchow, al cual me llevó el Prof. B. pues es un hombre muy gracioso y ya que estaba en Marburg quería presentármelo a toda costa. Por último fui yo a Baldinger, que no me dejó irme antes de anochecer. Nunca he visto a la humanidad en una decadencia tal. Podría llenar hojas enteras sobre él, pero lo dejo para contárselo de palabra. De Marburg fui a Cassel, donde estuve de nuevo un par de días viendo lo más interesante de la naturaleza y del arte tanto dentro como alrededor de la ciudad. Pero en este

lugar no he encontrado novedades literarias. Por fin llegué a Göttingen el 21 de septiembre. Visité en seguida a mi amigo el profesor Arnemann, donde, respondiendo a mis ardientes deseos, encontré cartas de mis amigos de Königsberg, que convirtieron el día en una fiesta. Me alegró de corazón leer en todas las cartas que todavía hay buen recuerdo de mí en mi ciudad natal. Sobre todo me alegré de encontrar una valiosa prueba de su bondad y simpatía por mí, en las tres cartas con las que Vd. me proporcionaba conocimiento de los tres profesores más conocidos de Göttingen. A la mañana siguiente visité primero al consejero áulico Blumenbach, un hombre abierto y amable. Se sintió muy halagado por su carta y se ofreció a lo que necesitara durante mi estancia en Göttingen. El sábado cené en su casa. El domingo por la mañana me mostró el museo, etc. Me dio para usted la carta adjunta, así como el primer folleto de sus contribuciones a la historia natural, que retendré hasta ocasión más cómoda, porque creo que ya lo ha leído y porque no tiene tanta importancia como para mandarlo por correo. Ese mismo día entregué las cartas a Lichtenberg y Kaestner. El consejero áulico Lichtenberg estaba impartiendo clases, y como estaba a mitad y no le quería molestar, le dejé la carta y mi dirección. Al terminar su lección suele ir en seguida a su huerta fuera de la ciudad, pero me mandó en seguida un servidor suyo, a quien puso a mi disposición para hacer una visita por la ciudad. Esperaba verme al día siguiente. Por eso lo visité por la mañana, cuando llegó a la ciudad. Creo que ya sabe que es un hombre enfermizo, jorobado, que ya estuvo a punto de morir varias veces; ahora se ha recuperado un poco. La alegría por su carta fue muy grande. Habló con mucho énfasis, mientras brillaban sus ojos ingeniosos y vivaces, sobre que le apreciaba mucho y desde hacía ya mucho tiempo, pues le conocía desde sus trabajos más antiguos. Dijo que se alegraría extremadamente de servirle a usted o a mí de alguna forma. Me ofreció en seguida asistir a sus lecciones cuando quisiera. Al día

siguiente me mostró su colección de instrumentos, pasé toda la tarde en su casa y tomé café con él. Asistí a sus clases durante toda mi estancia en Göttingen, en las que trataba de la electricidad. Volvió a ofrecerme hacer uso de su sirviente cuanto y como quisiera. Lo visité y hablé con él todos los días, pues ¡es un hombre tan extraordinariamente amable y cortés! Dentro de poco le escribirá por correo. También escuché de otros profesores que se ha alegrado muchísimo de recibir una carta de usted. Dice que yo le he traído una carta del profeta del norte. Me es imposible expresar mi decepción al ver personalmente al consejero áulico Kaestner, al ver una imagen tan distinta de lo que me había imaginado de su persona y estilo, a través de sus epigramas y de todo lo leído u oído sobre él. En vez de encontrar un hombre de cuya lengua cortante uno no sabría nunca guardarse demasiado, encontré un hombrecillo pequeño, en bata de noche, [tocado] con una peluquilla redonda, ante una lámpara encendida, sentado en un cuarto con mucho calor, a quien se le notaba claramente que se alegraba de verme en cuanto le presenté un saludo de su parte y le hube entregado su carta; pero que no fue capaz de hablar, por causa de una evidente timidez y ansiedad en la que se encontraba. Más por señales que por palabras me hizo sentarme; después, entre constantes gestos de manos, inclinaciones del cuerpo y comiéndose las palabras, expresó cuán bienvenido era para él, pues le llevaba noticias de usted. Con los mismos signos de timidez continuó preguntándome por su edad y salud; y por el profesor Kraus (todos los profesores han preguntado con mucho interés por el Sr. Prof. K., p.e. Heyne, Lichtenberg, Feder). Me preguntó cuánto tiempo estaría en Göttingen y lamentó que mi estancia fuera tan corta; se ofreció a pasearme por todos lados, con mucho gusto, algo que rechacé porque ya había encontrado otros amigos que lo harían. Por fin, después de una conversación entrecortada, de 10-15 minutos, me despedí de él y le dije que sentía no aceptar su ofrecimiento de ayudarme. El día antes de mi

partida lo visité otra vez y lo encontré igual. Lamentó que usted se hubiera sentido obligado a entrar en una discusión con Eberhard; que le transmitiera a mi vuelta su profundo respeto. Dentro de poco él mismo le escribirá. También visité al consejero áulico Feder, que, como alumno suyo, me recibió con mucha cortesía. Me habló de su gran respeto hacia usted [explicando] que cada vez que le ha refutado, lo había hecho sólo por amor a la verdad, hasta que se convenció a sí mismo de que sus propios principios y afirmaciones no diferían mucho de los suyos. Me visitó varias veces y estuve varias veces en su casa. En el Prof. Buhle –con quien no tuve ocasión de hablar– tiene usted en Göttingen un seguidor y defensor declarado de sus principios filosóficos. Pero no tiene gran fama. Otros conocimientos que hice en Göttingen no los mencionaré, pues se limitan casi exclusivamente a profesores de Medicina. La brevedad de mi estancia no me permitió hablar con varios hombres, con los que me hubiera gustado hacerlo. Pero como era la época de vacaciones algunos estaban ausentes. De Göttingen me fui a Hannover, acompañado por uno de sus discípulos más agradecidos, el Sr. Friedländer de Königsberg, que ha pasado allí año y medio. [...] Nada más llegar visité en Hannover al Sr. consejero privado y secretario Rehberg, un admirador y aficionado suyo excelente. Es un hombre de más o menos 30 años, que no me gustó mucho a primera visita. Parecía muy cerrado, un poco frío y estar muy enfadado, de ahí que sólo pasé con él unos minutos. En su casa vi el busto de mármol que perpetúa al famoso Leibnitz. El mismo día por la tarde me devolvió la visita y fue mucho más amistoso y abierto, muy conversador, y me invitó a su mesa al día siguiente, donde comí en compañía de su respetable madre, de su amable hermana y del joven Sr. Brand. Considero este día uno de los más agradables de todo mi viaje. El Sr. consejero privado Rehberg es un hombre muy modesto en sus conversaciones, pero es imposible no reconocer en él a un hombre de cabeza, originalidad de pensamien-

tos y de vasta erudición. Lo considero la cabeza más fina que he conocido hasta ahora entre sus discípulos. Sobre su *Crítica de la razón práctica* habla con un calor, como nunca hasta ahora he oído a nadie sobre escrito alguno. Quiere escribir con el tiempo un Derecho Natural en donde mostrará que justamente ahí se contienen ciertas antinomias de la razón, como en la filosofía especulativa y en la moral. Su modestia, y saber que está usted cargado de cartas, le impidieron escribirle; sin embargo en carta a Nicolovius se ha atrevido a enviar algunas preguntas, para las cuales le pide una solución, en cuanto tenga ocasión. [A esas alturas Kant ya las había contestado el 25 de septiembre de 1790] [...]

De Magdeburg fui a Halle, donde me encuentro desde hace algunos días. Disfruto de horas bien alegres en casa de su gran admirador, el Prof. Jacob. El Magister Beck, que le manda sus respetos más encarecidos, vive en la misma casa y nos hace compañía. Ya he visitado a la mayoría de los profesores de aquí, entre ellos también al Sr. Eberhard, en cuya casa ya he estado dos veces, e incluso cada vez más de una hora. No habló ni una palabra sobre usted o sus disputas, sólo conversó conmigo excelentemente sobre los acontecimientos políticos franceses, por los que tiene mucho interés y sobre los cuales le puedo dar algunas noticias. [...] Dentro de unos días parto de aquí para Jena y quizás también para Weimar, y luego, pasando por Leipzig, a Berlín. Me acerco, pues, al fin de mi viaje y pienso con deliciosa alegría en el momento en que estaré de nuevo en Königsberg y tendré la suerte de estar cerca de usted.

Me encomiendo a mí y a mi hermano a su constante benevolencia, y me confieso con respeto y profundo afecto su agradecido discípulo y amigo,

JOH. BEJ. JACHMANN

VII

El maestro censurado

Consigo mismo, o la sabia distancia de la madurez

(1790-1804)



[62]
A Marcus Herz

Königsberg, 15 de octubre de 1790

Honorable señor, estimadísimo amigo:

Con estas pocas líneas me tomo la libertad de recomendar a su bondadosa amabilidad al portador de la presente, el Sr. Dr. Goldschmidt, mi oyente laborioso, competente, bien educado y bondadoso. Espero que tras el primer encuentro, se habrá ganado por sí mismo su estima.

Su ingeniosa obra sobre el gusto, cuyo envío le agradezco muchísimo, la habría usado en buena parte si hubiera llegado antes a mis manos. Con todo, y de modo general, me parece, y cada vez más a medida que avanzan los años, que en el campo del pensamiento especulativo no acabo de encontrarme bien sirviéndome de pensamientos ajenos, sino que debo dejarme llevar por mi propio camino de pensamiento, que viene avanzando en su trabajo desde hace años por unos ciertos raíles.

Con el mayor placer le contemplo progresando continuamente en fama y mérito, tal y como su talento me hizo esperar ya en un tiempo muy temprano, y como corresponde a sus sentimientos buenos y honrados: todo eso que el Sr. Kiesewetter por experiencia propia no deja de elogiar. Siga recordándome amistosamente y déjeme asegurarle mi aprecio y lealtad que mantengo siempre. *Soy plenamente su leal servidor*

I. Kant

[63]
De la Srta. Maria von Herbert

Agosto de 1791

Gran Kant:

A ti te llamo como un creyente llama a su Dios pidiendo ayuda, pidiendo consuelo, o como despedida para la muerte; me bastaron en tus obras tus razones sobre el mundo futuro; por eso recurro a ti, pues nada, absolutamente nada encontré en esta vida que me pudiera sustituir a mi bien perdido; pues amaba un objeto que a mi parecer concentraba todo en sí, de modo que sólo viví para él; era para mí la contrapartida de todo lo demás, porque todo lo demás me parecía fruslería, y todos los hombres eran para mí realmente como un parloteo vacío; pues bien, he ofendido a este objeto durante mucho tiempo con una mentira que le he descubierto ahora, mentira que por otra parte sin embargo no significaba daño alguno para mi personaje, pues no he tenido en mi vida ningún lastre que tuviera que ocultar; pero la mentira le bastó y su amor desapareció; es un hombre honrado, y por eso no me niega amistad y fidelidad, pero aquel sentimiento intenso que sin que nadie lo llamara nos unió ya no existe. Oh, mi corazón estalla en mil pedazos; si no hubiera leído tanto escrito por usted, seguro que ya habría cambiado violentamente mi vida, pero me detiene la conclusión que hube de sacar de su teoría, a saber: que no debo morir, por mi vida torturada, como vivir en razón de mi ser. Póngase en mi situación y déme consuelo o condenación; he leído su metafísica de las costumbres incluyendo el imperativo categórico, y no me ayuda para nada, mi razón me abandona cuando más la necesito; te imploro una respuesta, te imploro, ¿o [es que] tú mismo no puedes actuar tampoco según tu establecido imperativo?

Mi dirección es Maria Herbert en Kärtn à Klagenfurt; hay que entregar la carta en la fábrica de albayalde. Si prefiere puede [mandarla] a Reinhold, porque los correos allí son [¿más seguros?].

[Nota: La carta está escrita sin corrección ortográfica ni sintáctica.]

[64]
A Johann Heinrich Kant

Königsberg, 26 de enero de 1792

Querido hermano:

Después de la visita que me hizo el portador de esto, Sr. Reimer, pariente de tu esposa, mi querida cuñada, no voy a impedir que te llegue mi recuerdo a través de una carta, algo que por mi trabajo amontonado sólo es posible en casos extraordinarios. A pesar de esta indiferencia aparente he pensado fraternalmente en ti bastantes veces, no sólo mientras vivimos los dos, sino también para el caso de mi muerte que a mis 68 años ya no puede estar tan lejos. De las dos hermanas que nos quedan, viudas ambas, la mayor, que tiene cinco hijos adultos y en parte ya casados, depende enteramente de mí; la otra, que compró en el Hospital de San Jorge, tiene mi subsidio. A los hijos de la primera no les he negado mi ayuda al inicio de la instalación de su casa, ni luego [les he negado] tampoco nada; de modo que se cumple todo lo que exigen la obligación y la gratitud, de acuerdo con la educación que recibimos de nuestros padres. Si alguna vez quieres darme noticias sobre la situación de tu familia me será muy grato.

Por lo demás, con un saludo para mi apreciada cuñada, soy con inconmovible afecto tu fiel hermano

I. Kant

[65]
A François Théodore de la Garde

Königsberg, 30 de marzo de 1792

Ilustre señor:

Le doy humildemente las gracias por los 200 táleros pagados por su hermano el 17 de este mes, de lo cual ya le habrá mandado mi recibo. Inmediatamente después de Pascua le enviaré el ejemplar corregido de la *Crítica del Juicio*; a este respecto creo que puede ser que me encuentre con dificultades inevitables al revisar y retocar, pero si puede llegar a Berlín antes de Pentecostés, no sería demasiado tarde.

En cuanto a la solicitud [de censura] sobre lo cual usted estima que no sería desacertado si nuestra Universidad sometiera el escrito a su propia libertad de censura en razón de Institución superior, opino que no sólo sería infructuoso, sino que justo aquí la idea de poner de acuerdo sobre ello a cabezas tan distintas sería vano intento. Entretanto se me ocurre que la amenaza de severidad de la censura quizá no se ejerza de hecho tanto como se teme, sobre todo porque todavía no ha habido un edicto específico sobre ello. Si no le incomoda darme noticias sobre la situación de este asunto de la censura (aunque sea por pluma de alguno de los suyos), me agradaría y en parte me sería muy útil. Me refiero a qué se conoce de ello públicamente, pues aquí sólo tenemos noticias contradictorias. Por lo demás persevero con profundo respeto en ser de Vd. humilde servidor

I. Kant

[66]
A la señorita Maria von Herbert [borrador]

Primavera de 1792

Su carta afectuosa, surgida de un corazón que parece hecho para la virtud y la honestidad, pues tan receptivo se muestra a la doctrina sobre las mismas, sin resabios de autohalago, me arrastra a donde usted me exige, a saber, a ponerme en su lugar, y de este modo a meditar sobre el medio que le permita lograr una pacificación puramente moral y, por ello, fundamental. Su relación con el objeto querido no la conozco, aunque su manera de pensar debe de ser tan auténtica y respetuosa hacia la virtud y el espíritu de la misma [como la suya], ya se trate de una relación matrimonial, o meramente amistosa. Por su carta, he supuesto como más verosímil esto último. Pero de cara a su inquietud la diferencia no es relevante. Pues el amor, ya sea hacia un marido o hacia un amigo, supone el mismo recíproco respeto en los dos casos, sin el cual sólo es un engaño sensible muy cambiante.

Un tal amor que es sólo virtud (el otro es mera inclinación ciega), quiere compartirse plenamente y espera también por parte del otro el mismo compartir de los corazones, que ninguna reserva pueda debilitar. Así debería ser y eso exige el ideal de la amistad. Pero está entrañada en el hombre una impureza, que, aquí más, allí menos, limita esa apertura del corazón. Sobre este obstáculo a la entrega recíproca de los corazones, sobre la secreta desconfianza y la reserva que hacen que uno, incluso en el más íntimo trato con sus personas de confianza, siempre tenga que quedar solo y encerrado en sí mismo en una parte de sus pensamientos, [sobre esto, repito] ya dejaron oír su queja los antiguos: «mis queridos amigos, ¡no hay ningún amigo!» [Diógenes Laercio V, 21]. Y sin embargo, se describe la amistad como lo más dulce que la vida humana puede contener, y que las almas bien

nacidas pueden ardientemente desear. Eso sólo puede tener lugar en la apertura de corazón.

Aquella reserva entendida como la falta de una franqueza, que no se debe exigir completamente a la naturaleza humana (pues a todo el mundo le preocupa ser tenido en poco cuando se descubre completamente), es muy diferente de la falta de franqueza como falta de verdad en la efectiva comunicación de nuestros pensamientos. Aquélla pertenece a los límites de nuestra naturaleza y no corrompe propiamente todavía el carácter; es sólo un mal que impide sacar todo lo bueno que sería posible sacar de él. Pero ésta es una corrupción de la manera de pensar y un mal positivo. Lo que el sincero pero reservado (no abierto de corazón) dice es verdad, sólo que no dice la verdad entera. En cambio, el insincero dice algo que sabe que es falso. La expresión de la segunda manera en la teoría de la virtud se llama mentira. Podrá ser incluso completamente inofensiva, pero no es en absoluto inocente; más bien es una grave violación del deber hacia sí mismo, y aun más, de un deber tal que es completamente in-dispensable, porque su incumplimiento reduce la dignidad de la humanidad en nuestra propia persona y atenta a la forma de pensar en su raíz; pues el engaño lo convierte todo en dudoso y sospechoso y despoja incluso a la virtud de toda confianza, si es que ha de ser juzgada según su exterioridad.

Ya ve usted que si ha pedido consejo a un médico, ha encontrado a uno que no parece ser un adulador, que no entretiene con lisonjas; y si lo que Vd. quiere es un mediador entre usted y su amigo del corazón, mi modo de restablecer el buen trato no consistiría precisamente en otorgar la preferencia al bello sexo, en cuanto que intercedo a favor del otro y le proporciono razones que, como amante de la virtud, están de su lado, y justifican que su inclinación hacia usted haya perdido firmeza en el respeto que le tiene.

En cuanto a la primera expectativa le aconsejo, en primer lugar, examinarse a sí misma para saber si los amargos reproches que se hace por una mentira que no ha sido inventada para paliar ningún error cometido, son reproches por una mera imprudencia o más bien la íntima acusación [que se hace] por causa de la inmoralidad que la mentira encierra por sí misma.

Si es lo primero, usted sólo se reprende por la franqueza del descubrimiento de la misma, y por tanto lamenta haber cumplido con su deber (pues eso es sin duda [cumplir con el deber]: si uno ha situado a alguien premeditadamente en un error, aunque ese error no le dañe, y lo ha mantenido en él por un tiempo, [debe] sacarlo de nuevo de ahí). ¿Por qué lamenta esta confesión? Porque de ahí ha surgido el perjuicio ciertamente importante de perder la *confianza de su amigo. Este lamento no* contiene nada de moral en su causa, porque la causa del mismo no es la conciencia del hecho sino de sus consecuencias. Pero si la reprensión que le turba se funda realmente en el puro juicio moral sobre su comportamiento, mal médico moral sería el que le aconsejara –porque lo sucedido ya no puede convertirse en no *sucedido*– borrar la reprensión de su mente y dedicarse con toda el alma a partir de ahora a una sinceridad puntual, pues la conciencia tiene que guardar todas las transgresiones, como un juez que no tira las actas de un delito ya juzgado, sino que las archiva para afinar el juicio según justicia, si se produce una nueva acusación por delitos parecidos o distintos. Pero dar vueltas a ese lamento una vez que se ha asumido otra forma de pensar, anularse con reproches continuados por hechos pasados que ya no se repetirán en la vida, equivaldría a la extravagancia de conceder méritos a la autopunición, cosa que no debería contar de cara a la atribución moral, tal como desgraciadamente sucede tratándose del recurso, supuestamente religioso, de solicitar el favor de los altos poderes sin necesidad de ser un hombre mejor. Si ha acontecido abiertamente un tal cambio en la manera de pensar de su

amigo querido –dado que la sinceridad habla una lengua inequívoca– sólo hace falta tiempo para borrar poco a poco las huellas de aquella indignación justificada y fundada en principios de la virtud, de modo que la frialdad se torne en un afecto todavía más fundado. Si no resulta esto último, [será que] el calor anterior del afecto era más físico que moral y por su propia naturaleza pasajera, con el tiempo se hubiera perdido de todas maneras; una desgracia, como tantas que nos ocurren en la vida, a las que hay que enfrentarse con serenidad, porque de todas maneras el valor de la última [de la vida], en la medida en que consiste en que podamos gozar del bien, está colocado demasiado alto por los hombres; pero en la medida en que se valora porque nosotros podemos hacer el bien, merece el más alto respeto y cuidado, y ser ultilizado con alegría para buenos fines. Aquí encuentra, mi querida amiga, como es habitual en los sermones, lección, castigo y consuelo; de las tres cosas, le aconsejo fijarse más en las primeras que en la última, porque cuando aquellas hayan tenido su efecto, la última y el contento perdido de la vida se encontrarán por sí mismos.

[67]
A Johann Erich Biester

Königsberg, 30 de julio de 1792

Sus esfuerzos, respetadísimo amigo, por lograr la aceptación de mi último escrito por parte del *BMS* han impedido –sospecho– su rápida devolución a mí, tal y como le había pedido. Ahora repito el mismo ruego. Pues pienso hacer, y muy pronto, otro uso del mismo; lo cual es tanto más necesario si se tiene en cuenta que ese trabajo primero, sin el que le sigue, debe estar haciendo en su *BMS* una extraña figura. Pero parece que el pronunciamiento de sus tres censores [*Glaubensrichter* = jueces en

doctrina de la fe] es inapelable. Por ello es mi solicitud urgente que me envíe de nuevo tan pronto como pueda mi manuscrito, a mi costa, a vuelta de correo; porque no me he quedado con ninguna copia de diversas notas escritas de mi mano a pie de texto, y no quisiera perderlas.

Recordará fácilmente la razón por la que yo insistía en la censura de Berlín en mi carta de entonces. Pues mientras los trabajos que se publiquen en su *BMS* –como ha sido hasta ahora– se mantengan en los estrechos límites de no introducir nada que pueda ser contrario a la opinión privada de esos censores en las cosas de la fe, da lo mismo imprimir dentro de los territorios reales que fuera. Pero puesto que yo en ese trabajo, en razón de lo último [la doctrina de la fe] tenía que estar algo preocupado, la consecuencia más natural era que si el trabajo hubiera aparecido en el *BMS* en contra de su opinión, los censores habrían levantado protesta, habrían impedido su distribución y aducirían mi tratado –al que sin duda no se privarían de denigrar decididamente– para justificar su solicitud de prohibición de su distribución; todo lo cual me comportaría sinsabores.

Dejando eso de lado, no dejaré de enviar pronto –cuando me lo pida–, en lugar de este trabajo, otro meramente moral, sobre Garve, tomando pie de sus *Ensayos*, I.ª Parte. Se trata de su opinión recientemente expresada acerca de mi principio moral. Nada más. Con mi inconmovible estima y amistad. Suyo

I. Kant

[68]
A la Facultad Teológica en Königsberg [borrador]

Königsberg, agosto de 1792

Me cabe el honor, dignísimos señores, de hacerles llegar tres tratados filosóficos, que deben formar un todo con el de *BMS*, no tanto para la censura, sino que más bien [se trata] de presentarlos al juicio sobre si la Facultad Teológica se atribuye la censura de los mismos; a fin de que la [Facultad] filosófica pueda ejercer sin escrúpulo su derecho sobre ello de acuerdo con el título que lleva el escrito; puesto que la pura Teología filosófica se representa en el mismo también en relación con la bíblica, en cuanto se atreve a acercarse a ella al hacer sus propios intentos de interpretación de la Escritura, o, en sentido contrario, allí donde la razón no basta o no puede seguir la interpretación de la Iglesia, estamos así ante una competencia indiscutible de la misma [la Facultad filosófica], en la que ella se mantiene dentro de sus límites, sin agredir en nada a la Teología bíblica; [o agrediéndola] tan poco como cuando se trata de la Teología; pues bien poco motivo hay para acusarla de invasión en los derechos de cualquier otra ciencia, por el hecho de que se sirva para su confirmación o dilucidación de cuantas ideas filosóficas considera oportuno para su objetivo.

Incluso allí donde la Teología filosófica parece representar principios contrapuestos a los de la Teología bíblica, como por ejemplo en la doctrina de los milagros, confiesa y demuestra que no entiende estos principios como válidos objetivamente, sino sólo como valiendo subjetivamente; es decir, entiende que deben ser asumidos como máximas cuando en los enjuiciamientos teológicos sólo queremos ser dirigidos por nuestra razón (humana); con lo cual, los milagros no son negados, sino dejados sin restricción al teólogo bíblico, en cuanto que éste quiere juzgar sólo como tal y evita toda mezcla con la filosofía.

Puesto que desde hace algún tiempo el interés de los teólogos bíblicos como tal se ha convertido en el interés del Estado, pero al mismo tiempo el interés de las ciencias también pertenece igualmente al interés del Estado, justo los mismos teólogos como ilustrados universitarios (no sólo como eclesiásticos) están capacitados y obligados a no descuidar ni discriminar a una de las Facultades, como por ejemplo a la filosófica, en favor de las otras, pues cada una más bien tiene la misma capacidad y obligación de expandirse; es evidente entonces que si se da por hecho que un escrito pertenece a la Teología bíblica, la comisión que está autorizada para la censura tendrá que juzgar sobre el mismo; pero entretanto que ése no es el caso, sino que sobre ello hay sólo una duda, aquella Facultad de una Universidad a la que corresponde la especialidad bíblica, sólo entiende que un escrito trata asuntos de su incumbencia, o no; en el último caso, si no encuentra razones para hacer de ello reclamación, la censura debería ser tarea de la Facultad para la que se ha anunciado el escrito. (Por eso se hace uso del nombre Universidad, porque en su seno se atiende a que una ciencia no ensanche su territorio a costa de otra).

[69]
De Maria von Herbert [acortada]

Enero de 1793

La razón de que haya tardado tanto en decirle algo de la alegría que me produjo su carta, es porque considero su tiempo tan valioso que sólo me he atrevido a robarle su tiempo sólo porque pudiera servir no ya a mi gusto, sino también como alivio de mi corazón. Ya me lo proporcionó cuando bajo la gran afección de mi espíritu busqué su ayuda y usted me la dio a mí y a mi espíritu tan adecuadamente, que estimulada tanto por su bondad como por su conocimiento tan profundo del corazón humano, no

me avergüenzo de volver a describirle el camino posterior de mi alma. La mentira por la que me acusé delante de usted, no fue la ocultación de una falta, sino que en relación a la amistad surgida entonces (envuelta en amor) fue sólo un delito de reserva. La causa de que confesara demasiado tarde a mi amigo –pero le confesé al fin y al cabo– fue la lucha de las previsibles consecuencias negativas de mi pasión, con la conciencia de la sinceridad debida a la amistad. Al final logré la fuerza [para decírselo], y con el descubrimiento cambié la piedra [preciosa] de mi corazón con la privación de su amor. Pues gocé con la posesión de ese placer no concedido por mí misma tan poca tranquilidad, como después por la pasión herida que destrozó mi corazón y que me torturaba de un modo que no le deseo a nadie, ni a quien quiere aferrarse a su maldad con un proceso jurídico. Entretanto mi amigo mantuvo su frialdad, como Vd. preveía en su carta; a continuación me compensó el doble, con la más fervorosa amistad, que por su parte es una suerte, pero yo no estoy contenta, porque eso sólo distrae pero a mí no me sirve; mis claros ojos siempre reprochan y todo ello me hace sentir un vacío que se expande dentro y fuera de mí, de modo que me siento casi completamente innecesaria, superflua. Nada hay estimulante a mis ojos; ni siquiera el logro de todos los deseos que tienen que ver conmigo me daría placer; nada me parece que valga la pena, y todo esto no por descontento, sino por la consideración de cuánto desajuste acompaña a lo bueno. Quisiera ayudar a que creciera el obrar correcto y disminuyera el inadecuado. Pero el mundo parece ocupado sólo con lo segundo. Para mí es como si mi tendencia a la actividad real, sólo la sintiera en mí para ahogarla. Cuando no estando impedida por relación alguna estoy todo el día sin tener nada que hacer, me tortura un aburrimiento que me hace la vida insoportable. Aunque me gustaría vivir mil años, ¡oh Dios!, si pudiera pensar que tal inactividad pudiera gustarme. No me tome por arrogante si le digo que las tareas de la moralidad son demasiado poca cosa para mí, pues quisiera con el mayor afán rea-

lizar muchas cosas mientras ella [la moralidad] mantenga su vigencia a través de una sensibilidad estimulada, por la cual a mí casi no me cuesta ningún esfuerzo cortarla, puesto que me parece que a quien se le pone claro delante el mandato del deber ya no es libre de transgredirlo; pues yo tendría que ofender a mi sentimiento sensible si actuara contra el deber, pues me surge de manera tan instintiva, que ciertamente no tengo el menor mérito siendo moral.

[...] Para mi consuelo pienso con frecuencia que, ya que el ejercicio de la moralidad está tan fuertemente unido a la sensibilidad, la moralidad sólo concierne a este mundo; según eso me cabría la esperanza de no tener que llevar todavía después de esta vida un vegetar tan vacío con tan pocas y ligeras tareas de moralidad. La experiencia me quiere corregir este mal humor contra mi existencia diciéndome que casi todo el mundo considera que es muy pronto para concluir la vida, que a todos les gusta vivir; por eso para no ser una excepción tan rara en esa regla quiero dar otra nueva razón de mi desvío de la misma, a saber, mi salud constantemente rota; desde que le escribí por primera vez la tengo perdida; de vez en cuando mi ánimo da paso a un torrente de pensamientos que la razón sola no puede producir, y que no son míos. Lo que me podría hacer gozar todavía no me interesa ya, pues todas las ciencias de la naturaleza y los conocimientos del mundo no los estudio, porque no siento en mí ningún talento para ampliarlos. Todo me es indiferente y ante mí no tengo necesidad alguna de saber nada que no se refiera a mi imperativo categórico y a mi conciencia transcendental. Aunque también hace tiempo que he terminado con estos pensamientos.

[...] me es necesario recordarle que si me concede ese gran gusto de preocuparse por darme una respuesta, oriéntela sólo a lo particular y no a lo universal, pues esto ya he tenido la suerte de entenderlo en sus obras, al lado de mi amigo, el cual con toda seguridad le gustaría mucho a usted; pues su carácter es recto, su corazón bueno, su entendimiento profundo, y suficien-

temente feliz como para adaptarse a este mundo; también es independiente y lo suficientemente fuerte como para defenderse de todo; por eso también me atrevo a alejarme de él. Cuide su salud, pues usted puede todavía ser muy útil al mundo. Ojalá fuera yo Dios para recompensarle por lo que ha hecho por nosotros. Soy con el más profundo respeto y verdad su devota

MARIA HERBERT

[Nota: La carta está escrita sin corrección ortográfica ni sintáctica.]

[70]
A Elisabeth Motherby

Königsberg, 11 de febrero de 1793

Las cartas que tengo el honor de enviarle junto con ésta, veneradísima Mademoiselle, las he numerado por fuera según el orden temporal en que fueron escritas. La pequeña exaltada [*Schwärmerin*: alude a Maria von Herbert] se olvidó de poner la fecha. La tercera carta, de otra persona, la adjunto porque un pasaje de la misma da alguna explicación de sus veleidades espirituales. Varias expresiones, sobre todo en la primera carta, se refieren a escritos míos leídos por ella, y sin intérprete no pueden ser entendidos del todo.

La suerte [que usted ha tenido] en su educación, hace superfluo el objetivo de preconizar estas lecturas como ejemplo que pone sobre aviso de los errores de una fantasía sublimada, pero sí que pueden servir para apreciar aquella suerte mucho más vivamente. Con el mayor respeto soy de usted, honorable Mademoiselle, su más ferviente servidor,

I. KANT

[71]
De Johann Gottlieb Fichte

Berlín, 2 de abril de 1793

Excelente señor, venerabilísimo señor profesor:

Hace ya mucho tiempo que mi corazón me pide escribir a vuestra honorable persona pero no he podido satisfacer esta exigencia. Por favor perdóneme también ahora si lo escribo todo lo más brevemente posible.

Como me imagino que usted se interesa por mí, le presento mis planes. [Con tal interés] ¿me halaga mi vanidad juvenil, o está en la grandeza de su carácter el inclinarse al pequeño? Lo primero que proyecto hacer es fundamentar mi teoría de la revelación. Los materiales están ahí; y no será necesario mucho tiempo para ordenarlos. Luego... mi alma arde con un gran pensamiento: resolver la tarea de la *Crítica de la razón pura* (tercera edición), págs. 372-374 [coincide con ed. B]. Para todo ello necesito tranquilidad libre de cuidado; ella me facilita el cumplimiento de un deber ineludible, pero dulce. Disfruto de ella en un clima muy soportable para mí hasta que estas tareas se acaben.

Para mi enseñanza, y para mi orientación en mi camino futuro he deseado un juicio sobre mi escrito [*Ensayo de una crítica de toda revelación*] del hombre al que más venero entre todos los hombres. Corone su honorable persona todas sus bondades hacia mí, escribiéndomelo. Ahora no tengo una dirección determinada. Si su carta no pudiera llegarme con alguno de los libreros de Königsberg que vienen a Leipzig a la Feria (en cuyo caso yo la recogería), sepa que la señora predicadora Schulz tiene una dirección segura, aunque retrasa la llegada a mí. El recensor de la *NDAB* [*Neue Deutsche Allgemeine Bibliothek, Nueva Biblioteca Universal Alemana*] me pone en la más crasa contradicción conmigo mismo; eso lo sé solucionar, por supuesto, pero me pone

en la misma abierta contradicción con el creador de la filosofía crítica. También lo sabría solucionar, si en ello no tuviera que tratar de su texto, sino de mi libro.

Y ahora, si la Providencia no quiere escuchar los ruegos de tanta gente, prolongando su edad más allá de la frontera de la edad humana más inhabitual, ya ahora, hombre bueno, caro, honorable, me despido de verlo personalmente en este mundo; mi corazón late de dolor, mis ojos se llenan de lágrimas. En aquel mundo, cuya esperanza usted ha regalado a tantos [hombres] carentes de toda otra, y aun a mí mismo, le reconozco ciertamente; y no por los rasgos físicos, sino por su espíritu. Pero, si en la distancia que siga habiendo en el futuro me permite escribirle –no para decirle algo que es inalterable para siempre, es decir que le venero indeciblemente, sino para solicitarle su consejo, su dirección, tal vez su consuelo–, haré modestamente uso de este permiso. Se encomienda a su benevolencia, quien le venera íntimamente

JOHANN GOTTLIEB FICHTE

[72]
A Carl Friedrich Stäudlin

Königsberg, 4 de mayo de 1793

No considere, dignísimo varón, mi retraso en la respuesta que le debo ya desde el 9 de noviembre de 1791 a lo que era ya un escrito y valioso regalo suyo –«Ideas de una crítica...» etc.– como falta de atención y de gratitud. Mi idea era enviarle a usted esta [respuesta] acompañada de otro regalo semejante al suyo en cierta medida, pero otros trabajos entretanto lo han detenido. El plan construido desde hace ya largo tiempo, que implica

para mí una obligada exploración del campo de la filosofía pura, se orientó a la resolución de las tres tareas: 1) ¿Qué puedo saber? (Metafísica) 2) ¿Qué debo hacer? (Moral) 3) ¿Qué me está permitido esperar? (Religión), a la que finalmente debía seguir la cuarta: ¿Qué es el hombre? (Antropología; sobre la que desde hace ya más de 20 años he celebrado anualmente un *collegium* [un grupo]). Con el escrito que adjunto, *Religión dentro de los límites de la mera razón*, he intentado completar el tercer capítulo de mi plan; en este trabajo me ha guiado: escrupulosidad y verdadero respeto hacia la religión cristiana, pero también el principio de una debida libertad de espíritu, para no ocultar nada, sino poner en claro cómo creo ver la unión de ésta última [la religión] con la razón pura práctica.

El teólogo bíblico no puede contraponer a la razón más que, *de nuevo razón*, o, *si no*, autoridad [*Gewalt*], y si no quiere hacerse acreedor al reproche por lo segundo (lo cual es de temer sobremanera en la actual crisis de universal limitación de la libertad en su uso público), tiene que mostrar la invalidez de los fundamentos racionales que se le oponen, si los considera perjudiciales, por medio de otros fundamentos racionales, y no por medio de anatemas que deja caer sobre la razón desde la cerrazón de la atmósfera de la corte. Ésta ha sido mi opinión en el prólogo (pág. XIX), ya que propongo para la plena instrucción de un teólogo bíblico medir sus fuerzas con lo que la filosofía parece que le contrapone, en un sistema de todas sus afirmaciones similar aproximadamente al que constituye este libro y [hacerlo] con fundamentos racionales, para estar armado contra todas las futuras objeciones. La introducción, enérgica en cierto sentido, tal vez le extrañe. El motivo para ello ha sido el siguiente: Toda la obra iba a aparecer en 4 entregas en el *BMS*, y por supuesto con la censura de la Comisión de allá. La primera parte (bajo el título «Acerca del mal radical en la naturaleza humana») pasó la censura, pues el censor de Filosofía, el consejero privado

Sr. Hillmer, la asumió como cosa de su Departamento. Pero la segunda parte no tuvo tanta suerte, porque al Sr. Hillmer le pareció que afectaba al terreno de la Teología bíblica (no sé por qué razón no se lo pareció, respecto de la primera) y decidió consultar con el censor bíblico, el consejero presidente del Consistorio Sr. Hermes, el cual entonces, naturalmente (pues ¿hay autoridad de la que no intente apoderarse un eclesiástico auténtico?), la incautó bajo su jurisdicción y le negó su *legi* [visto bueno]. El prólogo intenta mostrar que si una Comisión de censura ignora el campo sobre el que ha de recaer la censura de un escrito, el autor no tiene que hacérselo saber para ver cómo se ponen de acuerdo entre ellos, sino que puede apelar al juicio de una Universidad del país; porque allí cada Facultad está obligada a atenerse a su ámbito, y cada una a contener las ambiciones de las otras; y un Senado académico puede decidir válidamente en este conflicto de derechos. Y para cumplir toda legalidad he sometido este escrito primero a la Facultad teológica, para que juzgue si lo reclama como concerniente a la Teología bíblica; o más bien declina su censura como de incumbencia de la Facultad filosófica, habiendo recibido su renuncia, remitiendo el dicho escrito a la Facultad filosófica.

Me siento movido a comunicarle todo este proceso, hombre dignísimo, en atención a la posibilidad de que pueda producirse una abierta desavenencia, para estar justificado ante usted –como espero– en cuanto a la legalidad de mi comportamiento. Soy con el más sincero respeto su humilde servidor

I. KANT

[73]
A Johann Gottlieb Fichte

Königsberg, 12 de mayo de 1793

Le doy, hombre digno, la enhorabuena con todo mi corazón por la sagrada tranquilidad felizmente lograda, [que le permite] la elaboración de tareas filosóficas importantes, aunque prefiere callar sobre dónde y bajo qué condiciones espera gozarla.

Su obra *Crítica de toda revelación*, que le honra, la he leído sólo en parte, y a vueltas con las interrupciones de los asuntos de cada día. Para poder juzgar sobre ella tendría que recorrerla completamente en un contexto continuado, donde lo leído siempre *me queda presente, para compararlo con lo siguiente*; para eso, sin embargo, hasta ahora no he podido sacar el tiempo, ni la disposición, que desde hace algunas semanas no es buena para mis trabajos intelectuales. Quizás pueda usted mismo de la manera más fácil, comparar su trabajo con mi nuevo estudio titulado *Religión dentro*... etc. [*de los límites de la mera razón*], y juzgar así en qué medida mis pensamientos coinciden en este punto con los suyos, o más bien difieren entre sí.

Deseo y espero de su talento y aplicación suerte para la elaboración de la tarea: *Crítica de la razón pura*, pág. 372 etc. Si en este momento no fuera demasiado lento en todos mis trabajos –de lo cual son responsables seguramente mis 70 años recién cumplidos–, ya habría llegado en la *Metafísica de las costumbres* que tengo entre manos al capítulo cuyo contenido ha elegido usted como tema de su explicación; y habré de alegrarme si usted se me adelanta en ese asunto, de modo que no sea necesario su tratamiento por mi parte.

Esté más o menos cerca el término de mi vida, no terminaré descontento mi viaje, si puedo enorgullecerme de que lo que han iniciado mis pobres esfuerzos ha permitido que otros

hombres ingeniosos, entregados con celo a la mejora del mundo, lo hayan acercado cada vez más a su perfección.

Deseando que me lleguen de vez en cuando noticias de cómo se encuentra, y de que avanzan felizmente sus provechosos esfuerzos, soy con el mayor respeto y amistad, etc.

I. KANT

[74]
De Johann G. Kiesewetter

Berlín, 23 de noviembre de 1793

Muy respetable señor profesor:

Me he permitido la libertad de mandarle una cajita de nabos de Teltow hace aproximadamente 14 días, y ya le habría informado si no hubiera deseado enviarle al mismo tiempo el primer ejemplar de la biblioteca filosófica que edito junto con el Sr. Prof. Fischer; pero ya que el imprimirlo fuera de aquí alarga la cosa, me he decidido a enviarle la obrita después, para que no reciba los nabos sin haberle avisado. Sólo deseo que sean de su completo agrado; para ello me he preocupado de que fueran realmente de Teltow.

Se sorprenderá de que imprima fuera de aquí la biblioteca filosófica; pero el Sr. Hermes consideró peligroso dejar que se imprimiera un extracto de la religión natural de Heydenreich [Prof. de Fil. en Leipzig], e hizo tal cantidad de correcciones en el primer pliego, que me tuve que decidir por la impresión fuera de aquí. Sus correcciones son obras maestras y merecerían editarse como libro de Actas de la censura berlinesa, si yo no amara la tranquilidad. [Hermes] no quiere suponer a Dios como individuo. Uno no se hace digno de la bienaventuranza por la virtud, sino se

hace capaz, y muchas más ocurrencias por el estilo. Todavía habrá que ver si no acabará prohibiendo el libro. Si lo hace, estoy decidido a recurrir contra él. A mí me ha tratado con indulgencia en comparación con el Prof. Grillo, un hombre de 60 años, que quiso imprimir un extracto de su *Religión dentro de los límites de la mera razón* [obra de Kant]. Le ha hecho signos de errores en el margen del manuscrito como a un muchacho de escuela. ¡Si Grillo no fuera un hombre tan pacífico...!

Ya ve que estamos bajo duros inquisidores; Hermes le ha llegado a decir a mi impresor que espera la paz [Paz de Basilea, 1795] para sacar a la luz nuevos edictos que tiene en su escritorio. Estos señores visitan en estos días las escuelas y examinan a los niños; entre otras cosas se cuenta de un examen verdaderamente asombroso de Woltersdorf en la escuela del Convento de la caridad. Contárselo completamente aquí ahora sería pérdida de tiempo; sólo le pongo las dos primeras preguntas: W[oltersdorf]: ¿Cuántos años tienes, hijo mío? N.: Nueve años. W.: ¿Y dónde estabas hace 10 años? Por supuesto que esto no se lo ha inventado ninguna cabeza graciosa: es rigurosamente verdad.

Se va a aprobar ahora un nuevo código [de derecho civil. *Allgemeine Landrecht*. Julio, 1794] con 4 cambios de los que he olvidado uno. 1. En el proemio se suprime la proclamación de que la mejor forma de gobierno es la monarquía, pues esto se entiende de suyo. 2. Se suprime el artículo del matrimonio «de mano izquierda» [morganático] 3. Se suprime el artículo sobre las penas por conjurar a los espíritus.

Qué nos pasará con la guerra, nadie lo sabe. Ayer me aseguraba alguien que hacíamos a Austria una petición de 45 millones como condición para proseguir solos la guerra. Es cierto desde luego que al comienzo de la guerra hemos hecho a los austriacos muchos anticipos, pues ellos no lo tienen todo tan en orden como nosotros. Aquí se espera a un enviado especial de Austria. Los príncipes llegarán en 8 días, y también el rey, que

ahora está en Postdam. Luchesini, el cuñado de Bischofswerder, va como legado a Viena. Todo el mundo desea ardientemente la paz.

Le escribiría con gusto mucho más, pero he olvidado que la carta tiene que estar en correos antes de las 5 horas y ya casi son las 5 horas. Me encomiendo a su constante amistad y soy con el mayor respeto su agradecido alumno

J. G. C. Kiesewetter

[75]
De Johanna Eleonora Schultz

22 de diciembre de 1793

Perdóneme, honorable señor, si le molesto con estas líneas para transmitirle que «es deber la información más fiel sobre el éxito de procurarle a su casa una cocinera buena y honrada» [las comillas parecen responder a la nota enviada en nombre de Kant, sobre ese asunto]. La persona que consideré para usted debería ser la única que me atrevo a nombrarle, porque aparte de sus conocimientos de cocina tiene también un alma servicial y honrada, lo cual hace a personas así muy apreciables. Si todavía tuviera la suerte de poder elegir para mi padre hubiera escogido ésta y ninguna otra. Mi deseo íntimo y sincero es saber que aparte de su leal Lampe, tiene a su servicio una criatura femenina que merece esta suerte. El aspecto de «lo que usted prevea en cuanto al pago» está todo aclarado, y está contenta con ello; los trabajos que hay que realizar en su casa los he estipulado en general según el nota del buen Lehmann [amanuense de Kant]; también con esto estaba de acuerdo; que usted tenga una mujer en casa que lleva agua, que se ocupa de toda clase de cosas, algo de lo que también disfruta en la casa donde ahora está, le parecía muy bien. Dicho esto, se atreve a ponerle condi-

ciones, que según el conocimiento que tengo de esa persona, desearía íntimamente que aceptara. Pues creo –mi mejor y más querido padre– que disfrutaría de una tranquilidad que tan esencial es para usted.

Perdóneme este cordial lenguaje: la persona desea procurarse de entrada, por sí misma naturalmente, todo lo que necesita para cocinar, pero luego –y éste es el segundo punto, sin cuya aprobación no quiere mudarse a su casa– quiere tener todo *ello* bajo su responsabilidad y no recibirlo de las manos de Lampe. Madame Barckley, en cuya casa está desde hace cuatro años, le confía todo eso, igual que los demás señores [a los que ha servido], y como esta persona no tiene nada más que un hijo, que vive en la casa del Sr. Schubert, que le provee de todo, no hay que temer nada. Estuvo en mi casa muchas semanas en vida de su esposo; yo se lo confié todo y nunca he encontrado mejor compradora, ni persona más honrada, haciendo un uso fiel y bueno de todo. Esta es la referencia que merece y usted sabrá mejor que nadie cómo puede todo ello acomodarse en su casa, sin hacer de menos al bueno de Lampe.

Me atrevo, pues, a pedirle humildemente que me comunique por escrito su opinión sobre esto hasta esta tarde, ya que viene esta noche a recibir una última palabra, para poder contestar mañana a la pregunta de la Sra. Barckley; y me atrevo a pedirle que si fuera posible satisfacer estos deseos, se ahorraría usted muchos disgustos –lo creo firmemente–, y se alargaría su vida, tan valiosa para nosotros. Usted determinará a su gusto, en cuanto haya elegido a la persona, cuándo puede venir a su casa. [Sería bueno] que la posibilidad de venir se estableciera cuando la cocinera actual se haya ido, pues los cotilleos de este tipo de gente son insoportables. Nada supera la estima y el tierno respeto con que me siento la persona más obligada hacia usted

J. E. Schultz, nacida Büttner

[76]
De Johann Gottlieb Fichte

17 (¿?) de junio de 1794

Hombre venerabilísimo:

Tal vez sea pretensión por mi parte creer que puedo añadir con esta petición un peso a la solicitud del Sr. Schiller que le ha llegado en el correo anterior. Pero es muy vivo mi deseo de que el hombre que ha hecho inolvidable ya esta segunda mitad del siglo para el progreso del espíritu humano en los tiempos futuros, quiera autorizar con su adhesión un proyecto que se concibe para extender su espíritu sobre los distintos ámbitos del saber humano, y sobre muchas personas; es posible también que la perspectiva de verme en un mismo proyecto con usted no me deje pensar mejor qué es lo que respetuosamente me debo permitir. Ha publicado usted de vez en cuando trabajos en el *BMS*. Desde el punto de vista de la propagación importa poco dónde se hayan publicado; se busca la publicación que sea el caso, para tenerlos; pero la mejor credencial de nuestra institución sería por siempre jamás tener su nombre en el primer lugar.

A través del Sr. Hartung le he enviado el texto de la invitación a mis lecciones, y sería sumamente instructivo para mí, si no le incomoda, conocer su juicio sobre el mismo [«Sobre el concepto de una doctrina de la ciencia, o de la llamada filosofía, como invitación a sus lecciones sobre esta ciencia». Weimar, 1794]. A partir de ahora, y a través de la exposición oral, iré madurando mi sistema de cara a su publicación.

Contemplo y espero con ansiedad su metafísica de las costumbres. He descubierto especialmente en su *Crítica del Juicio* una armonía con mis particulares convicciones en el campo de la filosofía práctica que excita mi avidez por saber si es que me cabe la suerte de estar acercándome continuamente al pensa-

dor más importante. Con la más íntima admiración soy de usted afectísimo

FICHTE

[Nota: En carta de 13 de junio, Schiller, desde Jena, le acaba de *pedir colaboración para ese proyecto.*]

[77]
A Carl Leonhard Reinhold

Königsberg, 1 de julio de 1795

Su valiosa carta, que me entregó en mano el muy estimado Sr. conde von Purgstall, me regaló el placer de ver que su expresión de un cierto descontento por mi silencio sobre sus avances para completar la filosofía crítica hasta los límites de sus principios, no surgía de una indignación verdadera, pues sigue manteniendo su amistad hacia mí.

Mi edad y algunos problemas corporales inseparables de ella, me obligan a dejar toda ampliación de esta ciencia a mis amigos; y a usar, aunque despacio, las pocas fuerzas que me quedan para [redactar] complementos a la misma que todavía tengo pensados.

Manténgame, carísimo, en su amistad, y sepa que todo lo que a usted concierne será siempre del mayor interés para mí. Su afectuoso fiel servidor

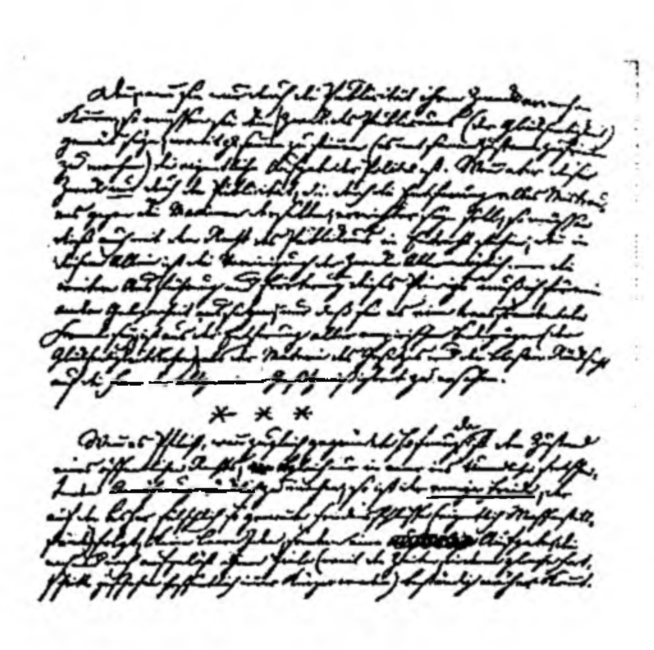
I. KANT

[78]
A Ehregott Andreas Wasianski

Königsberg, 15 de septiembre de 1795

Usted ha tenido la amabilidad de permitir que vaya un día a su casa, acompañado del Sr. consejero von Hippel, con algún otro amigo, a escuchar su bonito instrumento musical. De acuerdo con el deseo del Sr. von Hippel, mañana (miércoles) hacia las 4 de la tarde, sería el día más adecuado para realizar esa visita. Sobre lo cual le pido su amable respuesta y quedo de usted respetuosamente suyo servidor

I. KANT



Párrafos finales del manuscrito de *La paz perpetua* (1795).

[79]
De Sophie Mereau

Jena, diciembre de 1795

Aunque según lo que me dice mi sentimiento, tenga que declarar como atrevido este paso que me dispongo a dar ahora mismo, no encuentro nada en él que pudiera ofender la verdadera decencia. Más bien sé que ante los hombres de más alta grandeza, podemos romper audazmente las cadenas de esa conveniencia vacía, cambiante en cada país, que entre los hombres comunes con frecuencia pone sanos límites; [y asimismo sé] que los seres más formados se atienen a la cosa misma, mientras aquéllos se quedan eternamente aferrados a la forma vacía. Bajo este supuesto, creo que sin escrúpulos, y sin mayores reparos en razón de distancia, sexo o diferencias de espíritu, puedo ponerme a mí misma delante de usted, *hombre venerabilísimo*, en la sencilla relación de quien le pide algo.

Con la ayuda de algunos amigos quiero, con el comienzo del año, iniciar un periódico; muchos escritores de aquí quieren mandarme contribuciones. Cualquiera que no escriba por mera ganancia, sueña más o menos orgullosamente con un proyecto así. Yo soñé muy orgullosamente, porque no consideré imposible, ganarle para mí. Algo de sus papeles, que usted quizás llamaría una pequeñez, la plasmación de algunas observaciones a las que su espíritu pone luz y su nombre brillo, me harían muy feliz. Usted podría de este modo apoyar mi proyecto. No me atrevo a pedírselo presionándole, porque temo cruzar la delicada línea que aquí separa lo inhabitual de lo inmodesto.

Si considera que vale la pena conocer un poco más de cerca a la mujer que ha tenido el valor de dirigirse directamente a usted, lea el libro que le adjunto. Esa es la única razón que pudo moverme a mostrar al gran Kant una obra del espíritu, cuya imperfección yo misma percibo muy vivamente [*La edad florida del sentimiento*, Gotha, 1794].

¡Cuánto me gustaría poder ver que me llega una pronta respuesta! Me he dirigido a usted con toda la confianza; seguramente usted es benévolo, tanto como grande y famoso. ¡Qué noble humanidad alienta en su escrito sobre la paz perpetua! ¡Cuántas esperanzas sabe despertar en todos los hombres bondadosos! Sólo depende de usted que al auténtico sentimiento de veneración por usted, que alimento orgullosamente en mi alma, pueda sumar el más dulce de la gratitud. Que le vaya bien.

Mi nombre es: Profesora Mereau en Jena.

[80]
A Johann Heinrich Kant

Königsberg, 17 de diciembre de 1796

Querido hermano:

Los cambios que han sobrevenido recientemente en nuestra familia de aquí, consisten en que tu hermana mayor falleció el verano pasado después de una enfermedad larga; de este modo quedó vacante una pensión que le pagaba desde 1768 para su sustento, que sin embargo he duplicado y dado a los hijos que ha dejado; a la cual se agrega otra para la última hermana todavía viva, Bárbara, que por lo demás está bien cuidada en el hospital de San Jorge; así que no he dejado padecer necesidad a nadie, ni a mis hermanos ni a sus numerosos hijos, los cuales en parte ya tienen otros hijos; y así seguiré, hasta que mi puesto en el mundo quede también vacío. Para entonces es de esperar que quede todavía algo para mis familiares y hermanos, que no habría por qué desestimar.

A mis sobrinos, sobre todo a Amalia Carlota [era su ahijada] dales mi amistoso saludo. Por favor, entrega lo adjunto. Soy con fraternal adhesión, tu afectuoso

I. Kant

[81]
A Christoph Wilhem Hufeland

Königsberg, 15-30 de marzo de 1797

Venerable señor:

Ningún otro libro [*La macrobiótica o el arte de prolongar la vida humana*. Jena, 1797] podría ser regalo más agradable para mí que éste, que me servirá para llenar mis horas y al mismo tiempo para ilustrarme en agradable distracción. Sobre todo porque *sólo fragmentariamente* he leído sus escritos, y ahora lo podré hacer más sistemáticamente; lo cual es muy saludable para una cabeza ya vieja: poder avistar el todo. Me iré dando ese gusto lentamente, en parte para mantener siempre vivo el apetito, y en parte tambien para aclararme sobre esa idea suya, atrevida y estimulante a la vez, acerca de la fuerza vivificante de la disposición moral del hombre en orden a su realidad física; de modo que pueda utilizar esta idea en la Antropología. A partir de mis observaciones, hechas en mí mismo a este respecto en el campo de la dieta, tendré el honor muy pronto tal vez de enviarle un pequeño escrito sobre ello. Con el vivo deseo de que se mantenga bien, y con mi más alto respeto, soy de usted humilde servidor

I. Kant

[82]
De Johann Heinrich Tieftrunk [acortada]

Halle, 20 de junio de 1797

Hombre respetabilísimo:

El profesor Beck sabe por las frecuentes conversaciones que mantenemos sobre cuestiones filosóficas, cuánto me interesa todo lo que concierne a la filosofía y cuánto le admiro y venero,

honorable anciano; y ha tenido la bondad de darme a conocer con la mayor confianza la última carta que usted le ha escrito, en la que se discute su *Punto de vista* [Una obra de Beck: *El único punto de vista desde el que se puede juzgar la filosofía crítica.* Riga, 1796] en relación con la *Crítica de la razón pura.* Respeto esta bondadosa confianza de mi amigo tanto más cuanto que me fue muy grato conocer a través de su carta la opinión del ilustre predicador de corte Schulz, y por medio del mismo también la de usted sobre el escrito del Sr. Beck, en relación con la *Crítica de la razón pura.*

Mientras que los intentos de otros de contradecir o dar un fundamento, o incluso encontrar y establecer nuevos principios no me desconcertaban, pues la *Crítica de la razón pura* me satisfacía completamente tanto en su contenido como en su método, me llamó la atención el singular parecer o punto de vista desde el que el profesor Beck intenta emprender el camino hacia esa misma meta, y he conversado mucho con él sobre ello. Y hasta ahora no he llegado a ponerme de acuerdo del todo con él.

Y pensaba que tal vez a usted y al predicador Sr. Schulz –a quien pido con esta ocasión le exprese mi respeto– no les parecería mal que yo, como un tercero en discordia que ha estudiado largamente la filosofía crítica, [interveniera con mi] juicio sobre la relación del «*Punto de vista* con la *Crítica de la razón pura*».

De cara a ese objetivo me parecía útil darle una pequeña prueba de cómo entiendo su Crítica. Elegí para ello el punto importantísimo y más difícil –a mi parecer– de la Filosofía transcendental: la posibilidad de la experiencia y la deducción de las categorías estrechamente implicada en esa posibilidad [...]

Las hojas que adjunto están a su entera disposición: puede leerlas o simplemente tirarlas a la papelera; pues las he pergeñado meramente para el caso de que usted o el predicador

Sr. Schulz quieran hacer algún uso de ellas, porque se refieren a algo que en este momento ambos parece que están trabajando con empeño. [...]

Quiero manifestarle mi cordial alegría por la viveza que su avanzada edad sigue mostrando también en sus últimos *trabajos*. Que el cielo nos lo conserve todavía por mucho tiempo, desea con todo el corazón su servidor, que le venera,

JOH. HEINR. TIEFTRUNK

[83]
A Jacob Lindblom

Königsberg, 13 de octubre de 1797

Dignísimo Sr. obispo, respetadísimo Sr.:

El trabajo que se ha tomado por informarse de mi genealogía, y de comunicarme amablemente el resultado de su averiguación, merece todo mi agradecimiento. Aunque de ello ni para *mí, ni para otros*, pudiera resultar ninguna clara utilidad, dada la situación del asunto.

Largo tiempo ha que me es conocido que mi abuelo, el que vivió en la ciudad prusiana-lituana de Tilsit, era oriundo de Escocia; y que fue uno de los muchos que a finales del siglo pasado y a comienzos de éste, no sé por qué razón, emigraron en gran número, de los cuales una gran parte se quedó en el camino *en Suecia, el resto en Prusia, sobre todo* a lo largo del *río Memel*; lo demuestran las familias que todavía hoy perviven de los Simpson, Maclean, Douglas, Hamilton, y otros más entre los que se cuenta mi abuelo, que murió en Tilsit*.

De los parientes vivos por parte de padre, y a excepción de los descendientes de mis hermanos (pues yo mismo soy

soltero), mi árbol genealógico está totalmente cerrado. Hasta aquí llega lo que debe ser investigado sobre mi procedencia, la cual, según el esquema genealógico diseñado por usted, va desde campesinos en Ostgotland (algo que supongo me honra) hasta mi padre (se debería decir más bien abuelo); en este asunto no desdeño el interés filantrópico que Vtra. Exc.ª se toma por esa gente, animándome a proteger económicamente a esos familiares.

Pues bien, al mismo tiempo me llegó una carta de Larum, que lleva fecha del 10 de julio de 1797, que contiene un desarrollo parecido de mi descendencia, pero igualmente una pretensión: el peticionario, que se llama a sí mismo mi primo, quiere «servirme durante algunos años por 8-10 mil táleros en monedas de cobre sin intereses, lo cual le haría feliz».

Ésta y cualquier otra pretensión del estilo, reconocerá Vtra. Exc.ª que está completamente fuera de lugar, si le digo que mantengo a una hermana, a 6 hijos de mi hermana fallecida, de los que algunos ya tienen hijos a su vez; y tengo sólo un hermano, el pastor Kant en Altrahden en Kurland, que tiene cuatro hijos también, uno de ellos varón, ya adulto, y ése se ha casado últimamente; es decir, que mi herencia con esos futuros competidores natos se reducirá tanto, que no puede quedar nada para unos primos lejanos, cuyo parentesco, por otra parte, es problemático. Con el mayor respeto soy de Vtra. Exc.ª siempre

KANT

* Mi padre murió en Königsberg, estando yo junto a él.

[Nota: El emigrante no fue su abuelo, sino un bisabuelo en 1630.]

[84]
A Johann Heinrich Tieftrunk

Königsberg, 13 de octubre de 1797

Estimado amigo:

He recibido con agrado la información acerca de sus debates con el señor Beck (a quien le pido exprese mi respeto); es de esperar que ese [intercambio] que ha surgido tendrá por ambos lados la intención de lograr unanimidad [de pensamiento]. Del mismo modo recibo su propuesta de realizar un *extracto elucidatorio* de mis *escritos críticos*; al tiempo que me permito ofrecer mi colaboración, lo acepto agradecido. Con tal ocasión pido tener en cuenta a mis amigos hipercríticos Fichte y Reinhold con el cuidado que plenamente merecen sus logros en favor de la ciencia.

Que mi Doctrina del Derecho habría de encontrar muchos adversarios, al chocar contra ciertos principios considerados intocables, no ha sido para mí algo inesperado. Por ello es para mí tan agradable saber que ha obtenido su reconocimiento. La recensión en el cuaderno 28 de los *Göttinger Anzeigen*, que tomada en su conjunto no es contraria a mi sistema, me dará ocasión de poner en claro algunos malentendidos en un suplemento, que [me permita] ciertos toques que completen el sistema en su plenitud.

Le suplico, si tiene ocasión de ello, que trate con benevolencia a mi amigo el profesor Poerschke, pues su modo un tanto demasiado duro en la *expresión, va de la mano de suaves* costumbres. Con su Ley fundamental: «Hombre, sé hombre», no ha querido decir sino: Hombre, ser animal, desarróllate haciéndote ser moral, etc. Por lo demás, él no sabe nada de mi apología de ese juicio suyo.

A su propuesta de una colección y edición de mis pequeños escritos, doy mi asentimiento. Pero no quiero que se incluya en ella nada escrito antes de 1770, de modo que esa colección comience con mi *Dissertatio De mundi sensibilis et intelligibilis*

forma etc. En relación con la imprenta no pongo condiciones, ni reclamo privilegio alguno que pudiera corresponderme. Sólo que usted me comunique antes la composición de todas las piezas.

A propósito de las cartas que acompañan encomiendo a su buena disposición ponga los sellos en aquellas que deban ser franqueadas todavía para una parte del camino, de modo que lleguen a donde los correos prusianos no alcanzan; y que me indique el importe a restituir.

Pudiera suceder que me sobreviniera la muerte en medio de todo esto. En ese caso nuestro profesor Gensichen encontrará dos trabajos en mi cómoda, de los cuales uno está completamente terminado y el otro casi del todo (desde hace más de dos años), sobre cuyo uso él le dará entonces indicaciones. Quede esto entre nosotros. Pues tal vez pueda yo mismo editarlos todavía en vida.

No me tome en cuenta mi tardanza en contestar las cartas que me llegan; mi estado de salud me obliga a ello, dado el trabajo que traigo entre manos. Y esté seguro más bien de la gran estima con la que soy de usted fiel servidor

I. KANT

[85]
A Johann Gottlieb Fichte [acortada]

Königsberg, ¿diciembre de 1797?

Muy estimado amigo:

Si usted tomara como descortesía y falta de amistad el que mi respuesta al escrito que me entregó se haya retrasado hasta nueve meses, no podría censurarle por ello. Pero si conociera mi estado de salud y las debilidades de mi edad, que me

han obligado –ciertamente no por gusto–, a dejar ya hace año y medio todos mis cursos, entonces encontraría disculpable mi comportamiento; aparte de que todavía de vez en cuando a través del *BMS* y últimamente a través de las *Berliner Blätter* doy noticias de mi existencia; lo cual realizo lenta y trabajosamente, para mantener en movimiento mis escasas fuerzas físicas; y aun ahí además casi sólo me encuentro capaz de acometer asuntos en *el ámbito práctico*, de modo que la sutilidad de la especulación teorética la dejo a otros, sobre todo cuando toca los ápices más supremos.

Que haya elegido para las últimas cosas que he terminado las *Berliner Blätter* y no otro *journal*, usted y el resto de mis amigos filosofantes me lo perdonarán, como inválido que soy. La causa es que por este camino puedo ver mi trabajo terminado y juzgado con la mayor rapidez; pues a modo de un periódico político, colma la espera casi diariamente, como el correo. Y no sé cuánto puede durar *todavía el que yo pueda simplemente* trabajar.

Las obras que me envió en 1795 y 1796 me han sido entregadas en mano por el Sr. Hartung. Me ha dado especial gusto saber que mi Doctrina del Derecho ha recibido su aplauso. No se sienta tímido y hónreme con sus cartas, y comuníqueme noticias literarias, si es que su enfado por mi retraso en responderle no es demasiado grande. Me voy a reprender a mí mismo para ser más diligente en el futuro, una vez que he visto desarrollarse en sus últimos escritos el talento magnífico capaz de una presentación viva [de los temas], que se acompaña de popularidad; con lo cual usted ha atravesado hasta su final el espinoso camino de la escolástica, y ya no le parecerá necesario volver *más a él*.

Con el mayor respeto y amistad, suyo

I. KANT

[86]
A Christoph W. Hufeland [acortada]

Königsberg, 6 de febrero de 1798

Aquí tiene usted, respetado amigo, el trabajo prometido *El poder de las facultades afectivas* que podrá publicar en su *journal* según le parezca, o también, si lo prefiere, editarlo como una obra separada acompañada de un Prólogo suyo y de anotaciones. En todo lo cual de entrada prohíbo aun la sospecha de pretender derechos de autor.

Si en el extenso reino de sus conocimientos médicos hubiera algo que pudiera proporcionarme ayuda o alivio en la enfermedad que le he descrito me sería muy grato que me lo comunicara en un escrito privado; aunque en realidad tengo que confesar sinceramente que espero poco y creo tener razones poderosas para tomarme muy en serio el dicho de Hipócrates: *iudicium anceps, experimentum periculosum* [«juicio dudoso, experimento peligroso»] [...]

Hacerse viejo es un gran pecado, por el que uno además está sin remisión castigado con la muerte. Que a usted le alcance sólo tras una vida larga y feliz, le desea su respetuoso y fiel servidor

I. Kant

P. S. Solicitaría que la edición de este escrito se hiciera lo antes posible, así como [la reserva de] unos pocos ejemplares del mismo, si puede ser. I. K.

[87]
A Carl Friedrich Stäudlin

Königsberg, 1 de julio de 1798

Estimadísimo amigo:

La palabra que le di hace años [carta de 4 de diciembre de 1794], de reservar *El conflicto de las Facultades* para su revista teológica podrá cumplirse en la feria de San Miguel de este año; pero, por circunstancias que han cambiado, no [se publicará] precisamente en su *magazin*, eso ahora no es posible, porque ahora ha de salir a la luz unido a materias heterogéneas. [Se cumplirá lo prometido] a través de una dedicatoria dirigida a usted, delante del Prólogo. Me ocuparé de que le sea entregado el libro en cuanto esté terminada la impresión. Por lo demás, difícilmente puede esperarse mucho más de mí en este campo, tal vez agotado, a mis 75 años.

Aprovecho para pedirle que presente mi agradecimiento al Prof. Ammon por el trabajo que me ha enviado. Y para mí le pido me mantenga su favor y su afecto, y esté seguro de que soy con el mayor respeto para tales hombres, luchadores e ilustrados, su humilde y fiel servidor

I. Kant

[88]
De Christian Garve

A mediados de septiembre de 1798

Carísimo amigo:

Todo lo que se refiere al escrito que le dedico y envío con esta carta; y lo que respecta a mi sentimiento hacia usted, está dicho en la dedicatoria tan completamente, que ahora nada más tengo que añadir.

Siempre le respetaré como a uno de nuestros más grandes pensadores, alguien que como maestro en el arte de pensar, a mí mismo, cuando sólo era un aprendiz y un principiante, me ejercitó en ello. Por otra parte estoy convencido de que, en la medida en que a un hombre sólo se le pueda conocer por sus escritos, usted no me juzga mal, e incluso siente inclinación a la amistad hacia mi persona.

Esta oculta y callada unión, que dura harto ya entre nosotros, se estrecha al final de nuestra vida todavía más fuertemente, y a ello se orienta esa dedicatoria. Y aunque no pudiera esperar mayor o más amplio gozo, me alegraré simplemente de experimentar su juicio sobre ese pequeño escrito que contiene de modo conjunto y concentrado los resultados de muchas de mis meditaciones; y de confirmar al mismo tiempo sus amistosos sentimientos.

Me gustaría también conocer su juicio sobre los últimos progresos que creen haber hecho en filosofía algunos de sus discípulos desde la aparición de la Crítica, especialmente Fichte. Claro que usted puede tener sus razones para no querer exponer sobre ello un juicio rotundo ni público, ni en cartas privadas. Yo mismo tengo información muy superficial al respecto. He superado las dificultades de la Crítica y me siento gratificado por ello en todo. Pero no tengo ni el valor ni la fuerza para someterme a las

dificultades todavía mucho mayores que me supondría la lectura de la *Doctrina de la ciencia* [de Fichte]. Ahora, esta enfermedad mía, que crece cada día, me impide tales especulaciones exquisitas. Podría describirle mi estado, que en cierto sentido es tan extraño y sorprendente como lamentable, pero una exacta descripción del mismo constituiría una extensa obra, para lo cual me faltan las fuerzas; y sin exactitud, ¿para qué puede servir una descripción tal? Un daño exterior –que parecía de poca importancia– surgió hace aproximadamente trece años en la aleta nasal derecha, no lejos del rabillo del ojo; en realidad no es cáncer según todos los síntomas, pero se parece al cáncer no solamente porque se extiende en la superficie sino en las tres dimensiones, y porque ahonda tan profundamente como se extiende; se resistió a todos los remedios, a los que no se podían añadir medios cáusticos, que a lo mejor son los más efectivos en casos así, precisamente por la cercanía del ojo; este daño ha desfigurado todo el ojo derecho y una parte de la mejilla derecha, ha perforado una cavidad del mismo tamaño en la cabeza y causado destrucciones de forma extraña. Parece imposible que un hombre pueda vivir con esto; parece más imposible que pueda pensar con esto y hasta pensar con una cierta agudeza y entusiasmo de la mente; y sin embargo ambas cosas son verdad. Aunque torturado de modo cambiante por la debilidad y por el dolor, y aislado de la sociedad humana, esta circunstancia inverosímil pero feliz me ha proporcionado el alivio más excelente y el consuelo de mi vida. Nunca he percibido con más lucidez, ni sentido con más placer la belleza de un verso, la concisión de una argumentación o la amenidad de un relato.

Pero ¡qué escasa sigue siendo a pesar de todo la compensación por los sufrimientos que tengo que aguantar de vez en cuando! ¡Y cuánto tiempo tendré todavía que luchar esta lucha!

Usted ha hablado en su carta a Hufeland acerca del poder del espíritu sobre el dolor, e incluso sobre las enfermeda-

des. Estoy completamente de acuerdo con usted, y sé por propia experiencia que el pensar tiene una fuerza curativa. Pero este medio no se deja aplicar del mismo modo en todos. Algunos, entre los que está usted, ponen remedio a su mal desviando del mismo su atención. Yo he podido poner remedio mucho mejor a los míos, por ejemplo dolor de dientes, concentrando mi atención en él y no pensando en otra cosa que en mi dolor. Pero males externos así, como éste que ahora padezco, están menos sometidos al poder de la mente y son, a lo que parece, completamente mecánicos y corpóreos. Pero sí que están sometidos al poder de la providencia y de quien rige el mundo. Que Él le conserve su salud y la fuerza de que ha disfrutado hasta ahora ya en avanzada edad. Y que a mí me lleve a la meta de mi vida con dolores soportables, pues que una pronta liberación de ellos es imposible. Soy con el corazón más sincero su afectuoso amigo

C. Garve

[89]
A Christian Garve

Königsberg, 21 de septiembre de 1798

Me apresuro, carísimo amigo, a anunciarle el recibo el 19 de septiembre de su estimulante y amable libro y de su carta (cuya fecha ahora no recuerdo). Me suscita una gran admiración la conmovedora descripción de su sufrimiento corporal, unida a la fortaleza de espíritu con que afronta el continuar trabajando con toda serenidad, para bien del mundo. Pero no sé si, en una tribulación similar por mi parte, el destino que me ha tocado a mí no sería considerado más doloroso por usted, si Vd. se imaginara en estos pensamientos: a saber, estar como impedido para los trabajos del espíritu, aunque con cierto bienestar físico. La liquida-

ción de mi cuenta en las cosas que se refieren al todo de la filosofía (tanto al fin como a los medios) delante de mí, pero sin llegar a verla nunca terminada; siendo consciente de la obligación de cumplir con esta tarea: un suplicio de Tántalo que sin embargo no está carente de esperanza. La tarea en la que ahora me ocupo se refiere al «Tránsito de los fundamentos primeros metafísicos de la ciencia natural a la Física». Esa tarea tiene que resolverse, pues de lo contrario quedaría un agujero en el sistema crítico. Las pretensiones de la razón no disminuyen: la conciencia de la capacidad para ello, tampoco; pero la satisfacción de conseguirlo siempre se retrasa, si no por una paralización completa de la fuerza vital, por impedimentos de la misma que aparecen continuamente y que se prolongan hasta hacer perder la paciencia.

Mi estado de salud, como otros le habrán contado, no es por tanto el de un estudioso sino el de alguien que vegeta (comer, caminar y poder dormir); de modo que mi –así llamada– *salud no basta, a mis 75 años*, para dar cara a esa bondadosa petición suya de comparar mis actuales opiniones en filosofía con las suyas de aquel tiempo en que ambos controvertíamos amistosamente; a no ser que [esa salud] –hace año y medio que mi desorganización actual comenzó con un catarro– mejore algo con ello, de lo cual no he perdido toda esperanza.

Confieso que cuando esto ocurra, una de mis ocupaciones más agradables será intentar ese acuerdo; y no hablo de acuerdo de nuestros pensamientos –pues los tengo por coincidentes–, sino del modo de su presentación, algo en lo que quizá nos hemos podido malentender uno al otro. Con este fin acabo de comenzar a hacer una lenta lectura de su libro.

Al hojearlo rápidamente me he topado con la nota de la página 339, por la que tengo que protestar. No fue la investigación acerca de la existencia de Dios, de la inmortalidad, etc., el punto que me sirvió de arranque, sino la antinomia de la razón pura: «El mundo tiene un comienzo... no tiene comienzo alguno,

etc., hasta la cuarta: Hay libertad en el hombre, frente a esto otro: No hay libertad alguna, sino que todo es en él necesidad natural. Esto fue lo que me despertó en primer lugar del sueño dogmático, y me llevó a la Crítica de la razón misma, para resolver el escándalo de la aparente contradicción de la razón consigo misma. Con el afecto y respeto más plenos, soy siempre su afectuoso fiel servidor

I. Kant

[90]
De Johann G. Kiesewetter [acortada]

Berlín, 25 de noviembre de 1798

Querido amigo y maestro:

No se enfade porque no contesto a su carta hasta ahora. No quería escribirle hasta no poderle anunciar el envío de los nabos [...]

Su *Conflicto de las facultades* y su *Antropología* me han dado mucha alegría; la última me hacía constantemente de nuevo presente aquel tiempo feliz en que disfruté de sus clases [...]

Por lo que se refiere a los progresos que hace su sistema en Inglaterra, podrá saber seguramente algo por el Sr. Nitsch; yo he recibido sobre ello nuevas noticias de Francia, que quiero transmitirle. Su escrito sobre la paz perpetua traducido en Königsberg, por su tema causó sensación en París; sólo que la traducción era dura y no pareció gustarles a los antipáticos parisinos; sólo cuando un ilustrado parisino cuyo nombre no recuerdo presentó el contenido en un periódico a la manera francesa –de lo cual se hicieron después reseñas en el Moniteur–, todo el mundo se entusiasmó y quiso saber más de su sistema. Este deseo se

hizo vivo sobre todo por parte de los miembros del Institut National, de modo que se trajo hace un tiempo al Il. Excmo. Sr. Humboldt, el mayor [Guillermo], para dar una conferencia. Éste se puso a la tarea –aunque le falta talento para ello–, y mostró que la utilidad de la filosofía crítica consiste en lo negativo, pues no lleva a impedir que la razón construya castillos en el aire en el campo de lo suprasensible. Los ilustrados parisinos contestaron que no querían poner en tela de juicio que usted hubiera demostrado de nueva y más aguda manera la verdad de ese resultado; pero que con ello realmente no se había ganado mucho, porque ese resultado ya era conocido; y se preguntaban si usted simplemente había derruido pero no construido nada. Imagínese Vd.: el Sr. Humboldt conocía solamente los escombros de los sistemas destruidos por la crítica. *Si tacuisset, philosophus mansisset* [«estaría mejor el filósofo si callara»]. Asistía el delegado en París de las ciudades hanseáticas, Hamburg, Bremen y Lübeck, y de Frankfurt; y dado que no le eran desconocidos los escritos críticos, se irritó mucho por tal curso, discutió la afirmación de Humboldt, pero no estaba preparado para exponer su sistema. Este enviado vino hace unas semanas a Berlín, me buscó, me contó lo sucedido, y empleó todo el tiempo de su estancia aquí para conocer más de cerca el espíritu y los resultados de su doctrina. Estaba entusiasmado con lo que oía y no deseaba sino liberar de su error a los ilustrados parisinos. Le he prometido que voy a colaborar en ello. [...]

Temo cansar su paciencia, de modo que termino mi carta. Mis mejores deseos de bienestar para usted ¿Puedo esperar de usted una pronta respuesta? Se lo suplico; y que conceda un poco de su afecto a un hombre que le estima y valora sobre todas las cosas. Su agradecido discípulo

KIESEWETTER

[91]
De Johann G. Kiesewetter

Berlín, 15 de noviembre de 1799

Querido amigo mío:

¡Cuánto me ha alegrado recibir una carta de usted!; ha sido para mí la demostración convincente de que no me ha olvidado del todo; pero me ha preocupado mucho también comprobar por su carta que sufre fuertes dolores de cabeza. ¡Hombre de Dios!, nadie le desea más que yo una edad feliz y libre de dolores.

Los nabos de Teltow estaban ya hace tiempo pedidos; sólo que los he recibido más tarde de lo que pensaba, porque este año la cosecha va con unas 4 semanas de retraso respecto de lo habitual. El mes que viene irán para allá con un transportista, y espero que los guarde de la helada. Arreglaré lo del transporte, el fielato y todo lo demás, de tal manera que usted sólo tenga que recogerlos. Me alegraré mucho si mi modesto producto agrícola es de su agrado. Mi madre, que los ha comprado de la misma clase, ha cocinado unos pocos para que los pruebe y los he encontrado deliciosos.

Además de este producto de mi patria chica, le envío otro personal, a saber, la primera parte del examen de la *Metacrítica* de Herder. A decir verdad, no encontré la charlatanería herderiana en sí misma apenas merecedora de objeción alguna, si el viejo embaucador Wieland no hubiera catapultado a la fama con tanto entusiasmo ese engendro de escritura en el *Merkur*, y no me hubiera molestado tanto el tono por otra parte tan hipocritón y clerical de Herder. Como podrá ver soy severo, pero me porto con él como un *gentleman*. Llama la atención y es irrisorio que la mayoría de los que están contra su sistema, se rebelan preferentemente contra la objeción de no haberle entendido, cuando ciertamente la mayor parte de las veces uno tiene que hacerles a ellos con

razón ese reproche. Nada me ha divertido más que ver a Herder parlotear sobre Matemáticas. Es imposible que alguien haya penetrado menos en el espíritu de esta ciencia, y hable de ella de manera más arrogante. *Verdaderamente hay que aplicarle con* toda razón aquello de: *Si tacuisses*... [«Mejor estarías callado»]

En el mundo de las letras no se ha producido noticia alguna de interés. Fichte se encuentra todavía aquí; le he visto en el teatro, pero no hemos hablado. Vive muy retirado y no ha visitado a la gente ilustrada de aquí, excepto a Gedicke. Se dice que ha estado en el Consejo de Estado para obtener permiso para impartir oficialmente cursos en Berlín, pero éste ha rechazado la petición. Ahora se dedica sólo a escribir, y –según me contaba Ben David– trabaja en una obra filosófica, que quiere editar en tres tomos, con el título *Saber, Dudar, Creer*. Con los ingresos por la escritura malamente podría vivir, pero creo que su mujer ha aportado al matrimonio una considerable fortuna.

Cierto eco ha tenido aquí Diógenes con la linterna [*La linterna de Diógenes*] que todo el mundo atribuye al predicador Jänisch. La obra es cínica. El autor trae y lleva algo en relación con la filosofía crítica, la cual, a mi parecer no ha comprendido del todo. Reproduce tres juicios de usted: sobre Reinhold, Beck y Fichte, sobre cuyo acierto paso. Si Jänisch es realmente el autor de la obra, no le hace mucho favor.

Nicolai sigue fantaseando sobre la filosofía crítica y el fichteanismo; y como se ha convertido en académico, considera un deber duplicar su engendro de escritura.

Habrá visto en los periódicos berlineses que en Berlín se anuncian un montón de cursos, aunque realmente sólo se llegan a impartir la mitad. Yo mismo *ex officio* tengo que dar muchos cursos, estoy contento con mi éxito y el número de mis oyentes crece cada año. Los lunes de 10 a 12 imparto Antropología. La sala, bastante grande, está a rebosar. Entre mis oyentes se cuentan personas de todos los estados: estudiantes, ciudadanos, oficiales...

Acabo de saber el nombre del repartidor, se llama Segismundo. Mi madre me recuerda que los nabos necesitan sólo un cuarto de hora de cocción, y que pierden el sabor si cuecen más.

Me permito pedirle que envíe esa carta adjunta al predicador áulico Schulz. Deme con frecuencia ocasión de mostrarle cuán cordialmente le estimo y valoro. ¡Si supiera cuántas veces me conmuevo recordando su compañía, su magisterio, y cómo deseo verle de nuevo! He comprado su busto, que me parece muy acertado en parecido; lo cual es valiosísimo para mí, pues me permite tener ante los ojos al hombre a quien agradezco mi gran suerte.

Siga bien, querido amigo, goce de días alegres y felices; realmente nadie lo merece más que usted. No me olvide del todo. Su agradecido alumno

J. G. C. KIESEWETTER

P. S. El librero le enviará oportunamente el examen de la *Metacrítica*.

[92]
De Maria Havemann, viuda de H. Kant

Alttrahdensches Pastorat in Kurland, 16 de mayo de 1800

Respetable Sr., ante todo honorable profesor, dignísimo hermano:

Consideré mi deber ya hace varias semanas comunicarle como es debido la desaparición definitiva de mi queridísimo esposo Johann Heinrich Kant, ex predicador de Alt y Neurahden en Kurland, a quien la muerte nos arrebató, a mí y a mis pobres hijos, el 22 de febrero de este año, dejándonos un inmenso dolor que no tiene nombre. [Escribió el 24 de febrero. No se conserva

la carta.] Confiada en la fraternal benevolencia que usted regalaba a *nuestro difunto, estuve igualmente decidida a recomendarnos* –yo y mis hijos– a su caritativo corazón, ante la situación económica tan desolada y triste en la que nos encontramos. He esperado hasta ahora en vano una cariñosa respuesta positiva de usted, y el futuro se oscurece tanto más y más que las lágrimas de nuestros ojos. Por ello me atrevo de nuevo a interpelar el sentimiento de compasión de su respetable persona, ante la familia que ha dejado su bendito hermano, que le veneraba profundamente, como todos nosotros. Mi última carta le ha dado una fiel descripción de nuestra situación, la cual, a pesar de la economía y frugalidad de nuestro modo de vida ha devenido triste, a causa de que *en los últimos años especialmente*, los ingresos de mi santo marido fueron muy escasos, y grandes los gastos de sostenimiento de nuestra casa. De modo que no tenía en absoluto fondo alguno del que pudiéramos vivir, sino que más bien ha dejado algunas deudas tras de sí. Con la exposición de nuestra economía espero salvar las deudas; pero realmente de qué vayamos a vivir yo y mis pobres hijos, ¡sólo Dios lo sabe, padre de huérfanos y viudas! De nuevo recurrimos a su corazón humanitario, en busca de ayuda y protección en esta triste situación, esperando no ser defraudados.

Esperamos con confianza la respuesta a nuestra forzada *petición y de antemano veneramos con profunda* gratitud los humanitarios sentimientos que mitiguen nuestro pesar. Y pedimos al cielo la más amorosa bendición para usted. Entretanto tengo el honor de ser, con todo respeto y humildad su segura servidora

MARIA, VIUDA DEL PASTOR KANT, NACIDA HAVEMANN

[93]
A Johann G. Kiesewetter

Königsberg, 8 de julio de 1800

Carísimo y viejo amigo:

El regalo que me ha enviado –la «Refutación de la *Metacrítica* de Herder», que honra por igual su cabeza y su corazón– refresca en mí los gratos días, inolvidables, que gozamos juntos en otros tiempos, fomentando lo verdadero y lo bueno. Este regalo es para mí doblemente agradable, ahora, a mis 77 años, cuando mis debilidades corporales –aunque todavía no anuncian una pronta despedida– dificultan mis últimos trabajos, si bien, como espero, todavía en esta situación mía no me echan hacia atrás, lo cual no es poca mejoría.

No ha lugar su preocupación porque los nabos enviados el pasado otoño hayan sufrido daños por causa de las heladas que sobrevinieron tan pronto y duraron tan largo tiempo. Precisamente anteayer, domingo, he consumido los últimos en compañía de dos amigos, y como siempre, con sumo gusto.

Sea feliz. Estímeme como a su inconmovible amigo, y hágame saber algo de vez en cuando de su situación ahí y de sus relaciones intelectuales. Con el mayor afecto, amistad y respeto quedo siempre de usted amigo constante, fiel, y servidor

I. KANT

[94]
De Maria Havemann, viuda de H. Kant

Alttrahdem im Pastorat in Kurland, 19 de julio de 1800

Respetable Sr., ante todo, muy honorable profesor:

Con corazón conmovido y lleno de gratitud he leído la cordial promesa de su Il. Exc.ª, de una piadosa ayuda para mí y mi necesitada familia; y con el mismo sentimiento acabo de recibir la primera parte de la misma. Los fervientes votos por su salud, y el agradecimiento íntimo mío y de mis pobres hijos, por tan inapreciable bondad, sólo son comparables al inmenso respeto con el que le consideramos como nuestro segundo padre, respeto con el que me honro en firmar como humilde servidora de su Il. Exc.ª

MARIA, VIUDA DEL PASTOR KANT, NACIDA HAVEMANN

[95]
A Ehregott Andreas Ch. Wasianski

Königsberg, 12 de diciembre de 1800

Al ruego de que hoy me honre con su *compañía en la* comida de mediodía, añado humildemente otro segundo, a saber, que me haga confeccionar una segunda cortina de tafetán verde de la mejor calidad, con anillas de latón, para mi segunda ventana a mano derecha; pues el sol me entra oblicuamente del lado derecho y me echa de mi mesa de trabajo. Tal vez lo mejor sería desechar la otra vieja cortina, y poner una tan ancha como haga falta para cubrir las dos ventanas al mismo tiempo; y tanto a la derecha como a la izquierda hacerla correr con las anillas y un cordón más largo. Su excelente ojo artístico sabrá aplicar al asunto la medida correctora. *Con amistosa confianza y el mayor afecto, su fiel servidor*

I. KANT

[96]
Al rector y Senado

Königsberg, 14 de noviembre de 1801

Magnífico rector de la Academia, y pleno de los senadores:

A vuestra Magnificencia, y al pleno del Senado, en relación con la solicitada renuncia de mi plaza de senador, con el mayor respeto, he querido hacer público con este escrito, que contra la ocupación de la misma [le sustituía el Prof. Hasse], y la permanencia de mis emolumentos para mí, hasta el final de mi vida, no tengo nada que objetar. Tengo el honor de ser de su Magnífica Excelencia y del Senado respetuoso servidor

I. Kant

[97]
A Carl Christoph Schoen

Königsberg, 28 de abril de 1802

Reverendo Sr. pastor, muy honorable Sr.:

He recibido el 17 de abril el benevolente escrito de su Exc.ª Rev., de 16 de marzo, y he constatado en él las dos agradables noticias: la de su destino y la de su compromiso con mi sobrina. Me solidarizo con los dos acontecimientos con la mayor sinceridad y me uno a ellos con mis mejores deseos.

Mis fuerzas decrecen cada día, mis músculos se consumen; y aunque realmente nunca he tenido ninguna enfermedad y aun ahora ninguna temo, desde hace ahora dos años no he salido de mi casa; más bien me enfrento con ánimo al cambio que me sale al encuentro. Mantendré inalterables hasta ese momento mis buenos sentimientos hacia mis familiares y aun demostraré lo

mismo después de mi muerte. No puedo confiar que me encomiende a los míos a nadie mejor que a usted, que muy pronto formará parte de los mismos. Me cabe el honor de ser de su Exc.ª Rev. afectuoso servidor

IMMANUEL KANT

[98]
A Friedrich Stuart

Königsberg, 9 de abril de 1803

Respetable Sr., muy honorable Sr. inspector:

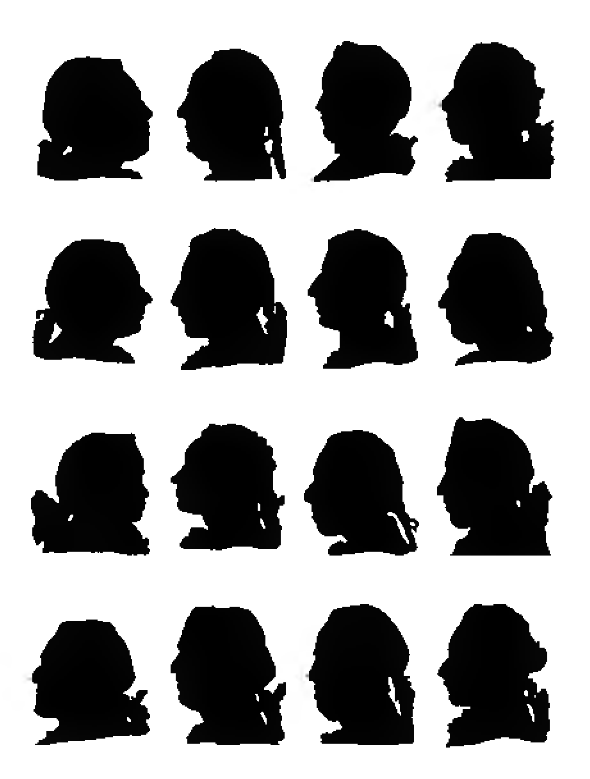
Su cariñosa misiva del 20 de marzo, y especialmente la noticia del enlace de su respetable persona con la hija de mi hermano me ha producido un verdadero placer; y ello en estos días de mi vida, cuando uno ya no está más que para muy pocos amigos. La confirmación que mi amigo en esta ciudad, Sr. Jacobi, me transmite –recibida a su vez a través del Sr. v. Hagedorn– de que este enlace tiene para mi sobrina muchas ventajas en más de un aspecto, ha aumentado con fundamento mi participación en su felicidad. Reciban los dos prometidos mi paternal bendición, en lugar de mi hermano difunto, bendición que ciertamente acompaña a usted, y a todos los míos, entre los cuales desde este momento tengo el honor de contar a su respetable persona.

Le suplico encarecidamente me recomiende a todos mis parientes de allá, y tenga la seguridad usted mismo de mi respeto más profundo, con el que tengo el honor de seguir siendo amigo afectuoso y servidor de su honorable persona

I. KANT

APÉNDICE I

REGISTRO DE PERSONAS



BAUMGARTEM, Alexander Gottlieb (1714-1762)

Profesor de Filosofía en Frankfurt (en el Oder), fundador de la Estética. Escribe su famosa ***Metaphysica*** en 1739, usada por Kant como libro de texto en sus cursos.

BECK, Jacob Sigismund (1761-1840)

De 1796 a 1799 profesor de Filosofía en Halle. Agosto de 1789, primera carta a Kant desde Berlín, de un joven que se adhiere al kantismo. Kant piensa que, dado su espíritu matemático, podrá dar algún curso sobre la Crítica. A la larga, Beck se empeñará en completar el kantismo acentuando la teoría de la apercepción transcendental, cosa que acaba cansando a Kant. Julio de 1794: última carta de Kant: cortés y suave, pero distante. Cierta ironía con la claridad matemática. Beck le seguirá escribiendo hasta septiembre de 1797.

BECKER, Johann Gottlieb (†1782)

Pintor del retrato de Kant de 1768, por encargo del librero Kanter. El grabado fue hecho en Berlín, por el grabador Schleuen.

BEHRENS, o BERENS, Johann Christof (1729-1792)

Comerciante de Riga. Amigo de Hamann y de Kant.

BERING, Johann (1748-1825)

Profesor de Lógica y Metafísica de Marburg, desde 1785. Admirador respetuoso de Kant, le pide información sobre sus cursos.

BIESTER, Johann Erich (1749-1816)

En 1773 profesor de un Pädagogicum y docente en la Universidad de Butzow. En 1777, secretario en el Ministerio con von Zedlitz. En 1784, secretario de la Real Biblioteca en Berlín y miembro de la Academia de las Ciencias. Editor del ***Berliner Monatschrift (BMS).*** Alumno de Herz, como Zedlitz. Relación editorial e intelectual con Kant.

BLUMENBACH, Johann Friedrich (1752-1840)
Profesor de Medicina en Göttingen. Kant cita en *Crítica del juicio* su libro: *Sobre la tendencia a la formación* (*Über den Bildungstrieb*, 1781 y 1789).

BOROWSKI, Ludwig Ernst (1740-1831)
Alumno de Kant, asiste a su primera clase en 1755. Vive en Königsberg desde 1782, aunque sin pertenecer al círculo de sus íntimos. Biógrafo de Kant, envía el manuscrito al maestro en 1792, pero éste no le permitió publicarlo hasta después de su muerte. Es curioso advertir que Kant suprimió en ese manuscrito todo lo relativo a sus estudios de Teología y a su incipiente/escasa actividad como predicador. La biografía, *Darstellung des Lebens und Charakters Immanuel Kant's* («Presentación de la vida y el carácter de I. Kant»), se publicó tras su muerte, añadiendo Borowski el relato de los últimos años.

CAMPE, Johachim Heinrich (1746-1818)
Pedagogo. Desde 1776 director de la institución educativa del Philantropin. Después consejero escolar en Braunschweig. En tiempos de la censura le brinda su casa a Kant, si hubiera de salir de Prusia. Autor de las famosas *Cartas desde París escritas durante la Revolución* en 1789; en 1792 la Asamblea Nacional Revolucionaria le otorgó la nacionalidad francesa.

CRICHTON, Wilhelm (1732-1805)
Predicador real desde 1772 en Königsberg, y jefe de la redacción del *Kantersche Zeitung*. Kant logró, con diplomacia, que protegiera el *Dessauer Philanthropin*, obra que no veía con buenos ojos.

EBERHARD, Johann August (1738-1809)
Profesor de Filosofía en Halle desde 1788, ocupando la Cátedra que Zedlitz había ofrecido a Kant. Defensor de la filosofía leibniziano-wolfiana, funda en Halle el *Philososphisches Magazin*, donde sólo se escribe contra la filosofía kantiana. Eberhard provocó el único escrito verdaderamente polémico por parte de Kant: *Sobre un descubrimiento según el cual toda nueva crítica de la razón, etc.*

ELISABETH, Emperatriz rusa (1709-1762)
Hija de Pedro el Grande y de Catalina I de Rusia, zarina de 1741 a 1762. Designará sucesor al príncipe alemán Pedro de Holstein (Pedro

III), nieto de Pedro el Grande y de Catalina I. La esposa de Pedro III, Sofía de Anhalt, será la Gran Catalina II de Rusia. De enero de 1758 hasta agosto de 1762 la Prusia oriental estuvo bajo administración rusa.

GEDICKE, o GEDIKE, Friedrich (1754-1803)
Director de Gimnasio. Cofundador –con Biester– de la publicación *Berliner Monatschrift* (*BMS*).

FICHTE, Johann Gottlieb (1762-1814)
Va el 1 de julio de 1791 a Königsberg a conocer a Kant. Su primer escrito, el anónimo *Ensayo de una crítica de toda revelación*, se atribuyó a Kant, quien se encargaría de deshacer el equívoco. En su relación con Kant se percibe el desafío y la audacia de llevar el sistema crítico más allá de lo que Kant entendía.

FORMEY, Johann Heinrich Samuel (Jean Henri) (1711-1797)
Secretario de la Real Academia de las Ciencias de Berlín, autor de obras de divulgación teológica y filosófica.

FRIEDLÄNDER, David (1750-1834)
Médico, amigo de Mendelssohn y Herz, cercano a Schiller. De Königsberg, se va a Berlín en 1771. Banquero, y consejero municipal.

FÜRST und KUPFERBERG, Carl J. Maximilian, barón von (1717-1790)
Supervisor de las Universidades Prusianas, una suerte de director general.

GARVE, Christian (1742-1798)
De Breslau. En 1770, profesor de Filosofía en Leipzig. En su ciudad desde 1772, siempre enfermo. Kant lo cita en carta a Herz de 1776. Protagoniza el episodio de la recensión anónima de la *Crítica de la razón pura* en los «Suplementos» al *Göttinger Gelehrten Anzeiger*. Tras sincerarse Garve ante Kant, se generó entre ellos una profunda amistad.

GENSICHEN, Johann Friedrich (1759-1807)
Profesor extraordinario de Matemáticas en Königsberg. Uno de sus comensales habituales. Kant le nombra su albacea testamentario.

GENTZ, Friedrich von (1764-1832)

Es recomendado a Kant por Mendelssohn, cuando va a estudiar a Königsberg. Inicialmente partidario de la Revolución francesa, se convirtió después en un importante publicista conservador y colaborador de Metternich. Su padre fue importante director general en Berlín.

GREEN, Joseph (*c.* 1727-1786)

Comerciante inglés en Königsberg, socio de Motherby, amigo de Kant. Le llama «su mejor amigo» en carta a Hellwag, de 3 de enero de 1771. Ejemplo de quien no distinguía los sonidos musicales de los simples ruidos, como tampoco la prosa del verso. Por eso le molestaba que Pope hubiera escrito *Essays on Man* en verso.

GRUNERT, Friedrich August

Impresor de Halle. Editor de la *Crítica de la razón práctica*.

HAMANN, Johann Georg (1730-1788)

El «mago del norte». Protegido inicialmente por Kant, amigo de Herder; su espíritu exaltado, su irracionalismo y su sentido hipercrítico con la Ilustración serán contemplados siempre con reserva y aun rechazo por Kant.

HARTKNOCH, Johann Friedrich (1740-1789)

Librero, editor de la *Crítica de la razón pura*. Se adelanta a ofrecérsele como editor ante el rumor de que Kant tiene preparada una gran obra y de que pueda ser Hartung quien la edite (carta desde Riga de 9 de septiembre de 1780).

HARTUNG, Gottfried Leberecht (1747-1797)

Librero, citado por Kant ya desde comienzos de los años setenta.

HERBERT, Maria von (hacia 1770-1803)

Hermana de Franz Paul baron von H., del círculo de Reinhold y otros seguidores de Kant. Admiradora que le consulta sobre su gran problema sentimental. Kant se interesa por esa historia, y por seguir su evolución pidiendo información a un amigo de Maria, el médico Johann Benjamin Erhard. En 1802 abandona la casa de su hermano, y después de haber celebrado una fiesta se suicida, arrojándose al río Drave.

HERDER, Johann Gottfried (1744-1803)
Discípulo, inicialmente admirado por Kant, entra pronto en conflicto y se distancia del criticismo, desde la recensión de Kant a sus *Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit, I Teil* (1784), en el *Allgemeine Literatur Zeitung* (enero de 1785). Kant encuadrará siempre a Herder entre los «*grösse Künstler von Blendwerken*» («grandes artistas de fantasmagorías») (carta a Jacobi de 30 de agosto de 1789).

HERZ, Marcus (1747-1803)
Alumno queridísimo de Kant. Profesor y médico en Berlín. Siempre interlocutor intelectual constante y fiel de Kant. Hombre admirado también por Mendelssohn, quien le hace de tutor en Berlín. A Herz se confía en los años del silencio, y le consulta siempre sobre su salud.

HIPPEL, Theodor Gottlieb von (1741-1796)
Autor del famoso libro *Über die Ehe*, 1774 (Sobre el matrimonio). Buen amigo de Kant, le defiende de acusaciones de plagiarle a él mismo. Kant le recomienda casos de becas y subvenciones en favor de jóvenes estudiosos. Fue consejero del Tribunal local, director de la administración y alcalde de Königsberg.

HUFELAND, Christian Wilhelm (1762-1836)
Médico famosísimo de Alemania. Llegó a ser profesor de Medicina en Jena (no confundir con el jurista, también profesor). Envió a Kant un libro: *Macrobiotik, oder die Kunst, das menschliche Leben zu verlängern*, Jena, 1797. A Kant le encanta y escribe un trabajo para él a propósito de medicina y moral, que le envía en febrero de 1798.

JACHMANN, Johann Benjamin (1765-1832)
Médico, discípulo y también su amanuense. Hace un largo viaje a París, hasta Halle; otro a Inglaterra. Sus cartas, en general, reflejan el clima intelectual, el contacto con toda la *Gelehrsamkeit* de Europa, incluidos los episodios cumbres de la Revolución francesa. También reflejan su propio celo por difundir el kantismo.

JACHMANN, Reinhold Bernhard (1767-1843)
Hermano del anterior, discípulo igualmente, y biógrafo de Kant. *Immanuel Kant geschildert in Briefen an einen Freund* («Immanuel Kant descrito en cartas a un amigo»). También su amanuense en los años 80, y uno de los más queridos y apoyados por él. En 1800 pro-

yectaron ambos la redacción de una biografía, que es, de las tres clásicas, la mejor escrita y la más laudatoria. Theodor von Schön escribe a Jacob (*vid* Jakob) el 18 de mayo de 1820: «[...] habrá encontrado en Jachmann el imperativo *in Fleisch und Bein*. Yo al menos nunca he encontrado a un hombre en el que Kant esté tan absolutamente traspasado (*übergegangen*)».

JACOBI, Friedrich Heinrich (1743-1819)

De noble y rica familia, filósofo representante por antonomasia de la Filosofía del sentimiento. Crítico radical del racionalismo. Tras la muerte de Mendelssohn envía a Kant la nueva edición de *Die Lehre Spinoza's*, envío que Kant agradece. Jacobi le contesta el 16 de noviembre de 1789. Parece reverenciarle. Kant le contesta respetuosamente, pero con distancia. La polémica Jacobi/Mendelssohn le había disgustado. Hacia 1803 escribe contra Kant: *Über das Unternehmen des Kritizismus* («Sobre la empresa del criticismo»). Se traslada a Múnich en 1805, y es nombrado presidente de la Academia Bávara de las Ciencias.

JAKOB, Ludwig Heinrich (1759-1827)

Profesor de Filosofía en Halle. Adepto al kantismo. Kant le trata como colega, respetuosamente. En 1795 funda *Annalen der Philosophie und der philosophen Geistes von einer Gesellschaft gelehrter Männer* y el *Philosophischer Anzeiger*, de corta duración ambas empresas.

KANT, Hermanos

Regina Dorotea (nacida en 1719); *Maria Elisabeth* (nacida en 1727), casada con el maestro zapatero C. Krohnert, la citada Kronertin, en carta de su hermano. *Anna Luise* (nacida en 1730), casada con el maestro textil J. Ch. Schultz; *Katarina Barbara* (nacida en 1731), casada con el peluquero Theuer, es la única de los hermanos que sobrevivió a Kant. Le asistió en los últimos días. Finalmente, *Johann Heinrich* (1735-1800), estudió en Königsberg, fue preceptor en Kurland, rector de la Escuela de Mitau y pastor en Althraden.

KANTER, Johann Jacob (1738-1786)

Librero en Königsberg, fue editor de varias de sus obras. Kant vivió en su casa por un tiempo. En esa época, Kanter encarga a Becker el retrato de Kant de 1768. Posteriormente, Kant vivirá hasta el final de su vida en la casa que compra precisamente a la viuda del pintor Becker (Prinzessinstrasse, 87-88).

KÄSTNER, Abraham Gotthelf (1719-1800)
Profesor de Matemáticas en Göttingen. Poeta.

KEYSERLING, Heinrich Christian, conde von (1727-1787)
Con su segunda esposa, Caroline Charlotte Amalie, vivieron en Königsberg desde 1772. La casa era centro de la vida social. Kant fue, desde los años cincuenta, asiduo visitante y comensal, ocupando habitualmente en la mesa el puesto de honor junto a la señora de la casa.

KIESEWETTER, Johann Gottfried Karl Christian (1766-1819)
Federico Guillermo II –sobrino sucesor de Federico II «el Grande»– le envía en 1788 con beca del Estado a Königsberg, para que enseñe después en la corte. Se convierte en un discípulo fiel de Kant. Fue en 1793 profesor de Filosofía en la escuela berlinesa de medicina de La Pepinière. En 1813 ingresa voluntariamente en el ejército. Medio enfermo, ha de volver a Berlín.

KNUTZEN, Martin (1713-1751)
Profesor de Lógica y Metafísica en Königsberg, en los inicios académicos de Kant. La Cátedra sigue vacante en 1755 cuando Kant aspira a ella por primera vez, en 1756.

KRAUS, Christian Jacob (1753-1807)
Profesor de Praktische Philosophie y Staastswissenschaft en Königsberg. Fue alumno de Kant, y con el tiempo gran amigo. Uno de sus comensales habituales.

KYPKE, Johann David (1692-1758)
Profesor de Lógica y Metafísica en Königsberg, sucesor de Martin Knutzen. Padre de otro Georg David Kypke, profesor de lenguas orientales. A su muerte Kant solicita otra vez la Cátedra, que tampoco *obtendrá*.

LAMBERT, Johann Heinrich (1728-1777)
El genio malogrado, ilustrado «científico», en pos de la revisión de la racionalidad matemática, y de la implantación científica de la filosofía. Había buscado antes de 1770 el diálogo intelectual con Kant. Y le hizo importantes observaciones a la *Dissertatio*. Lambert murió prematuramente, antes de que Kant publicara *Crítica de la razón pura*, alguna de cuyas páginas se escribió pensando en aquellas observaciones.

LAMPE, Martin (1734-1806)
Antiguo militar, durante cuarenta años criado de Kant.

LANGHANSEN, Christoph (1691-1770)
Profesor de Theologie en Königsberg. Su muerte da ocasión a Kant a pedir por tercera vez la Cátedra. Esta vez obtiene la de Lógica y Metafísica, permutada con ésta.

LAVATER, Johann Caspar (1741-1801)
Amigo de Herder y de Hamann, y que deseaba serlo de Kant. Autor de las *Physiognomische Fragmente*, muy leído en su época.

LINDBLOM, Jacob Axelsson (1746-1819)
Obispo sueco de Linkerping. Informa a Kant sobre su presunta genealogía.

MACBRIDE, David (1726-1778)
Médico irlandés, por cuya obra Kant se interesa.

MAIMON, Salomon (1754-1800)
Una vida pasmosa. Judío polaco lituano. A los 11 años se casa y a los 14 es padre. Se va pidiendo limosna a Berlín. Trabaja como maestro en una familia judía. Conoce en Berlín a Mendelssohn. Agudísimo pero en la intemperie siempre. Anárquico total en su vida y trabajo. Herz le anima, en 1790, a que envíe su manuscrito *Versuch über die Transzendentalphilosophie* a Kant. «Es un crítico escéptico», dice Kant.

MENDELSSOHN, Moses (1729-1786)
Autor judío, uno de los grandes maestros que le preceden; muy admirado por Kant, sobre todo en lo relativo a sus posiciones en Filosofía de la Religión. No logró su complicidad en la revolución copernicana.

MEREAU, Sophie (1770-1806)
Esposa del profesor y bibliotecario Friedrich Ernst Karl Mereau; divorciada, se casó en 1803 con Clemens Brentano. Poetisa. La mujer realmente más ilustrada que aparece en la correspondencia. Lástima que Kant no parezca interesado en lo que le plantea.

MESMER, Franz Anton (1734-1815)
Médico alemán, que intentaba aplicar el magnetismo a la medicina. Su teoría y su práctica, no exentas de visos de arte de curandería, fueron una moda en Viena y París, y después en Berlín.

MOTHERBY, Robert (1736-1801)
Banquero inglés de Königsberg, socio de Green. Casado con Charlotte Toussaint, tuvo 5 hijos y 4 hijas. Kant fue gran amigo de toda la familia, y parecía tener debilidad por Betsy Avenson, prometida del hijo mayor, George. Reclamaba tenerla a su lado en la mesa, en casa de los Motherby.

NICOLOVIUS, Georg Heinrich Ludwig (1767-1839)
Educador, y desde 1800 consejero consistorial en Königsberg. Casado con una sobrina de Goethe.

NICOLOVIUS, Friedrich (1768-1836)
Hermano del anterior. Editor. Cajero bancario en Königsberg.

PLATNER, Ernst (1744-1818)
Profesor de Medicina y Fisiología en Leipzig.

POPE, Alexander (1688-1744)
Poeta inglés, que había escrito *Essays on Man*, cuatro espístolas que fueron una referencia en la época.

PURGSTALL, Gottfried Wenzel, conde von (1773-1812)
Amigo de Reinhold, admirador y estudioso del kantismo. Nos ha dejado una bella descripción de una visita a Kant en Königsberg el 18 de abril de 1795.

RECCARD, Gotthilf Christian (1735-1798)
Profesor de Teología en Königsberg. En 1775, nombrado director del Collegium Fredericianum. Cultivaba con extraordinario interés las Matemáticas y la Astronomía. Llegó a montar un observatorio astronómico en el desván de la casa parroquial.

REIMARUS, Margarete Elisabeth
Hermana de John Albert Heinrich, Prof. de Filosofía natural en Hamburgo. Amiga de Lessing. Involucrada en la polémica Jacobi/Mendelssohn.

REHBERG, August Wilhem (1757-1836)
Político y escritor, uno de los primeros teóricos del conservadurismo político en Alemania.

REINHOLD, Carl Leonhard (1758-1823)
Procedía de Austria. Había sido en su adolescencia novicio jesuita por poco tiempo, y después había entrado en los barnabitas. En 1783 huye de Viena, primero a Leipzig y en seguida a Weimar. Se convierte al Protestantismo. De 1787 a 1794 es profesor de Filosofía en Jena. Después en Kiel. Yerno de Wieland, el fundador –junto con Jacobi– del *Teutscher Merkur*. En dicho periódico publica desde agosto de 1786 a 1787 mensualmente *Cartas sobre la filosofía kantiana*. Su obra *Ehrenrettung der Reformation* («Rehabilitación de la Reforma») acentuó notablemente su fama.

SCHLEGEL, Gottlieb (1739-1810)
Rector de la Escuela catedralicia en Riga. Herder lo cita en la carta a Kant que aquí aparece. Su alusión se entiende si se conoce la sarcástica descripción que Herder hacía de él, p.e. en carta a Hamann, en mayo de 1765.

SCHLEMÜLLER, Cari Gottfried
Predicador en Berlín del hospital de la Charité.

SCHLOSSER, Johann Georg (1733-1799)
Cuñado de Goethe. Avanzado el tiempo se convirtió en crítico de Kant. A él va referido el escrito de 1796 *Acerca de un tono exaltado que recientemente se alza en la Filosofía*.

SCHMID, Carl Christian Erhard (1761-1812)
Profesor de Filosofía en Jena. Publicó ya en 1786 una explicación de la *Crítica de la razón pura* junto con un Diccionario del vocabulario crítico.

SCHULTZ o SCHULZ, Johann (1739-1805)
Predicador real, profesor de Matemáticas en Königsberg. Muy respetado por Kant. «La mejor cabeza que conoce», «el que mejor lo ha entendido».

SCHULTZ o SCHULZ, Johanna Eleonore (1751-1795)
Esposa del anterior.

SCHÜTZ, Christian Gottfried (1747-1832)
Fundador del *Allgemeine Literatur Zeitung* de Jena. Mucha correspondencia al hilo de las publicaciones y recensiones. En un momento (25 de junio 1787) Kant rehusará hacer la recensión a la III parte de las *Ideen*... de Herder.

SCHWINK, Maria Charlotte
Esposa del banquero de Königsberg Johann Conrad Jacobi, no del comerciante del mismo nombre. Divorciada en 1768, se casa al año siguiente con otro amigo de Kant, Johann Julius Gösche, director de la Moneda.

SELLE, Christian Gottlieb (1748-1800)
Médico en el hospital de la Charité de Berlín, miembro de la Academia y profesor. Está en la primera lista de los envíos de la *Crítica de la razón pura*. Escribe una carta a Kant el 29 de diciembre de 1787 (Ak. X, 516) confesándose crítico y admirador a un tiempo. Le envía a Kant su escrito de 1792: *De la réalité et de l'idéalité des objects*. Kant le contesta el 24 de febrero del 1792 renunciando a discutir con él.

SPALDING, Johann Joachim (1714-1804)
Predicador en Berlín. Deja su puesto tras el edicto de la censura de 9 de julio de 1788. Gran representante de la Teología ilustrada. Grandísimo elogio a la *Crítica de la razón práctica*. Garve le había utilizado de intermediario para dirigirse a Kant.

SPENER, Johann Carl Philipp (1749-1827)
Librero en Berlín. Imprime la *Crítica de la razón pura*, editada por Hartknoch.

STÄUDLIN, Carl Friedrich (1761-1826)
Profesor de Teología en Göttingen. Escribe *Ideen zur Kritik des Systems der christlichen Religion*, 1791. *Geschichte und Geist des Sceptizismus, vorzüglich in Rücksicht auf Moral und Religión Band I*, Leipzig, 1794, obras que interesaron a Kant. Es uno de los «wackere aufgeklärte Manner» con los que comunica a gusto.

SUCKOW, Simon Gabriel (1721-1786)
Profesor de Matemáticas y Física en Erlangen. Fue el encargado de comunicarle que aquella Universidad le ofrecía una Cátedra.

SULZER, Johann Georg (1720-1779)
Profesor de Estética en Berlín. Escribió *Teoría general de las bellas artes*, Leipzig, 1771-1774, obra que fue referencia en las Universidades durante muchos años. Kant le envía la *Dissertatio*.

SWEDENBORG, Emanuel (1689-1772)
Místico sueco. Kant se interesó personalmente por los hechos que de él se contaban –su trato con los espíritus– y le escribió en 1763.

TETENS, Johann Nicolaus (1736-1807)
Profesor de Filosofía en Kiel, desde 1789 funcionario en Copenhague. Publicó *Versuche über die Menschliche Natur und ihre Entwicklung*, 2 vols., Leipzig, 1776. Kant considera que dice cosas penetrantes (*«viel Scharfsinniges gesagt»*). Kant expresa varias veces el deseo de que Tetens se interese por la *Crítica de la razón pura*.

TIEFTRUNK, Johann Heinrich (1760-1837)
Amigo de Kant en su madurez. Profesor de Filosofía en Halle desde 1792.

ULRICH, Johann August Henrich (1744-1807)
Profesor de Filosofía en Jena, inicialmente admirador de Kant. Con el tiempo acérrimo detractor del kantismo.

WASIANSKI, Ehregott Andreas Christoph (1755-1831)
Biógrafo de Kant, *Immanuel Kant in seinen letzten Lebensjahre* («Immanuel Kant en los últimos años de su vida»). A partir de 1790, se hizo cargo de ayudarle en los asuntos caseros y de sus finanzas y fue nombrado albacea en su testamento.

WIELAND, Christoph Martin (1733-1813)
Importante escritor clásico de la época. Fundador –con Jacobi– del *Teuscher Merkur*, en Weimar; suegro de Reinhold.

WINDISCH-GRAETZ, Joseph Niclas, conde von (1744-1802)
Político y escritor. Un gran filántropo. Kant lo cita en el ensayo *Sobre la paz perpetua*.

WOLKE, Christian Heinrich (1741-1825)
En 1766 es director de la institución educativa Dessauer Philanthropin. Kant admiró su trabajo pedagógico y colaboró con entusiasmo en las tareas del Philanthropin.

WÖLLNER, Johann Christoph (1732-1800)
Ministro de Estado con Federico Guillermo II, en sustitución de von Zedlitz desde el 3 de julio de 1788. El 9 de julio sale el famoso «Edicto de la censura, o de la religión». Se le atribuyó un libro de cartas al rey (1789) sobre la Ilustración. Impopular, como los ministros Bischofswerder y Rietz.

WOLTERSDORF, Theodor Karl George (1727-1806)
Miembro de la Comisión Examinadora religiosa de Berlín, junto con Hermann Daniel Hermes.

ZEDLITZ, Karl Abraham, barón von (1731-1793)
Aparece en la *Crítica de la razón pura*, pues a él le dedica Kant la obra. Era ministro de Justicia y, desde 1771, también de Asuntos Eclesiásticos y Educación. Seguía los cursos de Herz y siguió el de Geografía física de Kant. Gran amigo. Se retira cuando se inicia la censura.

APÉNDICE II

ESCRITOS KANTIANOS



La edición de referencia de los escritos kantianos es: *Kant's gesammelte Schriften*, hrsg. von der Königlich Preussischen, bzw. der Deutschen Akademie der Wissenschaften, Berlin *et alia*, 1902 ss. *Escritos reunidos de Kant*, editados por la Real Academia Prusiana y después por la Academia Alemana de las Ciencias, Berlín *et alia*, 1902 y ss. (29 vols.); I-IX contienen las obras publicadas en vida, y X-XIII, la correspondencia. Esta edición se cita como Ak.

El resto se compone de cursos, apuntes, trabajos más o menos completos, reflexiones, notas y papeles de toda índole. Al final de esta relación se recogen escritos kantianos, también traducidos al español, pertenecientes a esta «serie», es decir, no publicados por el propio Kant.

El siguiente balance no pretende ser exhaustivo:

Ak. Ausgabe I-VIII. Publicados por Kant

1747 (Ak. I)

- *Gedanken von der wahren Schätzung der lebendigen Kräfte... / Pensamientos sobre la verdadera estimación de las fuerzas vivas.* Traducción y comentario de Juan Arana. Editorial Peter Lang, Berna, 1988.

1754 (Ak. I)

- *Untersuchung der Frage ob die Erde in ihrer Umdrehung um die Achse [...] einige Veränderung seit der ersten Zeiten ihres Ursprunsg erlitten habe...* («Investigación sobre la pregunta, formulada por la Real Academia de las Ciencias de Berlín, de si la tierra ha experimentado algunas variaciones desde sus orígenes en su giro sobre su eje gracias al cual se produce la alternancia entre el día y la noche, y cómo cabe asegurarse de tal cosa»).

- *Die Frage, ob die Erde veralte, physikalisch erwogen* («La cuestión de si la tierra envejece, físicamente considerada»).

1755 (Ak. I)

- *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels... / Historia general de la naturaleza y teoría del cielo* (Traducción de Jorge E. Lunqt; prólogo de A. Llanos), Juárez Editor, Buenos Aires, 1969.
- *Meditationum quarundam de igne sucinta delineatio. / Esbozo de las meditaciones habidas en torno al fuego;* «Sobre el fuego» (Traducción de Atilano Domínguez), en *Opúsculos de filosofía natural*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.
- *Principiorum primorum cognitionis nova dilucidatio. / Nueva dilucidación de los primeros principios del conocimiento metafísico* (Traducción de Juan David García Bacca), en *Disertaciones latinas de Kant*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1974.

1756 (Ak. I)

- *Metaphysicae cum Geometria iunctae usus in philosophia naturali, cuius specimen I continet monadologiam physicam. / Monadología física (o el uso conjunto de la metafísica y la geometría en la filosofía natural)* (Traducción de Roberto Torretti), en *Diálogos* (Puerto Rico), núm. 32 (1978) (pp. 173-190).
- *Neue Anmerkungen zur Erläuterung der Theorie der Winde. / Nuevas observaciones tendentes a dilucidar la teoría de los vientos* (Traducción de Emilio A Caimi y Mario Caimi), en *Homenaje a Kant*, Buenos Aires, 1993 (pp. 97-143).
- *Von der Ursachen der Erderschütterungen...* («Sobre las causas de los terremotos, con ocasión del infortunio que ha asolado a los países occidentales de Europa a finales del año pasado»).
- *Geschichte und Naturbeschreibung der merkwürdigsten Vorfälle des Erdbebens, welches an dem Ende des 1755sten Jahres einen grossen Theil der Erde erschüttert hat* («Historia y descripción física de los notables acontecimientos del terremoto que hizo temblar una gran parte de la tierra a finales del año 1755»).
- *Fortgesetzte Betrachtung der seit einiger Zeit wahrgenommenen Erderschütterungen* («Continuación de las consideraciones en torno a los movimientos sísmicos percibidos desde hace algún tiempo»).

1757 (Ak. II)

- *Entwurf und Ankündigung eines Collegi der Physischen Geographie...* («Anuncio de un curso sobre geografía física, con el apéndice de una breve consideración sobre si los vientos occidentales son húmedos en nuestra comarca porque pasan sobre un gran mar»).

1758 (Ak. II)

- *Neuer Lehrbegriff der Bewegung und Ruhe und der damit vernüpften Folgerungen in den ersten Gründen der Naturwissenschaft. / Nueva teoría conceptual acerca del movimiento y del reposo [así como de las consecuencias que comporta para los primeros principios de la ciencia natural]* (Traducción de Roberto Torretti), en *Diálogos* (Puerto Rico), núm. 34 (1979) (pp. 143-152).
- *Versuch einiger Betrachtungen über den Optimismus* («Ensayo sobre algunas consideraciones acerca del optimismo»).

1760 (Ak. II)

- *Gedanken über den frühzeitigen Ableben des Herrn Johann Friedrich von Funk* («Consideraciones ante la prematura muerte del caballero Johann Friedrich von Funk»).

1762 (Ak. II)

- *Die falsche Spitzfindigkeit der vier syllogistischen Figuren. / La falsa sutileza demostrada por las cuatro figuras del silogismo* (Traducción de Roberto Torretti), en *Diálogos* (Puerto Rico), núm. 19 (1978) (pp. 7-22).

1763 (Ak. II)

- *Der einzig mögliche Beweisgrund zu einer Demonstration des Daseins Gotees. /* (1) *El único argumento posible para demostrar la existencia de Dios* (Traducción de José María Quintana Cabanas), en *Sobre Dios y la religión*, Zeus, Barcelona, 1972.
- (2) *El único argumento posible para una demostración de la existencia de Dios* (Estudio preliminar, traducción y notas de Eduardo García Belsunce), Prometeo Libros, Buenos Aires, 2004.
- *Versuch den Begriff der negativen Grössen in die Weltweisheit einzuführen. / Tentativa para introducir en la filosofía el concepto de «magnitudes negativas»* (Traducción de Atilano Domínguez), en *Opúsculos de filosofía natural*, Alianza Editorial, Madrid, 1992.

1764 (Ak. II)

- *Beobachtungen über das Gefühl des Schönen und Erhabenen. / Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime* (Introd. y notas de Luis Jiménez Moreno), Alianza Editorial, Madrid, 1990.
- *Versuch über die Krankheiten des Kopfes. / Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* (Traducción y notas de Alberto Rábano Gutiérrez y Jacinto Rivera de Rosales), en *Archivos de Neurobiología*, 58 (1995) (pp. 31-59). Nueva ed. en Mínimo Tránsito, A. Machado Libros, Madrid, 2001.
- *Untersuchung über die Deutlichkeit der Grundsätze der natürlichen Teologia und der Moral. / Indagación sobre la claridad de los principios de la teología natural y de la moral* (Traducción de Roberto Torretti), en *Diálogos* (Puerto Rico), núm. 27 (1978) (pp. 57-87).

1765 (Ak. II)

- *Nachricht von der Einrichtung seiner Vorlesungen in dem Winterhalbenjahre von 1765-1766. / Aviso sobre la orientación de sus lecciones en el semestre de invierno 1765-1766* (Traducción, introd. y notas de Alfonso Freire), en *Ágora*, 10 (1991) (pp. 131-152).

1766 (Ak. II)

- *Träume eines Geistersehers, erläutert durch Träume der Metaphysik. / Los sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica* (Traducción e introd. de Pedro Chacón e Isidoro Reguera), Alianza Editorial, Madrid, 1987.

1768 (Ak. II)

- *Von dem ersten Grunde des Unterschiedes des Gegenden im Raume. / Sobre el primer fundamento de la diferencia entre las regiones del espacio* (Presentación, traducción y notas de Luisa Posada Kubissa) en *Er*, 9/10 (1989) (pp. 243-255).

1770 (Ak. II)

- *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis. / Principios formales del mundo sensible y del inteligible* [*Dissertatio*] (Traducción de Ramón Ceñal), CSIC, Madrid, 1961; nueva edición (con estudio preliminar y complementos de José Gómez Caffarena), CSIC, Madrid, 1996.

1775 (Ak. II)

- *Von der verschiedenen racen der Menschen* («En torno a las diferentes razas humanas»).

1776-1777 (Ak. II)

- *Aufsätze, das Philantropin betreffend. / Miscelánea concerniente al Instituto Filantrópico* (Traducción de José Luis Pascual), en *Pedagogía*, Akal, Madrid, 1983 (pp. 95-101).

1781 (Ak. IV)

- *Kritik der reinen Vernunft*. 1. Auflage (A). / *Crítica de la razón pura* (Traducción, prólogo, notas e índices de Pedro Ribas), Alfaguara, Madrid, 1978. Esta edición incluye la traducción de la 2.ª edición (B), de 1787.

1782 (Ak. VIII)

- *Anzeige des Lambert'schen Briefwechsels* («Aclaración sobre la correspondencia de Lambert»).

1783

(Ak. IV)

- *Prolegomena zu einer jeden künftigen Metaphysik, die als Wissenschaft wird auftreten können. / Prolegómenos a toda metafísica futura que pueda presentarse como ciencia* (edición bilingüe; traducción, comentarios y notas de Mario Caimi), Editorial Charcas, Buenos Aires, 1985; reimpresión en Istmo, Madrid, 1999.

(Ak. VIII)

- Recensión *Von Schulz's «Versuch einer Anleitung zur Sittenlehre für alle Menschen, ohne Unterschied der Religion 1. Theil»* (Recensión del «Ensayo de una instrucción en la doctrina de las costumbres, para todo ser humano, al margen de la diferencia de religión. 1.ª Parte», de Schulz. –Kant acortó el título de Schulz, que proseguía: *nebst einem Anhange von der Todestrafen*–).

1784 (Ak. VIII)

- *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht. /* (1) *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita* (Prólogo y traducción de E. Imaz), en *Filosofía de la Historia*, México-Madrid-Buenos Aires, FCE, 1981.

- (2) *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita* (Traducción de R. R. Aramayo y C. Roldán Panadero; estudio preliminar de R. R. Aramayo), en *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, Editorial Tecnos, Madrid, 1987 (pp. 3-23).
- *Beantwortun der Frage: Was ist Aufklärung? / Respuesta a la pregunta «¿Qué es la Ilustración?»* (Traducción de Emilio Estiú), en *Filosofía de la Historia*, Editorial Nova, Buenos Aires, 1964. (Se incluye también en *Filosofía de la historia* de FCE).

1785

(Ak. IV)

- *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten. /* (1) *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* (Traducción de M. García Morente, de 1921), Ediciones Encuentro, Madrid, 2003.
- (2) El mismo título (Edición bilingüe y Traducción de José Mardomingo), Editorial Ariel, Barcelona, 1996.

(Ak. VIII)

- *Recensionen von I. G. Herders «Ideen zur Philosophie der Geschichte der Menschheit». Theil 1.2. / Recensiones sobre la obra de Herder «Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad»* (Traducción de R. R. Aramayo y C. Roldán), en *Ideas...* (vid. supra).
- *Über die Vulkane im Monde* («Sobre los volcanes de la Luna»).
- *Vom der Unrechtmässigkeit des Büchernachdrucks* («Sobre la ilegitimidad de la reimpresión –clandestina– de libros»).
- *Bestimmung des Begriffs einer Menschenrace* («Determinación del concepto de una raza humana»).

1786

(Ak. IV)

- *Metaphysische Anfangsgründe der Naturwissenschaft. /* (1) *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza* (Traducción de José Aleu), Alianza Editorial, Madrid, 1991.
- (2) *Primeros principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza* (Traducción y estudio preliminar de Samuel Nemirovski), UNAM, México, 1993.

(Ak. VIII)

- *Muthmasslicher Angang der Menschengeschichte. / Comienzo presunto de la historia humana.* En las dos ediciones citadas de *Filosofía de la Historia* (vid. supra).
- *Was heisst: Sich im Denken orientieren? / Cómo orientarse en el pensamiento* (Traducción de Carlos Correas), Editorial Leviatán, Buenos Aires, 1983.

1787 (Ak. III)

- *Kritik der reinen Vernunft.* 2. Auflage (B). / *Crítica de la razón pura* (Traducción, prólogo, notas e índices de Pedro Ribas), Alfaguara, Madrid, 1978. Esta edición incluye la traducción de la 1.ª edición (A).

1788

(Ak. V)

- *Kritik der praktischen Vernunft.* / (1) *Crítica de la razón práctica* (Traducción de E. Miñana y M. García Morente, de 1913), ediciones Sígueme, Salamanca, 2002.
- (2) *Crítica de la razón práctica* (Traducción, estudio preliminar, notas e índices de R. R. Aramayo), Alianza Editorial, Madrid, 2000.

(Ak. VIII)

- *Über den Gebrauch teleologischer Principien in der Philosophie* («Sobre el uso de principios teleológicos en filosofía»).

1790

(Ak. V)

- *Kritik der Urtheilskraft.* / (1) *Crítica del Juicio* (Traducción de Manuel García Morente), Espasa-Calpe, Madrid, 1977.
- (2) *Crítica del discernimiento* (Traducción de R. R. Aramayo y Antonio Mas), Antonio Machado Libros, Madrid, 2003.

(Ak. VIII)

- *Über eine Entdeckung, nach der alle neue Kritik der reinen Vernunft durch eine ältere entbehrlich gemacht werden soll.* / (1) *Sobre un hallazgo merced al cual toda nueva crítica de la razón pura debe ser considerada prescindible gracias a una más antigua*, en *Por qué no es inútil una nueva crítica de la razón pura. Respuesta a Eberhard* (Traducción de Alfonso Castaño Piñan), Editorial Aguilar, Buenos Aires, 1973.

- (2) *Sobre un descubrimiento según el cual a toda nueva crítica de la razón pura torna superflua una anterior* (Traducción y notas de Mario Caimi), en Immanuel Kant, *La polémica sobre la Crítica de la razón pura (respuesta a Eberhard)*. Introducción de Claudio La Rocca, A. Machado Libros, Madrid, 2002.

1791 (Ak. VIII)

- *Über das Misslingen aller philosophischen Versuche in der Theologie. / Sobre el fracaso de todas las tentativas filosóficas en la teodicea* (Traducción de Juan Villoro), UNAM, México, 1992.

1793

(Ak. VIII)

- *Über dem Gemeinspruch: Das mag in der Theorie richtig sein, taugt aber nicht für die Praxis. / En torno al tópico: «tal vez eso sea correcto en teoría, pero no sirve para la práctica»* (Traducción de Manuel Francisco Pérez López y R. R. Aramayo; estudio preliminar de R. R. Aramayo), en *Teoría y práctica*, Tecnos, Madrid, 1986 (pp. 3-60).

(Ak. VI)

- *Die Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft. / La religión dentro de los límites de la mera razón* (Traducción, prólogo y notas de Felipe Martínez Marzoa), Alianza Editorial, Madrid, 1991.

1794 (Ak. VIII)

- *Das Ende aller Dinge. / El fin de todas las cosas* (Traducción y prólogo de Eugenio Ímaz), en *Filosofía de la historia* (vid. supra).

1795 (Ak. VIII)

- *Zum ewigen Frieden. Ein philosophischer Entwurf.* / (1) *Sobre la paz perpetua* (Presentación de A. Truyol. Traducción de J. Abellán), Tecnos, Madrid, 2001; Alianza Editorial, Madrid, 2002.
- (2) *Hacia la paz perpetua. Un esbozo filosófico* (Traducción, introd. y notas de Jacobo Muñoz), Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

1796 (Ak. VIII)

- *Von einem neuerdings erhobenen vornehmen Ton in der Philosophie. / Acerca de un tono exaltado que recientemente se alza en la filosofía* (Traducción de Jürgen Misch y Luis Martínez de Velasco), en *Ágora*, 9 (1990) (pp. 137-151).

- *Verkündigung des nahen Absschlusses eines Tractats zum ewigen Frieden in der Philosophie. / Anuncio de la próxima conclusión de un Tratado de la paz perpetua en Filosofía.* Edición bilingüe de Rogelio Rovira. Ediciones Encuentro, Madrid, 2004.

1797

(Ak. VI)

- *Die Metaphysik der Sitten. / La metafísica de las costumbres* (Traducción de A. Cortina y J. Conill; estudio preliminar de A. Cortina), Editorial Tecnos, Madrid, 1989.

(Ak. VIII)

- *Über ein vermeintes Recht aus Menschenliebe zu lügen. / Sobre un presunto derecho de mentir por filantropía* (Traducción de Juan Miguel Palacios), en *Teoría y práctica*, Editorial Tecnos, Madrid, 1987 (pp. 61-68).

1798

(Ak. VII)

- *Der Streit der Fakultäten. /* (1) *El conflicto de las Facultades* (Traducción de Elsa Tabernig), Editorial Losada, Buenos Aires, 1963.
- (2) *Erster Abschnitt. Der Streit der philosophischen Fakultät mit der theologischen / Primera Sección: La contienda entre las Facultades de Filosofía y Teología* (Traducción de R. R. Aramayo; estudio introductorio de José Gómez Caffarena), Debate, Madrid, 1992; reimpresión en Editorial Trotta, Madrid, 1999.
- (3) *Zweiter Abschnitt. Der Streit der philosophischen Fakultät mir der juristischen. Erneuerte Frage: Ob das menschliche Geschlecht im beständigen Fortschreiten zum Besseren sei. / Replanteamiento sobre la cuestión de si el género humano se halla en constante progreso hacia lo mejor,* en *Ideas...* y en *Filosofía de la Historia*, ed. FCE (vid. supra).
- (4) *Dritter Abschnitt: Der Streit der philosophischen Facultät mit der medicinischen. Vom der Macht des Gemüths durch den blossen Vorsatz seiner krankhaften Gefühlen Meister zu sein. / El poder de las facultades afectivas* (Traducción y prólogo de Vicente Romano García), Editorial Aguilar, Madrid, 1974.
- *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht. / Antropología en sentido pragmático* (Traducción de José Gaos), Revista de Occidente, Madrid, 1935 y Alianza Editorial, Madrid, 1991.

1799 (Ak. XII)

- *Erklärung in Beziehung auf Fichtes Wissenschaftslehre* (Número 6 de los escritos recogidos tras las cartas en el apartado suplementario titulado: *Öffentliche Erklärungen. (Notas aclaratorias públicas). / Declaración a propósito de la Doctrina de la Ciencia de Fichte* (Traducción de F. Oncina), en J. G. Fichte, *Filosofía y Estética*, Univ. Valencia, 1998 (pp. 36-39).

Ak. Ausgabe IX. Editados por discípulos en vida de Kant

1800

- *Logik* («Lógica»). Ed. Jäsche. / *Lógica Jaesche* (Introduc. y traducción de M.ª J. Vázquez Lobeiras), Istmo, Madrid, 2001.

1802

- *Physische Geographie* («Geografía física»), Ed. F. Th. Rinck.

1803

- *Pädagogik* («Pedagogía»), Ed. F. Th. Rink. / *Sobre Pedagogía* (Traducción y notas de de L. Luzuriaga), Daniel Jorro, Madrid, 1911. Reimpresión, prólogo y notas de M. Fernández. Akal, Madrid, 1983.

No publicados en vida de Kant (traducidos al español)

Ak. XXVIII

- *Metafísica. Lecciones publicadas en alemán por Pölitz, traducidas al francés por J. Tissot*. Traducción del francés por J. Uña. Iravedra y Novo, Madrid, 1877.

Ak. XX

- *Welche sind die wirkliche Fortschritte, die die Metaphysik seit Leibnizens und Wolffs Zeiten in Deutschland gemacht hat? / Los progresos de la metafísica desde Leibniz y Wolf* (Traducción e introducción de Félix Duque), Tecnos, Madrid, 1987.
- *Erste Einleitung in die Kritik der Urteilskraft. / Primera introducción a la Crítica del Juicio* (Traducción de J. L. Zalabardo), Visor, Madrid, 1987.

Ak. XXI-XXII

- *Transición de los principios metafísicos de la ciencia natural a la física. Opus postumum* (Edición y traducción de Félix Duque), Editora Nacional, Madrid, 1983.

Ak. XXVII

- *Lecciones de ética.* Traducción de R. R. Aramayo y de C. Roldán. Editorial Crítica, Barcelona, 1988.

Observación

Existe en alemán una importante y valiosísima selección de la correspondencia kantiana, realizada y anotada inicialmente por Otto Schöndörffer en 1924, seguida de un índice de personas y uno de materias. Esa edición fue ampliada por Rudolf Malter y Joachim Köpper, con un Apéndice (*Nachtrag*) que recoge nuevas cartas no contenidas en la Edición de la Academia, más un excelente Estudio (*Einleitung*). Imprescindible este trabajo en su conjunto para cualquier estudio histórico-biográfico de Kant:

Immanuel Kant, *Briefwechsel*, Philosophische Bibliothek (PhB 52 a/b) Felix Meiner, Hamburg. 2. Auflage, 1972.

Las dos ediciones tuvieron un precedente en la misma Philosophische Bibliothek de Felix Meiner en una primera de 1873 de J. H. von Kirchmann (PhB 57).

ÍNDICE*

* Entre paréntesis tras el destinatario o autor de cada carta figura, en primer lugar, el número de la misma en la edición de la Academia, y en segundo lugar el número correspondiente a la selección incluida en la Philosophische Bibliothek de Felix Meiner. La carta 34 (143 de la Academia) no está en dicha selección.

** Número 24, último de los escritos recogidos tras las cartas en el apartado suplementario titulado: *Amtliches Schriftverkehr (Auswahl)* («Correspondencia oficial, Selección»).



Esta antología de la *Correspondencia*
de Immanuel Kant terminóse de imprimir
en el mes de mayo
de 2005


C. S. I. C.